La mentira de Travis



KAYLA LAURELS

La mentira de Travis

KAYLA LAURELS

Registro de la propiedad intelectual
Mayo 2026
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia. La autora reconoce la condición de marcas registradas de diversas marcas citadas en la obra sin permiso de los derechohabientes. El uso de dichas marcas no significa una esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Ilustración de portada: Ms. Muar
Corrección: Marina Aguilera.
Maquetación: Kayla Laurels
Copyright © Kayla Laurels
All right reserved

Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
EPÍLOGO
MÁS ALLÁ DEL ODIO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
AGRADECIMIENTOS

Dedicado a todas las mujeres que luchan por sus sueños y rompen las etiquetas que les impone la sociedad. A todas las madres que cuidan y sostienen, a las que dieron vida y a las que cambiaron el mundo de quienes acogieron en su camino. A esas mujeres que entendieron que la maternidad no es solo un hecho, sino una decisión diaria, construida con amor profundo y tiempo de calidad.

Y a mi madre, ojalá pudiera volver siempre a tus abrazos cuando la vida pesa demasiado. Deberías ser eterna. Porque eres mi refugio, mi guía y la persona que más admiro. Ojalá algún día logre parecerme a ti con mis hijos, aunque sea un poco, y mostrarles la grandeza que habita en ti.

Kayla Laurels

Nunca subestimes a una mujer que cría con una mano
y construye su futuro con la otra.
Autora desconocida

Reconozco que han sido meses de mucho trabajo, emociones y muchas horas frente al teclado, y espero de corazón que disfrutes de la historia de Travis y Harper. Si quieres estar al tanto de mis próximos lanzamientos y novedades, puedes seguirme en Amazon escaneando el siguiente código QR.



Gracias por llegar aquí.
Kayla L.

CAPÍTULO 1



Un año antes

—Harper —me llama Ginebra desde la barra entregándome una bandeja con tres cafés—. Mesa cuatro.

—Voy —respondo.

Termino de limpiar con un trapo húmedo la mesa siete y, aunque intento estar presente en todo lo que hago, mi mente regresa al papel doblado que tengo guardado en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Harper —vuelve a llamarme Ginebra.

—Ya voy —digo acercándome para coger la bandeja.

—Mesa cuatro —repite—. Y sonríe un poco, joder.

—Estoy sonriendo —replico intentando poner mi mejor sonrisa.

—Eso no es sonreír, y lo sabes —se queja—. Eso es enseñar los dientes como si fueras a morder.

Vuelvo a intentarlo y ahora ella asiente satisfecha. Estoy nerviosa, cansada y tengo ganas de acabar mi turno para volver a casa. No he dormido mucho esta noche pensando en que hoy tendría el resultado.

Resoplo, cojo la bandeja y me giro hacia la mesa que espera su bebida. Cuando me acerco a ellos, ya tengo mi sonrisa puesta y sé que funciona porque ellos me la devuelven.

Un tipo al fondo de la cafetería levanta la mano y voy a su encuentro. Veo que está acompañado de otro turista. Lo intuyo, porque en este diminuto pueblo todos nos conocemos. Además, la

chica que está con él toma fotos de la pared que está decorada con instantáneas antiguas de Silverton en los años ochenta. Puede que a ella le parezca un lugar pintoresco, pero vivir en un pueblo tan pequeño a veces puede resultar difícil, sobre todo cuando, a pesar de los cotilleos, decides quedarte.

—¿Qué desean tomar?

Mientras el chico habla, asiento y apunto en mi libreta el pedido. Una vez más, mi cabeza vuelve al papel doblado que guardo dentro del bolsillo de mi pantalón. No sé cuántas veces lo he leído desde que el cartero me lo entregó a primera hora de la mañana.

APROBADO.

Una palabra que me hace estar más cerca de atrapar mi sueño. Cuando regreso de nuevo a la barra, Taylor me observa orgulloso.

—¡Enhorabuena Harper! —me dice Taylor, que besa a su chica y me sonríe orgulloso.

—Gracias.

—¡Vamos! ¡Enséñaselo! —me anima Ginebra.

Dejo la bandeja sobre la barra y respiro. Saco el papel del bolsillo, lo desdoblo y miro una vez más esa palabra resaltada en negrita, **APROBADO**. Se lo entrego a mi amiga, que lo coge con sumo cuidado.

—¡Eres increíble! —exclama feliz Gin.

—Lo has logrado y en tan poco tiempo… ¡Eres una fuera de serie! —me felicita Taylor.

—Solo he aprobado la parte teórica —le aclaro.

—Sí, pero eso no es cualquier cosa —comenta mi amiga orgullosa, y asiento siendo consciente del esfuerzo que ha supuesto pasar la primera fase.

—Claro, pero aún me falta la parte práctica para cantar victoria —explico a ambos.

—Bueno, estás a mitad del camino, y conociéndote… muy pronto esa plaza será tuya —añade Ginebra feliz.

—¿Ya se lo has contado a Kevin? —me pregunta Taylor sonriente.

—No, quiero decírselo luego, cuando llegue a casa.

—Se va a poner muy contento —añade Gin.

—Anda, vete —me ordena Taylor.

—Pero… me queda una hora para terminar mi turno de desayunos —aclaro mirando el reloj que hay sobre la máquina de los cafés.

—No importa, soy tu jefe y te digo que te vayas —replica Taylor risueño, agarrando de la cintura a su chica.

—¡Gracias! —exclamo desanudando mi delantal.

—Luego me llamas —me pide mi amiga.

—Por supuesto. Luego os hago una videollamada.

Salgo corriendo feliz a la calle y el aire cálido del verano me golpea en la cara, pero no me importa. Estoy de tan buen humor que nada puede molestarme. Respiro como si llevase toda la mañana sin hacerlo. Arranco mi coche y conduzco con una sonrisa gigante hasta casa.

Aparco junto al coche de mi novio y subo las escaleras del porche, sujetando en la mano el papel que determina mi futuro. Sonrío y me siento dichosa porque… ¡joder!, apenas hace unos meses terminé la carrera; reconozco que terminarla fue todo un reto, y aprobar esta primera parte de la oposición es otro logro más.

Los últimos tres años de mi vida han sido muy complicados… me quedé embarazada y no fue fácil tener un bebé que me necesitaba las veinticuatro horas del día, pero, incluso así, seguí luchando por un futuro mejor para los tres; de hecho, me esforcé más. Me gradué hace nueve meses y he estudiado mucho para llegar donde estoy ahora mismo.

Han sido muchas noches en vela con Will durmiendo en mi regazo, madrugones para dejar la comida lista y la ropa lavada, hacer esquemas de los temas antes de entrar a trabajar en la cafetería y, si podía, repasar mentalmente la teoría mientras servía cafés.

He aportado dinero a casa mientras que Kevin lo intentaba. Dejó tercero de ingeniería cuando me quedé embarazada y se fue a trabajar en la construcción, pero solo duró unos meses. Después, se puso a estudiar oposiciones para ser policía y juntos hemos hecho muchos planes para prosperar, para tener los tres un futuro mejor. Todos mis esfuerzos han sido siempre por nosotros. He apoyado a

mi novio, porque Kevin sigue estudiando para alcanzar su sueño, y yo trabajo en la cafetería para pagar las facturas… Y ahora, por fin todo va en la dirección correcta. Los años de esfuerzos empiezan a dar sus frutos.

Abro la puerta de casa y sonrío mientras camino hasta el salón, porque sé que siempre estudia ahí, y a ratitos juega a la PlayStation para desconectar.

—¡Kevin! ¡No te lo vas a creer!

Entro al salón y sobre la mesa que hay al lado del sofá veo dos tazas de café vacías sobre los apuntes de Kevin, pero no hay rastro de mi novio. Frunzo el ceño, y entonces oigo una risa femenina que me estremece.

Durante unos segundos me quedo congelada como una estatua y me fijo en el pintalabios rojo que mancha el filo de una de las tazas de café. De nuevo, suena esa risa mezclada con la de mi novio. Avanzo por el pasillo y percibo que proviene de la planta superior. Subo las escaleras y veo que la puerta de nuestro dormitorio está cerrada. De nuevo esas risas cómplices, mezcladas con gemidos de placer que se oyen cada vez más cerca, y mi corazón se salta un latido para, a continuación, acelerarse. Las pulsaciones se me disparan, tan rápidas como lo harían las de un lobo corriendo detrás de su presa.

—Para, tonto… —dice risueña una voz que reconozco al instante.

Trago saliva. Una vocecita en mi cabeza me dice que esto no tiene sentido, que no puede ser posible. Pero entonces abro la puerta y toda mi vida se hace añicos.

Kevin está desnudo en nuestra cama follándose a Mia, una compañera suya de la universidad. La tiene a cuatro patas y sujeta con sus manos sus caderas, mientras se hunde una y otra vez en ella. Ambos se separan al verme quieta en medio de la habitación. Kevin se levanta de golpe con el pene erecto apuntando en mi dirección, mientras que la chica intenta tapar su desnudez con mis sábanas.

—Harper… —dice Kevin y siento náuseas al oír mi nombre salir de su boca.

No soy capaz de escuchar sus explicaciones, tan inútiles como un «esto no es lo que parece».

Me gustaría arrancarme los ojos y poder borrar esta escena de mi mente, pero no pienso perder ni un instante más de mi vida con un hombre que no me respeta ni me valora.

Solo los miro un par de segundos, tal vez más de lo que se merecen, para asegurarme de que no es una alucinación mía. Kevin se quita el preservativo y veo cómo busca un bóxer para taparse.

Me da asco.

Cierro los ojos un instante al sentir cómo todos los planes tan increíbles que había construido en mi cabeza se han derrumbado repentinamente delante de mis narices, como una torre de naipes.

Me giro y salgo hacia la otra habitación del pasillo, que también tiene la puerta cerrada. La abro y veo que mi pequeño está dormido, con la boca abierta y un bracito afuera de las sábanas. Sonrío y noto cómo la mirada se me empieza a empañar y las lágrimas caen por mis mejillas; me las quito con un manotazo torpe.

Agradezco que mi pequeño príncipe esté ajeno a todo.

Lo cojo con cuidado para no despertarlo y mi niño se agarra a mí como un koala. Por suerte, sigue dormido. Bajo las escaleras como si fueran lava. Estar en esta casa me asfixia, siento que esta infidelidad, tras ocho años de relación, se ha convertido en un humo denso que me ahoga. No cojo nada, solo a mi pequeño, porque ahora lo único que necesito es salir de aquí. Ya me ocuparé en otro momento de recoger nuestras cosas.

Cuando paso por el salón, veo a Mia sentada en el sofá con la cabeza agachada, mientras Kevin se acerca a mí e intenta hablarme y darme una explicación…

¡Ni que la tuviera!

No lo escucho, no pienso perder ni un segundo más de mi vida con él, porque sé lo que he visto. Se la estaba follando en nuestra cama.

¡Se la estaba follando!

Joder.

Abro la puerta con rabia y salgo sin mirar atrás. Necesito alejarme del que fue mi hogar, del lugar en el que pensé que tendría un felices para siempre… Dejo mi coche allí mismo porque sé que no es buena idea conducir en estos momentos. Camino calle abajo con mi pequeño en brazos, mientras noto cómo algo dentro de mí se ha hecho añicos. No solo he perdido a Kevin, mi primer amor y el padre de mi hijo, sino que también he perdido la fe en creer que hay amores que duran para siempre.

CAPÍTULO 2



Un año después

El motor del Jeep suena distinto cuando empieza a subir un nuevo puerto de montaña. Sujeto el volante y noto la vibración del asfalto desgastado bajo las ruedas. Reduzco una marcha, mientras que la carretera se estrecha entre montañas que parecen no tener fin; no es una forma de hablar, es que literalmente no lo tienen. Montañas gigantescas con picos escarpados que desaparecen entre las nubes y hacen que, por un instante, parezca que estás más cerca de tocar el cielo, sobre todo si te sales de la carretera y te despeñas montaña abajo.

Silverton, Colorado.

El culo del mundo.

—Uff… —bufo.

Retiro un segundo la mirada del frente y miro por el retrovisor para confirmar que la carretera sigue desierta. Nada detrás y nada delante, excepto otra curva más… Es justo ese tipo de paisaje que la gente describe como impresionante cuando lo vive en plan turista.

—Dos meses —murmuro, como un mantra—. Dos meses y me largo.

El motor del viejo Jeep protesta un poco al tomar la siguiente pendiente, se revoluciona, pero aguanta perfectamente. Siempre lo

hace y sonrío, mientras paso una mano por el salpicadero como si fuera un caballo desbocado.

—Muy bien, campeón.

Sé que podría tener otro coche, pero le tengo cariño a este trasto. Sobre todo, porque me lo vendió Cameron cuando acabamos la universidad y él se fue a jugar con los Chicago Bulls. Recuerdo que ese día llegó a mi casa con una sonrisa de idiota y me lanzó las llaves, diciendo que me lo vendía barato. La verdad es que casi me lo regalaba, e insistió tanto en que me lo quedara, que acabé aceptando.

Estoy hablando con Dakota por el manos libres del coche, pero la cobertura del móvil va y viene. Miro la señal, que durante unos segundos desaparece por completo, y luego vuelve haciendo que la llamada se reconecte sola.

—Travis, ¿sigues ahí? —me pregunta Dakota al otro lado.

—Depende —respondo sin apartar la mirada de la carretera—. ¿Vas a seguir psicoanalizándome?

—Soy tu psicóloga, idiota —replica ella, y oigo la risa de Garret de fondo.

—No le hagas caso, pecas —dice mi amigo a su chica—. Está de mal humor porque ahora va a vivir en *Heidilandia*.

—Vete a la mierda Garret —mascullo, y él se ríe divertido.

—Yo también te quiero, gruñón.

—Veo por la ubicación que nos enviaste que ya estás llegando —me informa Dakota, que ignora como siempre nuestro intercambio de piropos.

Me fijo en un cartel de metal a la derecha de la carretera que anuncia: «Bienvenido a Silverton». Las letras están desgastadas y pardas por el sol. Al pie de la señal hay flores plantadas, con la pretensión de compensar que este lugar está en el fin del mundo.

—¿Ya estás entrando en el pueblo? —vuelve a preguntar. Inspiro y exhalo por la nariz.

—Desgraciadamente, sí.

—No seas pesimista… Sabes que es justo lo que necesitas —me dice ella con voz calmada que consigue que yo suelte una risa amarga.

—Claro que sí —ironizo—. Justo necesito vivir en un pueblo de quinientas personas que está en mitad de la nada.

—Setecientos uno —me corrige Garret.

—¿Qué?

—Lo he buscado en *San Google* —comenta Garret—. Tiene setecientos un habitantes y, ahora que has llegado, contigo, tiene setecientos dos. Eres importante para *Heidilandia*.

—Vete a la mierda.

—¿Podéis parar un segundo? —se queja su prometida—. Travis, es más tranquilo que Iowa —recalca Dakota, y aprieto el volante al saber que tiene razón.

Guardo silencio durante un instante y pienso que estas once horas de viaje se reducen a este lugar, que es tan pequeño como una jodida caja de cerillas.

—Travis, como tú psicóloga que soy, y sabiendo todo lo que has pasado, sé que necesitas empezar en un lugar tranquilo donde hay menos…

—Hay menos de todo —la corto.

—Exacto.

—Es una primera toma de contacto con el mundo, desde…

—Lo sé —vuelvo a cortarla.

Entro por Greene Street que, por lo que indica el navegador del coche, es la calle principal del pueblo. Reduzco la velocidad y me fijo en las aceras anchas y los edificios bajos, en su mayoría de madera y con fachadas que han vivido años mejores.

—El inspector Charles me comentó que ahí nunca pasa nada —insiste Dakota—. Eso es bueno para ti.

Me fijo en un hombre que cruza la calle sin prisa. Una mujer que está regando las plantas frente a una tienda lo saluda feliz, mientras dos niños pasan por mi lado en bicicleta, sin casco y riéndose sin prisa.

—Sí… se nota que aquí nunca pasa nada —murmuro.

—Eso es bueno —interviene Garret—. Así puedes hacer senderismo y el aire limpio de las montañas lo mismo te ayuda a reconectar con el universo y contigo mismo.

—Como vuelvas a decir una gilipollez así, te cuelgo.

—Estás bloqueado emocionalmente, hermano.

—Dos meses —añade Dakota, ignorando nuestra pequeña discusión—. Es el tiempo conveniente que también ha aprobado tu inspector.

—Dos meses —repito.

—Así es —comenta alegre Dakota—. Dos meses y vuelves a casa.

Guardo silencio y no respondo. Porque volver a casa suena aterrador al recordar aquel último servicio… Aquel incendio en el que no quedó otra opción que salir corriendo de las llamas del mismísimo infierno aun sabiendo que él se quedaba dentro. Aprieto la mandíbula e intento respirar cuando noto de nuevo mi corazón correr por libre, de forma descompensada y arrítmica. Hago varias inspiraciones profundas que me ayuden a tranquilizarme.

—Este lugar es algo temporal —añado, para convencerme—. Estoy aquí porque tú has decidido que es lo mejor para mí, no porque quiera.

—No me importa lo que tú quieras —dice ella con autoridad—. Necesitas tener nuevamente una rutina de trabajo antes de volver.

Guardo silencio porque, aunque lo odie, sé que tiene razón.

Paso frente a un edificio de ladrillos rojos que se alza con una autoridad discreta sobre el resto del pueblo. Tiene solo dos plantas, pero parece más grande que cualquier otra construcción de la zona. En lo alto, un campanario recorta su silueta contra el cielo de Silverton, vigilando las montañas que rodean el valle.

Sobre la fachada destaca el cartel de «Silverton City Hall», y a ambos lados dos sólidas columnas de piedra enmarcan una puerta de madera maciza que impone respeto, junto a un par de banderas que ondean al viento.

Sigo conduciendo y entonces me fijo en un local que llama mi atención.

—Escuchad —comento—. He visto lo que parece un supermercado, así que voy a parar a comprar algo antes de llegar a la estación de bomberos.

—Está bien. Luego me cuentas qué tal te ha ido.

—No es un crío —se queja Garret.

—Vale, hablamos preciosa. —Sonrío, sabiendo cómo tocarle las narices a mi amigo.

—Gilipollas… —Oigo que masculla celoso, pero cuelgo antes de que alguno de los dos diga algo más.

Me quedo en silencio, mientras una sutil melodía *country* suena en la radio y bajo la ventanilla un poco para recibir el aire cálido del mediodía. Pese a ser uno de julio, no hace tanto calor como pensaba. Respiro e inhalo, huele a montaña, a madera y el aire está limpio, es una sensación extraña, sobre todo cuando estás acostumbrado a la contaminación de la ciudad.

Aparco frente a un supermercado pequeño y leo el letrero de Mandi´s junto a un par de carteles de ofertas de productos pegados en el escaparate. Apago el motor y me quedo unos segundos dentro sin retirar las manos del volante.

—Dos meses —repito en voz baja.

No es un mantra, ni tampoco es una promesa… Es una cuenta atrás.

Bajo del coche y miro de nuevo a mi alrededor, la gente camina sin prisa, nada que ver con Iowa. Meto las llaves en el bolsillo de mis vaqueros y me dirijo a la puerta del supermercado. Esto no es para siempre, tan solo es una pausa para poder volver a mi vida.

La puerta del establecimiento responde con un tintineo metálico cuando la empujo. Veo que justo en la entrada hay varios carros de la compra, pero no necesito ninguno porque tengo pensado comprar solo algo para picar. Así que, cojo una cesta y deambulo por los pasillos sin mucha idea de qué elegir.

Solo sé que son las doce de la mañana y que tengo ganas de comer algo rápido. Además, los primeros días prefiero comprar comida preparada para no tener que cocinar. Una mujer mayor me mira mientras llena una bolsa con manzanas, me analiza varios

segundos con interés tratando de ubicarme en algún lugar de su memoria, pero no lo consigue. Normal, no soy de aquí.

Sonrío negando para mis adentros y mi mente me repite una vez más… dos meses y me largo. Doblo la esquina de un pasillo y cojo una botella de batido de chocolate. Sigo caminando y al fondo veo un expositor de esos de cartón que debería de estar lleno de bolsas de dulces y pasteles, pero solo queda una de chocolatinas.

Perfecto, eso es justo lo que necesito. Un poco de comida basura que saciará mi apetito hasta que acabe la reunión con el inspector. Me acerco y estiro la mano hacia la bolsa. Entonces, algo pequeño, rápido y pelirrojo se mueve delante de mí.

Un niño aparece de la nada de detrás del expositor y agarra con su manita la misma bolsa que yo estoy sujetando. Mi mano y la suya se aferran al mismo paquete. Lo miro y veo que me observa de arriba abajo con descaro. Debe de tener unos tres años, quizás cuatro, como mucho. Lleva el pelo desordenado, una camiseta con una mancha seca de comida y, cuando su mirada tropieza con la mía, me encuentro con los ojos más verdes que he visto en mi vida. En ellos no hay miedo ni duda, solo decisión.

—¡Eh, enano! Suéltala —le ordeno.

—Es mía —dice con descaro.

—¿Perdona?

—Yo la he visto primero, búscate tu otra —me reta.

Miro la bolsa, y luego lo miro a él. Sé que esto es ridículo e infantil, pero pienso que este mocoso no me va a tocar las narices. Bastante con tener que soportar pasar en este pueblo todo el verano como para que me robe un crío la última bolsa de chocolatinas.

—No —respondo afianzando mi agarre sobre la bolsa—. Búscate otra cosa.

—No —dice sin dudar.

—Sí.

—No —repite con cabezonería.

—Mira, niño… No vamos a discutir por unas chocolatinas.

—Sí vamos a discutir —me asegura con determinación.

Sonrío porque, joder, esto se pone interesante. Aprieto un poco más la bolsa y él también la agarra con fuerza. Es una tensión

ridícula, absurda e infantil, pero este enano me está tocando las pelotas.

—Suelta —dice tirando de la bolsa, pero la retengo con más firmeza para que no pueda arrebatármela.

—¿Dónde están tus padres? Deberían enseñarte que no se roba a los adultos —le digo con soberbia, y veo cómo me fulmina con la mirada.

—Está comprando verduras —responde.

Miro en el pasillo y veo que no hay nadie más salvo nosotros dos. Entonces, hago algo que no se espera que hiciera ningún adulto responsable. Le gruño y doy un paso hacia él para intimidarlo. Mi plan surte efecto y el pequeño afloja su agarre al dudar un instante. Entonces aprovecho y le quito el paquete de las manos.

—Míos —celebro sonriente.

Lo miro divertido y espero un grito, un berrinche y que rompa a llorar. Pero, para mi sorpresa, no lo hace y tampoco se asusta de mi metro ochenta y cinco cuando me pongo frente a él. Me mira mal, cruza sus brazos y noto que me juzga como si hubiera hecho algo imperdonable.

—Esto no va a quedar así… —me amenaza el crío, apretando los puños con fuerza.

—Uhhhh… mira cómo tiemblo —digo con voz fingida.

El niño frunce el ceño ofendido de verdad, pero no llora ni patalea. Solo me examina en un intento de memorizar mi cara antes de salir corriendo por el pasillo.

Sonrío orgulloso de mi victoria.

Doy media vuelta con el paquete de chocolatinas en la mano y casi choco contra alguien. Me detengo y la observo.

Una chica, con el pelo rizado y pelirrojo como una zanahoria silvestre. Lleva una camiseta blanca con manchas de pintura celeste combinada con unos vaqueros cortos, que muestran unas piernas esbeltas, y unas zapatillas desgastadas. No parece preocuparle su aspecto. Calculo que no debe de tener más de veinticinco años. Empuja un carrito de la compra mientras revisa una lista escrita a mano. Parece concentrada en lo que está leyendo hasta que el pequeño ladrón aparece a su lado y me señala directamente.

—Es él —dice indignado—. Me ha robado mis chocolatinas.

Me cago en mi suerte. Chivato.

Ante la acusación del niño, la chica lo mira un instante y luego fija la vista en mí sin amabilidad ninguna. En su rostro se perciben unas ojeras marcadas bajo unos ojos aún más verdes que los del niño que está a su lado.

—¿En serio? —me pregunta incrédula y mira la bolsa que tengo en mis manos.

—En serio —afirma el niño antes de que yo pueda responder.

—No es un robo si lo coges primero —me defiendo, y ella inclina la cabeza un poco, evaluándome y estudiándome de arriba a abajo.

—Tiene cuatro años —me explica la chica.

—Reflejos lentos.

—Podría habérsela dado —replica al ver el *stand* vacío.

—Es un Grinch —dice el pequeño, y razón no le falta.

—William, eso no se dice —lo corrige sin apartar la vista de mí.

—Es la verdad, mamá —insiste el crío—. Yo las cogí y él me las ha quitado.

Perfecto, es su madre, aunque es demasiado joven. Mi cabeza hace un perfil de la chica en unos segundos; viendo su rostro cansado, pienso en que probablemente fue madre soltera demasiado joven y no sabe ni quién es el padre.

—¿Es verdad que se las has quitado? —me pregunta la madre.

—Yo las cogí primero —añado en mi defensa, y ella mueve la cabeza despacio, negando.

—Will, cariño, mejor coge otra cosa —comenta la chica que ya empuja el carro y me mira con decepción—. Podría molestarme en explicarte por qué quitarle algo a un niño pequeño te convierte en un imbécil funcional —me increpa—, pero viendo la escena que has montado, dudo que tengas neuronas suficientes para procesarlo.

Reconozco que no me esperaba un comentario tan descarado. La observo un segundo más y me fijo, de nuevo, en la ropa descuidada y en el pelo alborotado para llegar a la conclusión de que, desde luego, no es mi tipo. Ni de lejos… pero ¿por qué cojones no dejo de mirarla?

Aparto la vista antes de que se dé cuenta, mientras ella pasa de largo por mi lado, coge una bolsa de patatas y se la da al pequeño.

—Mejor nos llevamos estas patatas fritas, son mis preferidas —le dice intentando convencerlo.

—Sí, pero…

—Otro día vendremos a comprar las chocolatinas.

—Está bien —acepta el niño con resignación y coge la bolsa que su madre le da—. Eres malo —dice volviendo esos ojos esmeralda hacia mí.

—Lo sé —respondo con naturalidad.

Ella suelta un bufido y sé que se está mordiendo la lengua para no decirme nada más. El niño me mira serio y entrecierra los ojos en un intento de hacerme desaparecer, mientras que agarra con fuerza la bolsa que tiene entre las manos.

—No me gustas ni un poquito *ogrosaurio* —añade el pequeño.

—Lo mismo te digo minihumano —respondo.

Ella niega en silencio, aparentemente agotada de compartir el mismo oxigeno que yo.

—Will, vamos —le dice ella ignorándome.

Veo cómo la madre coge de la mano al niño y camina hacia otro pasillo sin mirar atrás. Me quedo solo, con los dulces en la mano, y sé que me he comportado como un capullo, pero no pienso dejar que nadie en este pueblo me toque las narices, y mucho menos un mocoso de cuatro años.

Cuando llego por fin a la caja, la pelirroja está delante de mí poniendo su compra en la cinta. Pan integral, huevos, leche, cereales infantiles, brócoli, fruta y una bolsa de patatas fritas. La observo en silencio y veo cómo paga con tarjeta sin mirar siquiera el importe de la compra. Vale, mi cerebro cambia de idea y piensa que entonces no es una madre soltera que vive de ayudas, quizá sea una mantenida. Juro que ese pensamiento me llega solo, como un reflejo. Sé que no tiene sentido juzgar así a las personas, pero mi cabeza necesita clasificarla, etiquetarla… Porque si resulta que se vale por sí misma, trabaja y está criando sola a ese crío sin depender de nadie… tendría que admitir que está llena de carácter y eso explicaría por qué sigo mirándola. Me gustan las mujeres fuertes.

La pelirroja coge las bolsas con una sola mano, mientras que con la otra sujeta al niño, al que lleva en brazos apoyado contra su cadera. Me sorprende que no necesite ayuda, ni que tampoco la pida. Y, por alguna absurda razón, eso me impresiona. Camina hasta la salida y, justo antes de empujar la puerta, se gira y me mira con desprecio.

—Espero que te atragantes con las chocolatinas —dice con una sonrisa tan fría que podría congelar el mismísimo infierno.

—Lástima que no puedas quedarte para comprobarlo —respondo con una mueca maliciosa.

CAPÍTULO 3



Aparco enfrente de la estación de bomberos con media chocolatina en la mano. Me fijo en el edificio de ladrillos rojos de una sola planta; parece que alguien hubiera construido una maqueta en miniatura de una estación de bomberos real y la hubiera dejado en este pueblecito. Dos camiones están aparcados en la puerta, limpios y relucientes. Todo parece de juguete si lo comparo con el inmenso parque de bomberos en el que he estado trabajando los últimos cinco años.

Trago el último sorbo del batido y me limpio la boca con el dorso de la mano. Mi mente me grita una vez más que esto es algo temporal.

Entro en el edificio y todo está en silencio, no hay gritos, ni radios emitiendo órdenes cruzadas. Solo el chirrido de un ventilador que gira despacio en el techo y mueve los carteles del cuatro de julio que están clavados en el tablón de anuncios.

Dos meses.

Un hombre mayor, con el pelo blanco y un bigote espeso, sale del despacho del fondo de la nave y me sonríe en cuanto me ve.

—Travis Dixon —dice con una amplia sonrisa y me tiende la mano a modo de saludo.

—Inspector —lo saludo estrechando su mano.

—Michael está bien. Aquí no nos tomamos tan en serio los cargos, todos somos iguales —me comenta con amabilidad, y yo asiento.

—Gracias por aceptarme.

—Ha sido un placer. Tenerte aquí es una suerte —responde sin dudar—. Tu inspector, Charles, me ha hablado maravillas de ti.

—Seguro que ha sido generoso con sus comentarios —bromeo con una sonrisa y él responde mientras niega.

—Dice que eres de los mejores sargentos que el cuerpo de bomberos de Iowa ha tenido en años.

—Es un exagerado —replico risueño.

—Y también me habló de aquel accidente, el que te ha tenido de baja casi un año —continúa y la sonrisa se me borra de golpe—. Chico, esas cosas nos recuerdan que no somos invencibles.

No hay juicio en sus palabras, asiento y trago saliva.

—Así es, inspector.

—Michael —me corrige de nuevo—. Aquí no tenemos incendios industriales, lo más emocionante en verano suele ser apagar alguna hoguera de algún turista imprudente.

—Suena relajante.

—Lo es. Silvertone es un pueblo pequeño y tranquilo, pero te aseguro que está lleno de vida.

—No lo dudo.

—Aquí tienes tu uniforme —comenta al entregármelo en una bolsa de tela bastante grande—. Tendrás dos más. Los podrás recoger en mi oficina el día que te incorpores a tu primer servicio. El cuatro de julio.

—Eso es dentro de tres días.

—Correcto, creo que te vendrá bien estos días para asentarte.

—Perfecto —le digo, aunque me sobran dos porque he traído lo mínimo, una maleta con ropa.

—Ven, te voy a enseñar la vivienda donde te alojarás.

—¿Vivienda? Pensé que dormiría aquí mismo —dudo y él niega sonriente.

—Aquí no duerme nadie. Esta es una estación pequeña y tenemos un par de apartamentos que se construyeron para los bomberos

voluntarios. Llevaban años cerrados y, curiosamente, este verano ambos están ocupados —me informa.

—Muchas gracias. No pensaba que fuera a tener una casa para mí solo —confieso.

—Pues estás de suerte, el primero B es el tuyo. Compartes el jardín delantero y el aparcamiento con tu vecino.

—Gracias inspector —digo con sinceridad.

Salimos a la calle y él señala un par de casas que se ven al final de la misma. Así que dejo mi coche donde está y voy caminando junto a él. Me echo la bolsa con el uniforme a la espalda y me fijo en las dos casas de madera a las que el inspector se refiere. Una de ellas está recién pintada de celeste claro y se nota que alguien ha querido que parezca habitable, a diferencia de la otra, cuya fachada está desgastada por el paso de los años.

Me fijo en el coche blanco que hay aparcado frente a las casas y entonces veo una pelirroja sacando bolsas de la compra del maletero. Una pelirroja, con la camiseta manchada de pintura celeste, vaqueros cortos y… joder. No es posible.

La chica sube los escalones de la casa que tiene mejor aspecto y entra. Del coche se baja el minihumano del supermercado, que me reconoce y se queda quieto un instante.

—¡William! —grita el inspector alegre.

—¡Abu, abu! —exclama feliz el niño mientras corre hacia el hombre que está a mi lado, quien se agacha para cogerle.

Cuando el abuelo se pone de pie con el crío en brazos, este me mira serio y sonrío.

—Will, te presento al nuevo fichaje —anuncia orgulloso Michael.

El niño parpadea, me observa serio y abraza a su abuelo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —pregunta su abuelo divertido y el niño niega con énfasis, moviendo la cabeza a ambos lados con rapidez.

—No —susurra.

—Harper —grita Michael a la chica pelirroja que sale de la casa y se queda tan sorprendida como su hijo al verme—. Te presento a Travis Dixon, el nuevo bombero voluntario para la temporada de

verano —le comenta Michael ajeno a la tensión que hay en el ambiente—. Travis, ella es Harper, bombera en prácticas… y mi hija.

«¡Me cago en todo! ¿Cómo diablos puedo tener tan mala suerte?», grita mi mente.

—Trabajaréis juntos —añade feliz Michael.

Harper no aparta la vista de mí y se cruza de brazos, mirándome de arriba a abajo con descaro y negando para sí.

—No sabía que ahora se admitía aquí a cualquiera —dice seria y sonrío porque es una contestona como su hijo.

—Cariño, sé que aprenderás mucho de él. El sargento Dixon ha estado en los mayores incendios del país —comenta con orgullo y veo cómo el pequeño que tiene en brazos comienza a observarme con curiosidad.

—Tal vez es un vendehúmos —sonríe con malicia.

—¿Quieres comprobarlo? —le pregunto. Empiezo a sentir que esta mujer me saca de quicio.

—Tendréis tiempo de sobra. —Nos corta el inspector—. Esa de la izquierda es tu casa —añade dándome unas llaves.

—Pero… aquí vivo yo —se queja su hija.

—Y ahora él vivirá al lado —le informa mientras deja al pequeño en el suelo—. Me tengo que ir, he quedado con Anthony para coger la bici. Bienvenido a Silvertone, sargento Dixon.

—Gracias.

El niño corre hasta el lado de su madre y se agarra de su camiseta sin dejar de observarme cuando me acerco a ellos.

—Así que bombero… —susurra Harper, que sigue cruzada de brazos, y sonrío solo para molestarla un poco más.

—Así que bombera… —replico—, en prácticas.

—Algo que tú también fuiste —me recuerda y asiento.

—Eso fue hace mucho.

—Se nota —comenta y levanto una ceja divertido.

—Ah, ¿sí?

—Sí, los voluntarios suelen ser humildes y respetuosos, pero tú… Tú solo pareces tener ganas de mirarte al espejo.

—Mamá… —Will tira de su camiseta para llamar su atención—. No le provoques que te gruñe.

—Pensaba que los bomberos en prácticas eran más educados con sus superiores —la provoco y veo cómo niega.

—Y yo pensaba que los sargentos no eran tan *gilipichis*.

—¿*Gilipichis*? —cuestiono divertido soltando una carcajada.

—No digo palabrotas delante de mi hijo —responde seria.

—Vaya, que detalle. ¿Siempre eres así? —pregunto.

—¿Así cómo?

—Sacando conclusiones sobre las personas en cinco segundos.

—¿Y tú no haces lo mismo? —inquiere con una sonrisa fingida. *Touché*. Ahí me ha pillado.

—No sabes cómo soy —le aseguro.

—Sé lo suficiente y dudo que sepas trabajar en equipo.

Eso ha sido un golpe bajo. Mi sonrisa se borra de golpe, ella frunce el ceño al percatarse de que ha tocado en un lugar sensible de mi ego y yo niego levemente.

—No deberías de subestimar a tu sargento.

—No pienso llamarte sargento.

—Entonces, llámame Travis.

—Creo que Grinch te queda mejor.

—Qué creativa —ironizo.

—Realista.

La miro y sonrío al confirmar que es una respondona.

—¿Tu pareja cómo te soporta? —le pregunto y veo cómo su expresión cambia.

—Eres un *cabrito* —sonríe, aunque en sus ojos hay puro fuego.

—Chispita, solo tenía curiosidad.

—Pues ahórratela —responde tajante—. Will, vamos adentro.

—No quiero que el *ogrosaurio* sea nuestro vecino —se queja el niño.

—El sentimiento es mutuo, minihumano —aseguro y Harper me fulmina con la mirada.

—Por suerte, solo estás de paso —me recuerda y asiento.

—Dos meses —le informo y ella sonríe, pero no precisamente de forma amable.

—Perfecto. Me alegra que tengas fecha de caducidad.

—Así no te encariñas —comento y le lanzo un guiño.

—Créeme, no pensaba hacerlo —responde y doy un paso hacia ella.

—Ya veremos.

—No —dice firme—. No lo veremos.

—Terminarás echándome de menos —añado, volviendo a guiñarle un ojo y sonriendo con soberbia.

—Haré una fiesta el día que te largues —asegura, y yo no puedo dejar de sonreír porque, joder, me saca de quicio.

—Perfecto, llevaré las bebidas.

—No estarás invitado.

—Todavía queda mucho verano —le recuerdo.

Veo cómo sus ojos verdes se achinan cuando sonríe y niega para sí, intentando evitar que se le escape una carcajada.

—Desgraciadamente tendré que soportarte —responde—. Vamos entra en casa Will.

Coge al niño de la mano y me molesta que no quiera seguir discutiendo.

—Nos vemos, chispita.

Se detiene un segundo y se gira para mirarme de nuevo.

—No me llames así.

—Tú me llamas Grinch.

—Porque lo eres.

—Estamos en paz.

Ella guarda silencio, nos quedamos mirándonos y noto un tirón en el estómago que no debería haber aparecido. Harper vuelve a negar y se gira. Mis ojos se fijan de nuevo en su ropa y en el cabello rizado que cae por su espalda, claro reflejo de su espíritu salvaje. Y también se fijan en su culo redondo y otra vez noto ese tirón incómodo dentro de mí. El niño me mira antes de entrar en su casa y levanta la mano.

—Adiós, *ograsaurio*.

—Nos vemos, minihumano.

Desaparece dentro de la casa y la puerta se cierra con un golpe seco. El silencio se queda conmigo. Resoplo y paso la lengua por el interior de mi mejilla mientras observo las dos casas.

—Perfecto… No ha podido salir mejor el plan de Dakota —murmuro subiendo los escalones de mi nuevo alojamiento.

Necesitaba una primera toma de contacto con el trabajo, en un lugar tranquilo. Tranquilo, dijo… Un pueblo pequeño, en el que no pasa nada… Seguro… Me ha tocado una vecina pelirroja que ya me está complicando la vida.

Dejo la bolsa con el uniforme junto a la puerta y miro hacia su casa otra vez. Me fijo en el espacio que separa ambas puertas y confirmo que es ridículo porque están demasiado cerca y sé que tenerlos de vecinos va a ser una jodida tortura. El crío no me soporta y su madre me saca de quicio. Pensar en la idea de compartir turno con ella… Mierda. Desde luego que va a ser un verano muy largo.

CAPÍTULO 4



Estoy poniendo la ropa en el tendedero portátil mientras que Will está subido a una silla junto a la ventana del salón, tiene apoyadas las rodillas en el asiento y está mirando con descaro a nuestro vecino.

—William, deja de espiarlo —le pido por tercera vez.

—No estoy espiando mami, solo estoy vigilando —responde muy serio y sonrío.

—Vigilar y espiar es lo mismo —le explico.

—Mamá.

—¿Qué?

—El *ogrosaurio* está bajando una maleta gigante del coche.

—Se llama Travis.

—Es gruñón como un ogro y tan peligroso como un dinosaurio T-Rex, así que es un *ogrosaurio*.

—No seas maleducado —le digo, aunque no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa al oír su explicación.

—Él empezó robándome mis chocolatinas.

—Muy bien, pues sigue vigilando.

Me doy por vencida y sigo tendiendo la ropa mientras intento no pensar demasiado en lo absurdo que es que mi nuevo vecino sea el mismo capullo capaz de quitarle los dulces a los críos en los supermercados y para colmo… mi nuevo compañero de trabajo.

¿Por qué diablos alguien como él vendría de voluntario a un lugar como este?

Desde luego no pensaba tener vecinos este verano. Según me contó papá, fue un aviso de hace una semana y, como siempre viene bien tener refuerzos por si acaso, mi padre aceptó al nuevo bombero voluntario para Silvertone.

Cuando hace dos meses le pedí a papá una de estas casas, fue porque estaba cansada de vivir con William en casa de mis padres y no quería darles más trabajo. Necesitaba seguir educándolo a mi manera, ya que mi madre le consiente todo. Necesitaba volver a tener el control de mi vida. Por suerte, al ser bombera en prácticas podía optar a una de estas casas de forma temporal; cuando tenga mi plaza definitiva, podré comprar una para los dos.

Kevin debe de estar al llegar; hoy se supone que viene a por Will. Miro el reloj del microondas y veo que son las siete y cuarto de la tarde, llegará en menos de una hora. Saco mi móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros y le escribo un mensaje.

Yo:
¿A qué hora vienes a buscar a Will?

Me quedo mirando la pantalla del móvil y veo que está en línea. Suspiro al pensar en que siempre está disponible para todos, menos para su hijo. Mientras espero a que responda, observo a Will, que sigue vigilando a nuestro nuevo vecino.

Ha pasado un año desde que me separé de Kevin, y al principio pensé que él y su familia me exigirían cumplir el acuerdo de custodia al pie de la letra, que no estarían conformes nunca y que no me lo pondrían fácil, pero no ha sido así. Los padres de Kevin nunca me llaman para preguntarme por su nieto y mi ex… solo cumplió la sentencia de la custodia compartida el primer mes. Después, llegaron las excusas. Estoy ocupado, tengo trabajo… En resumen, nunca venía a por nuestro hijo. En resumen, nunca venía a por nuestro hijo. Dejó de cumplir con su parte y aparece cuando a él le viene bien. Sé que Kevin dejó sus estudios al poco tiempo de

separarnos, no me sorprendió, y ahora trabaja en una inmobiliaria de alto *standing*. Mi móvil vibra y veo que ha respondido.

Kevin:
Iré en un rato, vamos a ir a cenar a la hamburguesería Cheese.

Yo:
Genial, a Will le va a encantar.
Te echa de menos.

Confieso; mi pequeño quiere a su padre. Aparece en la pantalla cómo empieza a escribir, luego deja de hacerlo y segundos después llega la respuesta.

Kevin:
No me echaría de menos si me dejaras vivir con vosotros.

Sonrío con amargura porque no es la primera vez que responde así. Nunca pierde la oportunidad de intentarlo.

Yo:
Puedes estar con Will todo el tiempo que quieras.
Sabes que no me importa.

Soy sincera, priorizo la felicidad de mi hijo por encima de todo y ojalá Kevin hiciera lo mismo.

Kevin:
OK.
Lo que tú digas.

Se desconecta y suspiro, joder, qué difícil es lidiar con este hombre. Suelto un bufido, mientras me froto la sien. Esta lucha constante es agotadora, porque cada vez que le explico que nuestro hijo le echa de menos, él lo convierte en la acusación perfecta contra mí. Como si fuera mi culpa que él se estuviera follando a aquella chica en nuestra cama. Supongo que se esperaba que le aplaudiera, que mirase hacia otro lado y olvidara lo ocurrido. Borrón y cuenta nueva. No pensaba hacer eso y él lo comprendió cuando al día siguiente volví a casa y recogí todas mis cosas y las de Will.

Él no dijo nada, sabía que todo estaba roto, y cuando entendió que no iba a volver con él, salió con Mia durante unos meses. Lo sé porque el mes pasado vino a por Will e insistió en que fuéramos los tres a cenar juntos porque ya no tenía pareja. No sé si pensaba que estaba tan desesperada como para correr a sus brazos, pero estaba muy equivocado.

Pero si ahora no tiene novia ¿por qué no pasa más tiempo con su hijo?

Quince minutos más tarde, el timbre de casa suena e imagino que es él; mi pequeño da un salto de la silla y corre como un rayo para abrir la puerta.

—¡Papi!

—William, espera —digo, pero ya ha abierto.

Al otro lado de la puerta está Ginebra, con una gran sonrisa y dos cajas de *pizzas* en las manos.

—Hola enano —lo saluda y veo cómo mi niño agacha la cabeza, se gira y camina de nuevo hacia su torre de control.

—Hola Gin… —susurro.

Mi amiga me mira confusa y niego, no es momento de darle explicaciones delante de mi hijo.

—William, ¿qué te tengo dicho de abrir la puerta sin ni siquiera preguntar? —le advierto y él suspira.

—Pensé que era papá… —responde encogiéndose de hombros.

Está decepcionado y la tristeza que veo en su rostro me atraviesa el corazón como una aguja de acero. Miro el móvil para ver si me ha dicho algo nuevo y hay un mensaje.

Kevin:

No puedo ir a por Will.

Me ha salido un imprevisto.

Claro, seguro que sí. No respondo, miro a Ginebra, que nos observa en silencio, y sé que sabe sumar dos más dos.

—¿Todo bien? —me pregunta entrando en casa.

—Lo de siempre —respondo y ella asiente.

—Traigo dos deliciosas *pizzas*, y una de ellas es la favorita de Will —canturrea para llamar la atención de mi pequeño.

—¿Tiene *pepperoni*? —pregunta mi hijo con la mirada iluminada.

—Extra de *pepperoni* —confirma Gin con solemnidad.

—¡Chupi!

Mi chico salta de felicidad y le lanzo una mirada de agradecimiento a mi amiga, que ha sido el salvavidas de esta noche. Cierro la puerta y me agacho frente a mi pequeño.

—Cariño, papá está trabajando, así que cenamos pizza con Gin. ¿Vale? —Él me observa un segundo y asiente.

—Pero ¿vendrá mañana a por mí?

—Estoy segura de que sí —intento animarlo y él sonríe.

No dice nada más y vuelve a encaramarse en la silla para mirar por la ventana a nuestro nuevo vecino. Ginebra se asoma para ver que hay ahí afuera que le causa tanta curiosidad y sonríe al ver lo mismo que yo también estoy observando.

—¿Quién diablos es tu nuevo vecino? —me pregunta mirando con descaro hacia la casa de al lado donde está Travis entrando cargado con dos bolsas en las manos.

—Es un bombero voluntario, para la temporada de verano —le aclaro quitándole importancia mientras le cojo las cajas de *pizza* y las pongo en la mesita del salón.

—Mmm… Así que bombero… —Sonríe con picardía Gin.

—Y también es un ladrón de chocolatinas —añade Will.

—¿Qué? —pregunta mi amiga sentándose en el sofá.

—Que es un *ogrosaurio* —responde mi pequeño y la confusión de mi amiga crece un poco más.

—Anda ven, siéntate con la tía Gin y cuéntame todo sobre vuestro vecino. —le pide dando dos golpecitos en el sofá y Will corre hacia su lado.

Mi hijo le cuenta el encontronazo del súper a Ginebra, que no puede ocultar su asombro, y no es para menos. Menudo capullo está echo mi vecino. Ginebra se ríe como si le estuviera contando un chiste, mientras que Will sigue explicándole todo muy serio.

Nos sentamos a cenar los tres. Ginebra no hace comentario alguno sobre Travis y sé que solo está esperando el momento en

que estemos solas. Will se mancha la camiseta de salsa de tomate y Gin le limpia con una servilleta de papel. Por un momento todo en mi vida está bien y sonrío dichosa de tenerla a mi lado.

Como siempre que termina de comer, Will va al cuarto de baño a lavarse los dientes como un hombrecito responsable y en cuanto se queda dormido en el sofá, lo cojo en brazos y lo llevo hasta su cama. Lo arropo, le doy un beso en la frente y me quedo mirándolo un instante; sonrío y me siento dichosa de tener este tesoro en mi vida. Ser madre no entraba en mis planes con diecinueve años, pero comprendo que la vida no se puede planear, simplemente sucede.

Regreso al salón y Ginebra sale de la cocina con un par de copas de vino en la mano. Me ofrece una y ambas nos sentamos en el sofá.

—Entonces, tu vecino cañón es un cabrón —dice y me encojo de hombros mientras le doy un sorbo a mi copa.

—Es un gilipollas.

—Pero está muy bueno. Tía, es un bombón de chocolate.

—Te recuerdo que estás prometida —sonrío y ella asiente.

—Y tengo ojos para ver y admirar una obra de arte —añade.

—No es para tanto.

—¿De verdad? Tía, ¿has visto qué pedazo de espalda tiene? Y esa camiseta ajustada de mangas cortas muestra unos brazos fuertes para agarrarte y empotrarte cómo cajón que no cierra —comenta y sonrío.

—Gracias por la descripción tan gráfica.

—Soy realista, Harper, llevas casi un año sin sexo… ¿cómo puedes no tener ganas de follar?

—Claro que tengo ganas —aseguro—. Pero, Will es mi prioridad y en este pueblo no es que tenga muchas opciones.

—Pues esta es tu oportunidad.

—¿Qué?

—Lo que oyes, está de paso…

—Es mi sargento —respondo—. Y también mi vecino.

—Oh, mejor aún. ¿Te lo follarías?

—No, nunca hay que mezclar trabajo y sexo.

—Está aquí de paso —insiste.

—Es un gilipollas, Gin, es arrogante, provocador y me saca de quicio.

—No me importa, eso no responde a mi pregunta —comenta dando un sorbo a su copa de vino.

—Es insoportable.

—Eso tampoco responde a mi pregunta, ¿te lo follarías?

—Si no fuera un cabronazo, sí. Me lo follaría —respondo y siento cómo un fuego interno se enciende en mi interior mientras mi amiga sonríe. Es bochornoso admitirlo en voz alta.

—Esa es mi chica —comenta orgullosa y yo la fulmino con la mirada.

—Este verano va a ser muy largo.

—Y muy entretenido —responde alzando las cejas divertida—. Esta noche seguro que coges tu Satisfyer y te das cariño pensando en el bombón de chocolate que está en la casa de al lado.

—No seas cochina.

—Soy realista, eres una mujer y tienes tus necesidades.

—Mi necesidad ahora mismo es que el padre de Will ponga un poco de interés en su hijo —le digo recordando el mensaje que tengo sin responder en mi móvil.

—Ha vuelto a fallar… ¿qué excusa te ha puesto hoy?

—Le ha surgido un imprevisto —contesto enseñándole el mensaje y ella lee la breve conversación.

—No es ninguna sorpresa que sea la tercera semana que no hace por ver a su hijo —me aclara.

—No voy a discutir más con él.

—Lo mejor que haces.

—Pero es que… —dejo la copa en la mesa y me paso una mano por el pelo— Will, le echa de menos.

—Pero tú más no puedes hacer, eres flexible. No llevas la custodia compartida al pie de la letra, le dejas que venga el día que quiere a la hora que le dé la gana y el tiempo que quiera, y ni aun así cumple.

—Lo sé.

—Pues que le jodan, nunca me gustó para ti.

—No empieces…

—Vale, pero solo te digo que tienes que vivir más. Harper, tienes veintitrés años, eres una tía alucinante y solo necesitas priorizarte por una vez en tu vida.

Ginebra es como una hermana. Ojalá tuviéramos la misma sangre. La conocí cuando tenía seis años y mi padre fue destinado a Silvertone. Nos mudamos a una casita a las afueras del pueblo y ella era mi vecina. Me vio mientras ayudaba a mis padres a bajar las cajas de la mudanza y desde que nos presentamos, nos volvimos inseparables.

Crecimos juntas. Fuimos al mismo colegio y a la misma clase. Ella se enamoró en el instituto de Taylor y a día de hoy están prometidos. Taylor se graduó y se quedó con la cafetería de sus padres y Gin se vino conmigo a la universidad de Colorado, pero cuando perdió la beca en el segundo año de magisterio, se volvió al pueblo y comenzó a trabajar con Taylor en la cafetería, y ahí siguen.

Hablamos un rato más sobre los preparativos de la boda y se pone nerviosa, siempre le pasa igual, le queda solo tres meses para darse el sí quiero con el amor de su vida. Yo sonrío en mis pensamientos porque ellos son la prueba de que el amor del bueno todavía existe.

Me dejo caer de nuevo en el sofá cuando Ginebra se va y el silencio se instala en la casa. Cojo mi *ebook* y, antes de ponerme a leer, miro hacia la ventana para ver que la luz del salón de Travis está encendida. Está despierto. Seguramente está abriendo las cajas de la mudanza o desempacando su maleta con la ropa, o tal vez solo está bebiendo algo fuerte mientras piensa que este pueblo es demasiado insignificante para alguien como él. Resoplo, y por un segundo pienso en lo que me ha propuesto Gin. *¿Te lo follarías?* Aprieto los labios y mi mente grita ¡sí! ¡Maldita sea, sí! Y eso es exactamente un problema. Niego con la cabeza como si así pudiera borrar esa idea. Sería un error, uno enorme, y yo tengo cosas más importantes que hacer. Tengo un hijo de cuatro años que depende de mí, una plaza de bombera que ganarme sin que nadie pueda decir que es por mi apellido y una vida que sostener sola, como llevo haciendo este último año.

No necesito más complicaciones.

Mucho menos una con sonrisa arrogante, uniforme de bombero y esa absurda capacidad de sacarme de quicio. Vuelvo a mirar la luz de su casa y trago saliva al pensar en esta maldita casualidad.

Me prometo por enésima vez que nunca más voy a depender emocionalmente de nadie. No voy a dejar que un hombre vuelva a desordenarme la vida y no voy a confundir un poco de atracción sexual con lo que realmente quiero. Ya aprendí la lección con un capullo como Kevin.

Me levanto, dejo el *ebook* en el sofá y camino decidida hacia la ventana para cerrar las cortinas, pero antes de hacerlo, miro de nuevo a su casa. Lo veo de espaldas y aparto la vista. Cierro la cortina de un tirón y rechazo una vez más la propuesta de Ginebra. *¿Vas a follártelo?* No, no pienso acostarme con él. No lo soporto y no pienso perder mi paz mental por un tío con cuerpo de infarto que sabe cómo sonreír para provocar. Travis Dixon, es un creído y un arrogante.

CAPÍTULO 5



La maleta con mi ropa continúa en la puerta de mi habitación, sigue cerrada e intacta, como si estuviera esperando que alguien más decidido que yo se haga cargo de vaciarla.

Entro en la cocina, abro la nevera y me encuentro con lo justo. Un paquete de cervezas que metí hace un rato, un cartón de leche, una docena de huevos, una lechuga iceberg y un paquete de chocolatinas que le quité a un niño de cuatro años.

«Menú de campeón», sonrío.

Cojo un botellín de cerveza, que no está tan frío como me gustaría, y me vuelvo al salón. Me siento en el sofá y observo la estancia pensando en esta casa. Parece que nunca nadie decidió terminarla de decorar.

Paredes blancas, un mueble para la tele y el sofá. Pocos muebles y nada personal. Ni fotos, ni cuadros, ni recuerdos… es el lugar perfecto, para lo poco que voy a estar aquí.

Dejo caer la cabeza en el respaldo del sofá y pienso en que es demasiado incómodo, que no pega con la mesa que hay junto a la cocina y que las lámparas imitación de mimbre parecen elegidas por alguien que no tenía sentido del gusto.

Me da igual, desde luego, no pienso comprar nada. Ni una maldita planta, son solo dos meses y me largo. Mi móvil vibra y veo que es una videollamada grupal; sonrío dándole al botón de aceptar.

—Mirad quién ha sobrevivido a su primer día en *Heidilandia* —dice Garret nada más aparecer mi cara en la pantalla y todos se ríen.

—No vayas a empezar —respondo.

La pantalla de mi teléfono se divide en cuatro cuadros. En uno aparece Cam, con la camiseta todavía puesta de los Bulls y Samanta abrazada a él. En otra aparece Atlas con el pelo húmedo y Gabriela sonriente a su lado. En otra está Dakota con el insoportable de Garret y en la última pantalla mi hermana, Avery, que me sonríe con demasiada diversión.

—Hermanito, si quieres mañana mismo me voy para allá a hacerte compañía —comenta mi hermana.

—Ni se te ocurra —le advierto y ella amplía su sonrisa un poco más.

—¿Cómo es Silvertone? —me pregunta Cam mientras besa la sien de su chica.

—Es un pueblo tan pequeño como una jodida caja de cerillas y la estación de bomberos parece de Lego.

—¿Y ya has hecho algún amigo? —indaga Dakota como mi psicóloga que es.

—No, todo lo contrario —confieso.

—¿Lo contrario? —repite Atlas.

—¿Con quién has discutido? —me pregunta Cam ahogando una carcajada.

—Con un niño de cuatro años y su madre —les digo poco orgulloso de mis palabras y todos se ríen como si acabase de contarles un jodido chiste.

—Puedes ser un poco más descriptivo… —me pide interesado Garret y suspiro.

—Le robé un paquete de chocolatinas y a su madre no le hizo gracia.

Veo como todos se ríen y Atlas levanta una ceja sorprendido.

—Por favor, dime que la señora te pegó con el bolso —añade mi hermana.

—No es una señora —aclaro.

—¿Está buena? —pregunta Garret y Dakota le da un codazo.

—Garret —le reprende su chica con una sonrisa.

—Es una joven pelirroja, muy intensa —replico y Atlas silba.

—Eso no responde a la pregunta.

—Tiene carácter —contesto, porque es todo lo que pienso admitir.

—Eso es un sí —sentencia Gabriela alegre.

—Para mi mala suerte, es bombera en prácticas —comento.

—¡Oh! Esto se pone interesante —añade Sam.

—¿Trabajarás con ella? —me pregunta feliz mi hermana y asiento.

—Sí.

—Y, para mi desgracia, también es mi vecina.

—¡¿Qué?! —exclaman varios atónitos.

—La vida tiene un jodido sentido del humor, ¿no creéis? —digo dándole un sorbo a mi cerveza.

—¿Qué harías en otra vida para que el karma te odie tanto? —inquiere descojonado de risa Garret.

—Imbécil… —mascullo.

—Te vendrá bien —interrumpe Dakota.

—¿El qué?

—Una mujer con carácter.

—Solo voy a estar aquí dos meses —les recuerdo a todos.

—Mejor, el compromiso nunca ha sido tu fuerte —asegura Cam y pienso en que es verdad… Nunca he estado con una chica más de una noche.

—Vete a la mierda.

La conversación se está centrando en la diversión sobre mi desgracia y cambio de tema hablando sobre el partido de los Bulls que acaba de terminar. Durante los veinte minutos que dura la videollamada me siento afortunado de la familia que he elegido y de que, a pesar de estar en el culo del mundo, mi vida sigue esperándome en Iowa.

Cuando cuelgo, salgo a la terraza y miro el cielo estrellado, con la luna sobre las montañas. Es tarde y la noche aquí es silenciosa y más fresca que en la ciudad. La luz del salón de Harper está encendida y hay un coche que antes no estaba, seguramente ha llegado su marido o su novio, o lo que sea. Me apoyo en la barandilla y sigo mirando con descaro.

«Joder, ¿qué pretendo ver? No es asunto mío», me recuerda mi mente. Y sé que me importa una mierda con el tío que esté, pero no me muevo, tal vez porque a una parte de mí, que me niego a reconocer, le gustaría ver una última vez a mi vecina la gruñona. Diez minutos después, todo sigue igual, me canso y entro de nuevo en la casa. Voy hasta el que va a ser mi dormitorio los próximos dos meses y me tumbo en la cama; aquí todavía huele a cerrado.

A la mañana siguiente me despierto enredado en las sábanas y me molesta el sol que entra por la ventana. Joder, tampoco hay cortinas. Me levanto y abro la maleta para coger unos pantalones de algodón. Me los pongo y los ajusto en la cintura, camino hasta el baño, me echo agua fría en la cara, me miro en el espejo y pienso que mejor me afeito cuando vuelva.

Abro la nevera, cojo una chocolatina y pienso en que debí de comprar algo más aparte de cerveza, huevos y lechuga. Cierro la nevera mientras le doy un mordisco al dulce y salgo dispuesto a correr.

Justo en ese momento mi vecina también sale con el uniforme de bombera y un bolso negro colgado del hombro. Le habla a Will, que sale de la casa con un dinosaurio de juguete en la mano. Trago saliva pensando que debería de pasar de largo y ponerme a correr, pero me quedo como un imbécil mirándolos.

—¿Podemos comer lasaña? —pregunta el niño.

—Dile a tu abuela que nos la haga para almorzar, que a mí también me apetece —responde ella risueña mientras cierra la puerta con llave.

—¡Vale! —grita el crío y frunzo el ceño porque me molesta esa vocecita impertinente.

Me fijo en que el uniforme le queda grande, más de lo que debería, no debe de medir más de metro sesenta, es bajita frente a mi metro ochenta y cinco. Es pequeña, menuda y esa ropa esconde demasiado. No me extraña que en la cutre estación de bomberos que intenta sacarse una plaza nunca antes hayan tenido a una chica como bombera. Ella se gira y me pilla mirándola. Alza una ceja, se ajusta el asa del bolso y me pone mala cara.

—¿Qué?

—¿Qué? —replico y sonrío al ver cómo mira con descaro mi torso desnudo—. Una foto dura más.

—No quiero romper mi cámara —responde con una sonrisa de soberbia que me cabrea. Mira el reloj de su muñeca y niega para sí —. Miércoles… Vámonos peque.

—Hola, *ogrosaurio* —dice el niño serio.

—Hola, niño —respondo sin apartar la mirada de la pelirroja.

—Idiota —forma la palabra con los labios Harper, y sonrío al recordar que ella nunca dice palabrotras delante del crío.

Coge la mano de su hijo y camina con orgullo hasta el coche. Abre la puerta trasera, el niño sube y ella se inclina para abrocharle el cinturón de seguridad de su sillita. La chaqueta se le sube y mis ojos van a su culo.

Joder… Noto un tirón en mi entrepierna.

«Deja de mirar imbécil», me grita mi mente, como si fuera un crío de catorce años con las hormonas revolucionadas. Me obligo a mirar el cielo despejado de nubes y pienso que debajo de ese puto uniforme se oculta un cuerpo increíble. Ella cierra la puerta trasera, rodea el coche y abre la puerta del conductor. Se sube, arranca el coche sin dirigirme una mirada y se marcha.

Me quedo quieto hasta que la pierdo de vista y deduzco que hoy debe de tener turno de mañana y no puede dejar al crío solo en casa. ¿Eso significa que el padre del niño también trabaja? ¿O simplemente no quiere quedarse con él? Conozco tipos que prefieren dormir su mañana libre antes que quedarse con sus hijos. Niego al pensar en que es terriblemente joven para ser madre, en fin… No me importa.

Miro mi reloj, pongo el modo correr y comienzo calle abajo, en la misma dirección que ella se ha ido hace un instante. Intento centrarme en mi respiración, en el ritmo de mis pisadas y en el aire frío que entra en mis pulmones, pero en mi cabeza solo aparecen unos ojos verdes mirándome con hambre y ese pelo color fuego, rizado y suelto, que la hace parecer un alma libre en este pueblo que es una jodida cárcel. Resoplo al saber que es inútil sacarla de mi cabeza… Dos meses, me repito. He venido aquí para demostrarle a

Dakota que puedo volver a mi antiguo puesto, y eso es justo en lo que tengo que centrarme.

Dos meses y me largo.

CAPÍTULO 6



—Acaba de llegar el *ogrosaurio* a su guarida —murmura Will, desde la ventana, apoyado en el alféizar cual vigilante en una torre de control.

Sé perfectamente de quien habla, pero aun así dejo el libro electrónico boca abajo sobre el sofá y me siento a su lado para mirar. Solo han pasado un par de días desde que el maleducado se mudó a la casa de al lado y parece que lleva aquí una eternidad.

Frunzo el ceño al verlo aparecer por el camino que lleva a su casa; de nuevo va sin camiseta, con el pelo húmedo y la piel brillante del sudor. ¿Este hombre hace deporte a todas horas o es una especie de máquina programada para mantenerse en forma? Me fijo en su torso desnudo y trago saliva. Sé que no debería de fijarme, pero es que está macizo como un bloque de hormigón armado, con músculos que no sabía que existían en lugares donde normalmente solo hay piel.

—Mami, ¿estás bien? —pregunta Will mirándome con el ceño fruncido, y parpadeo.

—Sí, peque… Solo… Solo estaba pensando en lo que tengo que apuntar en la lista de la compra —miento.

—Estás roja —asegura y sonrío.

—Hace calor —respondo y dirige la mirada hacia el aire acondicionado que está puesto a veinte grados.

Me levanto antes de que siga interrogándome y me recojo el pelo en un moño desenfadado.

—Venga, coge tus cosas. Vamos al parque a esperar a papi.

—Valeee —canturrea feliz.

Will corre hacia su habitación, como si le acabase de prometer un premio, y vuelve enseguida con un dinosaurio verde debajo del brazo y una mochila de Spiderman en la otra. Yo cojo las llaves de casa, cierro la puerta al salir e instintivamente miro hacia la terraza de al lado y lo pillo observándonos.

Está apoyado en la barandilla, con un libro en la mano y me mira sin disimulo. Ni siquiera finge apartar la vista hacia el libro que sujeta. Tiene el descaro tatuado en la cara, me sonríe divertido y me lanza un guiño el muy…

—¿Vamos mamá? —pregunta mi pequeño que ve que no le sigo —. Oh…. Hola *ogrosaurio* —grita.

—Hola, niño.

—Se llama William —le recuerdo molesta de que lo llame de esa forma.

—Y es un niño, ¿no?

—De verdad, ¿cuántas neuronas te quedan?

—Las suficientes para saber diferenciar a un niño, de un *therian* —me dice con tranquilidad, y mis ojos se agrandan al oírle.

—*Carbón*. —Sonrío y noto que entiende que lo acabo de llamar cabrón.

—Si sigues comiéndome con la mirada, vais a llegar tarde, chispita.

—¿Qué? ¡Ni en tus mejores sueños! —le aseguro cogiendo a mi hijo de la mano y dejándolo atrás—. Vamos Will, papá debe de estar al llegar.

—Mamá.

—¿Qué cariño? —le pregunto cruzando la calle, y un escalofrío me recorre la espalda al sentir su mirada ébano clavada en mí.

—¿Qué es un *therian*?

Yo me cago en el imbécil de mi vecino. No le puedo explicar a mi hijo de cuatro años que un *therian* es una persona que se identifica a nivel espiritual, psicológico o emocional como un animal y actúa como tal. Si lo hiciera, le iba a tener ladrando como un perro varias

semanas, y es algo con lo que mi estabilidad emocional ahora mismo no puede lidiar.

Caminamos hasta el parque y cuando llegamos, Will corre directo hacia al tobogán y en menos de un minuto se está haciendo amigo de un niño que debe de tener su edad. Miro la hora y respiro hondo. Kevin debería estar aquí en diez minutos.

Pasan quince minutos. Media hora… y el banco ya empieza a resultarme incómodo. Saco mi móvil del bolso, desbloqueo la pantalla y le escribo.

Yo:
Por favor, dime que estás de camino.
En una hora tengo que irme a trabajar.

Miro la conversación y espero a que aparezca en línea, tarda cinco minutos en leer el mensaje. Cinco minutos que se sienten como treinta.

Kevin:
Iré a por William mañana.

No sé por qué esperaba que hoy viniera a por él. Releo el mensaje y no siento rabia, sino agotamiento. Porque es frustrante intentar que las cosas funcionen cuando alguien no quiere.

Yo:
Al menos hazle una videollamada.

Kevin:
Harper, estoy ocupado.
Dile que lo recogeré mañana.

Me quedo mirando el móvil hasta que la pantalla se bloquea, y la decepción es sustituida por rabia e impotencia. Una parte de mí quisiera estampar mi móvil ahora contra el suelo, hacerlo añicos y gritar que es un irresponsable y un egoísta de mierda. Iría a buscarlo, lo cogería por las pelotas y lo arrastraría hasta aquí para enseñarle a nuestro hijo. Le obligaría a mirarlo y le diría… «Míralo imbécil, mira el tesoro que te estás perdiendo».

Respiro, cierro los ojos un instante y me toco la sien al sentir una punzada de dolor nerviosa; no voy a discutir con Kevin porque eso no hará que Will le importe.

Observo a mi príncipe tirarse por el tobogán mientras suelta una carcajada y persigue a su nuevo amigo con el dinosaurio en lo alto. Está feliz, ajeno a todo y eso me rompe un poco más. Desbloqueo el móvil y hago lo único que me ayuda a desahogarme un poco, escribo a Gin.

Yo:
Kevin ha hecho bomba de humo otra vez.

Ginebra:
¿Necesitas que vaya esta noche a veros?

Sonrío al sentirme afortunada por tenerla.

Yo:
Trabajo.
Tengo turno de noche.
Llevaré a Will a casa de mis padres.

Ginebra:
No te lo vas a creer.

Kevin está entrando en el Cheese con una rubia colgada del brazo.

Los estoy viendo cruzar la calle.

Te mando foto.

Yo:
NO.
No me envíes nada.

Bloqueo el móvil, trago saliva e intento recordar cómo se respira cuando sientes que una bola de fuego me consume por dentro. El estómago se me encoge y no me importa a quien se folla, pero me duele que priorice un polvo antes que a su hijo, aunque no debería de sorprenderme a estas alturas.

—Will —lo llamo con suavidad y él se gira para mirarme.

—¿Qué mami? —pregunta mientras corre hacia mí.

—Nos tenemos que ir, cielo —respondo.

—¿A casa de los abuelos?

—Sí… —comienzo a decirle y pienso en qué excusa le voy a decir.

—Adiós, Phill —grita despidiéndose del niño con el que jugaba, y me coge la mano sonriente.

—¿Puedo ver una peli esta noche con los abus?

—Claro, ¿cuál quieres?

—Spider-Man.

—Perfecto.

Mi pequeño terremoto camina a mi lado mientras habla sin parar sobre su nuevo amiguito, pero en ningún momento menciona a su padre. Y no sé si eso es mejor o peor, porque hasta hace unos meses me preguntaba cada noche antes de irse a dormir por Kevin. *¿Por qué papá ya no vive con nosotros? ¿Por qué no veo a papá todos los días?* Ahora no pregunta ni siquiera por qué no ha venido a recogerlo al parque, tal vez se está acostumbrando a su ausencia. Tal vez mi hijo ya ha entendido que su padre no forma parte de nuestra rutina. Las lágrimas amenazan con agolparse en mis ojos, pero pestañeo rápido y respiro mientras saco la llave del coche del bolso y lo abro.

—Sube cariño, ¿necesitas coger algún juguete más?

—No, en casa de los abus tengo el T-Rex que me llevé el otro día.

—Genial —respondo dándole un beso en la frente.

Will se sube a su sillita y le abrocho el cinturón. Cierro la puerta trasera y rodeo el coche hasta la puerta del conductor, levanto la vista y ahí está, apoyado en la barandilla de su terraza, con un botellín de cerveza en la mano, mirándome con esos ojos negros descarados y sonriendo de una forma que es terriblemente *sexy*. Mierda, qué sonrisa. Aprovecho que Will está dentro del coche para estirar mi brazo por encima del techo y sacar el dedo corazón a la vez que gesticulo con mis labios un claro *gilipollas*. Él sonríe un poco más, y es que parece que disfruta de estos incómodos encontronazos. No soporto que nos mire como si fuéramos un jodido espectáculo. No me gusta cómo mi corazón se acelera y todo mi cuerpo reacciona a él.

Me subo al coche enfadada conmigo misma, porque ese tío es un inmaduro, es un imbécil y es un… un delicioso bombón de chocolate negro. Joder. No soy ciega, tengo ojos en la cara y es guapísimo, pero para nada es mi tipo. Pelo rapado, piel morena, cuerpo tonificado, brazos musculosos y un cuello ancho y definido machacados en el gimnasio. Grande, corpulento y me atrae más de lo que debería. Mi móvil suena y veo que es Gin, pongo el manos libres y arranco el coche.

—Te aviso de que tengo el móvil en altavoz y Will está oyendo —le advierto.

—Genial. ¿A dónde vais?

—¡A casa de los abus! —grita entusiasmado Will desde su asiento —. Mira mami, el *ogrosaurio* nos está mirando.

No quiero mirar, pero lo hago y sigue ahí observándonos tan tranquilo.

—¿El vecino cañón? —pregunta Gin con malicia y siento cómo se me encienden las mejillas.

—Eso no importa —respondo con frialdad fingida—. Porque es un *gilipichis*.

Mi amiga suelta una carcajada, yo aprieto el volante y salgo del aparcamiento.

—Claro, un *gilipichis* muy alto, muy moreno y muy musculoso.

—Gin —aviso.

—Solo digo que este verano promete.

—Este verano no promete nada.

—Lo que tú digas…

—Luego te llamo.

Cuelgo y conduzco en dirección Snowden Street, hacia casa de mis padres. No miro por el retrovisor porque no voy a dejar que un hombre como él me desarme los planes. Tengo un objetivo, ganarme la plaza y comprarme una casa para vivir con Will. No puedo perder de vista mi meta por un polvo de una noche con un sargento que está de paso. Mi mente lo tiene claro, aunque mi cuerpo traidor siente lo contrario.

Me centro en la carretera y me prometo a mí misma algo que debería de tener grabado a fuego… Travis Dixon, está prohibido para

mí.

CAPÍTULO 7



Correr en la naturaleza debería de ser placentero, pero a mí se me hace raro. Hay demasiado silencio, demasiado aire limpio; no tiene nada que ver con Iowa, donde siempre hay ruido, sirenas sonando de fondo, mucho tráfico y algún gilipollas conduciendo como el culo, de esos que te dan ganas de gritarle y mandarlo a la mierda. Aquí no hay nada de eso. Aquí lo único que se oye es mi respiración, mis pisadas contra la tierra y el puto viento… Y aun así… no consigo sacarme de la cabeza a esa mujer y a ese crío que me observa todo el rato.

Verla salir de casa con el niño se ha convertido en una costumbre y no debería. El miércoles los vi salir otra vez. Ella me pilló mirándolos, le sonreí y me sacó el dedo diciéndome gilipollas. Me reí, me hizo gracia, porque ver el enfado en sus ojos era como ver a una cerilla a punto de arder y, joder, yo quería quemarme con ella.

Doblo la esquina de la calle y la veo aparcando; es mediodía y tiene cara de no haber dormido en las últimas veinticuatro horas. Tiene las ojeras marcadas y el pelo rizado recogido de cualquier manera.

Dejo de correr y comienzo a caminar para así tener más tiempo para contemplarla. Porque percibo que hay algo en ella que no me encaja, parece cansada, pero no del tipo de cansancio que se quita durmiendo, cansada de la rutina de su vida. El niño baja del coche y

ella le pasa una mano por el hombro de forma inconsciente, natural y protectora.

—Eh, mami —murmura el crío que me mira con descaro—. Es el ogro…

—William —lo interrumpe ella, y su voz suena cansada—. Eso no se dice, porque está mal.

—Quiero decir que es el ladrón de chocolatinas —se corrige intentando mejorarlo.

Se me escapa una breve risa y ella cierra la puerta del coche con un golpe seco. No me mira, y creo que me va a ignorar, pero antes de caminar hacia su casa, alza los ojos y, joder, qué ojazos. Ella me sostiene la mirada mientras comienza a caminar con el niño a su lado y soy incapaz de apartar la vista. Cuando pasan por mi lado el niño frunce el ceño y agarra su dinosaurio como si yo fuera a robárselo.

—¿Qué miras? —me pregunta el pequeño.

Alzo las cejas sorprendido por su descaro y no puedo evitar sonreír, porque este enano tiene un serio problema conmigo. Aunque reconozco que los estaba mirando fijamente. Joder, ¿cómo cojones he acabado teniendo un enemigo de cuatro años?

—¿Qué problema tienes, niño? —le respondo y ella se detiene para asesinarme con la mirada.

—¿Qué *repollos* has dicho? —cuestiona la madre, y ahí está ese descaro que ha heredado su hijo.

—Tu hijo tiene un grave problema.

—¿Y se puede saber cuál es? —me increpa ella cabreada—. Un desconocido nos observa cada vez que llegamos o salimos de casa.

—¿Qué dices? —gruño, aunque sé que lleva razón—. Cuando sales, yo salgo o llego de entrenar. Es casualidad, créeme, tengo las mismas ganas de veros que vosotros a mí. Además, tu hijo es un maleducado.

—¿De verdad? —pregunta ella incrédula con una mirada en la que saltan las chispas de su mal genio—. Solo tiene cuatro años —me explica.

—Y ya me odia, así que algo está fallando —le aseguro.

—A lo mejor es que solo tiene buen criterio —responde con una sonrisa de suficiencia y no puedo evitar imitarla.

—O quizás tiene tan mal criterio como su madre —contesto y veo cómo sus ojos verdes se clavan en mí, más brillantes.

—¿De verdad? Tú le quitaste dulces a un niño —me recuerda. Joder, otra vez con eso.

—No le quité nada, yo ya los tenía.

—Me gruñó, mami —malmete el niño.

—Fue intimidación, para que me dejaras en paz.

—Es un niño. ¿Por qué no te disculpas? —propone.

Durante un instante guardo silencio, me rasco la mandíbula y miro al pequeño diablillo, que sonríe orgulloso de estar a punto de ganar la batalla. Luego la miro a ella y, joder, está enfadada y aun así está preciosa. Hay algo en su instinto protector sobre ese crío que me jode porque me gusta mucho más de lo que pienso admitir.

—Pídeme perdón y seremos amigos —me ofrece el niño.

—No te voy a pedir perdón, enano, pero podemos ser amigos —contesto y el niño niega.

—Me quitaste la última bolsa de chocolatinas del súper —recalca el crío.

—¡Oh, cielo santo! —exclama la madre exasperada—. Le quitaste una bolsa de chocolatinas a un niño y lo asustaste. ¿A ti qué *miércoles* te pasa?

—Estás muy guapa enfadada —confieso con una sonrisa de idiota, y sé que he cometido un error al decirlo en voz alta. Su expresión cambia y niega para sí.

—No puedo creer que saltes por ahí —dice cabreadísima con el ceño fruncido.

—Ni yo —admito.

—Oye, ignóranos y deja de pasar por aquí —me pide sin mucha paciencia y llega hasta su puerta con el niño.

—Imposible, porque esa es mi casa —le recuerdo solo por fastidiarla.

—Pues pasa de nosotros, esto… solo es algo temporal —contesta abriendo su puerta.

—Así es. Por suerte me voy en dos meses —admito feliz y ella me mira antes de entrar.

—Qué alegría, algunos vamos a celebrarlo por todo lo alto. Vamos a disfrutarlo.

Se gira y entra en la casa con el niño dando un sonoro portazo y cerrándome la puerta en las narices. Joder. Y ahí está ese golpe silencioso y directo que duele más que cualquier insulto.

Joder, cómo se las gasta.

Yo nunca he discutido con una mujer, yo me las he follado y han gritado mi nombre. Nunca me he complicado la vida e ignoraba a cualquier mujer que me pusiera de los malditos nervios. Miro su puerta una vez más y maldigo solo de pensar que tengo que soportarla todo el verano. Trabajar con ella va a ser peor que un jodido dolor de huevos.

Entro en mi casa, me doy una ducha rápida y salgo hacia la estación de bomberos de Silverton. Cuando llego, el inspector Michael está en el patio junto a cuatro hombres más.

—Buenas tardes, Dixon.

—Inspector —lo saludo y hago una leve inclinación con la cabeza.

—Chicos, os presento a Travis Dixon, sargento del cuerpo de bomberos de Iowa —les informa—. Te presento a tus compañeros, Zenon, Phil, Ger y Tommy.

Ellos forman fila y yo paso por delante de cada uno para estrecharle la mano. Zenon es el más alto de los cuatro, me saluda serio y pienso que debe de tener alrededor de cincuenta años. Phill, con su pelo cortado a capas, me sonríe y parece el típico que hace chistes incluso en momentos inapropiados. Ger me lanza un guiño y me aprieta la mano con profesionalidad y, por último, Tommy. Me mira de arriba abajo divertido y me sonríe con complicidad, creo que debemos de tener una edad parecida.

—Aquí trabajamos en equipo —continúa Michael—. Y siempre lo hacemos en parejas.

—Perfecto —respondo, porque trabajamos igual en Iowa.

—He pensado que tú trabajarás codo con codo con Harper.

—¿Qué? —le pregunto como si no hubiese oído bien, y veo cómo hasta el serio de Zenon sonríe.

—A fin de cuentas, sois las dos últimas incorporaciones —me explica Michael—. Y me parece lo más razonable.

Me cago en mi suerte. Asiento un instante y maldigo mentalmente tener que trabajar con esa exasperante mujer. Basta fijarme en las caras de diversión de mis compañeros para deducir que ninguno de ellos quería trabajar con la novata. «¡Genial! El sargento Dixon, con una novata», me comenta divertida mi mente.

—¿No puedo elegir compañero? —consulto serio y Michael niega sonriente.

—Me temo que no. Ellos llevan años trabajando juntos y Harper es la última incorporación al cuerpo. Además, yo en unos meses me jubilo y uno de estos chicos tendrá que coger mi puesto —me comenta.

—Genial —murmuro sin ilusión alguna.

Sabía que tenía que trabajar con ella en el cuerpo de bomberos, pero nunca me imaginé que sería en pareja. Joder, vaya mala suerte la mía.

—Estupendo, pues os dejo que sigáis a lo vuestro. Tengo que hacer un par de cosas en mi oficina —informa Michael—. Nos vemos mañana, sargento.

Observo cómo se marcha tan tranquilo y niego para mí al pensar en que no solo la tengo de vecina o en el mismo trabajo, sino que ahora somos pareja… Tommy, que parece adivinar mis pensamientos, pasa por mi lado dándome una palmada de consuelo en el hombro y sonríe.

—Tranquilo, que Harper gruñe mucho, pero no muerde.

—Yo no estaría tan seguro de eso —comento siguiéndolo hasta el gimnasio.

Empiezan a entrenar y me uno a ellos. Primero hacemos revisiones de los equipos y luego un par de simulacros básicos. Aquí todo es más manual y menos automatizado que en Iowa, pero estoy seguro de que es más efectivo trabajar a la antigua usanza que con tantas tecnologías que a veces fallan y te dejan solo frente al fuego.

—Aquí nunca suele pasar nada —me dice Ger sonriente—. Se vive tranquilo.

—Sí, pero este año con la sequía los pastos están más secos de lo normal y los guardabosques están preocupados —replica Zenon.

—Mayor riesgo de incendio —sentencio y los cuatro asienten.

—Exacto —afirma Tommy—. Y cuando hay viento, el fuego corre como la pólvora.

Me giro y miro hacia fuera, me fijo en las montañas que rodean este pueblo, el frondoso bosque que se ve a donde sea que mires y las casas de madera… Sí… arderían rápido.

—¿Y Harper? —pregunto sin querer pensar mucho en ella—. ¿Con quién hacía pareja hasta ahora?

—Hacíamos tríos —sonríe Tommy.

—Suena raro dicho así —añade Zenon—. Es la hija del inspector.

—Y es una chica muy guapa —añade Tommy, y se nota que le tiene echado el ojo a Harper.

—Cuando la conozcas bien —comienza a decirme Phill—, no la juzgarás por su cara bonita, como hace el idiota de Tommy. Esa mujer tiene dos ovarios más grandes que los huevos de muchos hombres.

—No lo dudo —le aseguro, porque he visto el mal genio que se calza.

Durante el resto del entrenamiento terminamos hablando del próximo partido de los Bulls y sonrío pensando en que se morirían de envidia si les dijera que conozco a Cameron Ryder, y no solo lo conozco, sino que es uno de mis mejores amigos. Pero por ahora es algo que me guardo para mí.

Cuando termino de entrenar, me despido de los chicos y veo mi cuadrante de turnos. Genial, me ha tocado turno de tarde y estar en el desfile del cuatro de julio con Harper. Camino hacia mi casa. Al llegar, el móvil suena y veo que es una videollamada de Atlas. Suelto las llaves y la mochila.

—¡Eh, tío! ¿Qué tal? —me pregunta feliz y sonrío.

—¿Qué tal chino? ¿No tienes ningún paciente al que torturar? —le pregunto sentándome en el sofá.

—Hola, Travis —me saluda su chica que aparece detrás y apoya su barbilla en el hombro de mi amigo.

—Hola, preciosa —añado y Atlas sonríe un poco más.

—Estamos ya cerrando porque mañana nos vamos de vacaciones con la familia de Gabi —comenta mi amigo.

—¿Y cómo un empresario como tú puede permitirse eso? —bromeo.

—Soy fisio, capullo, y para eso soy mi propio jefe. No como tú, que estás mangoneado por tus superiores.

—Vete a la mierda —respondo y sonrío, porque, joder, este capullo siempre me cambia el ánimo—. ¿A dónde vais?

—Vamos a celebrar el cuatro de julio en el pueblo de los padres de Trevor —comenta Gabi, con una sonrisa dulce—. Así que nos esperan unos días intensos.

—Imagínate. Su madre cocinando todo el día con la madre de Trevor. Su padre, viendo la tele con el consuegro. Sheila, escapando con su marido y dejándonos a nosotros a su hermano y a su sobrina —me explica Atlas.

—Vais a estar distraídos —le digo.

—Imagínate… Alex, con once años, quiere que vayamos de pesca con tal de estar lejos de las chicas, y sobre todo de la pequeña Celeste que no hace más que perseguirlo por todos lados —añade divertido Atlas.

—¿Qué edad tiene la niña? —pregunto recordando que Gabi fue tía al poco tiempo de acabar la universidad.

—Cinco años —me responde feliz.

—¿Por qué lo preguntas? —interviene Atlas, que siempre se le ha dado muy bien leer a la gente.

—Porque mi vecino de enfrente tiene cuatro años y me odia.

—¿Al que le robaste las chocolatinas? —me recuerda Gabi y asiento.

La noche que llegué les conté mi encontronazo con ese pequeño diablillo y lo desafortunado que fue el enterarme de que iba a tener que soportar a su madre en el trabajo. Hoy les informo de que, para más inri, tendré que trabajar con ella de pareja y conforme voy contándoles mis desgracias más se ríen de mí.

—Es que te has comportado como un gilipollas —me asegura Atlas.

—Pero joder Trav… Seguir en guerra con el crío… —añade con desaprobación Gabriela y me froto la cara.

—Ya está hecho —respondo frustrado.

—Algunos niños son más sensibles y se asustan con facilidad —comienza a decir Gabi—. Has tenido suerte, porque ese niño podría ponerse a llorar de pánico cada vez que te ve y su madre tendría que haberte dado una patada en los huevos por imbécil.

—Gracias por el análisis.

—Discúlpate —dice Gabi.

—Ni de broma.

—No tienes que pedirle perdón, idiota —aclara Atlas—. Pero podrías arreglarlo.

—¿Cómo?

—Compra esos malditos dulces y dáselos —termina diciendo su novia.

Guardo silencio y sopeso esa opción. Miro la mesa de salón y me fijo en el envoltorio vacío de la última chocolatina que me comí, junto con dos botellines de cerveza vacíos. Una parte de mí quiere ignorar que llevan razón y seguir con mi vida, pero la otra está cansada de este sentimiento de culpabilidad de mierda cada vez que los veo.

—Odio daros la razón —claudico y ambos sonríen.

—Te queremos gruñón —añade Atlas.

—Pasadlo bien en familia. Ya os cuento cómo me va esa ofrenda de paz con el enano de enfrente de mi casa.

Cuelgo, cojo las llaves del coche y salgo de casa con un plan en mente. Miro hacia su ventana y veo al niño observándome curioso, sonrío y niego para mí mismo. Abro el Jeep, subo y conduzco hasta el maldito supermercado Mandi´s. Entro y voy directo al pasillo donde estaba el expositor de dulces, por suerte han repuesto las chocolatinas, y cojo una bolsa. La miro un segundo y pienso que esto es ridículo, pero aun así sigo con el plan.

Me pongo en la cola, espero mi turno, pago y salgo directo hacia su casa. He debido de tardar como mucho quince minutos, pero cuando llego, su coche no está.

Mierda.

La casa está solitaria; así que he hecho el tonto para nada. Poso la vista en la bolsa de dulces que está en el asiento de al lado y resoplo.

—Genial Travis, una vez más llegas tarde.

CAPÍTULO 8



Salgo de la ducha con la toalla envuelta alrededor de mis caderas y la piel húmeda del vapor. Voy a mi dormitorio a coger unos calzoncillos cuando oigo unas voces que reconozco. Me acerco a la ventana y los veo bajándose del coche.

Han vuelto.

Will está dando saltitos como si el suelo fuera lava, mientras Harper saca algo del maletero con movimientos rápidos y precisos, como si no pudiera permitirse perder ni un segundo de su vida.

Los veo caminar hacia su casa y sonrío.

Perfecto, es el momento de llevar mi plan a cabo.

Me seco rápido, me pongo un bóxer y unos pantalones cortos de algodón, cuyo elástico está dado de sí y apenas se sostiene en mis caderas. Me miro un segundo en el espejo antes de salir y vuelvo a sonreír, porque sé exactamente lo que estoy haciendo. Sé que le molesta verme sin camiseta, aunque quizás lo que le moleste es que le gusta lo que ve y se niega a reconocerlo.

Cojo la bolsa de chocolatinas de la encimera y respiro porque una pequeña parte de mí está nervioso. ¡Qué tontería! Solo son un crío de cuatro años y su madre… Es pedirles una tregua, no hacer una declaración de amor.

Salgo y cruzo los escasos tres metros que separan nuestras puertas, toco el timbre y enseguida oigo pasos que corren para

abrirme.

—Ya vooooy —grita Will desde dentro.

La puerta se abre de golpe y el niño me mira asustado.

—William, ¿cuántas veces te tengo que decir que hay que preguntar quién es antes de abrir? —Se oye la voz de Harper.

Ella se materializa detrás de él con una camiseta grande y unos pantalones demasiado cortos. El pelo suelto le cae por su espalda y tiene esa expresión de… «Ojalá te desintegraras».

—Hola —me saluda distante.

Levanto la bolsa y se la ofrezco a su hijo.

—Toma —digo y veo cómo la mira con curiosidad.

—¿Qué es?

—Tus chocolatinas. Estamos en paz —comento.

El niño va a cogerlas, pero Harper se interpone dando un paso al frente y haciendo que su cuerpo quede entre el mío y el de su hijo. Y, joder, ese gesto protector e instintivo me pone más de lo que nunca admitiría.

—No, gracias —sentencia.

Sus ojos verdes bajan apenas un segundo a mi torso desnudo, mira mis abdominales y vuelve a fijarse en mi rostro demasiado rápido a la vez que traga saliva. Sonrío porque me gusta confirmar que no le soy tan indiferente como ella se empeña en demostrarme.

—Son para tu hijo —le explico mostrando la bolsa—. Son las mismas que quería aquel día.

—No las quiere —me asegura.

—Sí las quiero, mamá —protesta el niño, pero ella no aparta la mirada de mí.

—No cariño, no se aceptan regalos de desconocidos —argumenta ella y resoplo.

—No están envenenadas —respondo—. Y no soy un desconocido.

—Seguimos sin aceptarlas.

Se cruza de brazos y me fijo en el escote de su camiseta que muestra ligeramente sus tetas, que se marcan sin sujetador debajo de la fina tela. Ahora soy yo quien traga saliva… y me fijo en la piel blanca de su cuello que contrasta con su pelo rojo y sus pecas.

Joder, esta mujer me saca de quicio.

Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y separo la funda del móvil para sacar los cinco dólares que tengo para cualquier emergencia, y esta parece una.

—Pues toma cinco dólares y cómprale tú los dulces —digo ofreciéndole el billete.

Su mirada cambia y sé que la he cagado. La pelirroja peligrosa da un paso más hacia mí y su dedo índice impacta contra mi pecho desnudo.

—Métete tu dichoso dinero por el agujero.

—¿El del culo? —pregunta Will curioso.

Me muerdo el labio inferior para reprimir una sonrisa y Harper cierra los ojos un segundo.

—William.

—¿Qué? Tú lo has dicho.

—No he dicho eso —intenta excusarse y noto cómo se ruboriza.

—Sí, has dicho agujero… —asegura su hijo.

La risa se me escapa y entonces lo veo, se le cae la máscara, durante un segundo el agotamiento la vence y por primera vez desde que nos cruzamos no me parece una gruñona, sino una mujer que lleva mucho tiempo luchando sola.

—¿Estás bien? —pregunto sin sarcasmo.

Ella parpadea, sorprendida porque la he pillado desprevenida.

—Perfectamente —responde y de nuevo aparece esa máscara de orgullo—. Puedes irte por donde has venido.

—Mira, esta bolsa es una disculpa, la cogéis y fin de esta historia.

—No queremos tu disculpa —añade ella.

Joder, es que es cabezota, orgullosa e inflexible. Le sostengo la mirada, sus ojos verdes me miran, esperando que me dé por vencido, pero no me conoce… Yo soy más cabezota que ella.

—Lo siento, ¿vale?

Las palabras salen torpes de mis labios. No se me da bien pedir perdón.

—No me llevo bien con los críos —añado—. Y reconozco que reaccioné como un imbécil.

Silencio. Harper me sostiene la mirada y sus labios forman una fina línea rosada, parecen tan suaves y, mierda, no debería estar

pensando en eso.

—Así que, por favor, coge las malditas chocolatinas y ya está —le pido ofreciendo el paquete de nuevo—. Sé que puedo parecer un *gilipuertas*, pero también sé cuándo es necesario una tregua, sobre todo, por el bien de ambos.

Ella sonríe un instante al ver que he intentado corregir la palabrota delante del niño, pero frunce el ceño al escuchar mis últimas palabras.

—¿El bien de ambos? —cuestiona incrédula y asiento.

—Serás mi pareja de trabajo todo el verano.

—¿Qué?

—Tu padre te ha asignado conmigo y mañana empiezo en el turno de las cuatro de la tarde y, que yo sepa, es el mismo que tú tienes.

—No puede ser, le dejé claro que no quería trabajar contigo —afirma y me encojo de hombros.

—Pues tu padre no ha tenido en cuenta tu opinión —replico solo por fastidiarla un poco más.

Harper da un paso atrás como si las palabras le hubieran golpeado, me sostiene la mirada y su expresión cambia de la incredulidad a la furia en tres segundos. Saca el móvil del bolsillo de sus *shorts* y teclea algo antes de llevárselo a la oreja.

—Papá, ¿cómo has podido ponerme con el nuevo? —le recrimina.

Camina de un lado a otro en la diminuta entrada de tres metros que separa nuestras casas. Observo cómo guarda silencio y se muerde el labio mientras escucha la explicación de su padre. Se le tensan los hombros y me fijo en las pecas de sus mejillas, son como pequeñas chispas de fuego.

—No quiero trabajar con él —dice—. Sí, ya sé que es sargento. También sé que dicen que es un gran profesional y me da igual. —Guarda silencio y bufa pasándose una mano por el pelo rizado—. No, no puedes. *Miércoles*. —masculla y sé que ha terminado la llamada.

—Genial —ironiza.

—Lo sé —respondo con una sonrisa.

—No es un cumplido —asegura.

Will aprovecha el momento de confusión y me arrebata la bolsa de la mano.

—¡Chocolatinas! —exclama, abriéndola y corriendo feliz hacia el sofá.

Harper me mira, se acerca a mí y me pierdo en el verde tan intenso de sus ojos.

—No creas que esto cambia nada —me advierte.

—No lo creo.

—Sigo pensando que eres un cabrito —asegura y sonrío.

—Eso ya lo sabía.

Nos quedamos en silencio y sé que una retirada a tiempo siempre es una victoria. Podría irme, debería irme, pero no lo hago. La escaneo de arriba a abajo con descaro, de forma lenta, y pienso que tiene un cuerpo atlético, que es guapa y…

—Te vendría bien relajarte un poco. —Las palabras salen de mi boca sin pensar.

—¿Perdona? —cuestiona alzando las cejas y sonrío.

—¿Cuánto tiempo llevas sin follar? —contraataco y su expresión cambia al instante.

Mierda.

—¡Fuera de mi casa!

—Solo digo que…

—¡Largo! —grita con tanta decisión que doy un paso atrás. No puedo dejar de sonreír, está preciosa cabreada.

—Entonces, ¿amigos?

—Vete al infierno, Travis Dixon —ladra.

—Ya estoy en él, chispita.

La puerta de su casa se cierra de golpe en mis narices y me quedo quieto, con el pulso acelerado, la boca seca y la polla dura traicionándome sin disimulo. Esta mujer es fuego puro y yo, como un maldito idiota, acabo de echar gasolina a la hoguera. Pero lo peor no es eso, lo peor es que una parte de mí, no quiere apagarla… quiere ver hasta dónde es capaz de arder.

Joder, la deseo demasiado.

CAPÍTULO 9



El pueblo entero huele a maíz tostado, cerveza derramada y algodón de azúcar. Son casi las siete de la tarde y apenas me queda una hora de servicio para poder volver a casa, llenar la bañera con agua caliente y dejar que el cansancio se disuelva lentamente en el silencio de mi baño.

Silverton no llega a los setecientos habitantes durante el resto del año, pero el cuatro de julio el pueblo parece duplicar su tamaño. Familias enteras de pueblos vecinos llegan en camionetas y caravanas para celebrar aquí el Día de la Independencia. Las banderas estadounidenses cuelgan de cada ventana y de cada porche, moviéndose con la brisa suave que baja de las montañas. La música *country* sale a todo volumen de los altavoces que han instalado junto al pequeño escenario de la plaza principal, donde dentro de poco empezará el concierto.

Los niños corren de un lado a otro con las mejillas pintadas con rayas rojas y azules. Algunos llevan bengalas encendidas que los adultos vigilan con nerviosismo. Los ancianos observan la fiesta sentados en sillas plegables, comentando el calor y recordando cómo eran estas celebraciones hace cuarenta años. Los más jóvenes bailan, beben cerveza barata y se olvidan del trabajo durante unas horas.

No recuerdo el último cuatro de julio en el que no estuviera estudiando para los exámenes finales de la universidad o doblando

turno en la cafetería de Gin para pagar las facturas. Este año tampoco lo estoy celebrando.

Este año estoy de guardia y lo peor no es eso.

Lo peor es que estoy de guardia con él.

Travis camina a mi lado con el uniforme impecable, las mangas remangadas justo lo suficiente para dejar ver la piel morena de sus antebrazos fuertes, la espalda recta y esa seguridad tranquila de alguien que parece sentirse cómodo en cualquier lugar en el que ponga los pies. Se mueve con naturalidad entre la gente; aparentando que formar parte de esta comunidad le resultara tan fácil como respirar.

Yo, en cambio, siento de todo menos comodidad.

No me gusta tenerlo cerca.

—Relájate —murmura de repente, sin mirarme siquiera—. No voy a morderte.

—Preferiría que no me hablaras —respondo con frialdad, manteniendo la vista al frente.

—Vas a tener que acostumbrarte —añade con calma—. Somos pareja.

Siento cómo se me tensan los hombros de inmediato. Él lo nota y la maldita sonrisa que aparece en su boca lo confirma.

—Pareja de trabajo —recalco, marcando cada palabra.

—Claro, chispita —comenta relajado.

—No me llames así —le recuerdo por enésima vez.

Su sonrisa se ensancha un poco más; estoy segura de que sabe que me molesta que me llame por ese mote y, además, parece divertirle muchísimo.

Seguimos caminando detrás de la cabalgata junto al resto de servicios de emergencia. La carroza del instituto nos adelanta mientras un grupo de adolescentes lanza caramelos a los niños que se agolpan en las aceras. Algunos vecinos nos saludan al pasar, levantando la mano o dándonos las gracias por trabajar mientras ellos celebran. Les devuelvo el gesto con una breve sonrisa; reconozco que esta es la parte que más me gusta de este trabajo, servir al pueblo.

Demostrar que merezco estar aquí no por ser la hija de Michael, sino porque me lo he ganado. Aunque sé que muchos todavía piensan lo contrario. Y tener a Travis Dixon caminando a mi lado no ayuda mucho. Porque es exactamente el tipo de hombre que te mira y piensa que sabe quién eres antes siquiera de preguntarlo.

Siento su presencia todo el tiempo, demasiado cerca, hombro con hombro. Tan cerca que cada vez que su brazo roza el mío siento un pequeño chispazo que recorre mi piel y me obliga a tensar la mandíbula para que no se note. Siento el calor que desprende su cuerpo. Su olor a jabón y a algo más intenso, más masculino, que me distrae cuando no debería.

Intento ignorarlo, pero mi cuerpo y mi cerebro parecen estar en huelga. Porque… maldita sea… está guapísimo. El uniforme *beige* resalta su piel morena y el contraste hace que sus ojos negros parezcan todavía más oscuros. La tela marca sus hombros anchos, el cuello fuerte y los brazos tensos cuando los cruza durante un momento para observar a la gente. Trago saliva y finjo que me es indiferente, pero es imposible. Cuando camina, parece que la tierra se abre paso a sus pies. Me fijo en cómo muchas chicas del pueblo le dirigen miradas *sexys* y no me extrañaría que le lanzarán algún sujetador, porque a pesar de ser un capullo, un bocazas y un provocador… está muy bueno y es demasiado consciente del efecto que provoca.

Es un imbécil.

Un gilipollas.

Un cabronazo.

Está buenísimo.

Y por eso me recuerdo que No.Lo.Soporto.

«No lo soporto», me repito como un mantra.

—Sonríe un poco —susurra de nuevo, inclinándose ligeramente hacia mí—. Pareces a punto de prender fuego al desfile.

Su voz ronca me eriza la piel y tengo que obligarme a no girar la cabeza.

—Estoy trabajando —respondo sin mirarlo.

—Yo también.

—No lo parece.

—Eso es porque sé disfrutar de las pequeñas cosas.

—Yo también.

—No lo parece —insiste y le lanzo una mirada rápida.

—¿Insinúas que yo no sé disfrutar?

—Afirmo que llevas caminando veinte minutos con cara de querer desintegrar a alguien con la mirada.

—Tal vez empiece contigo.

—Eso sería abuso de poder.

—Eres tú el que está abusando de mi paciencia —me quejo y él niega divertido.

—¡Oh, vamos! —comienza a decir con una media sonrisa—. En el fondo te gusta que sea tu compañero de equipo.

—Ni en sueños —aseguro sosteniendo su mirada.

—¿Te acabo de ver sonreír?

—Eso ha sido un tic nervioso —respondo.

—Seguro.

Sus ojos bajan por mi cuerpo con descaro, recorriéndome de arriba abajo con una lentitud que me hace ser consciente de cada centímetro de mí.

Resoplo con impaciencia y justo entonces los veo. Cole, mi exsuegro, y su esposa, Esmeralda. Se acercan caminando entre la multitud con esa sonrisa perfecta que siempre parece ensayada frente a un espejo. Cole saluda a la gente con la misma facilidad con la que da discursos desde el balcón del ayuntamiento. Al fin y al cabo, es el alcalde de este pueblo.

—Harper, cariño —dice Esmeralda con ese tono dulce que siempre suena como un examen sin que te des cuenta.

—Hola, Esmeralda —saludo.

—¿Cómo está Will? —pregunta Cole.

—Bien. Debe de estar con Kevin.

—Hace tiempo que no lo vemos —añade ella.

Claro, porque vuestro hijo desaparece durante semanas. Me trago mis palabras y sonrío.

—Solo tenéis que llamar —respondo intentando ser cordial.

—Así es, pero he estado muy ocupado con la campaña de turismo para este verano y Esmeralda ha tenido varias reuniones en el club

social para conseguir contratos.

Travis no dice nada, pero sé que está escuchando cada palabra. Tampoco interviene, aunque debe estar sacando sus propias conclusiones, siempre lo hace.

—Si me disculpáis —digo señalando la carroza que se aleja—. Tengo que seguir.

—Claro. Dale recuerdos a William —se despide Cole—. Su padre está trabajando mucho.

—Lo haré.

Pienso en Kevin y niego para mí con una sonrisa irónica. Su propio padre lo excusa con que siempre está trabajando… Cuando la realidad es que siempre está demasiado ocupado para su propio hijo. Nos despedimos y sigo caminando.

—¿Ese es el padre del niño? —pregunta Travis finalmente.

Lo miro con mala cara y resoplo.

—No te importa.

—Solo preguntaba.

—Pues no. Son sus abuelos —respondo y camino más rápido, pero él tarda dos pasos en alcanzarme.

—¿No tienes pareja? —inquiere y me detengo.

—¿Y a ti qué te importa?

—No he visto a nadie entrar en tu casa en cuatro días —afirma y lo miro incrédula.

—¿Me estás vigilando?

—Vivo al lado.

—Eso no te da derecho a controlarme.

—Dios me libre de hacer tal cosa.

—Estas sacando conclusiones solito —replico.

Nuestras miradas se encuentran y durante un segundo demasiado largo y ninguno de los dos aparta la vista. Su mirada es intensa, oscura, descaradamente curiosa. La mía probablemente está diciendo que lo haría desaparecer de mi vista si tuviera la oportunidad. Ninguno cede y ese es el problema. Porque Travis Dixon no parece el tipo de hombre que pida perdón por nada. Es insoportable y, por desgracia, demasiado guapo.

La música sigue sonando y la gente sigue disfrutando. El desfile continúa avanzando por la calle principal y yo solo deseo terminar de trabajar, porque algo me dice que este día… todavía no ha llegado a su fin.

Cuando por fin acabo el turno, siento que llevo el peso del día entero pegado a la piel. El uniforme huele al humo de las barbacoas y al polvo del desfile que se levantaba con cada avance de la cabalgata. Me duelen la espalda, los pies y también algo más profundo que siempre aparece cuando paso demasiadas horas fingiendo que todo está bien.

Kevin me envió un mensaje diciéndome que se llevaba a Will al lago para ver los fuegos artificiales y no pude negarme, porque al menos mi pequeño estaba teniendo un bonito cuatro de julio.

Cuando llego a casa, voy directa al cuarto de baño. Abro el grifo y lleno la bañera. El agua caliente desprende un vapor suave que empaña el espejo del baño. En el borde he dejado una copa de vino tinto, el Kindle preparado con la novela que estaba leyendo y dos velitas pequeñas que dan una luz cálida y tranquila.

Necesito este momento. Me masajeo el cuello con los dedos mientras suelto un suspiro largo y reconozco que ha sido un turno… intenso. Entro en la bañera, dejando que el agua caliente me abrace y disuelva el cansancio. Cierro los ojos y mi cerebro decide ir a su aire haciendo aparecer a Travis y su sonrisa despreocupada. Esa mirada descarada que parece como si estuviera constantemente desafiándome. Es insoportable, y sigo sintiendo esos ojos negros que penetran mi alma, con toda su intensidad.

Resoplo.

—Genial, Harper… —murmuro para mí—. Justo lo que necesitabas, un capullo que te distrae y que para colmo está de paso.

Cuando salgo del baño, me pongo una camiseta larga de algodón que apenas me cubre los muslos. Me peino y dejo el cabello húmedo caer por mi espalda. Camino descalza hasta el sofá con mi libro electrónico en la mano y saboreo la soledad y el silencio hasta que llaman al timbre. Frunzo el ceño y miro la hora.

¿Mis padres?

No creo.

Me levanto y me dirijo a la puerta, pero cuando la abro mi estómago se contrae.

Kevin está mirándome con una sonrisa ladina mientras que Will se lanza para abrazarme.

—¡Sorpresa! —exclama Kevin con esa sonrisa arrogante que lo caracteriza.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunto confundida mientras acaricio la cabeza llena de rizos de mi pequeño.

—Mami, vamos a celebrar juntos este día —me informa Will y su padre levanta una bolsa de papel.

—Con hamburguesas —añade Kevin.

Antes de responder, miro más allá de su hombro y veo a Travis sentado en su terraza con una cerveza en una mano y una bolsa de patatas fritas en la otra.

Nos mira sin disimulo y por alguna razón, que no alcanzo a comprender, siento que nos analiza. Me pone de los nervios. Mi hijo se da la vuelta y sonríe al saludarlo.

—¡Hola, *ogrosaurio*! —lo saluda feliz y Travis levanta ligeramente la botella para devolverle el saludo.

—Hola, minihumano.

—¿Tienes chocolatinas para mí? —pregunta mi hijo.

—Will —lo regaño, aunque mi tono pierde fuerza al verlo tan emocionado.

—Mami, ese era el trato.

Kevin frunce el ceño y mira hacia la terraza de mi vecino.

—¿Quién es ese? ¿Y de qué trato habla?

—Papi, es el ladrón de chocolatinas —explica Will con naturalidad —. Pero ayer vino a casa y lo arregló.

—¿Cómo que vino a casa? —cuestiona frunciendo el ceño mirando a mi hijo y luego a mí.

—Llamó a la puerta y le regaló dulces a tu hijo —respondo, intentando restarle importancia—. Fin de la historia.

Kevin se acerca un paso y su rostro queda demasiado cerca del mío.

—Las explicaciones se acaban cuando yo quiero —susurra, pero lo ignoro.

—¿No se supone que te quedabas con él hasta mañana? —inquiero intentando desviar su atención.

—He cambiado de planes —contesta y agarra mi brazo. Por un segundo todo mi cuerpo se tensa.

—No me toques —mascullo, liberándome de su agarre.

—Podemos hablar dentro —me sugiere Kevin con una sonrisa tensa.

Sé lo que pretende, y no pienso permitir que se salga con la suya. Así que me agacho frente a Will y doy un beso en la frente a mi pequeño príncipe.

—Peque, esta noche irás a casa con papi —le indico y él niega decidido.

—No mami, yo duermo contigo —me pide, y el corazón se me rompe un poco.

—¿No quieres pasar tiempo con papi? —le pregunta Kevin molesto y veo a mi hijo dudar un segundo.

—Sí… —titubea—, pero ya echo de menos a mami.

No termina de decir la frase y ya lo estoy abrazando fuerte. Lo quiero más que a mi vida, pero reconozco que ningún niño debería tener que elegir entre sus padres.

—Pues no se diga más. Entra, tesoro —lo animo y Will pasa corriendo sin mirar atrás.

—¡Adiós, papi! —grita.

Kevin intenta seguirlo y me interpongo en la puerta como un muro de hormigón.

—No —atajo con firmeza.

—Harper…

—No uses a Will como pase directo a mi vida —le advierto y él niega mientras chasquea la lengua con una mirada de fastidio.

—He cambiado, joder. Aquello solo fue… un error —se intenta justificar y sonrío, porque estoy harta de esa mierda de explicación.

—Haberlo pensado antes —digo sin dudar.

Kevin da un paso atrás, impactado por mis palabras. Se pasa una mano por su pelo castaño. Su respiración se acelera y entonces me

agarra del brazo con firmeza. Lo hace con demasiada fuerza, sabe que me está haciendo daño.

—No eres nadie sin mí —susurra cerca de mi cara—. Lo sabes, ¿verdad?

Durante un segundo… duele. Le sostengo la mirada; no pienso hacerme pequeña. No me afectan sus palabras, yo sé que puedo con todo, que soy una mujer válida y capaz y no necesito a un gilipollas como él en mi vida.

Miro hacia la terraza de mi vecino y descubro que Travis sigue ahí viéndolo todo. Ahora está de pie, su cuerpo está rígido, tiene la mandíbula apretada y los puños cerrados. Sus ojos oscuros están clavados en Kevin, tiene el ceño fruncido y lo mira de una forma tan intensa que parece que estuviera imaginando exactamente cómo arrancarle la cabeza. Y no sé por qué… pero verlo en alerta me da más fuerza.

Antes de que Kevin entienda qué hago, giro mi cuerpo, engancho su brazo y aplico una llave rápida que lo obliga a soltarme y a doblarse hacia delante con un gruñido de dolor.

—No vuelvas a tocarme —mascullo entre dientes mientras lo inmovilizo.

Se le cae la bolsa de las hamburguesas al suelo y asiente cuando capta el mensaje; es entonces cuando le suelto con desprecio. Kevin se recompone la camisa y respira con dificultad, recoge la bolsa como quien recoge su dignidad y veo que la rabia arde en sus ojos marrones.

—Esto no quedará así —me amenaza—. No eres nadie sin mí.

—Qué original —sonrío.

—Es verdad —insiste él—. Tengo trabajo estable, casa propia y tú tan solo tienes turnos de mierda, una casa prestada y un sueldo de novata con el que casi no llegas a final de mes.

—Yo tengo dignidad —digo sin dudar y él da un paso hacia mí.

—Yo tengo apellido y estatus. Que no se te olvide que puedo quitarte a William cuando quiera.

—No te atrevas a amenazarme con nuestro hijo —replico. Trago saliva e intento parecer que no me afecta su amenaza.

—No es una amenaza Harper, es una realidad —me vacila y todo mi cuerpo se tensa.

—Puedes meterte tu realidad por el culo —le aseguro y él suelta una risa amarga.

Kevin me observa en silencio unos segundos, como si estuviera decidiendo si merece la pena seguir discutiendo. Al final, niega para sí, gira sobre sus talones y se marcha calle abajo sin mirar atrás.

Mi respiración es errática y los latidos de mi corazón están desenfrenados porque William siempre será mi punto débil y él lo sabe. A lo lejos, los fuegos artificiales estallan en el cielo iluminando la noche con destellos rojos y dorados que parpadean sobre las fachadas de las casas. El sonido del estruendo llega hasta aquí unos segundos después, profundo y lejano, como un recordatorio de que todo el pueblo está de celebración mientras yo sigo de pie frente a mi puerta con el pulso acelerado.

Respiro hondo y entonces miro de nuevo hacia la terraza de mi vecino, pero Travis está bajando las escaleras de su casa con la vista clavada en mí mientras camina de esa forma tan segura que parece que el mundo le pertenece.

Se detiene frente a mí y sus ojos negros recorren mi cara, mis brazos y mi cuerpo. Evalúa en silencio si estoy bien y durante un instante ninguno de los dos dice nada.

—¿Estás bien? —me pregunta finalmente con tono preocupado.

Y por primera vez desde que lo conozco no tengo fuerzas para discutir, ni fingir que todo va bien.

—Ahora que se ha ido, sí —respondo.

Él asiente poco convencido, se gira y mira brevemente hacia la calle, por donde se ha marchado Kevin, su mandíbula está tensa, es como si estuviera pensando en ir a buscarlo y golpearlo sin parar.

Cuando vuelve a fijar su vista en mí, hay algo en sus ojos que no estaba antes, algo ha cambiado. No está esa chispa de burla, ni provocación constante… En su mirada encuentro algo más oscuro, más peligroso, más protector…

Puede que Travis Dixon no haya intervenido en la discusión, pero no se ha perdido detalle alguno y si Kevin me hubiera hecho daño de

verdad, sé que él hubiera actuado. Y no sé por qué, pero esa certeza me atraviesa el pecho con una descarga eléctrica.

—Buenas noches, Harper —dice por fin.

—Buenas noches —respondo.

Travis se gira para volver a su casa, pero antes de subir el primer escalón se detiene un segundo. No se vuelve, pero se nota que se conteniene de hacer algo. Gira la cara un poco, lo suficiente para que nuestras miradas se crucen, lo veo tragar saliva y encuentro una lucha interna en sus ojos azabaches.

—Si ese imbécil vuelve a tocarte… No se irá andando por su propio pie.

Me quedo quieta y me abrazo a mí misma sin ser capaz de articular palabra. Porque, sinceramente, no me esperaba que se preocupara por mí. Él entra en su casa y yo me quedo sola en el porche rodeada del sonido atronador de los fuegos artificiales que explotan en el cielo mientras mi corazón late demasiado deprisa.

Y surge una idea que me da más miedo que Kevin o que cualquier incendio que pueda ocurrir este verano. Es mi vecino y por primera vez desde que llegó al pueblo… empiezo a preguntarme si Travis Dixon es algo más que un problema. Es mucho peor, es una maldita tentación.

CAPÍTULO 10



Si observamos qué tienen en común ser el que está de paso y el novato en un parque de bomberos pequeño como el de Silverton, es que te tocan los turnos de mierda. Y cuando digo turnos de mierda, me refiero a que no han pasado ni doce horas desde que salí de aquí anoche y ya estoy empujando otra vez la puerta metálica de la estación a las seis y media de la mañana, con un café en la mano y el cuerpo todavía protestando por el cansancio del día anterior.

Todo el pueblo está silencioso a esta hora. El cuatro de julio ha dejado resaca en las calles, hay vasos de plástico rojos tirados por el suelo, los confetis manchan los jardines y el persistente olor de las fogatas se respira todavía en el aire, aunque ya están apagadas.

Accedo al gimnasio de la estación y entonces la veo. Harper está entrenando. Lleva una camiseta de tirantes blanca, el pelo pelirrojo lo tiene recogido en una coleta alta que deja ver la piel de su espalda, pálida y llena de pequeñas pecas, y unos pantalones deportivos negros que marcan cada maldita curva de su cuerpo. Durante un segundo, me quedo quieto en la puerta. La observo y me doy cuenta de que respira acelerada mientras golpea el saco de boxeo con una mezcla de rabia y concentración que debería ser ilegal a la seis y media de la mañana. Sus movimientos son rápidos, precisos y parece como si estuviera descargando todo el mal humor

acumulado del mundo contra ese pobre saco que no tiene la culpa de que el padre de su hijo sea un gilipollas.

Tiene las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y la camiseta está pegada a su piel por el sudor. Demasiado pegada, y marca el contorno de su pecho con una claridad que no debería, mostrando unas tetas perfectas.

Joder. Trago saliva y mi entrepierna se tensa.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla y pienso que esto es exactamente lo que no necesito. Porque cuando una mujer me atrae de esta manera normalmente el cortejo es simple. Coqueteo con ella un poco, nos reímos, follamos y luego cada uno sigue con su vida. Sin complicaciones, ni historias. Sin… pelirroja gruñona que vive puerta con puerta conmigo y tiene un hijo que me llama *ogrosaurio*.

Harper no es simple. Ella es, más bien, como una caja llena de dinamita con una cerilla encendida encima.

—Si sigues mirándome de esa forma, vas a terminar besando el suelo —dice de repente sin dejar de golpear el saco, y no puedo evitar sonreír.

Ni siquiera se ha girado, ni me ha mirado, y aun así sabe que estoy aquí.

—Buenos días para ti también, chispita —saludo relajado.

Ella deja de golpear el saco y se da la vuelta despacio. Si las miradas mataran, ahora mismo yo sería un cadáver en el suelo del gimnasio de la estación de bomberos. Mientras tanto, me distraigo en cómo una gota de sudor baja por su clavícula y desaparece entre sus tetas. Mi garganta se seca y trago saliva.

—No me llames así —advierte.

—¿No has dormido bien? —le pregunto alzando una ceja divertido.

—Vete al infierno —masculla y sonrío un poco más.

—Qué carácter tan encantador para empezar el día.

—Estoy entrenando —dice girándose hacia el saco.

—Ya lo veo —respondo mientras dejo el café a medio tomar en un banco y me acerco a ella.

Harper no me mira, sigue machacando el saco, pero ahora que estoy más cerca veo un problema. La postura que adopta cuando

golpea está mal. Inclina demasiado el peso del cuerpo hacia delante y eso, en un incendio, la haría perder estabilidad y es una forma segura de acabar en el suelo sobre las brasas.

—Tu pie izquierdo está mal —le digo y el saco se detiene otra vez.

—¿Perdona? —pregunta con desconfianza y doy un paso más hacia ella.

—Cuando giras, pierdes el equilibrio —le comento atento a su postura.

—No lo pierdo —me contradice como tiene por costumbre.

—Sí lo pierdes.

—No —insiste tan cabezota como siempre.

—Sí.

Harper repite el movimiento y durante medio segundo se desequilibra, pero se mantiene en pie y me mira con soberbia.

—Has tenido suerte —respondo con sinceridad y ella suelta una carcajada irónica.

—Claro —ataja y me acerco un poco más a ella.

—Prueba otra vez —insisto.

—No necesito…

—Harper…

La interrumpo antes de que empiece su discurso de «no necesito que un idiota me diga qué hacer». Suspira y se vuelve a poner en posición. Esta vez me tomo la libertad de tocar ligeramente con dos dedos su cadera y la giro apenas un centímetro, lo suficiente para que su postura cambie. Siento el calor de su piel a través de la fina tela lo suficiente para que mi cerebro decida imaginar tenerla debajo de mí, gritando mi nombre. Mierda.

—Ahí —susurro cerca de su espalda.

Ella repite el movimiento y le sale perfecto. Se queda quieta un segundo, recapacitando, y luego se gira para mirarme.

—No te acostumbres.

—¿A qué? —pregunto confundido.

—A tener la razón —responde y sonrío.

—Va a ser complicado.

Me fijo en que la comisura de su boca tiembla, casi sonríe… Casi, pero enseguida vuelve a ponerse esa mascara de «si me hablas

demasiado, te doy un puñetazo».

Michael aparece más tarde con una taza de café en la mano. Nos observa en silencio y sé con certeza que está evaluándome por si trato a su hija como una novata, si la sobreprotejo o intento impresionarla, pero no hago ninguna de esas cosas. Porque con Harper ninguna funcionaría. Y aunque me cueste admitirlo, la chica no necesita que nadie la trate con guantes de seda.

Harper termina el circuito y bebe agua. Yo aprovecho para observar cómo la coleta pelirroja le roza la espalda cuando se inclina y se marca más la curva de su culo, joder… Necesito empezar a pensar en incendios o en un dolor de muelas, lo que sea antes de que mi cerebro se meta en problemas.

—Otra vez —digo.

—No eres mi entrenador.

—Soy tu sargento.

—Por desgracia.

—Venga —añado cruzándome de brazos—. Vamos a enseñarle a tu padre de qué pasta estás hecha.

Harper me mira un segundo y asiente mirando a su padre. Tengo claro que quiere ganarse la plaza sin tener que usar su apellido, y eso es admirable. Se vuelve a colocar en posición para comenzar. Yo me pongo a su lado y le recuerdo que lo más importante para un bombero al intervenir en un incendio es tener seguridad. Miro de forma fugaz a Michael, que sonríe orgulloso sobre el borde de su taza de café y, por alguna razón que no termino de entender, me gusta.

Terminamos el entrenamiento una hora después. Harper, está apoyada contra la pared, con las manos sobre las rodillas y la respiración errática, su pecho sube y baja muy rápido, está agotada, pero no se rinde. No se ha quejado, ni ha parado ni una sola vez. La observo en silencio mientras me seco la cara de sudor con una toalla y admito que la chica es buena, muy buena. No solo es orgullo y terquedad, aunque de eso va sobrada, sino que además tiene disciplina y está centrada en lo que hace, algo que en este trabajo es muy importante. Porque cuando entras en un incendio no hay

margen de error ni sitio para el ego, solo existen dos cosas importantes: la seguridad del equipo y salir vivos.

Durante un segundo, me viene un recuerdo amargo… *Humo, gritos, órdenes inconexas, el sonido de una viga de madera derrumbándose a un par de metros, un casco rodando hasta mis pies…* Rechazo ese jodido pensamiento, porque ha pasado un puto año y, aun así, sigue quemando igual. Michael se acerca y le lanza una toalla a Harper.

—Buen trabajo —dice con un tono tranquilo.

Ella se encoge de hombros, pero sé que el comentario le importa más de lo que quiere admitir. Luego me mira a mí y es cuando reaparece la Harper de siempre, la gruñona y desafiante pelirroja.

—No te emociones —me comenta secándose el sudor. Yo apoyo mi hombro en la pared y me cruzo de brazos.

—Tranquila —respondo—. No pienso emocionarme contigo.

Sus ojos verdes me fulminan nuevamente, sonrío y a Michael no le pasa inadvertida la animadversión que su hija siente por mí, pero no dice nada. Este hombre es bombero desde antes de que yo aprendiera a caminar y, aunque guarda silencio, sé exactamente lo que está haciendo. Quiere saber si de verdad soy de fiar, algo que en este trabajo lo es todo. Porque cuando el fuego va creciendo tu vida depende de la persona que esté a tu lado. Y la vida de tu compañero también depende de ti.

Kevin aparece a media mañana y llega exactamente como lo imaginaba. Camisa blanca demasiado cara para un día laborable y chaqueta azul marino. Me imagino que estará sudando, estamos en julio y hace demasiado calor para ir así vestido. Gafas de sol, pelo rubio engominado hacia atrás y las llaves de un coche que tintinean en su mano mostrando a todo el mundo que tiene dinero. El tipo entra en el garaje lleno de bomberos, donde estamos revisando los equipos, algo que no parece importarle, y camina con una mirada ladina hacia la única mujer que hay. Harper lo ve, y me doy cuenta de que su expresión cambia.

—Kevin.

Él se acerca con esos aires de superioridad de quien necesita demostrar constantemente que está en el bando ganador.

—Harper.

Pronuncia su nombre mientras la mira con descaro de arriba a abajo. Noto ese despotismo y lo gilipollas que es. Suelto una carcajada inoportuna y él me mira con desprecio mientras se quita las gafas de sol.

—¿Y tú quién eres?

—Travis. Bombero voluntario —respondo dando un paso en su dirección y poniendo mis dedos pulgares en las tirantas de mi pantalón.

Kevin baja la vista hacia mi uniforme *beige* y vuelve a mirarme como si fuera una broma.

—¿Voluntario? —pregunta con una sonrisa escéptica—. Suena a pasatiempo inútil.

—Tal vez lo inútil sea cómo vas vestido en pleno julio —replico encogiéndome de hombros sin ninguna prisa, aunque él ignora mi comentario.

—Yo prefiero los negocios de verdad.

Lo observo un segundo y es suficiente para saber cómo es. He visto a cientos de tipos como él, con trajes de diseño, coches caros, hombros tensos y una boca más grande que su cerebro. Solo intentan aparentar que tienen todo bajo control porque en el fondo están acojonados de que la gente se dé cuenta de que son un fraude de persona. Son justo esos hombres que necesitan recordar a todo el mundo el dinero que tienen, ya que solo viven de la apariencia.

—Cada uno tiene sus *hobbies* —respondo con calma.

Kevin chasquea la lengua, como si aquello confirmara exactamente lo que piensa de mí. Luego gira levemente la cabeza hacia Harper para observar su reacción antes de seguir hablando.

—Acabo de vender una casa por un millón de dólares —dice sin apartar la mirada de ella.

Interesante, porque no intenta impresionarme a mí, sino a ella; intenta demostrarle su valía.

—Felicidades —digo.

—Silverton está creciendo —añade él, inflando un poco el pecho.

—Tanto como tu ego —interviene Harper y tengo que morderme el labio inferior para no soltar una carcajada.

Durante un segundo, su mandíbula se tensa, la sonrisa desaparece de sus ojos y la observa con esa mezcla de irritación y desaprobación de los tipos que creen que una mujer debería comportarse mejor… sobre todo delante de otros hombres. Este capullo no está acostumbrado a que Harper le conteste y, desde luego, no a que lo haga delante de todo el equipo.

—¿Y cuánto tiempo piensas jugar a los bomberos? —pregunta volviendo a mirarme.

—Dos meses.

—Entonces te dará tiempo a aburrirte —afirma y me encojo de hombros con una tranquilidad que no siento del todo.

—No lo creo —digo—. Siempre encuentro alguna distracción interesante.

Giro la cabeza para mirar a Harper de arriba a abajo, lo justo para que Kevin capte el mensaje, y por supuesto que lo pilla. Su expresión cambia enseguida y sonrío satisfecho porque le ha llegado alto y claro.

—¿A qué has venido? —interrumpe Harper antes de que él pueda responderme.

—Quiero llevarme a Will esta tarde.

—Está bien —contesta, pero su expresión dice exactamente lo contrario.

Kevin se coloca las gafas de sol con un gesto estudiado.

—Perfecto. Espero que te sea leve estos dos meses aguantando al muermo de Michael y a su hija.

—Gracias… —respondo con la misma calma.

No ha venido a pedir permiso para ver a su hijo, solo ha venido a marcar territorio. Eso lo tengo claro desde que cruzó la puerta, pero el que parece que no tiene claro que ella no le pertenece es él.

Los demás chicos pasan de él, ni siquiera lo han saludado. Supongo que ya lo tienen calado. Lo observo caminar hacia su coche con esa seguridad artificial que llevan los tipos que necesitan que todo el mundo sepa que son los mejores. Antes de subirse al coche, dirige la mirada a Harper una última vez, esperando una reacción,

una despedida o lo que sea, pero ella ya no lo está mirando. Y eso parece fastidiarle más que cualquier cosa que yo haya dicho.

El motor arranca con un rugido y el coche desaparece calle arriba. El silencio vuelve al garaje. Harper suspira y se frota la nuca para aliviar un inminente dolor de cabeza.

—¿Siempre es así? —pregunto y ella me mira de reojo.

—Peor —responde.

La observo un segundo más antes de volver al equipo que estaba revisando, pero mi mente está distraída. Pienso que esta chica tiene un gusto lamentable por haber tenido un hijo con un imbécil como Kevin. No sé por qué demonios ese pensamiento me molesta tanto cuando no debería importarme lo más mínimo.

Es bien entrada la tarde cuando regreso a casa después de dar un paseo por el sendero que bordea el lago de Silverton; el pueblo ya ha recuperado esa calma lenta que parece envolverlo todo al caer el sol.

El agua del lago refleja las montañas como un espejo oscuro, los pinos huelen a resina y el aire aquí es tan limpio que es hasta incomodo respirar después de llevar tantos años viviendo entre el humo y las sirenas de la gran ciudad.

En este rincón del mundo todo es demasiado calmado, sencillo y estable. Subo los tres escalones de madera de mi terraza, saco mi móvil del bolsillo y me dejo caer en la silla.

El pueblo vuelve a estar tranquilo, nada que ver con la aglomeración de gente en las fiestas del cuatro de julio, tan solo se oye algún coche a lo lejos, un perro ladrando y poco más.

Entonces los veo, Harper aparece caminando por la calle con Will y una chica rubia. El niño va saltando alrededor de ellas como si tuviera un muelle escondido en los zapatos.

Frunzo el ceño extrañado, porque pensaba que esta tarde estaría con el imbécil de su padre. La chica se queda a la altura del parque de bomberos cuando se despide de ambos y se marcha en dirección contraria. Harper y Will caminan hasta la casa y el pequeño me ve primero.

—¡Hola, Travis! —grita cuando está más cerca de mí.

—Hola, minihumano. —Levanto el botellín a modo de saludo.

—¿Tienes algo para mí? —me pregunta con descaro y sonrío.

—William —lo corrige su madre.

—¿Qué? —replica él con fastidio.

—No puedes ir por ahí pidiendo cosas a extraños —le explica ella y él niño me vuelve a mirar.

—El *ogrosaurio* no es ningún extraño mami… Es nuestro vecino.

Harper me mira y durante un segundo no parece enfadada. Solo… agotada. Entro en casa y vuelvo a salir con una bolsa de chocolatinas que había comprado en el supermercado. No preguntes por qué lo hago, porque ni yo mismo lo tengo claro.

—Tengo chocolatinas —le comento y los ojos del niño se iluminan.

—¡Chocolatinas! —grita y corre hacia mí con la determinación de un pequeño depredador.

Harper se acerca, su pelo pelirrojo está suelto y desordenado y lleva un vestido celeste que deja al descubierto esas piernas largas que me vuelven ligeramente idiota cada vez que las miro demasiado tiempo. Y, joder, está guapísima. Demasiado.

—Hola —dice finalmente cuando llega junto a mí.

—Hola.

Will ya tiene la bolsa en las manos y la sacude para intentar multiplicar el contenido por arte de magia. Harper le lanza una mirada de advertencia.

—¿Qué se dice? —le pregunta ella.

—Mañana quiero más—responde el niño con una sonrisa esperanzada.

—William —le advierte.

—Valee… Gracias, Travis.

—De nada —le digo risueño.

Estoy a punto de comentar que pensé que Will estaría con su padre cuando Harper se adelanta como si adivinara mis pensamientos.

—Papá estaba ocupado hoy, ¿verdad, cariño?

—Sí —responde Will con naturalidad—. Por eso fuimos a la cafetería de la tía Gin a comer tortitas de chocolate.

Eso explica el azúcar corriendo por sus venas y una energía que parece de otro planeta. El niño me observa entonces con atención,

con esa curiosidad intensa que tienen algunos críos cuando creen haber descubierto algo importante.

—Estás herido —señala.

Miro mi mano. Solo tengo un pequeño rasguño, al resbalar sobre una roca que estaba húmeda.

—No es nada.

—Mamá puede curarte —me comenta y veo la incomodidad en Harper.

—Ah, ¿sí? —pregunto al pequeño que asiente con énfasis moviendo la cabeza.

—Es enfermera —responde y levanto la mirada hacia Harper.

—¿Enfermera? —inquiero sorprendido y ella se encoge de hombros aparentando que no es importante.

—Me gradué el año pasado.

—¿Y prefieres el fuego? —le pregunto curioso.

—Creo que amo ser bombera porque lo he vivido con mi padre desde siempre —justifica, y no puedo evitar sonreír.

Antes de que le pueda responder, Will levanta una mano entre los dos como si estuviera dirigiendo una negociación internacional.

—Quiero chocolatinas todos los días —me exige y me muerdo el labio inferior para no reírme.

—¿Estás negociando conmigo? —cuestiono divertido y él asiente.

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que traerte chocolatinas para ganarme tu perdón? —quiero saber, y por un instante Will piensa en ello muy seriamente.

—Toda la vida —responde y suelto una carcajada.

—No estaré tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo estarás? —consulta con interés.

—Dos meses.

—Pues ese tiempo —afirma y le tiendo mi mano.

—Trato hecho.

—¡No! —interviene Harper al instante—. No vas a atiborrarte de dulce todos los días.

—Pero mamá… —protesta Will.

—Ni mamá ni *mamú* —continua ella y el niño suspira con dramatismo.

—Papá lleva razón, eres aburrida.

Harper cierra los ojos un segundo, porque esa frase le hace daño.

—William… —comienza a decir y no puedo evitar reírme captando la atención de ambos.

—Creo que tu padre no conoce bien a tu madre.

Harper me lanza una mirada que es mitad advertencia y mitad algo que no me da tiempo a descifrar, porque su móvil empieza a sonar. Lo mira, suspira y antes de responder vuelve a fijarse en mí.

—Nos vemos —dice finalmente, haciéndole un gesto a su hijo para que la siga.

—Adiós, *ogrosaurio*. No olvides nuestro trato —me advierte el pequeño, levantando la bolsa de chocolatinas cual trofeo de guerra.

—No lo haré —comento sonriente.

—Hasta mañana, Travis —añade feliz.

—Hasta mañana, minihumano.

Will corre hacia la puerta de casa para llegar el primero de su carrera imaginaria. Harper lo sigue unos pasos por detrás, más despacio, mientras responde la llamada con voz baja. Estoy a punto de sentarme otra vez cuando ella se detiene para abrir y se gira para mirarme.

—Gracias por las chocolatinas.

—No es nada —digo encogiéndome de hombros.

Harper cuelga el teléfono y durante un segundo sus ojos bajan hacia el rasguño de mi mano.

—Espera.

No me da tiempo a preguntar nada, porque Harper ya está rebuscando en su bolso y saca una tirita con dibujos de dinosaurios y una toallita húmeda. Camina hacia mí y, antes de que pueda reaccionar, me agarra de la mano con sus dedos fríos y el contraste con mi piel caliente me recorre el brazo con una descarga eléctrica inesperada.

—No es nada, fui a correr un poco y, por atrevido, al ir a cruzar un riachuelo, pisé una roca que se movía y resbalé —murmuro.

—Otro día ten más cuidado.

Pero, aun así, limpia el pequeño corte con la toallita húmeda y coloca la tirita con demasiado cuidado para alguien que dice que no me soporta y me odia. Durante un segundo está muy cerca, tanto, que puedo oler su perfume dulce.

—Listo.

Me suelta enseguida, como si acabara de darse cuenta de lo que ha hecho y da un paso atrás.

—No hace falta que intentes caer bien —añade, recuperando ese tono suyo.

—¿Intentar? —pregunto alzando una ceja.

—No funciona conmigo.

—¡Mamá! Me hago pis. —Will interrumpe lo que sea que estaba pasando entre nosotros.

Harper se aleja para abrir la puerta de su casa y, una vez que Will desaparece como un rayo dentro, me lanza una última mirada y cierra la puerta.

Me quedo de pie mirando mi mano como un idiota; sé que el rasguño sigue ahí, pero ahora también está el recuerdo de sus dedos sobre mi piel.

Levanto la vista hacia la ventana del salón. Veo la silueta de Harper y la de Will saltando sobre el sofá y, por alguna razón absurda, sigo mirando. Porque sigo pensando algo que no debería... Dos meses, eso era todo. Pero entonces… ¿por qué demonios me estoy acostumbrando a ver esa luz encendida cada noche? Me gusta demasiado lo cerca que los tengo.

CAPÍTULO 11



Todavía no entendía qué hacía Travis Dixon en Silverton. Había intentado sacarle información a mi padre tres días antes, mientras cenábamos con mi madre, pero la conversación no había llegado muy lejos.

—Papá, ese hombre tiene un expediente impecable —le había dicho, apoyando los codos en la mesa—. Incendios en California, rescates estructurales, años de experiencia… ¿y ahora aparece aquí como voluntario dos meses?

No me fiaba de él, mi padre lo sabía, pero él había seguido cortando su filete con una tranquilidad desesperante.

—Necesitábamos ayuda —respondió.

—Podrías haber pedido ayuda a cualquier estación del condado —comento, y él guarda silencio—. Papá.

—No todo el mundo viene a un sitio como Silverton por el trabajo —me contesta dejándome aún más confundida.

—¿Entonces por qué ha decidido venir? —insistí.

—Porque a veces la gente necesita hacer cosas diferentes a su rutina.

No dijo nada más, y ese siempre había sido el problema con mi padre. Que sabía cuándo callarse.

Ahora, mientras reviso el equipo en el garaje del parque de bomberos, sigo pensando en esa conversación y en Travis, porque me parece demasiado bueno en su trabajo para ser un simple

voluntario temporal. Un aviso que nos entra por radio a las tres y cuarto de la tarde me saca de mis pensamientos.

—Incendio cerca de la zona del lago. Vegetación baja —anuncia la radio.

Todos nos miramos y el ambiente calmado cambia al instante. Mi padre da un salto de su silla y fija su atención en los dos camiones aparcados en las puertas del garaje.

—Todos a sus puestos, equipo uno y dos, salid ya —nos ordena.

Equipo dos significa Tommy, Travis y yo.

—Genial —murmuro sin molestarme en disimular la ironía.

Zenon, que sale con mi padre, Phil y Ger, arranca el primer camión; en el nuestro conduce Tommy. Travis se sienta a su lado y yo voy detrás. El motor ruge y salimos del pueblo con las sirenas puestas. El viento cálido entra por la ventana mientras avanzamos por la carretera que bordea el lago.

Intento centrarme en la columna de humo gris que se eleva en el cielo como una advertencia. Pienso en todo lo que tenemos que hacer en cuanto lleguemos, pero no funciona… porque soy demasiado consciente de su presencia. Es imposible ignorar esa espalda ancha ocupando el asiento delantero y cómo el uniforme le marca los hombros. Travis me mira a través del espejo retrovisor y me fijo en que tiene la mandíbula tensa.

—Estás muy callada —dice.

—Estoy concentrada —respondo.

—Claro —replica con media sonrisa—. Entiendo que mi presencia te distraiga.

—Vete al infierno —bramo y su sonrisa se ensancha.

—Sabía que no podías pasar un rato sin pensar en mí —intenta provocarme de nuevo.

—No te emociones.

—Es difícil no hacerlo cuando me miras así —comenta relajado y frunzo el ceño.

—No te estoy mirando —me quejo apartando la mirada de él.

—No, claro —ironiza—. Me estabas desnudando con la mente.

—¡Qué más quisieras!

—Créeme, no me importa.

El calor me sube por el cuello y siento que mis mejillas se tiñen de un rojo intenso. Travis sonríe un poco más porque lo nota. Tommy resopla y dirijo mi atención a mi compañero, que sigue atento a la carretera.

—¿Podríais esperar a apagar el incendio antes de empezar el vuestro?

—¡Cállate, Tommy! —decimos los dos a la vez.

—Joder… sois iguales —murmura Tommy, que se ríe y niega para sí.

—No lo somos —protesto al instante.

Ninguno de los tres dice nada más, guardamos silencio, pero esa frase se queda en el ambiente y me incomoda.

No tengo nada en común con Travis Dixon.

Nada.

El humo se ve más denso y el aire está más cargado. El camión reduce la velocidad y en menos de diez minutos estamos a pocos metros del incendio.

—Llegamos —anuncia Tommy.

En ese momento, dejamos nuestras diferencias a un lado y empezamos a trabajar. Cuando bajamos del camión el aire es espeso, el calor nos golpea sin piedad y el crepitar del fuego llena todo como un ruido molesto. Por suerte, el fuego aún no es demasiado grande. Una línea seca de hierba de varios metros está ardiendo y el problema es que el viento sopla hacia el bosque y eso lo cambia todo.

—Harper, conmigo —ordena Travis.

Asiento. Travis ya está desenrollando la manguera del camión mientras Tommy activa la bomba de agua. Actúan sin necesidad de mirarse. Me fijo en la postura de Travis, en sus manos, y en cómo se mueve con una eficiencia que me hace fruncir el ceño, porque lo hace como alguien que ha hecho esto demasiadas veces.

—Flanco derecho —me ordena.

Noto cómo su voz cambia cuando trabaja, es más grave y autoritaria y joder… debería molestarme, pero odio admitir que es increíblemente *sexy*.

—Recibido —respondo, más bajo de lo que pretendía.

Sacudo la cabeza y mi mente grita «concéntrate, Harper». Mientras él fija la línea de agua, yo me desplazo hacia el lateral para evaluar el terreno.

El calor me golpea la cara y me doy cuenta de que el viento cambia ligeramente y la vegetación está demasiado seca, por lo que el fuego se puede propagar más fácilmente.

—El fuego puede saltar por aquí —grito señalando el matorral más denso—. Si cruza, se mete en el bosque.

Travis levanta la vista hacia mí durante un segundo y luego mira el terreno que señalo. Evalúa y asiente.

—Entonces córtalo —me dice.

De nuevo, asiento, y es todo lo que necesito para ponerme manos a la obra. Me adelanto un poco más y agarro el batefuegos para avanzar por el lateral. Aprieto la mandíbula al sentir el calor que sube por las piernas y el humo se filtra un poco incluso dentro del casco. Detrás de mí, la presión del agua golpea con fuerza. Lo siento y no necesito verlo para saber que me está cubriendo.

Levanto el batefuegos en el aire y golpeo el suelo, avanzo y respiro. De nuevo el mismo movimiento… Golpeo, avanzo y respiro. Y así, una y otra vez.

El fuego retrocede unos centímetros, luego otros cuantos más, y cada vez que doy un paso, el agua cae justo donde necesito. Es como si estuviéramos perfectamente sincronizados, como si hubiéramos hecho esto juntos antes.

—No te acerques demasiado —indica Travis a mi espalda.

—Sé hacer mi trabajo —respondo mirándolo de reojo y él asiente.

—Lo sé.

Su voz no suena a advertencia, suena a confianza. Vuelvo a mi trabajo. Aprieto los dientes y sigo. Golpeo, apago, avanzo y respiro. El calor aumenta cuando el viento cambia y las llamas crecen un poco más.

—Va a subir más —advierto.

—Lo veo.

Y entonces, lo hace de nuevo, ajusta la presión y cierra el ángulo para que el agua caiga justo donde el fuego intenta crecer. Travis me cubre, me protege sin invadirme y poco a poco el fuego va

retrocediendo. Siento su mirada en la espalda. No necesito girarme para saber que está preguntándose exactamente de qué soy capaz… y eso me pone más nerviosa que el fuego.

De repente, el viento sopla un poco más fuerte y las llamas suben un metro más.

—¡Cuidado! —advierto.

La línea de agua tarda un segundo en reaccionar, frunzo el ceño y me giro hacia Travis. En ese momento lo veo, es un instante fugaz, pero lo suficiente para notar que se ha quedado inmóvil. La manguera pierde el ángulo y el agua deja de caer donde debería. Su mente no está aquí, está en otro sitio. Su pecho sube y baja, su respiración se vuelve irregular y por un instante percibo algo en su mirada que no es miedo… es algo más profundo. Un recuerdo doloroso que lo arrastra lejos de aquí. Entonces comprendo que ahora mismo no está viendo el fuego, Travis está viendo otra cosa. Mi estómago se tensa, doy un paso hacia él y parpadea, me mira y sé que vuelve a estar aquí.

—Agua —ordena con voz firme apuntando de nuevo al fuego.

Vuelve a ajustar el ángulo perfecto y actúa como si no hubiera pasado nada. El agua apaga las llamas y el fuego retrocede lentamente. No digo nada, sigo trabajando en silencio porque hay algo en su expresión que me deja claro que preguntar sería cruzar una línea prohibida.

Terminamos de apagar el fuego en quince minutos; el humo se disipa lentamente y el lago vuelve a verse entre los árboles. Cuando regresamos todos al punto de control, mi padre me observa con las manos en la cintura. Sé que no ha intervenido, pero estoy segura de que no se le ha escapado nada.

—Buen trabajo —comenta.

Travis va hacia el otro camión porque lo está llamando Ger. Yo dejo el batefuegos en su sitio y me desabrocho la chaqueta. Me quito el casco y me limpio el sudor con la manga. Empiezo a enrollar la manguera y me centro en cómo Tommy la prepara para que no coja ningún pliegue. Oigo unos pasos a mi lado. Es Travis, y siento que me observa con las manos en la cintura.

—No lo has hecho mal.

—¿Eso es un cumplido? —pregunto, alzando una ceja.

—Más o menos.

—En ese caso, gracias…

Se encoge de hombros y guarda silencio, pero no se va. Sigue mirándome pensativo.

—Has mantenido la cabeza fría —añade, sin rastro de burla.

—Es mi trabajo.

—Sí —admite en voz baja—. Y lo haces bien, novata.

Mi estómago se contrae y odio que me guste recibir su aprobación. A una parte de mí le gustaría pedirle que lo repita, que su opinión es importante. Aprieto la mandíbula y termino de enrollar la manguera.

No necesito ningún cumplido y menos suyo. Pero vuelvo a mirarlo y en sus ojos café solo encuentro admiración. No hay ni rastro del capullo arrogante y provocador de mi vecino. Solo veo a un hombre que hace unos minutos se quedó completamente quieto delante del fuego y que luego actuó como si nada.

Sé lo que vi y él lo sabe.

Nuestras miradas quedan entrelazadas un segundo más de lo necesario intentando adivinarnos el pensamiento. Trago saliva y aparto mis ojos, porque no quiero preguntar.

No sé si quiero conocer la razón.

Tengo claro que Travis Dixon no está aquí de voluntario por capricho. Está aquí por algo lo suficientemente doloroso como para hacerlo huir de su vida de ciudad. Evito mirarlo de nuevo e intento ignorarlo. Intento hacer que no me importa, pero no funciona. Porque una sensación incómoda se instala en mi pecho. No debería importarme qué demonios ha visto en ese fuego. No debería de haber dado un paso hacia él como si yo hubiera decidido ya que no iba a dejar que se perdiera en sus recuerdos.

CAPÍTULO 12



No puedo dormir porque cada vez que cierro los ojos… revivo aquel momento. Todo está lleno de un humo negro y espeso que aviva el calor de las llamas que trepan por las paredes, me falta el oxígeno, mi garganta se cierra y aprieto los dientes, porque mi jodida cabeza vuelve a recordarme aquel puto día.

Me giro en la cama y me pongo boca arriba para mirar el techo inmaculado. El silencio de la noche me recuerda que aquí estoy seguro, que no pasa nada, pero, aun así, mi cuerpo sigue en tensión. Cierro los ojos un instante y veo con nitidez ese jodido recuerdo, una viga de madera que cae con un fuerte golpe al suelo, un alarido de dolor y, entonces, sé que algo no va bien.

Me incorporo de golpe, mi pecho sube y baja demasiado rápido. Me cuesta trabajo respirar. Trago saliva, como si así pudiera diluir el nudo de fuego que me quema el pecho y me paso una mano por la cara. El sudor frío me baña la frente y, de nuevo, mi pulso se acelera.

—Joder —mascullo y miro la hora.

Son las 03:17 de la madrugada… genial. Otra noche de mierda en la que apenas he dormido unas horas. No lo pienso y me levanto, porque sé que quedarme dando vueltas en la cama no va a mejorar nada.

Salgo a la terraza y el aire de la noche me golpea en la cara; es frío y lo agradezco. Cierro los ojos un instante y respiro esperando que sea suficiente, pero sé que nunca lo es. Por eso vuelvo adentro, me pongo una camiseta de tirantes blanca, cojo las llaves de casa y salgo en dirección al gimnasio de la estación de bomberos que está en el otro extremo de la calle. Necesito cansarme y dejar de pensar. Las luces están encendidas, y no me sorprende porque siempre hay alguien de guardia. Entro y el sonido de una televisión llena la sala de descanso. En ella hay un partido de *rugby*. Ger está tirado en el sofá con los pies en la mesa y Tommy está en el otro extremo del sofá con un café en la mano.

—¿Qué coño haces aquí a estas horas? —dice Ger sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Te has perdido o qué? —añade Tommy.

—No podía dormir —respondo.

—El gimnasio está libre —me comenta Tommy, alzando el café.

Asiento y paso por su lado, porque si algo he aprendido en estos pocos días con los chicos, es que nunca me fuerzan a hablar.

Cruzo el pasillo y empujo la puerta el gimnasio, enciendo la luz y me fijo en el saco de boxeo que cuelga en el centro. Me coloco frente a él, aprieto los puños y lo golpeo una y otra vez. Sin ritmo, ni técnica, solo con fuerza y necesidad de agotarme. El impacto retumba en los nudillos, en los brazos, en el pecho… pero no paro, porque si me detengo, vuelven los pensamientos.

El saco se balancea, mi respiración se vuelve descompasada y los músculos empiezan a arder de agotamiento. El sudor me empapa la espalda y mis brazos comienzan a fallar, pero no es suficiente… nunca lo es.

Porque desde hace un año lo que busco es silencio mental y no lo encuentro. Apoyo la frente contra el saco, cierro los ojos y respiro, intentando recuperar el aliento. Entonces aparece… no el fuego, ni el humo… aparece ella. Harper. Con su mirada esmeralda fija en mí. Aprieto la mandíbula, porque durante ese puto segundo en el que me quedé congelado como alguien que no merecía estar ahí, ella lo vio. Exhalo lento, me separo del saco y me paso la mano por mi pelo corto y pienso que en ningún momento dijo nada, no hizo preguntas

ni tampoco me miró con lástima. Y eso es peor, ya que significa que lo entendió sin necesidad de explicaciones. Y joder… eso es peligroso. Me paso la mano por la nuca y niego para mí.

—No es asunto suyo —murmuro frustrado.

Es la primera vez en mucho tiempo que no estoy pensando solo en el fuego, sino en ella. En cómo lo dejó estar y en cómo eso me jode más que cualquier otra cosa. Porque reconozco que no era el fuego lo que me daba miedo, sino fallar otra vez.

No he dormido más en toda la noche y el cansancio me pasa factura en cada movimiento, cada músculo de mi cuerpo protesta. Me duele la espalda, los hombros y los nudillos, sé que el entrenamiento fue demasiado, pero no me importa.

Sostengo el vaso de café entre las manos y apoyo la espalda contra el respaldo del asiento trasero del camión mientras observo la carretera a través del parabrisas delantero. Harper conduce y Phil va a su lado revisando la información que le ha enviado Michael desde la estación, pero mi atención no está en el incendio al que nos dirigimos… está en ella. Me fijo en la forma que tiene de sujetar el volante, con seguridad, y es que Harper no necesita demostrar nada y aun así se esfuerza por defender que es digna de este puesto.

—Fuego en una vivienda unifamiliar —dice Phil—. Posible origen en la cocina.

Harper asiente, sigue atenta a la carretera y yo doy otro sorbo al café y cierro los ojos un segundo. Error, porque los recuerdos vuelven… El humo es demasiado real, las llamas son demasiado grandes como para llegar hasta la otra habitación… Abro los ojos de golpe y me encuentro con la mirada de Harper, que me observa fugazmente por el espejo retrovisor.

—Dixon —suena la voz de Harper, firme—. ¿Todo bien?

—Todo bien —respondo.

Ella asiente y parece que una pequeña sonrisa se dibuja en su boca una milésima de segundo. La casa en llamas aparece al girar la curva. Es una casa de madera, pequeña y de una sola planta. Los vecinos se agolpan curiosos en la acera de enfrente; por suerte sabemos que no hay nadie dentro.

Las llamas salen por una de las ventanas y rompen el cristal, alimentándose de oxígeno y haciéndose más salvajes.

—Ahí está —dice Phil.

—Vamos —comenta Harper deteniendo el camión.

La sigo y noto que el fuego tiene formas distintas al del día anterior. Es más intenso y el humo es más negro, es graso y entonces… sumo dos más dos.

—Posiblemente se ha originado en la cocina, ese humo negro es de aceite —comento y Harper asiente.

—Probablemente una freidora —añade—. Sabemos que el aceite se extiende rápido.

La miro sorprendido por su comentario y ella lo nota, claro que lo nota, porque frunce el ceño y me mira con mala cara.

—¿Qué? —pregunta poniéndose el casco.

—Nada —miento.

Entramos en la vivienda y el aire es más denso. No hay apenas visibilidad porque el humo lo cubre todo; la cocina está a la derecha. Lo sé por el tipo de combustión de las llamas. Phil abre la línea y el agua golpea, pero el fuego ya ha ganado espacio en la entrada de la vivienda. Harper continúa abriendo línea mientras que Phil sale para empapar el salón y la pared contigua.

La encimera está envuelta en llamas. Vemos una freidora eléctrica ardiendo. El aceite hierve y salpica extendiendo las llamas como lava ardiente que devora todo a su paso.

—Joder… —murmuro—. Esto no se va a apagar con agua.

—Céntrate y coge el extintor liquido —dice Harper que avanza delante de mí.

La sigo y noto cómo el suelo cruje bajo nuestros pies. La estructura no va a aguantar mucho tiempo.

—Tenemos que contenerlo aquí —comento—. Si pasa al salón, se complica.

Ella asiente sin ni siquiera mirarme y sé que no hace falta, porque una vez más… ya estamos sincronizados.

La explosión de la freidora hace que retrocedamos y el fuego nos gana terreno. En ese momento de máxima tensión, mi cabeza vuelve a traicionarme y me recuerda aquel último servicio en Iowa.

El humo también era denso, la estructura se vino abajo, oí los gritos de desesperación junto con mi nombre. Fue un error seguir dentro, un error mío y lo peor fue…

—¡¡Dixon!!

Su grito me trae de golpe al presente. Harper sostiene la manguera y se acerca a mí.

—¡¡Mírame!! —me ordena y lo hago.

Me quita el extintor de las manos y me pasa la manguera, me encargo de rociar con agua alrededor del foco principal del fuego, mientras que ella esparce el líquido que proyecta el extintor sobre el aceite en llamas. El extintor desprende un químico húmedo, llamado profesionalmente como *Wet Chemical*, y este crea una capa jabonosa sobre el aceite que lo enfría y lo aisla del oxígeno. Poco a poco, vamos retrocediendo hacia la salida, Phil nos está abriendo paso a nuestras espaldas y, justo antes de salir, el techo cruje más fuerte. El humo lo llena todo, la visibilidad es escasa y noto cómo Harper se lanza contra mí sin dudarlo y caemos al suelo.

La viga se desploma a escasos metros de nosotros. Mi espalda está contra el suelo y ella está sobre mí. El aire abandona mis pulmones durante un segundo que parece eterno. Cuando consigo volver a respirar, no me muevo porque ella está encima de mí. Su respiración es rápida y está tan cerca que podría contar cada uno de sus latidos si me lo propusiera. El caos reina a nuestro alrededor, el techo de la entrada ha cedido, y aun así lo único que veo es su rostro preocupado.

—Estás bien —dice, y no es una pregunta.

Asiento, incapaz de decir nada, pero mi cuerpo me traiciona y me tiemblan las manos. Ella lo nota, no dice nada, solo me mira un segundo y luego se aparta para levantarse. Se sacude la ropa, sale de la casa y actúa como si no acabara de salvarme.

El fuego del exterior de la fachada se controla minutos después, pero ya estoy sentado en el suelo junto al camión intentando respirar a un ritmo normal. Oigo pasos, y sé que es ella. Se detiene frente a mí, sin decir nada y me ofrece una botella de agua.

La cojo y nuestros dedos se rozan. Sé que no me juzga, que no me cuestiona y que no me ve débil. Solo quiere comprenderme y

joder… eso me destroza más que cualquier recuerdo. Bebo y levanto la vista para tropezarme con su mirada.

—Gracias por salvarme el culo —susurro.

—No te acostumbres —comenta encogiéndose de hombros.

Sonrío y niego para mí. Porque, una vez más, ahí está ese carácter que es un puto problema. La observo y comprendo que es una mujer fuerte, jodidamente fuerte. Demasiado para mí, que llevo un enorme peso encima y ese es un jodido problema. No debo acercarme a esa mujer, pero cada maldito día… es más difícil mantenerse lejos de ella.

CAPÍTULO 13



La puerta de casa de mis padres se abre antes de que llame al timbre. Mi madre tiene esa habilidad, como si pudiera escuchar mis pasos y supiera exactamente cuándo estoy a punto de llegar.

—Por fin —dice, mirándome de arriba abajo—. Tienes mala cara.

—Gracias, mamá, yo también te quiero —respondo, sonriendo, porque a pesar de tener veintitrés años… sigo necesitando sus brazos.

Ella me abraza, cierro los ojos un instante y todo el agotamiento del día desaparece de repente.

—¡Mamá! —grita Will, lanzándose contra mí con esa energía suya que no entiende de cansancio—. ¿Tienes hambre? ¡La abuela ha hecho albóndigas y yo le he ayudado!

—Tengo mucha hambre, peque —contesto mientras me agacho para besarle la mejilla—. Y si las has hecho tú, seguro que están aún más buenas.

Mi hijo asiente orgulloso y me sonríe.

—Nuestro tesoro dice que tú no le haces esas cosas —añade mi madre, mirándome con desaprobación mientras entramos en casa.

—No las hago, pero intento que coma de forma saludable.

—Saludables no son las bolsas congeladas del súper.

—No todo lo que le hago es precocinado —protesto, cerrando la puerta—. También le doy fruta fresca.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Ayer qué? —pregunta mi padre que sale de la cocina secándose las manos con un paño.

—Nada —decimos mi madre y yo al mismo tiempo.

—Perfecto —resopla.

Will se ríe y corre hacia él, mi padre se agacha y lo coge en brazos.

—¡Abuelo! Mamá apaga fuegos, como cuando tú eras joven.

—Sí, es una heroína —añade mi padre con orgullo y sonrío.

—¿Has apagado algún fuego hoy? —me pregunta Will mirándome con los ojos muy abiertos esperando una historia épica.

—Sí —respondo, quitándole importancia—. Uno en una casa, en la que se quedó encendida una freidora.

—¿Había llamas grandes? —insiste con curiosidad mi pequeño.

—Eran gigantes —sonrío—. Pero lo apagamos rápido.

—Porque mamá es fuerte —afirma él, convencido.

Y mi corazón se hincha de felicidad, porque, joder, mi niño es mi tesoro.

—Claro que sí —añade mi padre, guiñándole un ojo—. Tu madre es la mejor.

—Y aun así no sabe hacer unas albóndigas decentes —critica mi madre.

No me quejo, porque tiene razón… No soy una experta en la cocina, pero me defiendo.

Cuando entramos en el salón, la mesa está puesta y en el centro hay una olla humeante que desprende un olor delicioso a especias. Se me hace la boca agua porque me encanta como cocina mi madre.

—Siéntate —me dice mi cocinera favorita, que me mira un segundo de más—. Estás más delgada.

—No lo estoy.

—Sí lo estás —insiste.

—Estoy bien.

—Harper.

—Mamá.

Ella suspira y sé que lo deja estar. Mi padre sonríe y yo me dejo caer en la silla, agotada.

—¿Fue complicado? —pregunta mi padre, a la vez que me sirve agua, y asiento.

—Sí, sobre todo cuando el techo venció y casi se nos cae encima.

—Me lo ha contado Travis.

—Lo importante es que todo salió bien —añado y no comento nada más.

Él asiente satisfecho y yo tampoco quiero contarle delante de mi madre y de Will lo jodido que fue apagar ese puto fuego. Sobre todo, cuando Travis se quedó una vez más bloqueado. Sencillamente, no voy a hablar de Travis. No debería ni de estar pensando en él.

—Kevin lo ha traído temprano hoy —comenta mi madre, señalando a Will, que ya está devorando su plato de albóndigas.

Suspiro porque siempre aparece Kevin en cada visita que hago a esta casa. Es como una jodida mosca pesada que no sabes cómo espantar.

—Tendría cosas que hacer —respondo, encogiéndome de hombros para restarle importancia.

—Siempre tiene cosas que hacer —murmura serio mi padre.

—Kevin me comentó que echa mucho de menos a Will —añade mirando a mi niño que está atento a todo—. Es normal, es su padre.

Me tenso y aprieto la mandíbula porque siempre les digo que no me gusta hablar de Kevin delante de Will, sobre todo porque mi hijo entiende todo y no quiero que se sienta mal por los problemas de los mayores.

—Ya —digo incómoda.

—Por cierto —continúa mi madre como si nada—. Me encontré con su abuela Esmeralda esta mañana.

—Ah, ¿sí?

—Sí, estaba en la carnicería y me preguntó por Will —responde—. Dice que Kevin hace tiempo que no lo lleva a su casa y los abuelos quieren verlo.

—¿Y?

—Nada importante. Comentó que últimamente tú también estás muy… ocupada para llevarles a su nieto.

—Lo estoy —atajo.

—Harper…

—Trabajo —la interrumpo—. Turnos. Incendios. Ya sabes.

Mi padre me observa mientras come. No dice nada, no interviene porque no piensa igual que mi madre.

—Y hoy, cuando llegó, Kevin fue un encanto. Yo creo que está muy implicado —remata mi madre con segundas intenciones.

—Pues me alegro por él —replico seca.

—Solo digo que quizá podríais…

—No —la corto.

Silencio otra vez. Will me mira curioso y me siento un poco peor porque una parte de mí querría que tuviera lo mismo que yo tuve, unos padres unidos, que se aman y se respetan. Pero Kevin me fue infiel y eso es algo que nunca podré perdonarle.

—¿Puedo repetir? —pregunta sonriente Will.

—Sí, cariño —responde mi madre rápidamente—. Todo lo que quieras.

Sigo comiendo, casi en automático, sin pensar demasiado. Pero no funciona porque mi cabeza no está aquí. Está en esa casa en llamas, en el momento en que Travis se quedó inmóvil como si en el incendio reviviera un trauma. Aprieto el tenedor con más fuerza de la necesaria porque no es asunto mío. No debería importarme lo que diablos le pase porque solo es un idiota arrogante que está aquí de paso. Pero es la segunda vez que veo que el fuego lo paraliza y algo le debió pasar que lo aterroriza.

—¿En qué piensas? —curiosea mi padre sacándome de mis pensamientos.

—En nada —miento.

Él no insiste, nunca lo hace, y se lo agradezco. Cuando terminamos de comer, ayudo a mi madre a recoger mientras que mi padre se lleva a Will al jardín.

Estoy terminando de fregar los platos cuando mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Me seco las manos para cogerlo y veo que es Ginebra.

—Hola.

—Me he enterado de lo del incendio en Graham Street. Cuando pasen cosas así, dime al menos que estás viva —me riñe preocupada y sonrío.

—Estoy viva.

—Perfecto, entonces puedes dejar a tu hijo con tus padres y esta noche salimos de fiesta —me sugiere y suelto una carcajada.

—Ni de coña.

—Aburrida.

—Estoy cansada —confieso.

—Bueno, otra vez será. ¿Te vienes con Will a cenar a casa? —me propone.

—Vale, creo que es un buen plan —respondo.

—¿Qué tal con el vecino imbécil? —me pregunta cambiando el rumbo de la conversación.

—No empieces —respondo, apoyándome contra la encimera.

—He dicho imbécil, no *sexy*. Aunque sabemos que es ambas cosas —insiste y pongo los ojos en blanco.

—Es un capullo y me cae mal —digo intentando convencerme con mis palabras.

—Ajá —afirma—. Y yo soy monja.

—No estoy mintiendo.

—Harper… —Su tono cambia, más suave, más peligroso—. Cuando dices no estoy mintiendo, es porque te estás contando una película a ti misma.

—No ha pasado nada.

—Claro que no. Solo te pones a la defensiva y eso no es nada sospechoso —ironiza.

—No estoy a la defensiva.

—Sí lo estás —insiste.

—Ginebra…

—¿Te lo quieres follar o sigues mintiéndote? —pregunta sin ningún tipo de filtro.

—Eres insufrible.

—Pero tengo razón.

—Luego hablamos —corto la conversación al ver a mi madre entrar en la cocina.

—Ni de coña te vas a librar —responde.

—Pesada —protesto sonando muy poco convincente.

—Me quieres —añade risueña.

—A ratos.

—Con eso me conformo, pelirroja. Luego me lo cuentas todo.

Cuelga y me quedo mirando el móvil un segundo más de lo necesario. Porque, joder, con ella en mi vida todo parece más fácil.

—Llévate esto —dice mi madre dándome una bolsa.

—Mamá… no hace falta —replico mirando las tres fiambreras que contiene.

Una de albóndigas, otra con sopa de pollo y otra con revuelto de verduras. Sé que lo hace para ayudarme, pero me hace sentir mal. Yo soy la responsable de mi vida.

—De verdad que no hacía falta —murmuro.

Pero no se las devuelvo porque me viene genial, y eso es lo que más me cuesta reconocer. Mi madre me observa y sabe perfectamente lo que estoy pensando. Pero no dice nada, solo me sonríe con cariño y me coloca bien el pelo detrás de la oreja.

—Así estarás más tranquila unos días —comenta y asiento.

Lleva razón. Sin embargo, quiero hacerlo yo sola y reconozco que me cuesta trabajo llegar a todo, aunque me empeñe en intentarlo.

Mi padre se acerca, mira la bolsa que sujeto y me da un apretón en el hombro.

—Lo estás haciendo bien.

—Gracias —digo en voz baja.

—¿Nos vamos ya? —pregunta Will.

—Sí, peque. Coge tus cosas.

Nos despedimos de mis padres y cuando salimos hacia casa, el sol baña las montañas con esa luz dorada que lo vuelve todo más tranquilo de lo que realmente es.

Al llegar, veo que hay tres coches aparcados frente a mi casa, y por un instante frunzo el ceño porque sé que no son del pueblo.

—¿Quiénes son? —quiere saber Will quitándose el cinturón.

—No lo sé, peque —respondo.

Salimos del coche. La tarde huele a verano y tranquilidad, pero el sonido de unas voces, mezclado con unas risas, me hace comprender que Travis no está solo.

—¡Están en casa de Travis! —dice Will.

Mi hijo mira hacia el grupo de gente que hay en el jardín delantero de la casa de nuestro vecino y antes de que pueda reaccionar ya está corriendo en esa dirección.

—¡*Ogrosaurio*! —grita.

—¡William, ven aquí! —lo llamo, pero no me hace caso.

Mi hijo cruza el jardín corriendo y va directo hacia Travis con toda la naturalidad del mundo. Él está apoyado en la barandilla de su terraza, como si llevara toda la vida en este sitio, como si no fuera el tipo que llegó hace unos días con una maleta y ninguna intención de quedarse. Cuando nos ve, sonríe un poco más y levanta una bolsa de chocolatinas. La agita para atraer a mi hijo, sin dejar de mirarme.

—¡Chocolatinas! —grita Will, completamente vendido, abalanzándose sobre él.

—William —repito frustrada, pero ya es tarde.

Porque mi hijo ya está a su lado agarrando la bolsa para evitar que nadie le arrebate su tesoro mientras Travis no retira su atención sobre mí. Me desafía, porque sabe que ha encontrado la forma perfecta de meterse en mi vida a través de mi hijo.

—¿Ves? —dice Will, girándose hacia mí con una sonrisa enorme—. Cumple con su trato para ser mi amigo.

Lo peor de todo es que no estamos solos. Hay seis pares de ojos más atentos a nuestra ridícula conversación. Seis desconocidos que nos observan sin apartar la vista del espectáculo improvisado en mitad de la calle. Siento el calor subir por mi cuello y estoy segura de que mis mejillas están rojas, pero no aparto la mirada del creído de mi vecino y él tampoco lo hace. Aprieto la mandíbula y Travis sonríe un poco más, seguro de haber ganado una partida a la que ni siquiera supiera que estábamos jugando.

—Genial —murmuro, avanzando hacia ellos, sabiendo que no me queda otra.

Me siento expuesta al ser consciente de que todos los ojos siguen cada movimiento que hago. Y, aun así, solo me fijo en cómo Travis

me sostiene la mirada, divertido, parece que quiera averiguar hasta dónde soy capaz de llegar. Sé que me está retando y no pienso retroceder. No delante de todos.

Me detengo a pocos pasos de él y, durante un segundo, el mundo se reduce a su sonrisa y a mis ganas de desaparecer de esta situación. Porque sé que esto ya no va solo de un vecino molesto, ni de unas chocolatinas… Va de algo mucho más peligroso, porque Travis Dixon está a punto de cruzar la línea… y una parte de mí quiere que lo haga.

CAPÍTULO 14



Si alguien me hubiera preguntado cómo pensaba pasar mi cumpleaños este año, habría respondido sin dudar que lo pasaría solo. A fin de cuentas, esa era la idea, venir a este pueblo recóndito para recordarme una vez más que lo mejor es que si no tienes nada, no puedes perder nada.

Así que sí, mi plan era cumplir los veintiocho en completa soledad. Me fui a trabajar, volví a casa, me puse a entrenar, luego una ducha y una cerveza para acabar el día. Tenía todo planeado para evitar pensar, recordar y sentir que fallé.

Estoy en la terraza, con una cerveza fría en la mano, cuando escucho un motor que ruge frente a mi casa. Frunzo el ceño, porque Silverton no es precisamente el sitio donde aparecen coches nuevos sin motivo. Me levanto de la silla y miro hacia la calle, entonces los veo. Tres coches aparcando delante de mi casa.

¿Qué cojones?

—No puede ser… —murmuro.

La puerta del primero se abre y sale Garret Stone, con esa sonrisa de cabrón que siempre tiene cuando sabe algo que tú no.

—Feliz cumpleaños, idiota —dice alzando la voz.

Y joder… No puedo evitar sonreír. A su vez, de la puerta del copiloto baja Dakota, que me observa y sonríe, porque si hay alguien que haya sido capaz de conocerme bien en estos últimos años, es ella.

—¿Pensabas que no vendríamos? —me pregunta divertido Garret, rodeando el coche sin prisa para llegar a su chica.

—Cierra la boca —respondo, bajando los escalones con una sonrisa que me delata.

No me da tiempo a decir mucho más. Porque la puerta del segundo coche se abre y aparece Atlas Spencer, alto, tranquilo, con esa calma que siempre tiene y, junto a él, Gabriela Grey.

—¡Trav! —dice Atlas, acercándose con esa media sonrisa—. ¿Qué te pensabas? ¿Qué nos habíamos olvidado de ti?

—No me hubiera sorprendido —miento.

Él sonríe y niega para sí porque no me cree. El tercer coche termina de aparcar y toca el claxon tan intensamente que seguramente todo Silverton sabe que ha llegado. Cameron Rider aparece con una sonrisa enorme y cierra la puerta dando un portazo. Y junto a él… Samantha, la única mujer que ha conseguido domesticar a ese animal.

—¿De verdad pensabas librarte de nosotros en tu cumpleaños? —pregunta mientras se acerca.

Me quedo quieto un segundo, porque, joder, no me esperaba esta visita inesperada para nada, pero tampoco quiero reconocer que me gusta más de la cuenta que estén aquí.

—¿Qué hacéis aquí? —cuestiono, y sí, tengo cara de idiota, pero me da igual.

—Salvarte de tu deprimente cumpleaños —responde Cameron sin dudar.

—Tenías cara de no ir a pedir ni un mísero deseo —añade Atlas.

—Y eso es triste incluso para ti —remata Garret.

—Sois unos imbéciles.

—Pero somos tus imbéciles —dice Cameron chocando su hombro contra el mío antes de tirarme hacia él en un medio abrazo—. Feliz cumpleaños, hermano.

Atlas llega después y me abraza firme. Mientras me da un par de palmaditas en la espalda de esas que dicen más de lo que un hombre está dispuesto a admitir y, joder, ahí está, ese maldito instante en el que algo se afloja dentro de mí. Porque hacía demasiado tiempo que no estábamos todos juntos.

—¿Dónde están las cervezas? —pregunta Garret, como si nada, dándome un abrazo fugaz.

—Dentro.

—Perfecto —dice soltándome y caminando hacia mi casa.

—Vamos a ver ese piso de soltero deprimente —añade Cameron pasando el brazo por los hombros de Atlas.

—Apuesto a que huele a soledad y decisiones cuestionables —remata divertido Atlas.

—Ni se os ocurra… —les advierto.

—Demasiado tarde —añade Dakota divertida.

Mis tres amigos desaparecen dentro de mi casa como la manada de idiotas que eran en la universidad y sigue siendo mi familia.

—No han cambiado nada.

—Y tú tampoco grandullón —comenta Samantha, que me da un abrazo.

—Y tú sigues siendo la única que puede con ese animal —respondo señalando hacia su prometido.

—Alguien tiene que hacerlo —responde ella risueña.

Dakota se acerca a nosotros, me mira de arriba a abajo sin disimulo y luego sonríe.

—Sigo odiando cuando haces eso —comento.

—¿El qué?

—Analizarme como si fuera tu experimento.

—No solo eres mi amigo, eres mi paciente —me recuerda.

—Lo sé, y tú tampoco ayudas —añado mirando a Gabriela que sonríe y se lanza a mis brazos.

—Feliz cumpleaños, gruñón —me felicita risueña.

—Gracias —respondo sonriente—. Pero ¿era necesario tener dos psicólogas en el mismo grupo?

—Lo bueno abunda —responde Gabi con orgullo.

—No nos queda otra que quererlas, Trav —interviene divertida Samantha.

En ese instante, las tres se ríen y noto que pasa algo muy interesante. Se miran y conectan, porque, joder, no solo somos amigos, somos la familia que se elige.

—¿Y tú? ¿Cómo aguantas a Travis de paciente? —pregunta Samanta a Dakota.

—Me paga bien —responde relajada.

—Travis siempre ha sido un proyecto en construcción —añade Gabi.

—Inacabado —remato y ellas se ríen.

—Eres un desafío… —dice Dakota, mirándome como si ella supiera algo que yo todavía no sé.

—¿Veis? Esto es acoso psicológico —me quejo de forma muy poco convincente.

—Tú te lo buscas, Dixon —responde Dakota risueña.

—Pero me queréis —añado y las tres sonríen.

—Siempre —responden.

Y joder… otra vez ese pequeño pellizco en el pecho, un recordatorio de que mis amigos y sus parejas, desde la universidad, han sido una constante en mi vida junto con mi hermana. Sé que ella no ha podido venir porque está en su año sabático viajando por el mundo de mochilera. Sonrío al recordar el día que nos lo dijo en casa y a mis padres casi les da un patatús.

Camino con las chicas hacia mi casa y justo cuando entramos oímos a Cameron gritar algo, como que la decoración de la casa es sosa y deprimente, y no puedo evitarlo, sonrío de nuevo. Porque por primera vez en mucho tiempo me siento como en casa.

Media hora después… mi casa ya no es mi casa. Es un caos de cervezas, risas, música baja de fondo y Cameron intentando convencer a Atlas de que puede encestar una canasta desde la terraza.

—No puedes —dice Atlas apoyado en la barandilla.

—Claro que puedo.

—No puedes —añade Garret.

—Puedo —insiste Cameron.

—No puedes —repito solo para picarlo un poco más.

—¿Apostamos? —sugiere Cam.

—No —respondemos al unísono.

—Cobardes —masculla.

No respondo porque estoy apoyado en la barandilla con una cerveza en la mano cuando los veo. Harper y Will. Acaban de bajarse del coche y, joder, es automático.

Todo lo demás desaparece.

Mi atención se fija en ella, no puedo resistirlo, parece que hubiera un cable invisible que nos conecta. Lleva una camiseta de algodón blanca ajustada, vaqueros cortos y el pelo recogido. Tiene la piel brillante por el calor y ese maldito gesto de cansancio que intenta ocultar y que, en lugar de restarle fuerza, la hace todavía más increíble. Camina como si nada pudiera romperla, como si el mundo no fuera a doblegarla nunca.

Mi mandíbula se tensa, porque cada vez que la veo… es peor, porque es más imposible de ignorar y eso es muy jodido.

—¿Quién es? —pregunta Samantha a mi lado, siguiendo mi mirada.

—Problemas —respondo sin pensar.

—Mentira —dice Dakota, cruzándose de brazos—. Es la razón por la que todavía estás aquí.

La miro con mala cara un segundo y ella sonríe.

—No empieces.

—No he empezado, digo la verdad. Si no la hubieras conocido, tal vez ya te habrías aburrido de este lugar y te habrías vuelto a Iowa.

No respondo porque Will me ve y sonríe feliz.

—¡*Ogrosaurio*! —grita.

Entonces, cojo de la mesa la bolsa de chocolatinas y la levanto para que la vea.

—¡Chocolatinas! —añade emocionado y corre hacia mí.

—William —dice Harper intentando detenerlo, pero no sirve de nada porque su hijo ya está aquí y me mira cual socio de un trato silencioso.

—Hola enano, has venido rápido —le saludo.

—Soy rápido si hay comida —responde y me río.

—Buen criterio —comento, y le doy la bolsa.

El pequeño la agarra como un tesoro. Levanto la mirada y ahí está Harper, caminando hacia nosotros con esa expresión que no es fácil de descifrar. No es enfado o rechazo, es algo más peligroso.

Parece que estuviera viendo algo que no esperaba ver. Me alejo de mis amigos y sin pensar le doy encuentro a mitad del camino.

—¿Siempre tan cercana y amable u hoy es especial? —le pregunto buscando esa chispa en su mirada.

—No te soporto —susurra para que solo la pueda oír yo.

—Perfecto —replico con una sonrisa.

—No tienes que hacer esto —añade con mirada desafiante.

—¿El qué? —me hago el tonto.

—Intentar caerle bien —responde.

Me giro para mirar a Will, que está hablando con Gabi. Vuelvo mi atención a Harper y me encojo de hombros.

—No estoy intentando nada —miento, no pienso admitirlo.

—Claro —ironiza.

—Además —añado, bajando un poco la voz—. Ha sido él quien ha venido.

—Porque lo has comprado con azúcar —dice con desaprobación.

—Funciona con adultos también.

—No conmigo —me asegura.

—Eso está por ver —la contrario poniendo mi mejor sonrisa.

Y, de nuevo, ahí está ese maldito segundo en que nuestras miradas se quedan entrelazadas más tiempo del necesario. Deshago nuestro momento, doy un paso hacia ella y me aclaro la garganta para llamar la atención de todos.

—Chicos y chicas, os presento a mi vecina Harper y a su hijo William —comento mirándola—. Harper, te presento a mis amigos.

—Hola —dice Dakota, rompiendo el hielo.

Harper parpadea, aparta la mirada de mí y se fija en ella de una forma diferente a la que hace un instante estaba haciéndolo conmigo.

—Hola —responde.

—Soy Dakota —comenta con simpatía.

—Harper.

Dakota se acerca a ella y le da dos besos que la pillan desprevenida, pero cuando Harper le sonríe, sé que se ha producido una conexión rápida, silenciosa e invisible que solo sucede entre mujeres.

—He oído que eres enfermera —dice Dakota y señalando a Will añade—, ¿ese pequeño es tuyo?

—Sí, pero es más extrovertido que yo —responde y vuelve a sonreír de una forma que se me encoge el estómago.

«Joder, que puta sonrisa».

—¿Y trabajas de enfermera?

—No, soy bombera.

—Vaya… —comenta mi amiga haciéndose la sorprendida, aunque ella ya lo sabía porque les he hablado de mi vecina—. Yo también empecé a estudiar enfermería.

—¿En serio? —pregunta la pelirroja con una amabilidad que no había visto antes en ella.

—Sí, pero me cambié en el último año y empecé la carrera de psicología —responde.

—También es complicado comprender a las personas —añade Harper.

—Sí, bueno… ahora arreglo cabezas en lugar de cuerpos —comenta feliz y me mira—. Incluyendo la suya.

—Pues tienes mucho trabajo —susurra divertida Harper.

—Mucho —responde risueña Dakota.

Me paso la mano por la nuca porque un hombre sabe cuándo sobra en una conversación de mujeres.

—Voy a por otra cerveza.

—Huyes —dice Dakota.

—Siempre —respondo y antes de marcharme miro a Harper—. Por favor, quedaros a cenar, vamos a encender la barbacoa, Will lo va a disfrutar.

Ella abre la boca y sé que va a poner alguna excusa. Así que me voy antes de que me mienta. Prefiero que no tenga escapatoria y se queden.

Cuando regreso de la cocina, me asomo al jardín y veo que la barbacoa ya está en marcha. Cameron está intentando cocinar, aunque todos sabemos que será muy bueno metiendo canastas en la cancha, pero cocinar… se le da fatal.

—Vas a quemarlo todo —le digo.

—Lo tengo controlado.

—Tú no controlas una mierda —añade Garret.

—Tenéis falta de fe en mí.

—Tenemos exceso de experiencia.

Will está sentado en el suelo con el balón de Cameron. Harper ahora está hablando con Samantha y está tan relajada que me descoloca. Una parte de mí quiere que no encaje con ellos, con mi mundo… No debería formar parte de esto, pero lo hace y lo peor de todo es que a mi otra parte le encanta que encaje.

Estoy jodido.

Me apoyo en la barandilla y la observo, me fijo en su cuerpo esbelto y en su culo torneado de horas de gimnasio. Joder… no solo es atracción, es deseo y hambre de ella; Harper se ha metido debajo de mi piel y no puedo sacarla. Porque no es solo ella, también es ese pequeño humano que me llama *ogrosaurio* y, joder, hasta me gusta el nombre que me ha puesto. Admiro que me mire con descaro, cómo me habla y consigue que a su madre no le quede otra que soportarme un poco más. Joder. Yo solo he venido aquí dos meses… no puedo complicarme la vida con ellos.

—¡Travis, pilla! —Will me saca de mis pensamientos y me lanza la pelota.

Cameron lo ve y sonríe.

—¿Quieres jugar? —le pregunto y veo cómo sus ojos se iluminan.

—Sí, por favor —responde el niño.

—¿Unas canastas, Dixon? —me propone Cameron.

—Claro, Ryder.

—¿Sabes jugar? —le pregunta con curiosidad Will.

—Soy muy bueno —añade Cam.

—Eso lo decide la pista —comento solo para fastidiar el ego de mi amigo.

—Atlas y Garret, ¿os animáis? —grito, rebotando el balón contra el hormigón del suelo.

—Venga, como en los viejos tiempos —añade Atlas levantándose y caminando hacia nosotros.

Garret, coloca la canasta portátil que ha traído Cam en el otro extremo de la calle. Hacemos dos grupos. Garret y Cam en uno, y en el otro Atlas, el minihumano y yo.

Esto es nuevo para mí, porque además de una pachanga entre amigos, tengo que agacharme a la altura del crío y levantarlo para que tire a canasta. Will coge el balón que robo a Garret y lo cubro.

—Así no, minihumano, flexiona un poco las rodillas —le corrijo y me hace caso.

—¿Así? —pregunta el niño.

—Así, colega —respondo sonriente.

—Venga tira a canasta —lo anima Atlas.

—No voy a encestar, está muy lejos —añade inseguro.

—Inténtalo —insiste Cam.

El niño tira y falla, pero se ríe feliz y eso vale el doble. Porque ese sonido cantarín me golpea fuerte en el pecho.

—Casi —añado—. No pasa nada, vamos a intentarlo de nuevo.

—Venga, da un paso más, que te voy a bajar la canasta a tu altura —comenta Cam. Esto ha dejado de ser un partido para hacer que Will lo pase bien.

—¿Tú eres famoso? —pregunta de pronto Will y Cameron sonríe.

—Un poco.

—Juegas en los Chicago Bulls, te he visto en la tele en casa de mi abuelo —añade, consciente de repente.

—Tu abuelo tiene buen gusto para el deporte —responde Garret con orgullo.

—¿Y tienes cromos tuyos? Es que, en el álbum me faltas tú —le comenta Will.

—Claro, el próximo día que te vea te daré un cromo mío —promete Cam, que rebota el balón en el suelo y se lo pasa al pequeño.

—Me lo puedes dar firmado mejor —pide el niño, que sujeta el balón y mira a Cam con admiración.

—Claro —resuelve risueño y todos soltamos unas risotadas.

—No es tan bueno como dicen en la tele —susurra Atlas y Will sonríe.

—Travis es mejor, ¿verdad? Es más alto —sugiere mirándome con admiración.

—Sí, y soy más fuerte.

—Me cae bien el crío —me dice Garret.

—A mí también —confieso por primera vez.

Mis amigos se divierten y volvemos a pasarnos el balón los unos a los otros. Will se frustra cuando falla una tercera canasta, así que hacemos un poco de trampa. Esta vez lo cojo en brazos por las axilas y lo levanto en el aire para que enceste y se agarre al aro como un auténtico campeón.

Oigo las risas de las chicas y veo que Harper sonríe feliz sin darse cuenta. Entones reconozco el puto problema que tengo, el que siempre me abruma… No es el fuego lo que me bloquea, es el miedo a perder a alguien que me importa.

Cuando la noche cae sobre Silverton, las luces del jardín bañan la terraza con un tono cálido que lo vuelve todo más acogedor y cercano. La barbacoa está en marcha y Cameron, milagrosamente, no ha quemado la carne.

—Esto está perfecto —dice Samantha, probando un trozo de carne.

—Y eso que eras la primera que decía que tendríamos que ir a comprar *pizza* —responde él, ofendido.

—Porque te conozco.

—Mujer de poca fe —ataca mi amigo.

—Hoy has tenido suerte —añade Sam con una sonrisa cómplice de enamorada.

Me río y apoyo mi espalda en el respaldo de la silla. Sin lugar a duda, esto es más de lo que esperaba hoy. Hemos sacado las sillas y la mesa de mi casa, pero como no tenía sillas suficientes, Harper ha traído las suyas. La mesa está llena de comida y, joder…, este es el mejor cumpleaños que he tenido en mucho tiempo.

Atlas y Garret charlan sobre el trabajo. Atlas habla de la clínica de rehabilitación y apoyo psicológico que ha abierto con Gabriela mientras que Garret le comenta sobre los chicos de los Panthers, pues desde que se jubiló el entrenador Smith ha ocupado su puesto en el equipo y llevan dos años ganando la liga universitaria.

Mi mirada va hasta el otro extremo, donde están sentadas Dakota y Gabi, quienes hablan en voz baja y no tengo ninguna duda de que si me acerco lo suficiente, acabaré descubriendo que soy el tema principal. Y Harper… está sentada a mi izquierda. Lo suficientemente

cerca como para que mi cuerpo sea demasiado consciente de ella. Cada vez que se mueve lo noto, y cada vez que la miro recuerdo el fuego que apagamos esta mañana. Revivo ese puto segundo en el que me quedé inmóvil y ella me tuvo que empujar para que no se me cayera la viga que se desprendió del techo. Aprieto la mandíbula y pienso en que no me ha hecho ningún comentario; cosa que agradezco porque si me preguntara… no sé si estoy preparado para contarle lo que ocurrió hace un año.

William corretea con un dinosaurio de juguete a nuestro alrededor y no sé, pero esto parece tan cotidiano y normal que me gusta.

—No está tan mal —dice de pronto Harper, y su voz me arrastra de vuelta.

—¿El qué?

—Tu comida —responde y sonrío.

—El mérito es de Cam.

—Entonces no está tan mal porque no es tuya.

—Eso es —confirmo y ella sonríe.

Una sonrisa pequeña, casi robada, pero real, y eso me desarma más que cualquier insulto que me haya lanzado desde que la conozco.

—No te acostumbres —añade.

—¿A verte sonreír o a tener razón?

—A ninguna de las dos —responde.

—Complicado.

El silencio vuelve a caer entre nosotros; no es incómodo, pero es más peligroso. Llevamos toda la tarde sin discutir y eso es raro. Porque cuando dejas de discutir con alguien, empiezas a sentir y yo no he venido aquí a complicarme la vida. Me fijo en que Will se sienta junto a Samanta y Cameron, coge una salchicha que le da Cam y la devora como si llevara días sin comer.

—¿Puedo repetir? —pregunta con la boca llena.

—Claro —responde Samantha—. ¿No te importa? —le pregunta a Harper.

—Come lo que te apetezca —confirma la madre sonriendo al pequeño.

—¿Siempre come así? —cuestiona Cameron.

—Sí —responde Will con los mofletes gorditos de comida.

—Me caes bien.

—Tú a mí también —añade feliz el niño.

Me fijo en Harper, que observa la escena y mira a su hijo con una expresión más suave y vulnerable… Joder, no debería de fijarme tanto en ella, pero lo hago todo el rato. La noche avanza y Will se queda dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Cameron.

—Se ha apagado en un segundo —dice mi amigo, sorprendido.

—Será mejor que lo lleve ya a casa —comenta Harper, que se acerca a ellos, y yo me levanto sin pensar.

—Te ayudo —afirmo.

—No hace falta, puedo sola —replica ella de forma directa y automática, como siempre.

La observo un segundo y en su rostro aparece ese gesto de «no necesito a nadie» grabado en la piel, pero no le hago caso, me acerco a Cam y cojo al pequeño en brazos.

—No te estoy preguntando —le comento sujetando al crío.

—Y yo no te lo estoy pidiendo.

Por un segundo, el silencio se hace en nosotros y soy consciente de que mis amigos no nos quitan ojo, pero no me importa porque no quiero discutir y creo que ella tampoco.

—Solo es hasta la puerta —añado, intentando sonar convincente.

—Solo hasta la puerta.

—Perfecto —murmuro.

—Ha sido un placer conoceros, nos vemos otro día.

Harper se despide apresurada de mis amigos mientras yo camino con Will hasta su casa con una sensación extraña, porque, joder, nunca había cogido a un niño en brazos. Su cabeza cae sobre mi hombro y respira tranquilo. Caminamos en silencio y me detengo al llegar a su puerta.

—Gracias —dice de pronto, sacando las llaves de su casa.

—¿Por qué? —le pregunto mirándola relajado.

—Por… esto —señala a su hijo—. Por la cena…

—No es nada —aseguro con una sonrisa.

—Para mí, sí —susurra—. Feliz cumpleaños, Travis Dixon.

—Gracias —respondo y siento cómo mi corazón se salta un latido.

Mi mente me pide que me relaje, porque, joder, solo ha sido amable un segundo. Guardo silencio y espero a que ella abra la puerta. Harper entra primero y yo voy detrás con Will en brazos. La casa huele a limpio y a algo que no debería resultarme tan jodidamente familiar porque es la primera vez que entro aquí.

—Ahí —susurra, señalando una puerta.

Asiento y entro en el dormitorio; me fijo en las paredes celestes, llenas de juguetes. Dejo al pequeño en la cama con cuidado de que no se despierte.

—Gracias —repite de nuevo.

—Harper… —Me giro hacia ella y, por primera vez desde que la conozco, hay algo diferente en su mirada.

—Vaya, qué escena tan bonita. —Esa voz irónica corta el momento como un cuchillo.

Me doy la vuelta y veo a Kevin apoyado en el marco de la puerta del dormitorio observándonos con fuego en los ojos y con una sonrisa frívola en los labios.

—No sabía que necesitabas ayuda para llevar a nuestro hijo a la cama —añade el muy cabrón y noto cómo Harper se tensa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta caminando hacia él y saliendo de la habitación.

—He venido a ver a mi hijo.

—Son las once y media de la noche —dice ella.

—¿Ahora me pones horarios? —pregunta y su mirada vuelve a mí, como si ya hubiera decidido lo que soy.

Entorno la puerta del dormitorio de Will porque no sé si duerme profundo o es de esos niños que tiene el sueño ligero. Y no sé por qué una parte de mí… cada día se interesa en saber más cosas de ese pequeño humano y de su madre.

—Veo que ya te has buscado un sustituto —sentencia Kevin con una media sonrisa cargada de desprecio.

—Ten cuidado —digo apretando la mandíbula.

Kevin sonríe con rabia contenida, niega para sí sin dar crédito y vuelve a mirar a Harper.

—¿Y desde cuándo necesitas un niñero?

—Soy su vecino —respondo.

—Ah, sí… el bombero voluntario —comenta con desprecio—. Me pareces patética, podrías elegir mejor —dice mirando a Harper—. Aunque claro, te has vuelto conformista.

La crueldad en sus palabras me hace dar un paso al frente porque no pienso permitir que hable así de ella.

—No tienes derecho a tratarla así —le advierto dando un paso hacia él.

—Travis —dice ella, pero no la miro.

—No le hables así —repito con seriedad.

—¿Y si lo hago? —me pregunta Kevin con una sonrisa provocadora.

Miro a Harper y es en este segundo exacto cuando comprendo que no se trata de un pulso entre dos hombres con mucha testosterona, sino que esto va de ella y de cómo este capullo intenta hacerla pequeña.

—Entonces tendrás un problema —digo, bajando la voz.

Y por primera vez en mi vida no estoy vacilando. Lo digo en serio, no pienso permitir que la trate así. Recuerdo aquel día que lo vi por primera vez y Harper le retorció la mano en la entrada de la casa. Sé que sabe defenderse sola, pero estando yo no tendrá que hacerlo. Kevin me sostiene la mirada y sonríe.

—Interesante —murmura pensativo.

—¡Mamá! —Oímos a Will.

Harper nos mira a los dos, con una advertencia en sus ojos, antes de entrar en el dormitorio cerrando la puerta tras de sí. Kevin se recoloca el cuello de la camisa y me sonríe.

—Por si no lo sabes —dice en voz baja—, soy su novio y el padre de su hijo —miente, y eso me hace sonreír —. Tú solo eres un parche.

—No te confundas, yo soy el amor de su vida. Solo que ella todavía no lo sabe —replico con una sonrisa que rompe su falsa seguridad y miro en dirección a la habitación de Will.

—Mira, capullo, no juegues conmigo. Lo mejor que puedes hacer es alejarte de ella —me advierte.

—Imposible.

—¿Imposible? —repite divertido.

—Trabajo con ella y, además, cada día me gusta pasar más tiempo fuera del trabajo con ella y con Will. —Esa confesión me sorprende también a mí, porque es la jodida realidad.

Sé que lo he dicho solo para fastidiar al imbécil que tengo delante, pero, sin embargo, esas palabras han sonado… demasiado reales. Kevin aprieta los puños y sonrío esperando que dé el primer paso, que pierda el control, porque no me importaría ni un poquito que me diera el primer golpe para poder devolvérselo.

—Esto no va a quedar así —susurra con rabia apretando los dientes.

—Estoy seguro de que no —le respondo cruzándome de brazos.

Se queda quieto un segundo, luego se da la vuelta y se va. Por un instante, el silencio vuelve, pero no es tranquilo. Me quedo en mitad del salón y observo las fotos de Harper con Will, sonrientes. Algo en mi pecho se aprieta y, joder, no me gusta para nada. La puerta del dormitorio se abre y me giro. Harper me mira y luego lo hace hacia la puerta.

—¿Dónde está? —pregunta.

—Ha decidido que no era un buen momento para seguir haciendo el imbécil —respondo.

—¿Qué le has dicho? —me pregunta con desconfianza.

—La verdad —contesto relajado.

—¿Qué verdad?

—Confía en mí —pido—. Espero que de ahora en adelante no te hable más así.

—No necesito que vayas por ahí solucionando mis problemas —me asegura cruzándose de brazos y yo asiento.

—Sé de todo lo que eres capaz, chispita —respondo—. Solo estaba poniendo a ese imbécil en su sitio.

—Kevin es el padre de mi hijo —me recuerda.

—Y eso no le da derecho a ser un capullo.

—Es mejor que no te metas —insiste.

—No pensaba meterme, pero no puedo quedarme quieto mientras alguien intenta hacerte pequeña —me reafirmo.

—Sé defenderme sola.

—Lo sé.

—Te has puesto a su nivel —susurra acertando.

—No estabas delante.

—No me hace falta —replica—. Conozco a Kevin.

—Entonces sabes que te he hecho un favor.

—No necesito tus favores, ni que nadie me salve —vuelve a decir y doy un paso hacia ella.

—No estoy intentando salvarte.

—Ah, ¿no?

—No, Harper —respondo—. Tan solo he intentado que ese capullo deje de hacerte sentir insuficiente.

Sus ojos brillan y veo que en ellos hay una guerra interna entre lo que piensa y lo que siente. Sus labios se separan apenas y mis ojos se clavan en ellos. Ni siquiera sé por qué me encantaría besarla ahora.

—No te tiene que importar —añade seria.

—Eres terca.

—Y tú eres insoportable —masculla y me fijo de nuevo en sus apetecibles labios, joder.

—Pues tienes que aguantarme todo el verano.

Niega para sí, se pasa una mano por el pelo y suspira frustrada. Me observa un segundo y sonríe cansada.

—Esto no tiene sentido… —susurra pensativa.

—Creo que eres demasiado orgullosa para aceptar la ayuda de alguien, pero que sepas que por hacerlo no vas a ser débil.

—Eso ya lo sé.

—Pues entonces no rechaces mi ayuda.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —añade—. Buenas noches, Travis. Despídeme de tus amigos.

—Vale —respondo—. Buenas noches, chispita.

Me giro con esa jodida sensación en el pecho que no debería estar ahí y salgo de su casa. Cierro la puerta y cruzo hacia el jardín, donde me esperan mis amigos.

«Joder, no tengo ganas de darles explicaciones».

Sinceramente, porque no sé qué decirles… Esta mujer me vuelve loco, me hace actuar de forma primitiva y me confunde. Harper me

saca de quicio y me hace sentir cosas que jamás he sentido. Y, joder, cada vez me cuesta más que me sea indiferente. Estoy muy jodido.

CAPÍTULO 15



Apoyo la espalda contra la puerta principal y cierro los ojos un segundo, con la esperanza de que sea suficiente para sacar a Travis de mi cabeza. Si abro los ojos, vuelvo a verlo en medio de mi salón con la mandíbula tensa, la mirada firme y esa forma de plantarle cara a Kevin como si realmente le importásemos.

Me paso una mano por el cuello y resoplo, porque Travis es lo último que necesito en mi vida. Es arrogante, provocador, seguro de sí mismo y me mira como si supiera cosas que ni yo misma quiero reconocer. Me pone nerviosa y me hace desearlo cada vez más.

Las voces de sus amigos me llegan amortiguadas y creo que ha sido un error haberme quedado a cenar con ellos. Porque me recuerdo, una vez más, que Travis tiene fecha de caducidad en este pueblo. Will le está cogiendo cariño, pero él se irá.

Me tumbo en mi cama frustrada y fijo la vista en el techo, no tengo sueño. Así que cojo el *ebook* y me pongo a leer una novela de mi Kindle, hasta que me abraza Morfeo.

El timbre de casa me despierta. Frunzo el ceño y miro el reloj de mi mesita de noche. Son las diez de la mañana. Llaman tres veces más y sé perfectamente quién es incluso antes de abrir.

—Ya voy… —grito desde mi dormitorio.

Camino hasta la puerta y cuando abro, veo a Kevin vestido con una camisa blanca impecable y unos pantalones *beige* que lo hacen

parecer elegante. Me sonríe con amabilidad, y eso me confunde un poco más.

—Buenos días.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le pregunto adormilada, ahogando un bostezo.

—Vengo a por Will, ¿puedo? —pide permiso con amabilidad y me aparto para que entre.

—Claro.

Lo miro extrañada porque es raro que me pida permiso. Entra en la habitación de nuestro hijo y lo despierta con cariño. Will se sienta en la cama y lo abraza soñoliento.

—Papi, buenos días —lo saluda y sonrío.

—¡Eh, campeón! Te vienes conmigo para que pasemos juntos el día —oigo que le propone y mi hijo asiente con énfasis.

Verlo sonreír hace que mi pecho se encoja y me prometa que jamás le quitaré estos momentos a mi hijo.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunta con curiosidad.

—Lo que tú quieras —responde—. Venga te ayudo a vestirte.

Eso sí que me sorprende. Kevin me mira y sonríe con amabilidad. Me incomoda, no estoy acostumbrada a que Kevin sea amable conmigo.

—Te lo traigo esta tarde, ¿vale? —me comenta y asiento.

—Vale.

Cuando Will está vestido, coge la mochila con sus juguetes. Caminan hasta la puerta de entrada y yo los sigo. Les abro la puerta, Kevin se agacha para coger a Will en brazos y se acerca a mí. Mi hijo me da un beso en la mejilla y él me da otro en la otra mejilla que me pilla por sorpresa y me deja congelada.

—Will tiene que desayunar.

—No te preocupes, lo llevo a la cafetería de Ginebra.

—¡Chupi! La tía Gin me va a hacer tortitas.

—Disfruta, campeón —añado.

—Hasta luego, Harper —añade Kevin y veo cómo se marchan.

Les sigo con la mirada mientras suben al coche y cuando me giro para entrar, veo a Travis apoyado en la barandilla de su terraza mirándome con descaro. Y, de repente, todo encaja. Ese beso… solo

ha sido para marcar territorio. Pero ¿por qué iba a querer Kevin dar celos a Travis?

—Será cabrón… —murmuro.

—Buenos días, Harper —me saluda sonriente Dakota, que sale a la terraza.

—Buenos días —respondo, todavía con la vista clavada en Travis un segundo más de lo necesario antes de apartarla.

—¿Tienes planes para hoy? —me pregunta.

—Yo…

—Nosotros sí —interrumpe Samantha apareciendo por detrás y poniendo una mano en el hombro a Travis.

—¿Te vienes? —añade Gabriela, sonriendo.

Las miro y luego lo miro a él, que sigue con la atención sobre mí como si yo fuera un problema que resolver.

—¿Qué vais a hacer? —pregunto, intentando sonar normal.

—Hemos pensado ir al bosque —responde Travis.

—A hacer algún sendero —continúa Dakota.

—Suena bien —admito.

—Claro que suena bien —dice Samantha—. Pero te necesitamos.

—¿A mí?

—Sí —responde Gabriela—. Travis lleva aquí dos semanas y no distingue un sendero de una carretera.

—Exagerada —murmura él.

—Tú en cambio eres de aquí —aclara Gabriela—. Así que eres nuestra única esperanza para no perdernos en mitad del bosque.

Las miro en silencio y ellas me miran sonrientes. Pienso que no tengo nada mejor que hacer y que Will no regresará hasta por la tarde.

—Está bien —acepto—. Pero si alguien se pierde, no me haré responsable.

—Aceptamos el riesgo —replica Dakota divertida—. ¿Qué te parece Trav?

Cuando dirijo mi vista hacia él, percibo que tiene la mandíbula tensa y sus ojos negros están clavados en mí, escrutándome de arriba abajo. Entonces caigo en la cuenta de que llevo puesto un

diminuto vestido de tirantes, no llevo sujetador y mis pezones han decidido ponerse erguidos para saludar a mi insoportable vecino.

—Me parece una idea estupenda —acepta al fin con un tono de voz más ronco de lo habitual—. Siempre es bueno llevar a alguien que sabe cuidarse sola.

—Es pura supervivencia —respondo.

Oigo cómo Samantha suelta una carcajada. Dakota sonríe y Gabriela directamente nos mira entretenida con el espectáculo.

—Es bueno que seas tan independiente —añade él serio.

—Tranquilo, prometo no dejarte atrás para que no te pierdas —contraataco con una sonrisa tensa.

—Gracias, aunque como tú bien sabes… No todo el mundo necesita que lo rescaten —dice serio.

Es un golpe directo por la conversación que tuvimos anoche después de que Kevin se fuera.

—Perfecto, entonces no tendré que preocuparme por ti —digo forzando una sonrisa.

—Genial.

—Fantástico.

Nos sostenemos la mirada, sin que nos importe estar dando un espectáculo.

—Vale —interviene Samantha aplaudiendo con entusiasmo para romper la tensión—. Confirmado. Esto va a ser divertidísimo.

—Yo no pienso mediar —suelta Dakota.

—Ni yo —se une Gabriela—. Quiero ver cómo acaba esto.

—No hay nada que ver —murmura Travis.

—Claro que no —coincido.

—Genial, pues salimos en una hora. ¿Te parece bien? —me pregunta Dakota y asiento.

—Os veo en un rato.

CAPÍTULO 16



El sendero hacia Handies Peak no es un paseo, es un reto para todo aquel que ama la naturaleza. Desde que comenzamos vamos ascendiendo por un camino serpenteado rodeado de pinos altos y rocas cubiertas de musgo. Conforme vamos ganando altura, el aire se vuelve más frío y se agradece y disfrutamos de una vista panorámica del lago American Basin, que brilla como un espejo bajo el sol de julio.

Caminamos en fila, cada uno con una mochila colgada a su espalda con lo básico, agua, algunas frutas y un par de bocadillos.

—Esto es un abuso —dice Cameron, ajustándose la gorra—. Se supone que estoy de vacaciones para rascarme las pelotas, no para sobrecargar los músculos.

—No te quejes, que aún no hemos empezado lo difícil —responde Atlas sin girarse.

—¿Esto no es difícil? —pregunta Cam mirándome.

—No —confirmo.

—Genial, mañana me voy a querer morir. Además, no puedo lesionarme —nos avisa, y supongo que es porque juega en la liga profesional.

—Si te lesionas, te jodes —sentencia Garret.

Dakota suelta una carcajada, Samantha lo ignora y Gabriela simplemente sonríe. Y yo… intento no girarme, porque Travis viene justo detrás y desde que salimos de casa no hemos cruzado palabra.

—Harper —dice Dakota, poniéndose a mi lado—. ¿Te importa si bajamos un poco el ritmo?

—Claro —respondo y ella me coge del brazo.

Travis nos rebasa y no dice nada. Ambas nos quedamos las últimas cerrando el grupo, que va avanzando por el sendero entre risas.

—¿Cómo lo ves? —me pregunta Dakota cuando estamos lo suficiente lejos de Travis.

—Depende —respondo.

—¿De qué depende?

—Del momento —exhalo—. En el parque… es increíble, y en los entrenamientos —añado y ella asiente.

—Sé que es bueno en lo suyo.

—No —la interrumpo—. En las dos intervenciones que hemos tenido, él… se ha quedado bloqueado.

Dakota guarda silencio, se detiene y me mira con atención.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Segundos —respondo—. Pero se hacen eternos.

—Eso es preocupante —dice pensativa.

—Sí, un solo fallo nos puede costar la vida.

Dakota baja la mirada, suspira y la entiendo incluso antes de que hable.

—No hemos avanzado nada —murmura y noto que el estómago se me encoge.

—¿Avanzado en qué?

—Travis llevaba un año sin trabajar.

—¿Un año? —pregunto frunciendo el ceño y mi mirada se va directa a su espalda, a esa forma de caminar tan segura que no encaja con alguien que ha estado tanto tiempo fuera de servicio. Muy típico de él, que solo tiene una fachada de seguridad.

—Sí —asiente Dakota—. Por eso le aconsejé empezar en un sitio más tranquilo.

Esa no es respuesta, y en mi mente aparecen más preguntas.

—¿Por qué ha estado tanto tiempo sin trabajar? —intento indagar y veo como duda un segundo.

—Eso no me corresponde a mí contártelo.

La entiendo, claro que la entiendo… es su psicóloga, pero, joder, eso no hace que deje de querer saberlo.

Retomamos la marcha y el sendero se estrecha un poco más obligándonos a seguir en fila. El suelo cubierto de gravilla cruje bajo las botas, el aire huele a pino y a tierra húmeda, pero mi cabeza va a mil. Un año fuera del cuerpo no es normal. ¿Por qué volver ahora? ¿Por qué aquí? Aprieto los labios y me recuerdo que no debería importarme.

—Siempre ha sido así —añade Dakota como si hubiera seguido el hilo exacto de mis pensamientos—. Lo de no implicarse emocionalmente con nadie.

—Pues no parece alguien que hace las cosas a medias.

—No lo hace, siempre deja las cosas claras —responde—. Travis no huye del compromiso porque no le guste. Huye porque sabe exactamente lo que cuesta.

—¿Y cuánto cuesta para él? —pregunto.

Entonces, lo siento antes de verlo. Alzo la vista y ahí está. Travis se ha girado lo justo para clavar sus ojos negros en mí. Nos ha oído, por supuesto que nos ha oído. Trago saliva y le sostengo la mirada.

—El compromiso… —argumenta él con calma sin importarle que Dakota esté escuchando— te hace depender emocionalmente de alguien.

—Y te hace tener miedo —sigue Dakota.

—¿Miedo a qué? —cuestiono confundida.

—A perderlo todo —responde él directo y sin filtros.

El aire parece más denso de repente. Trago saliva y veo cómo se vuelve a girar hacia delante y sigue caminando, fingiendo que no acaba de suceder nada. Pero ahora todo encaja un poco más, y me gusta aún menos. Respiro hondo e intento no pensar y no analizar, sobre todo… porque no voy a meterme donde no me llaman.

—Toma —dice Dakota, dándome el móvil y trayéndome al presente—. Apunta tu número.

Me lo da con la pantalla desbloqueada y tecleo mi número casi en automático.

—Te hago una llamada perdida y guardas el mío.

—¿Para hablar de este troglodita? —murmuro, sin poder evitarlo.

—Para lo que necesites —responde con una sonrisa amable—. Y por si hace demasiado el imbécil.

—Entonces te llamaré mucho.

—Lo sé.

Y esa seguridad, esa forma de decirlo… me hace pensar que no está bromeando. Guardo su número y entonces Dakota me adelanta para alcanzar a Garret. Yo me quedo la última, aunque no debería porque mi mirada queda atrapada en su espalda. Me fijo en la forma en que la camiseta se ajusta a sus anchos hombros. Observo cómo se mueve con esa seguridad que no encaja con alguien que lleva un año huyendo de su vida.

Trago saliva de nuevo y mi mente me grita que aparte la mirada. No me debe importar, solo está de paso. Dos meses, eso es todo. No va a quedarse, no va a formar parte de nada y eso debería bastar para mantener la distancia con un tipo como él. No quiero que Will le coja cariño y luego lo eche de menos.

—¿De qué habéis hablado?

Su voz interrumpe mis pensamientos y me sobresalto un poco. Travis camina a mi lado, demasiado cerca y su perfume, una mezcla de cítricos, me seca la boca. Intento hidratar mi garganta y lo miro con descaro.

—Nada que te importe.

—¿Seguro?

—Segurísima —confirmo, y por la forma en cómo me mira sé que no me cree.

—No me gusta que hables de mí.

—No todo gira en torno a ti —respondo, y sabe que estoy mintiendo.

—Claro —susurra, sujetándome del brazo para que me detenga—. No necesito que quieras entender por qué estoy aquí —añade—. Me voy en menos de dos meses.

—Estoy deseando que llegue el día que pueda perderte de vista —replico y le sostengo la mirada.

—Mejor así —dice serio.

Guarda silencio mientras me observa perdido en sus propios pensamientos. Sé que debo pasar de él, es un imbécil de manual,

pero no puedo quedarme callada.

—Te bloqueaste —murmuro, directa y sin filtros.

—No vuelvas a decirlo —masculla y percibo que su mirada se endurece.

—Entonces no vuelvas a hacerlo —sentencio y presiono mis labios porque sé que no tendría que haber dicho eso. Su mirada se tensa y niega para sí.

—No es algo que yo elija. No lo entiendes.

—Puede, pero sé lo que vi.

—No sabes nada —insiste.

—Entonces, explícamelo.

Travis guarda silencio y se gira para volver con el grupo, pero en este instante no lo pienso y lo sujeto del brazo con fuerza. Lo obligo a detenerse, no me importa ahora mismo que nos miren. Necesito una respuesta.

—¿Por qué te bloqueaste? —insisto.

Su mirada cae de nuevo sobre mí, más intensa, más peligrosa e intimidante, pero no me da miedo.

—Me bloqueo porque no quiero depender de nadie. No quiero que nadie me salve.

—Eso no responde a mi pregunta.

Travis da un nuevo paso hacia mí, y está cerca, demasiado cerca.

—No intento responderte —insiste serio.

—Ni yo te estoy pidiendo que te cases conmigo. Explícate.

—Eso quisieras tú —rebate con esa sonrisa de ligón tan suya.

—Eres un imbécil.

—Eso ya lo sabías —dice inclinándose más hacia mí—. Yo no hago el amor, Harper. No tengo novias, yo solo follo y luego adiós.

Se me eriza el cuerpo al notar su aliento rozar mi piel con esa mirada tan directa y provocadora que me saca de quicio. Miro por detrás de su espalda y doy gracias de que sus amigos hayan seguido hacia adelante caminando y no puedan oírnos.

—Usas a las mujeres.

—Ellas me usan a mí —añade encogiéndose de hombros—. Es un acuerdo justo.

—Eres gilipollas.

—Y tú sigues aquí, sin responder si quieres que te folle.

—No me interesas —contesto y él sonríe.

—Tus ojos dicen otra cosa, chispita.

Doy un paso atrás, o lo intento, pero mi espalda choca con el tronco de un árbol. Él aprovecha y da otro paso hacía mí para tener nuestros rostros demasiado cerca.

—Ni se te ocurra tocarme —le advierto.

—Tranquila —murmura—. Te he dicho que follo, pero siempre con consentimiento.

Mi corazón va demasiado rápido, mi respiración no coopera y odio que sus palabras me afecten.

—Huyes del compromiso —le recrimino, clavándole la mirada—, porque eres un cobarde; amar es de valientes.

Mis palabras son directas y sin filtros, él aprieta la mandíbula y recorre mi rostro con su mirada hasta detenerse de nuevo en mis ojos.

—Mi padre es policía —dice serio—. Cuando yo tenía trece años, le dispararon en un servicio y estuvo a punto de morir.

—Lo siento… —susurro.

—Estuvo en coma veinte días y ahí lo entendí —hace una pausa y traga saliva—. Entendí que querer a alguien es darle la oportunidad de sufrir. Si no tienes a nadie esperándote en casa —continúa—, no tienes miedo a que todo se acabe en cualquier momento.

—Eso no es vivir —murmuro y trago saliva, fijando mi mirada en sus labios.

—Para mí es suficiente.

—No lo es —atajo y clavo mi dedo índice en su pecho—. Es esconderse.

—Es sobrevivir.

—Es estar solo.

Mis palabras hacen eco entre nosotros. Travis retrocede como si hubiera recibido un golpe directo en las pelotas.

—Tú no estás mejor que yo —dice en un susurro.

—Puede, pero sé lo que quiero —respondo.

Travis guarda silencio y baja la mirada otra vez a mi boca. Mi respiración se corta. Todo a nuestro alrededor desaparece y, por un

instante, solo estamos él y yo.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Algo que alguien como tú no puede darme.

—¿Estás segura? —pregunta, con voz grave y peligrosa.

Antes de que pueda reaccionar, su mano sube despacio como para darme margen para apartarme, pero no lo hago. Su pulgar acaricia mi mejilla y su tacto me hace cerrar los ojos un instante. Error, porque cuando los abro me pierdo en el abismo de sus ojos negros.

—Segurísima —contesto, aunque mi voz suena poco convincente.

En un segundo siento cómo vuelve a crecer entre ambos ese muro invisible, firme e inquebrantable que nos separa. Pero él no se aparta y yo tampoco. Estamos demasiado cerca, nuestros labios están a un suspiro de distancia. Su respiración se mezcla con la mía y su mano sigue sujetando mi rostro. Y, joder, mi mente me dice que me va a besar, pero para mi sorpresa… no lo hace.

—Harper… —dice mi nombre a modo de advertencia.

—Travis.

El silencio vuelve a caer sobre nosotros y en ese instante entiendo que esto ha dejado de ser una mera atracción mezclada con hostilidad… Ahora es algo peor que no sé cómo parar. Aunque, por primera vez en mucho tiempo, no estoy segura de querer hacerlo.

—Tal vez algún día deje de huir —susurra.

—Y no será por mí, ni por ninguna otra chica —respondo sin apartarme—. Lo harás por ti mismo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque no decidimos de quién nos enamoramos.

—Tú de eso sabes bastante —afirma—. Te enamoraste de un idiota.

—Aprendí la lección —aseguro apretando los labios y él sonríe.

—Eso espero, chispita.

—Capullo —mascullo.

—Cabezota y orgullosa.

Sus ojos bajan a mi boca. Veo cómo traga saliva y su nuez sube y baja. Humedece sus labios con la lengua y sonríe como si fuera a saborearme.

—Ten cuidado con provocarme.

—¿Y eso por qué?

—Porque entre el amor y el odio existe una línea muy fina —me advierte un poco más cerca.

—No pienso cruzar ninguna línea.

Por un instante, el mundo se detiene, se acerca un poco más y justo cuando sé que me va a besar, apoyo mi mano en su pecho y lo empujó. No con fuerza, pero lo suficiente para apartarme.

—No —susurro.

Haberme negado me sorprende y me doy la vuelta antes de que pueda arrepentirme por no haberlo besado. Empiezo a caminar sin mirar atrás porque siento sus ojos clavados en mi espalda. Aunque sé que he hecho lo correcto. Porque besar a Travis Dixon sería caer en su juego y yo no pienso ser una más en su lista de conquistas.

Respiro hondo e intento apagar lo que arde dentro de mí, una verdad que no quiero admitir… No quiero ni pensarlo, pero lo deseo más de lo que debería y eso es exactamente por lo que tengo que mantenerme lejos.

CAPÍTULO 17



Se va y no la detengo. Sé que podría agarrarla del brazo, girarla y besarla como llevo queriendo hacer desde hace demasiado tiempo, pero no lo hago. Me quedo quieto como un jodido idiota, viendo cómo se aleja por el sendero empedrado con la espalda recta y ese paso firme que parece decirle al mundo entero que nadie la toca si ella no quiere.

Y, joder, eso debería hacerme retroceder.

Esta mujer… no es más que un problema más en mi vida; lo mejor es pasar de ella. Encontrar otra chica con la que distraerme y asunto zanjado. Sin embargo, Harper tiene algo especial que me hace perder la poca cordura que me queda.

Aprieto la mandíbula, paso la lengua por el interior de mi mejilla y respiro hondo. Camino cuesta arriba y distingo a las chicas hablando con Harper; supongo que al ver que no seguíamos, decidieron parar para tomarse un descanso. Suspiro frustrado y pienso que no ha sido una alucinación mía, sé lo que he visto en sus ojos, era deseo… Ella quería ese beso, aunque su lado racional ganase el pulso a la pasión.

—Estás jodido —susurra Cameron sacándome de mis pensamientos.

Me giro y me encuentro a mis tres amigos mirándome. Garret apoyado en una roca y Atlas con los brazos cruzados. Genial.

—Cierra la boca —replico.

—¡No! —dice Cam—. Estamos ante un momento histórico.

—¡Exacto! Sonríe para la foto —dice Garret antes de apuntarme con su móvil y tomarme una foto.

—¡¿Qué haces, idiota?! —me quejo y Atlas suelta una carcajada.

—¿Cuánto tiempo lo vas a negar Trav? —me pregunta divertido Atlas.

—Negar… ¿el qué?

—Que esa chica te gusta y te saca de quicio a partes iguales —responde Garret.

—Ni lo sueñes —miento.

—Yo te digo que sí —insiste Cam—. Estamos en el momento exacto en el que Travis Dixon deja de ser un cabrón emocionalmente inaccesible y se convierte en un pobre mortal enamorado.

—No estoy enamorado.

—Claro que no —añade Garret—. Solo llevas diez minutos mirando el mismo punto del bosque como si te hubieran quitado el aire.

—Estaba pensando.

—Eso es nuevo —ironiza Atlas mientras se recoge el pelo en un moño alto y lo fulmino con la mirada.

—Vete a la mierda, chino —protesto y me paso una mano por la nuca—. No es nada.

—Nunca es nada —afirma Garret—. Hasta que lo es.

—Te gusta más que para una sola noche —añade Atlas.

—No.

—Sí —insiste Cam—. Y te acojona porque tú nunca repites postre.

—Harper solo es un jodido dolor de cabeza —aseguro, y Cameron suelta una carcajada.

—Claro, Trav. Miéntete todo lo que quieras, todos hemos pasado por lo mismo y cuando llega… no tienes escapatoria —declara Cam.

—Si no, te aseguro que ya te hubieras largado de *Heidilandia* —asegura Garret.

—Y no te la estarías comiendo ahora mismo con los ojos —sentencia Atlas.

Por primera vez, no respondo porque, joder, llevan razón. Todo mi cuerpo la reclama y mi polla se tensa en los pantalones solo por fijarme en sus torneadas piernas e imaginarlas rodeando mi cintura. Joder, parezco un jodido quinceañero salido.

—Admito que es diferente —murmura Garret.

—¿El qué? —pregunto confundido.

—Ella.

—Sí —dice Cameron—. Demasiado diferente a todas las mujeres con las que has estado y eso, tal vez, es lo que te llama tanto la atención.

—Y admite que te está volviendo loco —añade Atlas.

—No voy a hacer nada —aseguro pasándome una mano por la cara.

—Ya lo estás haciendo —me lleva la contraria Cam.

—No.

—Sí —dicen los tres al unísono.

—No.

—Te estás quedando en este bonito pero pequeño pueblo y eso significa algo —declara Atlas.

—No me pienso quedar más tiempo de lo pactado.

—Claro, ¿dos meses? —pregunta divertido Garret—. En dos meses te aseguro que no sabrás cómo marcharte.

Guardo silencio mientras la observo. Pienso en lo que hemos hablado. Ella no es una mujer de una noche y yo no puedo ofrecerle nada más. Esa es mi regla, sexo sin compromiso… O, al menos, esa era hasta que la conocí a ella.

El resto de la excursión pasa entre risas, bromas y conversaciones en las que apenas intervengo porque mi cabeza vuelve una y otra vez a esa conversación, a ese «No» y a cómo se apartó para no besarme. Y eso me tiene completamente jodido, no es el rechazo en sí, sino que no puedo dejar de desearla.

Cuando regresamos, el sol ya empieza a caer. Harper va sentada a mi lado, Atlas conduce y Gabriela le acaricia la nuca, en la típica estampa de la pareja perfecta que son. Harper teclea algo rápido en el móvil, bloquea la pantalla y se limita a mirar por la ventanilla. Guarda silencio y, aunque me muero de ganas de entablar una

conversación, algo me dice que no es el momento. Atlas me mira por el espejo retrovisor de vez en cuando y me sonríe de esa maldita forma que dice «Te gusta demasiado».

Al llegar a nuestra calle veo que Kevin está apoyado en la puerta mientras que Will corretea por el jardín de su casa. Mi cuerpo se tensa automáticamente, Harper se baja incluso antes de que Atlas termine de aparcar y suelto un suspiro sonoro que me delata.

—Vaya… —murmura Gabi—. El ex.

—El padre del niño —añado.

—El problema —concluye Atlas.

Harper se acerca a ellos y veo a Kevin sonreír. Supongo que era a él a quien escribía hace tan solo unos minutos.

—¡Mamá! —grita Will cuando la ve y corre hacia ella.

Harper se agacha y lo abraza. No me pasa inadvertido cómo Kevin la mira, y me jode que lo haga como si fuera suya. Me bajo del coche, cierro la puerta con más ímpetu del necesario y Atlas me mira intuyendo mis pensamientos.

—Tranquilo, Trav —dice Atlas—. No actúes como un troglodita que solo quiere marcar el territorio de lo que es suyo.

—No he dicho que sean nada mío —protesto.

—No hace falta que lo digas —susurra Garret.

—Cállate, pecoso.

Mis amigos se ríen y sé que están disfrutando de esta situación. Trago saliva, agarro el asa de mi mochila con más fuerza de la necesaria y cuando veo que Kevin se acerca a ella con esa sonrisa lobuna, me doy la vuelta y camino hacia mi casa.

—¡Eh, *ogrosaurio*! —oigo que me llama el crío y hace que me detenga.

—Hola, minihumano —lo saludo y, en un instante, cuando veo su sonrisa, mi mal humor se esfuma.

—¿Tienes chocolatinas? —me pregunta.

—Hoy no tengo ninguna, colega —respondo y veo que Kevin presta atención—. Mañana te compraré algunas.

—¡Chuju! —añade el niño feliz.

—¿Qué te tengo dicho, hombrecito? —interroga Harper al niño.

—Que no le pida chocolatinas a Travis.

—Al menos estamos de acuerdo en algo —reclama Kevin.

Veo que Harper abre la boca, pero sus palabras desfallecen en sus labios dando la razón a ese capullo. Eso me fastidia y hace que mi enfado crezca; pensaba que era más lista. Kevin le dice algo, no llego a oír el qué, pero por la expresión de Harper no es nada agradable.

Me doy la vuelta y camino de nuevo hacia mi casa, pensando en que no me debe de importar… que no es asunto mío.

—¿Siempre es así de gilipollas? —pregunta Atlas.

—Peor —respondo sin pensar y los tres me miran.

—Interesante —murmura Garret.

—Que os den a vosotros también —sentencio sacando las llaves para abrir.

Harper levanta la vista y me sostiene la mirada, y el momento del casi beso en el bosque regresa a mi mente. Así que hago lo que mejor se me da, tocarle las narices. Sonrío y le lanzo un guiño que no pasa desapercibido al imbécil de su ex. Ese capullo no tiene por qué saber que ha estado a un suspiro de besarme y, sobre todo, que haré que vuelva a suceder, aunque tenga que alinear los planetas de este puto universo. Buscaré el momento como sea para que su «no» se convierta en un «sí». Aunque luego tenga una plaza en el infierno.

CAPÍTULO 18



—Te estás comiendo las patatas como si fueran a desaparecer —me reprende Ginebra, que me observa desde el otro lado de la mesa con esa sonrisa suya que significa «sé algo que tú no quieres admitir».

—Tengo hambre.

—No —niega—. Tienes un problema.

—Tengo hambre —repito, cogiendo otra patata.

—Y un problema —insiste y resoplo con fastidio.

—Eres insoportable.

—Y tú llevas quince minutos sin dejar de mirar al vacío —añade apoyando los codos en la mesa para acercarse un poco más a mí—. Así que empieza a hablar.

Miro hacia el pequeño parque infantil y veo a mi hijo corretear. Sonrío al ver a Will jugando con otros dos niños y corriendo detrás de un balón sin preocupaciones.

—No tengo nada que contarte.

—Harper… —insiste, porque me conoce bien.

—Gin…

—Harper. —Esta vez su tono es más serio.

Ginebra es de esas mujeres que llaman la atención sin pretenderlo. Alta, esbelta, con una forma de moverse relajada y segura que hace que todo parezca fácil a su alrededor. Sus rizos rubios caen desordenados sobre sus hombros brillando bajo la luz

cálida del atardecer, y sus ojos azules… Esos sabios ojos, tan claros que parecen atravesarte cuando te mira de forma directa sabiéndote sin escapatoria. Y tiene razón, porque con ella siempre he sido demasiado transparente. Suspiro y sé que entre nosotras nunca ha habido secretos, así que no los va a ver ahora.

—Travis casi me besa.

—¡¿Cómo que casi?! —chilla emocionada y miro a nuestro alrededor.

—Shh… baja el volumen.

—¡¡¡¿Cómo que casi?!!! —repite más alto todavía.

—Gin.

—¿Qué hiciste? —pregunta entusiasmada con una sonrisa gigante.

—Fue hace casi una semana, cuando te comenté que salí de excursión con él y sus amigos. Pero tranquila que me aparté —aclaro y ella chasquea la lengua en señal de desaprobación.

—Eres tonta —asegura y alzo las cejas.

—¿Perdona?

—Que eres tonta —repite—. No hay otra palabra.

—No voy a caer en su juego. —Me resisto y Ginebra se inclina hacia delante para estar aún más cerca de mí.

—¿Qué juego, Harper? ¿El de la tensión sexual no resuelta que se os nota desde aquí? —cuestiona, y yo guardo silencio un segundo y aprieto la mandíbula.

—No me gusta.

—Claro —confirma—. Llevas más de un año sin estar con nadie —añade con total naturalidad.

—Gin, no hace falta que lleves la cuenta.

—¿Qué? Es un dato. ¡Te vendría bien un buen polvo!

—No hace falta que grites.

—No grito, solo lo recalco —asegura con una sonrisa soberbia y me paso frustrada la mano por la cara.

—No voy a acostarme con él.

—Pero ¿por qué?

—Porque no —respondo.

—Argumento sólido —dice, irónica—. Me has convencido.

—Es un capullo —le recuerdo.

—A todas nos encantan los capullos.

—No es verdad —le llevo la contraria.

—Tu historial dice otra cosa —rebate ella divertida.

—Muy graciosa —ironizo.

—Realista. —Guarda silencio un instante, me coge la mano con cariño y me sonríe—. Harper, no te estoy diciendo que te cases con él. Solo que dejes de pensar tanto y te diviertas. No es malo tener una aventura.

—Eso no es tan fácil —admito frunciendo el ceño.

—Claro que lo es —rebate—. Te gusta ese bombón de chocolate y tú a él también. Además, se va en menos de dos meses —continúa —. Ya han pasado quince días… Todo son ventajas.

—¿Ventajas?

—Claro, sabes que no tenéis futuro, solo el *carpe diem*, amiga. No hay riesgo. Es solo… sexo.

—No es «solo» sexo.

—Lo es, si tú quieres que lo sea —comenta—. Es un forastero, no tendrías esta oportunidad con alguien del pueblo porque luego lo verías en cada fiesta y todas esas mierdas, pero él se irá —me recuerda.

—No soy así.

—Lo sé —admite—. Pero tampoco eres una monja y tienes telarañas entre las piernas. Creo que es hora de que te las quite ese bombero con su manguera —sugiere alzando las cejas juguetona y no puedo evitar soltar una carcajada.

—Eres idiota.

—Soy realista amiga. —Se encoge de hombros—. Dale alegría a tu cuerpo, Harper.

—No lo soporto —susurro pensativa.

—Mentira.

—Me saca de quicio.

—Porque no te lo has follado, joder.

—¡Ginebra!

—¿Qué? —dice, completamente seria—. Tenéis una tensión sexual que se puede cortar con un cuchillo.

Miro pensativa de nuevo hacia Will, que sigue jugando ajeno a toda esta conversación, menos mal que no está aquí.

—No quiero complicarme la vida.

—Tu vida ya es complicada —me recuerda.

—No quiero que Will…

No termino la frase, no hace falta porque ella entiende mis miedos y sabe justo lo que estoy pensando; la muy bruja me conoce demasiado bien.

—A Will no le afectará en nada —dice más suave—. Esto va de ti y de lo que quieres como mujer.

—No es tan fácil…

—Al menos inténtalo.

Me quedo en silencio, cierro los ojos un segundo y a mi mente viene el momento en que lo salvé de que se le cayera una viga en la cabeza. Recuerdo mi cuerpo sobre el suyo, nuestras respiraciones erráticas y, joder, me gusta, y ese es exactamente el problema. Travis es el tipo de tío del que puedo enamorarme. Con su sonrisa canalla y muy seguro de sí mismo.

El móvil vibra sobre la mesa; es un mensaje de aviso de la estación de bomberos. Miro a mi amiga y me levanto, dejando mi café a medio tomar.

—Tengo que irme —le aviso.

—¿Qué pasa?

—Hay un nuevo incendio —respondo levantándome de golpe con el corazón acelerado.

—¿Es grave? —pregunta.

—No lo sé, pero es en el bosque.

—Me quedo con Will, vete tranquila —se ofrece mi amiga.

—¿Segura?

—Sí, venga, ve con cuidado.

—Gracias.

Cojo mi bolso y cruzo la calle para llegar a mi hijo, que al verme se tira por el tobogán y me mira con cara de no querer irse.

—Cariño, me tengo que ir a trabajar. Te quedas con la tía Gin, ¿vale?

—Vale —responde mirando hacia mi amiga, que levanta la mano a modo de saludo—. ¿Hay fuego?

—Sí, peque.

—Apágalo mami —me pide con la mirada cargada de orgullo y sonrío.

—Eso haré —respondo dándole un abrazo y un beso en la mejilla —. Nos vemos en un ratito.

—Sí, mamá.



El fuego parece incontrolable e impredecible. El humo lo cubre todo y mi cuerpo empieza a quejarse por el cansancio. Llevamos dos malditas horas peleando contra un incendio que no deja de crecer. El viento sopla en ráfagas fuertes que levantan cenizas que hacen más denso el aire. El calor es sofocante incluso a través del equipo que llevamos puesto. Se escucha el sonido de las llamas crepitar, es como un maldito rugido, como si el bosque se quejase del dolor por perder tantos años de vida en tan pocos minutos.

—¡Harper, flanco izquierdo! —grita mi padre a través de la radio.

—¡Recibido! —respondo.

Me muevo rápido y esquivo varios troncos caídos; siento el terreno inestable bajo las botas, pero consigo estabilizarme.

—¡Cuidado con el viento! —oigo a Travis gritar, pero es demasiado tarde porque una ráfaga cambia la dirección del fuego y las llamas avanzan hacia mí demasiado rápido.

—¡Retrocede! —grita Travis.

Lo escucho, pero no lo veo, y eso es un problema. Sigo apuntando con la manguera hacia el fuego, haciendo pantalla e impidiendo que avance. El humo me envuelve, no tengo apenas visibilidad.

—¡Travis! —lo llamo intentando ubicarlo, pero no responde.

Doy un nuevo paso atrás y al siguiente, el suelo desaparece.

—¡Mierda!

Caigo de lado en la zanja del cortafuegos, golpeándome la cadera y perdiendo el agarre de la manguera. El aire se me escapa de los

pulmones y el casco se ladea. Parece que estuviera descendiendo al maldito infierno por el calor que sube por mi cuerpo. Intento agarrarme a algo sin éxito alguno y me quedo tumbada en el fondo del agujero.

Intento incorporarme y siento un dolor punzante en el costado. Aprieto la mandíbula y miro hacia arriba; veo la pendiente empinada de tierra suelta y resbaladiza por donde acabo de caer. Arriba, el fuego sigue avanzando.

—¡Harper! —grita Travis.

—¡Estoy aquí! —respondo mirando hacia arriba.

Entonces veo su sombra entre el humo asomarse al borde de la zanja.

—No te muevas —me ordena—. Zenon, necesito que me cubras.

Travis desciende con cuidado, resbala un poco al bajar, pero no se detiene y llega a mí en segundos. Me mira preocupado y me agarra de los brazos para examinarme mejor.

—¿Estás bien? —me pregunta tocando mi casco para asegurarse de que sigo respirando oxígeno limpio, y asiento, aunque me duele todo.

—Sí…

—Bien, pues tenemos que salir de aquí.

—¿Todo bien ahí abajo? —grita Zenon.

—Está bien, vamos a subir —responde él con determinación.

Las llamas se asoman como lenguas infernales por el filo del acantilado, ambos lo vemos y somos conscientes de cómo está avanzando hacia nosotros. Tenemos poco margen de tiempo si queremos salir de aquí. Travis vuelve a mirarme y algo en su expresión cambia.

—Te tengo —me levanta en brazos sin esfuerzo.

—Bájame, puedo andar sola.

—No.

—Travis, bájame —le ordeno.

—He dicho que no. ¡Joder, Harper! —masculla—. No pienso soltarte en medio del infierno —me asegura y no discuto.

Subimos como podemos; él me sujeta contra su cuerpo con una fuerza brutal. Noto que resbala una vez, pero no me suelta ni un

segundo y, finalmente, salimos. Veo a Zenon, Ger y Tommy con las mangueras franqueando la línea de fuego mientras Travis me arrastra lejos de las llamas.

—¿Todo bien? —oigo que pregunta Tommy.

—Sí —respondemos al unísono.

—Muy bien, id al camión —ordena Ger.

Travis sigue caminando y yo permanezco en sus brazos hasta que llegamos a una zona donde el humo es menos denso y entonces me suelta, pero en cuanto mis pies tocan el suelo, me abraza fuerte de forma inesperada. Sus brazos me atraen hacia él y me sujeta con fuerza, como si en este instante yo fuese su tabla salvavidas. Su respiración es irregular al igual que la mía. Su pecho sube y baja de forma errática, sus manos acarician mi espalda y noto que está temblando. Travis se aparta lo justo y me observa con atención en silencio.

—Estoy bien —aseguro.

—Joder… —susurra—. Joder, Harper…Gracias al cielo.

En este instante, deja de ser un tipo seguro, capullo y arrogante y se convierte en un hombre roto, asustado y vulnerable.

—Estoy bien, estamos bien —repito en voz baja.

Sus ojos recorren mi rostro con urgencia, comprobándolo por sí mismo. Doy un paso atrás, me separo de él y me quito el casco para que me vea mejor. Travis hace lo mismo, ya que en esta zona el humo es menos denso. Le sonrío nerviosa y él niega incrédulo para sí.

—No puedo… —murmulla y la frase pesa demasiado.

—¿El qué no puedes? —pregunto despacio, sabiendo que con cualquier movimiento brusco todo puede desmoronarse a nuestro alrededor.

El fuego crepita detrás, el mundo sigue ardiendo y entre nosotros parece que todo se ha detenido. Travis aprieta la mandíbula y veo cómo le tiembla un músculo en la mejilla.

—No puedo perderte, ni a ti ni a nadie, otra vez —confiesa agachando la mirada.

—No me has perdido —susurro.

Su expresión cambia. Travis da un paso hacia mí y me aparta un mechón de la cara con una lentitud que no encaja con el caos que nos rodea. Sus dedos rozan mi piel, un contacto tan leve que debería ser insignificante, pero que me deja sin aire. Cierro los ojos un segundo intentando mantener mis emociones bajo control, pero cuando los abro hay algo distinto en su mirada. Decisión.

—A la mierda… —masculla.

Entonces me besa sin previo aviso, sin permiso ni control. No hay suavidad, ni delicadeza, ni cuidado. Su boca choca con la mía como si llevara demasiado tiempo negándolo, como si este beso no fuera una elección, sino una necesidad. Y yo no pienso, porque cuando sus labios rozan los míos siento que mi piel empieza a arder. Le devuelvo el beso con ganas, las mismas que tengo desde hace semanas y he estado negándome a reconocer.

Mis manos suben a su cuello, tirando de él, acercándolo más, porque esto… no es suficiente. Sus manos bajan por mi espalda hasta mi cintura, me sujeta con firmeza y me pega a él para que no me escape.

Su lengua acaricia la mía, y por un instante siento el vértigo bailar en mi estómago, pero lo ignoro. Mi lengua busca la suya y nos devoramos con hambre y necesidad. Sus dedos se clavan en mi cuerpo y un gemido que se escapa de mi garganta es silenciado con sus labios. Respondo, buscándolo, perdiéndome en él sin pensar en nada más. El fuego, el humo, todo se queda atrás y solo queda esto… El deseo y las ganas que se rinden… y nosotros en nuestro propio incendio.

—Joder… —murmura contra mi boca, sin separarse del todo.

—Lo sé… —respondo, igual de perdida.

Sonríe en mi boca y joder, eso termina de destrozar la poca cordura que me quedaba. El beso cambia, se vuelve más lento y más consciente; ambos sabemos exactamente lo que acaba de pasar y lo que significa. Ya no hay vuelta atrás.

—Sargento Dixon, estamos a veinte grados norte. ¿Dónde se encuentran? —La voz de mi padre irrumpe por el *walkie*.

La realidad vuelve de golpe como un jarro de agua fría. Nos separamos. Travis me mira, se humedece los labios y sonríe como

un maldito canalla.

—Sargento Dixon, ¿me recibe?

—Recibido, jefe —responde, sin apartar los ojos de mí.

—El viento está girando —informa Zenon, cerca.

Me coloco el casco otra vez, obligándome a centrarme y no pensar en lo que acaba de pasar.

—Tenemos que volver, los chicos nos necesitan —le digo caminando en dirección al foco principal.

—Sí, chispita. Yo te cubro, siempre lo haré.

El incendio no ha terminado, solo ha cambiado de forma y, esta vez, no sé cómo apagarlo.

CAPÍTULO 19



El fuego no es lo peor, nunca lo ha sido. Lo peor es ese segundo en el que crees que alguien no va a salir vivo de entre las llamas. Ese instante en que todo se detiene y solo tienes la jodida certeza de que algo acaba de romperse dentro de ti para siempre. Ese momento se graba a fuego en tu memoria, se mete bajo tu piel y te consume hasta los huesos.

Estoy en la estación de bomberos y es bien entrada la madrugada. Han sido más de seis horas apagando ese maldito incendio, pero mi cabeza sigue allí en el bosque, con las llamas y ella desapareciendo en esa puta zanja. Vi cómo cayó al vacío y no actué como un profesional, no controlé una mierda y entré en pánico por la posibilidad de perderla. Porque durante un segundo… me temí lo peor y mi mente volvió a Iowa. Era el mismo calor sofocante, el mismo sonido del crepitar de las llamas y esa misma jodida sensación de otra vez llegar tarde, pero recuperé la cordura a tiempo.

No lo pensé y corrí hacia ella, no iba a permitir que la historia se repitiera, con Harper. Por suerte, la saqué y estaba bien…

Exhalo lento y tomo aire, pero no es suficiente, es como si no me llegase a los pulmones. Todavía puedo sentir su cuerpo contra el mío. No quería soltarla y, mierda, no podía dejar de besarla.

Me paso frustrado una mano por la cara y pienso que no debía de haberla besado… porque su boca, me vuelve loco y, joder, no puedo mirarla y fingir que no ha pasado nada.

Ni de coña.

Reconozco que todo este tiempo me he mentido a mí mismo, y a ella. He vivido durante semanas en una jodida mentira, porque esa mujer… se ha metido bajo mi piel y no puedo sacarla de mi cabeza.

Termino de tomarme el café y agradezco, por primera vez desde que llegué a este diminuto pueblo, que en esta estación de bomberos no haya vestuarios separados. Sencillamente porque nunca antes había habido una mujer bombera y los tiempos de hace cuarenta años no son los de ahora.

Abro la puerta del vestuario y la veo sentada en el banco, tiene la cabeza apoyada contra la pared, los ojos cerrados y ese pelo rojizo, rizado y rebelde alborotado que la hace parecer más salvaje. Tiene la cara tiznada y debe de estar agotada, pero aun así… está preciosa.

Cierro la puerta despacio tras de mí y el sonido resuena más brusco de lo que pretendía. Harper no abre los ojos de inmediato porque sabe que soy yo. Estamos solos, ya que somos los únicos que tenemos que terminar la guardia.

Me quedo de pie unos segundos y me tomo ese tiempo para mirarla. Intento buscar alguna razón por la que no es buena idea estar aquí ahora, pero no funciona, porque no encuentro ninguna.

Exhalo despacio y ese puto suspiro me sale como si llevara años atrapado en mi pecho. Acorto la distancia que nos separa y me siento a su lado.

—Murió —confieso rompiendo el silencio sin previo aviso.

Harper abre los ojos y gira la cabeza para mirarme con atención.

—¿Quién? —pregunta.

Respiro de nuevo, trago saliva y me apoyo con los codos en las rodillas, frotándome la cara.

—Mi compañero, Alexander —pronuncio su nombre y siento un pellizco en el pecho que abre de nuevo la herida—. Murió hace más de un año, estando de servicio en un incendio en Iowa.

—Lo siento mucho —dice poniendo su mano sobre mi hombro y asiento.

—Fue mi culpa —continúo y noto cómo mi voz tiembla.

Soy directo con la explicación, porque adornarla con justificaciones no cambia nada.

—¿Qué pasó? —pregunta y sus ojos esmeraldas me miran con curiosidad.

—Llegué tarde —respondo—. Alexander se quedó conteniendo el fuego para darme margen y yo pudiera sacar a un hombre mayor —explico—. Y cuando regresé…

No termino la frase. No soy capaz, aunque tampoco hace falta, porque sé que ella comprende el resto de la historia.

El recuerdo vuelve con total nitidez y es igual de agónico, como siempre. La imagen se clava en mi mente y me ahoga. El techo cediendo delante de mis narices y cayendo sobre él… Cierro los ojos un segundo y vuelvo a respirar.

—No fue tu culpa —susurra y la miro sorprendido.

—Sí lo fue —aseguro—. No debí dejarlo solo, podría haberlo apartado…

—No sabías lo que iba a pasar —afirma y suelto una risa amarga que me quema la garganta.

—Ese es el puto problema, ¿no? Que nunca lo sabemos —replico y me paso las manos por el pelo—. Le fallé y, desde entonces, cada vez que le planto cara al fuego… siento que revivo ese puto infierno.

—Hiciste lo que consideraste mejor en ese momento —intenta consolarme y niego para mí.

—No fue suficiente.

—Nunca lo es… —susurra ella—. Pero no podemos cambiar las cosas malas que nos pasan. Solo queda aceptarlas y aprender de ellas.

Levanto la mirada y ella me la sostiene en silencio. No intenta arreglarlo, tan solo es realista, y eso es lo que me fascina de Harper, que tiene dos pares de ovarios, me habla directa y sin intentar salvarme de mí mismo. Y por alguna extraña razón, funciona… No desaparece el dolor, pero la culpa parece hacerse más pequeña en mi pecho.

—¿Y a ti? ¿Qué te da miedo? —pregunto.

Lo hago porque no puedo ser el único que está desnudando su alma. Y porque una parte de mí, la más egoísta, necesita saber qué la rompe cuando está frente a las llamas. La observo y veo que por un segundo duda, pero luego se humedece los labios antes de hablar y… error. Un maldito error, porque mi atención se centra en querer devorar su boca y mi cuerpo reacciona antes de que mi cabeza pueda frenarlo, mi erección se clava en las costuras de mi pantalón y me muevo para intentar encontrar alivio.

—Cuando estoy frente a las llamas, solo pienso en Will. En volver a casa junto a él —responde con una sonrisa tan dulce que podría hacer que el mundo entero fuera menos amargo—. Y respecto a lo que más me frustra en mi vida, es una persona y se llama Kevin —continúa, encogiéndose de hombros—. Me hace sentir pequeña y siempre me juzga, como si nunca fuera suficiente.

Aprieto los puños, aunque no me doy cuenta hasta que noto las uñas clavándose en las palmas. Porque no hay nada en ella que sea pequeño, ni de coña. Tan solo hay que mirarla y ver que es una mujer increíble, y me cabrea que dude de su valía por un imbécil egocéntrico.

—Will tiene una suerte de la hostia por tenerte como madre —afirmo, y no es un consuelo, es un hecho y quiero que lo tenga siempre claro. Ella levanta la mirada y me mira sorprendida.

—Gracias —susurra.

—No —niego, cortándola—. No es por quedar bien.

Me inclino un poco hacia ella y sonrío un instante antes de hablar porque necesito que lo entienda.

—No te conozco desde hace mucho, pero sé lo suficiente. Te quedaste embarazada siendo una cría, seguiste adelante, terminaste la carrera… y además decidiste meterte en un trabajo donde la mitad de los tíos piensan que no deberías estar. —Hago una pausa —. Y aun así estás aquí, dándolo todo. Así que no, Harper. No hay nada en ti que no sea suficiente. Sigues luchando para superarte a ti misma.

—Has dado en el centro de la diana, Dixon —dice con una media sonrisa—. No han sido años fáciles, y por eso no quiero equivocarme

otra vez.

Sin que diga nada más, sé perfectamente que se refiere a nosotros, a lo que sentimos y a lo que diablos sea que está pasando.

—Yo tampoco —coincido con ella sin pensar porque es la jodida verdad.

No dice nada y el silencio que se instala entre nosotros no incomoda; al contrario, es cálido. La miro y ya no hay máscaras, ni barreras, ni sarcasmo. Ni ese juego constante en el que llevamos semanas metidos. Solo quedamos ella, yo y todo lo que no somos capaces de decir. Me fijo en que traga saliva y sus ojos bajan un segundo a mi boca. Sonrío y, joder, es que no puedo evitarlo.

—Siempre te ha gustado jugar con fuego, ¿eh, chispita?

Ella sonríe un poco más y, joder, eso es gasolina pura para el incendio en el que está envuelto mi corazón. Sé que ambos somos conscientes de que hay atracción, deseo y ganas contenidas… Sé que es peligroso, pero a mí también me gusta quemarme… Me muevo despacio, dándole tiempo por si ella quiere echarse atrás, pero no lo hace. Claro que no lo hace, y sus ojos vuelven a mis labios y esta vez no disimula. Mierda, estoy jodido… muy jodido, porque después de esto… sé que voy a arder en el puto infierno.

—Harper… te prometo que… —empiezo y ella me pone el dedo índice sobre mis labios.

No sé ni qué iba a decir, seguramente algo inteligente que pusiera distancia, algo que nos salvará de esto, pero su dedo en mis labios silenciándome, me deja completamente quieto.

—Shh… —susurra—. No digas nada.

Entonces se inclina y me besa. Es Harper, y ella es fuego. Nuestras bocas se devoran con hambre y el aire de mi pecho se escapa, robándome el aliento al ver que ella no duda porque responde a todo lo que llevo semanas conteniendo. Harper se sube a horcajadas sobre mí, la agarro por las caderas y tiro de ella acercándola más, como si la distancia entre nosotros fuera un problema ahora mismo, y lo es, siempre lo ha sido.

Harper se roza contra mi erección y, joder, esto es una puta tortura. Mi lengua busca la suya y me pongo más duro. Mis dedos se clavan en su culo, sujetándola con firmeza, mientras que sus manos

acarician mi cuerpo para memorizarlo, por si esto se fuera a acabar en cualquier momento. Mis labios abandonan su boca y buscan su cuello, ella inclina ligeramente su rostro para darme más acceso a su piel blanca y voy dejando un reguero de besos húmedos por su cuerpo. Ella hace pequeños ruiditos, que me parecen demasiado adorables y me hacen perder el poco control que me queda.

—Harper… —murmuro contra su piel, aunque sé que no quiero renunciar a este momento—. Dime que pare y lo haré.

Es lo único que soy capaz de ofrecerle en este instante, una salida, una mentira a medias, porque si me dice que siga, ya no hay vuelta atrás. Ella se separa lo justo para mirarme, y esos ojos… esos malditos ojos me vuelven loco.

—Ni se te ocurra parar, Travis Dixon —responde y sonríe contra mis labios.

Y esa jodida frase me condena para siempre. Así que la beso otra vez. Mis manos suben por su espalda y siento cómo se estremece. Veo cómo su cuerpo reacciona al mío sin dudas, al igual que el mío al suyo. Agarro su camiseta y tiro de ella dejándola solo con un sujetador blanco de algodón que podría ser soso, porque no tiene nada de especial, pero que, sin embargo, en ella me parece lo más *sexy* que he visto en mi vida. Su respiración se entrecorta contra mis labios cuando le desabrocho el sujetador con una mano y con la otra le atrapo un pezón; Harper se retuerce de placer.

—Travis… —gime.

Sonrío satisfecho y vuelvo a atrapar sus labios, porque esto no es como aquel beso del bosque, ambos somos conscientes de que no hay forma de parar. Mis manos vuelven a adorar su cuerpo y, poco a poco, nuestras respiraciones se vuelven entrecortadas.

No sé en qué momento me quita la camiseta, solo sé que cuando noto sus manos sobre mí, todo mi cuerpo se estremece. Mis manos vuelven a sus caderas y me levanto del banco con ella encima sin romper el beso. Sus piernas rodean mi cintura, encajando a la perfección y eliminando cualquier espacio que quedase entre nosotros. Ella es perfecta.

—Joder, chispita me vuelves loco… —susurro contra su boca y ella sonríe y me muerde el labio inferior antes de que vuelva a devorar

su boca.

Ambos somos conscientes de que estamos cayendo sin frenos, sin red y sin paracaídas. Me muevo por el vestuario, chocando ligeramente contra las taquillas hasta llegar a la mía. No dejo de besarla ni un segundo, no quiero. Abro como puedo la puerta y rebusco con una mano en mi bolsa de deporte mientras que la otra sigue sujetándola y manteniéndola pegada a mí.

—Espera… —murmuro contra su boca.

Saco como puedo de mi cartera un preservativo y se lo enseño en un gesto rápido y práctico, pero su sonrisa, joder, esa sonrisa es pura gasolina para las ganas que tengo de hundirme en ella. La dejo un instante en el suelo para deshacernos de los pantalones de intervención.

—Ven aquí —ordeno, besándola de nuevo, mientras que ella pasa sus manos por mis hombros y vuelve a rodear con sus piernas mis caderas.

Mi polla se queja al sentir su piel contra la mía, ella lo nota y sonríe traviesa. Camino con ella hasta las duchas; empujo la puerta de una de ellas que se abre con un golpe suave. Harper abre el grifo y el eco del agua que cae lo llena todo.

El agua caliente sobre nosotros arrastra el olor a humo y la suciedad del último incendio mientras aviva las ganas que nos tenemos. Sus labios regresan a los míos, como si no hubiera habido interrupción alguna. El agua resbala por nuestra piel y se mezcla con nuestras respiraciones. Su espalda se apoya contra la pared de azulejos y con una mano busco su centro, acaricio su clítoris en círculos lentos y Harper se estremece sobre mí.

—Travis… necesito sentirte dentro —me pide y sonrío dichoso.

—Shh, tranquila, tenemos tiempo suficiente —le aseguro besando su cuello y descendiendo hasta sus pechos.

Sus manos se aferran a mis hombros con fuerza buscando un punto de anclaje, buscándome a mí. Sus caderas se mueven para frotarse contra mis dedos y marcan un ritmo que me hace perder el poco control que me queda. Muevo los dedos por sus pliegues y hundo uno en su interior, noto cómo tiembla y gime a la vez. Mi

dedo entra y sale mientras poco a poco voy introduciendo un segundo dentro de ella y notando lo apretada que está.

Joder, mi polla reacciona al deseo de sentirse ahí dentro, pero ahora mismo… mi prioridad es que ella disfrute.

Harper no se frena, se mueve contra mí buscando alivio. La beso y mi lengua se enreda con la suya mientras sigo entrando y saliendo con mis dedos de su interior. Ahogo un gemido de placer cuando todo su cuerpo tiembla y su coño se contrae sobre mis dedos. Entonces, empiezo a besarla más despacio hasta que noto que se relaja y salgo sin prisa de ella.

Apoyo mi frente junto a la suya y sonrío satisfecho. Cojo el envoltorio plateado y se lo doy. Harper lo acepta sin apartar sus ojos verdes de los míos y me sonríe tan salvajemente que debería de ser ilegal.

Se baja de encima de mí, rasga el envoltorio con los dientes y, por un segundo, tengo la sensación de que el mundo se detiene. El agua tibia sigue cayendo sobre nosotros y tenerla delante de mí, mirándome de esa forma tan *sexy*, la hace parecer una maldita diosa. La cojo por las caderas y tiro de ella para acercarla más y sonrío; necesito tocarla y sentirla, porque esto es demasiado bueno para ser real.

Harper agarra mi polla y desliza su mano de arriba a abajo haciendo que todo mi cuerpo se estremezca. Aprieto la mandíbula y le sostengo la mirada.

—Vamos, nena, ya tendrás tiempo de jugar más tarde —comento mirando el preservativo.

La deseo como un loco. Quiero follarla hasta que grite mi nombre. Harper asiente, saca el preservativo y lo coloca en la punta de mi polla para deslizarlo de forma lenta y torturadora hasta la base. Una vez que me lo ha puesto, agarro sus manos y la atraigo hacia mí de nuevo.

Sin vuelta atrás.

Sus manos vuelven a mis hombros, a mi cuello, a mi pelo y tira de mí como si también estuviera al límite. La miro solo un instante y noto cómo todo su cuerpo responde a mí. Nuestras frentes se apoyan y se mezclan con nuestras respiraciones rotas mientras que

Harper me abraza con sus piernas. Agarro mi polla para acariciar sus pliegues húmedos y cierro los ojos un segundo antes de hundirme en ella. Su cuerpo se tensa al sentirme poco a poco dentro y su espalda se arquea.

—Travis… —Mi nombre se rompe en sus labios.

—¿Sí, chispita? —pregunto clavándome hasta el fondo en ella.

—Te odio —responde con una sonrisa que dice todo lo contrario.

—Y yo también, que no se te olvide —añado sonando muy poco convincente.

—Qué bueno estás —dice sonriendo y no puedo evitar sonreír también.

—Lo sé, mi pelirroja.

Aunque el agua no ha dejado de correr, ya no la siento igual, porque todo mi cuerpo y mi ser están concentrados en cómo encajan nuestros cuerpos a la perfección.

Salgo de ella y vuelvo a entrar, esta vez más rápido y más brusco. Harper gime de placer y me muerde el hombro para intentar ahogar los gritos. La sujeto con fuerza por las caderas y me hundo una y otra, y otra vez en ella. Las embestidas se van volviendo más urgentes y erráticas, sin control, solo con necesidad, y ese impulso primario de borrar cualquier distancia que nos quede. Atrapo sus labios y la beso porque no es suficiente… porque con ella parece que nada lo es. Necesito más.

Sus manos sujetan mi nuca y su cuerpo sigue el mismo vaivén que el mío hasta que noto que ella se rompe de placer y, tras un par de embestidas más, mi cuerpo sufre una sacudida que me hace perder el control y todo se siente aún más. El agua sigue cayendo, pero ahora el silencio mezclado con nuestras respiraciones es distinto.

Harper me mira y me sonríe con una mirada llena de vida que me vuelve loco. Salgo despacio y ambos seguimos aferrándonos el uno al otro, como si soltarnos no fuera una opción y sabiendo que después de esto no volveremos a ser los mismos, porque este maravilloso momento… lo ha cambiado todo, para siempre.

CAPÍTULO 20



No sé cuánto he dormido, tal vez un par de horas como mucho. Lo suficiente para que el cuerpo se rinda… pero no mi cabeza. Abro los ojos despacio, la luz tenue entra por la ventana y solo tardo un segundo en ubicarme.

Estoy en casa de Travis. Esta mañana cuando salimos a las siete y media, caminamos juntos hasta aquí y justo cuando fui a irme a mi casa… Volvimos a besarnos, nos volvimos a liar y a follar otra vez.

Lo miro y veo que Travis está a mi lado, durmiendo boca arriba. Su pecho sube y baja con una calma que no encaja con el caos que lleva dentro. Me incorporo un poco, apoyándome con el antebrazo y lo observo. Me muerdo el labio al recordar cómo me cogió en brazos y me folló contra la pared de la ducha sin piedad. Pienso que verlo así dormido, parece distinto. No hay tensión en su mandíbula, ni ese gesto de control constante, no hay sarcasmo… y joder, es tremendamente guapo, por no decir que además folla de vicio.

Trago saliva y tomo aire, porque nosotros somos un maldito error. Lo sé, lo tengo clarísimo. Lo sabía antes de besarlo, pero las ganas y el deseo han podido más.

Maldita sea.

Me paso una mano por la cara, intentando despejarme, pero es inútil porque sé que lo de anoche y lo de esta mañana, para mí no fue solo sexo y eso lo complica todo. Cierro los ojos un segundo y pienso en Will. Mi hijo y todas las razones, por las que no puedo

perder el control, no puedo meter a alguien en su vida que pueda rompernos, sobre todo porque está de paso y ese es el problema, que Travis no es estabilidad, ni calma… Ni una constante en nuestras vidas. Él es todo lo contrario, es intensidad, riesgo y me siento más viva que nunca. Estoy jodida.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta sacándome de mis pensamientos con una voz grave.

Levanto la mirada y me tropiezo con esos ojos negros peligrosos, que me hacen perder la razón.

—No te emociones —respondo sin pensar y una esquina de su boca se curva en una sonrisa demasiado *sexy*.

—Creo que llegas tarde para advertirme, chispita.

Nos sostenemos la mirada y el silencio que sigue no es incómodo, pero sí es denso. Travis se incorpora un poco apoyándose en el codo y acercando su rostro al mío, pero ninguno de los dos se aparta.

—Esto no cambia nada —le advierto rápido, como si así pudiera controlarlo.

—Claro que no —responde directo—. Pero tampoco podemos fingir que no ha pasado.

—No —confieso.

Su mirada se oscurece un poco más, y me observa pensativo. Y eso… lo hace todo más complicado, porque por un segundo, uno solo, quiero volver a besarlo y dejarme llevar.

Mi móvil suena en la mesita de noche y el sonido rompe el momento. Lo agradezco, lo cojo y lo desbloqueo y leo un mensaje de mi madre.

Mamá:
¿Estás despierta?
Will quiere que lo lleve a casa. Llegamos en diez minutos.

Yo:
Buenos días, claro.
Tráelo a casa.

Respondo casi en automático y las responsabilidades vuelven de golpe. Me levanto de la cama más rápido de lo que debería y busco

mis bragas para ponérmelas.

—Tengo que irme —comento sin ni siquiera mirarlo.

No puedo, porque una parte de mí quiere quedarse junto a él. Empiezo a vestirme, buscando mi ropa, moviéndome más deprisa de lo necesario, como si huir rápido hiciera esto más fácil. Lo siento levantarse, ponerse sus bóxer y mirarme en silencio mientras me termino de poner las botas.

Una vez vestida, me giro, respiro hondo y lo miro. Travis está de pie, mirándome serio con el ceño fruncido y joder, es demasiado incómodo.

—Harper… —comienza a decir y niego.

—Tengo que irme —repito más bajo esta vez.

Cojo mi bolso, busco las llaves de mi casa y salgo sin despedirme de él. Sin drama, ni explicaciones. Porque solo tengo una certeza clavada en el pecho, he cruzado una línea invisible, pero peligrosa y no tengo ni idea de cómo deshacerla.

Cierro la puerta a mi espalda y cruzo el rellano hasta mi puerta. Aprieto las llaves en mi mano, con más fuerza de la necesaria y cuando entro en casa, cierro los ojos un segundo, porque la verdad es innegable. y solo es una… Lo de anoche no fue un error… El error es no saber qué hacer ahora con esto que siento.

CAPÍTULO 21



La puerta se cierra cuando Harper sale y no sé cuánto tiempo me quedo mirándola. En serio, pierdo la noción del tiempo, no sé si son segundos, minutos u horas, podría ser cualquiera de los tres porque no me muevo ni un puto milímetro.

Sigo de pie en mitad de mi salón, con el aire todavía oliendo a ella, con la cama deshecha en mi habitación y esa maldita sensación extraña que me pellizca el pecho al ser consciente de que ha huido literalmente de mi lado.

Harper, la misma chica respondona, que me provoca, me saca de quicio y me mira como si no le importara una mierda… Ha salido de mi cama y se ha largado sin echar la vista atrás ni una sola vez. Y yo rendido a ella, solo deseo repetir la noche anterior.

—Joder… —mascullo y me paso una mano por la cara frustrado.

Suelto un bufido, porque lo único que tengo claro es que siempre soy yo el que se levanta primero y se marcha para evitar momentos incómodos, y hoy… ha sido al revés. Suelto una risa incrédula y niego para mí mismo.

—Genial, Dixon. Cojonudo.

Camino hasta la ventana del salón y miro con descaro hacia su casa. Lo peor de toda esta situación es que quería retenerla y que se quedara. Joder… no lo hice porque no tengo ningún derecho a

pedírselo. Ella misma lo dijo, lo que había pasado no cambiaba nada…

—Y una mierda… —murmuro pensativo, porque lo que ha pasado esta noche lo cambia todo.

Me agobio al pensar en toda esta situación; yo nunca le doy vueltas al sexo con una chica, joder. Me paso una mano por el pelo y miro hacia mis zapatillas de deporte. Así que hago lo único que sé hacer cuando la cabeza se llena demasiado, salgo a correr.

Enseguida el aire que me roza la cara y despeja un poco mi mente. Necesito sentir algo que no sean sus caricias y su voz gritando mi nombre cada vez que me hundía en ella. Mis zapatillas golpean el asfalto con un ritmo constante, pero mi cabeza está llena de distracciones, pensamientos e imágenes de Harper. Ella y yo en la ducha, ella en mi cama, debajo de mí, encima de mí, cabalgándome como una amazona salvaje y mirándome como si… Joder, aprieto el ritmo para ir más rápido y quemar todos los recuerdos…

Spoiler: no funciona.

Cuando llego de nuevo a casa, he corrido doce kilómetros, estoy sudando y mi pecho sube y baja después del esfuerzo. Todos mis músculos se quejan del agotamiento, pero me importa una mierda, porque yo lo que necesito ahora es claridad mental.

Miro el reloj y ya es casi mediodía. Entro en casa, me doy una ducha rápida y me pongo ropa limpia. Me tumbo en la cama e intento ignorar que mis sábanas siguen oliendo a ella.

Mi móvil suena en el salón, mierda. Me incorporo y corro para cogerlo antes de que la llamada se corte. Es Dakota, y entonces caigo en la cuenta de que se me había olvidado por completo.

—Joder… —mascullo mientras descuelgo la videollamada y aparece ella demasiado seria cuando me ve.— Hola —saludo.

—Travis, habíamos quedado hoy —me dice—. Te he llamado tres veces.

—Lo siento —me excuso.

—¿Y?

—Se me había olvidado —confieso y ella alza una ceja.

—¿Se te ha olvidado que tenías cita con tu psicóloga?

—He tenido un turno complicado —justifico.

—¿Un turno complicado? —cuestiona con curiosidad y, joder, me conoce demasiado bien.

Guardo silencio, me paso la mano por el pelo y vuelvo a mirar por la ventana hacia su casa, suspiro.

—¿Estás sola? —le pregunto.

—¿Cómo puedes preguntarle eso a mi chica, capullo? —oigo que grita Garret y cierro los ojos.

—No me jodas…

El idiota de mi amigo aparece en pantalla sonriente como siempre mientras le da un beso a su novia.

—Hola, Dixon.

—Desaparece, estoy en medio de una sesión —me quejo y Dakota suspira.

—Garret acaba de llegar de entrenar a los chicos.

—Ya lo veo… —protesto y él sonríe un poco más.

—¿Pasa algo, Trav? —pregunta, y tampoco sé si quiero responder a eso.

Me alejo de la ventana y me siento en el sofá, guardo silencio y ellos siguen expectantes por que les dé una explicación.

—Creo que he complicado las cosas un poco más con mi vecina —confieso.

—Está pillado por la madre soltera —dice Dakota y Garret sonríe satisfecho.

—Dakota, voy a dejar de ser tu paciente —sentencio sonando poco convincente—. Aquí no hay confidencialidad.

—No creo que nunca te haya importado, imbécil —añade Garret.

—Cállate —mascullo y mi amigo suelta una risotada.

—Siempre nos has contado todo con tus rollos. ¿Por qué con esa pelirroja es diferente?

—Porque se ha enamorado de ella —responde Dakota por mí, tan tranquila que sus palabras me dejan helado.

—No —replico demasiado rápido—. Solo nos toleramos un poco más.

—Madre mía… —dice Garret divertido.

—Cierra la puta boca pecoso —le advierto molesto.

—No me voy a callar, negro, verás cuando se enteren Cam y Atlas…

—Ni se te ocurra.

—Tarde —me chincha y me enseña su móvil—. Ya les he escrito.

—Eres un gilipollas.

—Lo sé —responde orgulloso como un crío, y Dakota suspira.

—Garret.

—¿Sí, cariño?

—¿Quieres dejarme trabajar? —le pregunta seria, y él asiente de forma automática.

—Claro. ¿Hago la comida? —se ofrece y ella asiente.

—Y tiende la colada —le pide.

—A sus órdenes —responde mi amigo dándole un beso y se dirige a mí antes de desaparecer—. Nos vemos, capullo.

—Adiós, idiota.

Mi amigo se larga por fin y nos quedamos solos. Guardo silencio mientras Dakota me observa paciente esperando a que diga algo.

—Empieza cuando quieras.

—Anoche hubo un incendio grande en el bosque y Harper se cayó en una zanja —le comento y trago saliva.

—¿Está bien? —pregunta preocupada y asiento.

—Sí. En el momento que la vi desaparecer… me acojoné y me bloqueé —confieso sin adornos y aprieto la mandíbula al recordarlo.

—Te bloqueaste… —repite anotando algo en una libreta.

—Sí, pero enseguida reaccioné —continúo.

—Eso es bueno —comenta y sé que ella no me juzga, nunca lo hace—. ¿Qué sentiste en ese momento?

—Que no la podía perder y la saqué.

—Eso está muy bien. ¿Y después? —insiste, y aquí viene lo jodido.

—La saqué de la zona del fuego alejándonos del peligro y la besé —respondo. Dakota no se inmuta.

—¿Y?

—Y luego, cuando acabó todo… —respiro hondo—, nos acostamos.

—¿Una vez? —cuestiona levantando una ceja.

—Tres veces —contesto—. Y esta mañana se fue en cuanto se despertó.

—Sois adultos, podéis acostaros si queréis —añade y asiento pasándome una mano por el cuello.

—Sí, pero ella me dijo que lo que había pasado… No cambiaba nada entre nosotros.

—¿Y tú qué piensas? —me pregunta inclinando ligeramente la cabeza, y yo suelto una risa amarga.

—Que es una mentirosa.

—¿Por qué?

—Porque, joder, ha sido el mejor sexo que he tenido en mi vida y estoy seguro de que para ella también… Y me quedé con ganas de más —aseguro sin filtros y Dakota asiente.

—Bien.

—¿Bien? —pregunto.

—Travis, esto es un avance —me explica.

—¿Sentirme como una mierda es un avance?

—Sí, porque ella no te es indiferente.

—No sé qué hacer —confieso.

Eso es lo peor, porque yo siempre he tenido claro el siguiente paso, que es pasar página, pero con Harper no es tan fácil.

—Por primera vez —continúa Dakota— no estás huyendo.

—Ella sí —rebato.

—Porque Harper tiene un hijo, responsabilidades y más que perder.

—¿Entonces qué hago? —le pregunto frustrado.

—Decide quién quieres ser, Travis. El que huye o el que se queda.

Joder. Me quedo callado pensando y, por primera vez en mi vida, no quiero huir y eso es más peligroso que el fuego. Pero la realidad es otra… Aprieto la mandíbula y suelto un suspiro.

—Me marcho de aquí en poco más de un mes —le recuerdo a mi amiga—. En septiembre vuelvo a Iowa a mi antiguo puesto en el cuerpo.

Dakota asiente y me mira pensativa, no sé el tiempo que permanecemos en silencio hasta que ella chasquea la lengua justo antes de hablar.

—Vale —dice al final y frunzo el ceño.

—¿Vale? —pregunto.

—Sí. No hay ningún problema como dices si te marchas en poco más de un mes —responde y asiento.

—Así es, esto… es algo temporal —añado y sé que suena a excusa, pero es la realidad.

—¿Temporal? —cuestiona Dakota alzando una ceja.

—Sí.

—Travis, te estás agarrando a esa excusa como si fuera una salida.

—Porque lo es.

—No —niega—. Es una mentira de mierda.

—No estoy mintiendo.

—No me estás mintiendo a mí —dice y hace una pausa—, te estás mintiendo a ti.

—Me voy a ir de aquí en septiembre —repito.

—Claro que te vas a ir —responde sin dudar ni un segundo—. Pero eso no cambia lo que está pasando ahora.

—Sí lo cambia.

—No —me contradice—. Porque puedes seguir repitiéndote que es temporal, que no importa y que tener sexo con ella no tendrá consecuencias… O puedes admitir que te importa, aunque dure lo que dura un amor de verano.

—No quiero hacerle daño —murmuro.

Esa es la verdad y Dakota asiente despacio.

—Entonces deja de tratar esto como si fuera algo sin importancia.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunto desesperado.

—Que seas honesto —me informa—, contigo y con ella. Porque, Trav —Dakota se inclina un poco hacia la cámara—, tu problema no es que te vayas, es que lo estás usando como excusa para no sentir.

Me quedo en silencio sin saber qué responder y ella sonríe satisfecha de haber dado en la diana. No tengo nada que decir porque tiene razón.

—Esa es tu mentira —recalca y aprieto la mandíbula—. Vale —dice al final y frunzo el ceño.

—¿Vale?

—Sí, Travis. Harper es adulta, madura y sabe las consecuencias… y aun así ha decidido estar contigo.

—Exacto.

—Entonces tal vez para ella solo seas un rollo pasajero —me explica y sus palabras me golpean como un puñetazo directo al estómago.

—No —respondo rápido.

—¿No?

—No es así —insisto.

—¿Y cómo es?

Guardo silencio, porque, joder, no lo sé. Aprieto los dientes.

—Ella tiene el mismo derecho que tú a usar esto como quiera, Travis. Igual que tú lo has hecho siempre con muchas chicas —me recuerda y eso escuece más de lo que debería.

—No la estoy usando —digo en mi defensa.

—No he dicho que lo estés haciendo ahora —aclara—. Pero sí que es exactamente el tipo de relación que tú has tenido siempre. Sin compromiso. Sin futuro. Sin consecuencias, sin nada.

—Esto no es lo mismo —insisto y ella sonríe.

—Entonces deja de intentar meterlo en la misma caja —especifica —. ¿Te molesta la idea de que para ella no signifique lo mismo que para ti?

—Sí —respondo y Dakota asiente despacio.

—Bien.

—¿Bien? —repito.

—Eso significa que te importa —sentencia y exhalo, frustrado.

—Esto de sentir… es una puta mierda.

—No —corrige—. Esto de sentir es lo que nos hace sentir vivos. Y tú, chico… no eres el mismo Travis que salió de Iowa a primeros de julio.

—Ese Travis se la habría follado y ya la habría olvidado —confieso y ella asiente.

—Porque Harper te importa y te acojona reconocerlo.

—¿Qué hago ahora? —pregunto con sinceridad.

—De momento… —guarda silencio un segundo pensando—, no hagas nada.

—¿Nada?

—Nada impulsivo.

—Eso no es lo mío.

—Lo sé, pero si quieres hacer algo distinto… tendrás que empezar por ahí.

—Genial.

—Observa —me pide.

—¿El qué?

—Cómo te sientes cuando no estás con ella —responde—. Y decide si eso es algo que quieres ignorar o no.

—Está bien —afirmo, procesando todo lo que hemos hablado.

—Y, Travis, deja de mentirte con que te largarás, porque el problema no es que te vayas, es todo lo que estás sintiendo antes de irte.

—Sí, lo entiendo…

Dakota sonríe satisfecha y me observa un segundo más.

—Hablamos en unos días, ¿vale?

—Sí.

—Y, Travis.

—¿Qué? —pregunto, y ella sonríe.

—No la cagues con Harper, es una buena chica.

—Lo intentaré.

La llamada cesa y, por primera vez en todo el día, no tengo ninguna excusa que ponerme a todo esto que siento. Y, joder, eso sí que es más peligroso que un puto incendio. Me quedo unos segundos mirando el reflejo apagado del móvil como si fuera a darme alguna respuesta. Resoplo y lo desbloqueo por inercia, y por error, porque veo que tengo varios mensajes de WhatsApp en el grupo de los chicos. Garret ha cambiado el nombre y ahora se llama **«Mentirosos compulsivos»**, y hay varios mensajes. El primero, de Garret, explicando por qué le ha cambiado el nombre al grupo, según él… porque todos antes de caer rendidos por una chica nos mentimos de una manera u otra… y por fin ha llegado mi turno. Paso al siguiente mensaje, también suyo y sonrío al pensar lo idiota que es.

Garret:
Travis está colgado por la bombera. Confirmado.
Se lo está contando a Dakota ahora mismo.

—Hijo de puta… —mascullo apretando la mandíbula y sigo leyendo.

Cameron:
JA, JA, JA, JA. Por fin lo reconoce.
Trav, vente con ella y el crío a mi próximo partido con los Chicago Bulls.

Atlas:
Capullo, ¿solo lo invitas a él?

Cameron:
No te pongas celoso, chino.
Aquí tenéis entradas para todos en el palco vip, cabrones.
Nos vemos en Chicago.
Y, Travis… tienes una gran oportunidad
para aclararte lo que sientes por ella.

Garret:
Está acojonado.

Atlas:
Acojonado se queda corto.

Termino de leer los mensajes y exhalo por la nariz, negando para mí y pensando en qué momento he pasado a ser la diversión de esos capullos. Tecleo un mensaje corto y directo.

Yo:
Iros al infierno.

Lo envío y bloqueo el móvil sin esperar respuesta. Lo dejo caer sobre el sofá como si quemara y me paso las manos por la cara. Estoy frustrado, cansado y jodido…
—Vaya puta mierda…

Me levanto y voy hasta la cocina. Abro la nevera y no veo nada que me apetezca llevarme ahora a la boca, y eso que no he desayunado. La cierro de golpe, me apoyo un segundo en la encimera y a mi mente vuelve Harper.

—Tengo que salir de aquí —susurro, caminando hacia la entrada.

Cojo las llaves, la cartera y el móvil y salgo, porque lo último que necesito ahora mismo es pensar más en ella.

CAPÍTULO 22



El agua empieza a hervir justo cuando Will vuelve a botar la pelota en el salón. El sonido se repite contra el suelo como un latido constante, rítmico, familiar y molesto.

Añado los macarrones dentro de la olla y los remuevo distraída, apoyando la cadera contra la encimera mientras dejo que el vapor me golpee la cara. No estoy cocinando gran cosa, macarrones con queso, pero, siendo sincera, tampoco tengo energía para más. Estoy agotada de verdad y no es ese cansancio físico que se te quita durmiendo unas horas.

Cierro los ojos un segundo y cometo el error de pensar de nuevo en él. En su cama, en su cuerpo que parece cincelado en piedra y en ese momento en el que crucé todos los límites que siempre me he puesto con Travis Dixon. Aprieto la cuchara con más fuerza de la necesaria y vuelvo a abrir los ojos y a centrarme en la pasta, porque no voy a pensar en el sexo tan increíble que hemos tenido, no aquí con mi hijo correteando en el salón.

—Mamá, mira esto —dice Will desde el salón y sonrío sin girarme.

—No rompas nada William.

—Tranquila, que yo controlo —añade y suelto una risotada al oírlo hablar como un hombrecito.

El balón gira un poco sobre su dedo índice y enseguida se desequilibra y vuelve a botar en el suelo. Me acerco a la ventana de la cocina, más por inercia que por otra cosa, y entonces veo a Travis

salir de su casa. Todo mi cuerpo reacciona y parece ridículo, pero es real.

Observo cómo camina, con esa despreocupación que lo caracteriza y con esa seguridad, como si todo le perteneciera.

—¡Travis! —grita Will.

Y antes de que pueda detenerlo, mi hijo sale disparado al jardín y no puedo evitar sonreír al ver cómo se ilumina su cara y corre hasta nuestro vecino.

Desde que conoció al amigo de Travis, ese tal Cameron Ryder, no habla de otra cosa que no sea el baloncesto y que de mayor quiere ser jugador profesional. Y ahora… tiene delante a alguien que, en su cabeza, forma parte de ese mundo.

Travis lo ve y se agacha para recibirlo. Will le choca los cinco y le pasa la pelota. Travis la bota y se la pasa y en cuestión de un segundo empiezan a jugar de forma tan natural, como si llevaran haciéndolo toda la vida.

Travis controla el balón con facilidad, otra vez se lo devuelve y se mueve alrededor de Will con una paciencia que no le pega nada. Y mi sonrisa aparece sola. Porque ese chico no debería de gustarme, pero me gusta demasiado. Me encanta ver a mi hijo feliz, la risa de Will, la complicidad que tiene con Travis y la manera en la que encajan…

No.

Corto el pensamiento en seco, pero ya es tarde, porque algo dentro de mí se remueve y me hace sentir cosas que no debería. Me fijo en que Travis lleva unas bermudas cortas de algodón negro y una camiseta de tirantes de los Chicago Bulls que muestra su espalda ancha, musculosa y unos brazos fuertes que me abrazaban y, joder, soy un desastre. Entonces, un coche que reconozco solo por el sonido hace acto de presencia y mi sonrisa desaparece de golpe.

—Mierda… —murmuro al ver llegar a Kevin.

Siempre tan inoportuno… Aparca frente a mi casa y veo cómo mira hacia nuestro hijo y Travis.

¿Qué diablos querrá ahora…?

¿Acaso no sabe lo que es llamar por teléfono? No, él tiene que venir siempre en el peor momento posible. Sigo mirando por la

ventana y lo veo bajarse del coche con un traje impecable, gafas de aviador, pelo perfectamente engominado, dándole instrucciones al viento de no tocarlo, mocasines italianos y un reloj en su muñeca que debe ser nuevo, porque brilla demasiado. Cuánto *glamour* para vender casas… Suelto una pequeña risa sin humor porque todo lo que está relacionado con él es pura apariencia, pero claro… para eso es el hijo del alcalde de Silverton.

Apago la pasta y no me importa si todavía no está al dente, pero tengo claro que no quiero que mi cocina salga ardiendo por culpa de este idiota. Veo que en cuanto Will se percata de su presencia, corre feliz hacia él y algo en mi pecho se aprieta, porque Kevin podrá ser muchas cosas, pero es su padre y jamás le quitaría de ver a su hijo.

Travis se queda en el jardín con la pelota debajo del brazo y los observa quieto. Kevin deja a William en el suelo y lo mira en silencio, ninguno de los dos dice nada, pero no hace falta. Tan solo mueve levemente la cabeza, ese gesto mínimo, tenso y medido que hacen algunos hombres. Travis responde igual y Kevin sigue caminando hacia mi casa ignorándole.

Me limpio las manos en el paño de cocina y respiro varias veces intentando serenarme. Ser la Harper que controla y que no ha cruzado ninguna línea con su vecino. Camino hacia la puerta y antes de que llame, abro. Kevin me sonríe, aunque lo conozco muy bien y sé que está tan molesto como yo.

—Kevin —digo a modo de saludo y detrás de él escucho la pelota botar otra vez.

Will ha vuelto a jugar con Travis y, por alguna extraña razón, eso me tranquiliza un poco.

—Hola, Harper —me saluda con una sonrisa gigante. Con ese tono tan falso, seguro y medido de siempre.

Se quita las gafas lentamente, en un gesto ensayado, y me mira de arriba abajo antes de morderse el labio inferior con descaro.

—Huele bien —dice, mirando por encima de mi hombro—. ¿Macarrones?

—¿Qué quieres? —le pregunto sin rodeos ni paciencia.

—¿No puedo venir a ver a mi hijo? —cuestiona alzando las cejas.

—Puedes, pero sabes que tienes que avisarme —respondo.

—No sabía que ahora necesitaba permiso —añade.

—No lo necesitas —replico cruzándome de brazos—. Pero sí tienes que respetar mi espacio.

Kevin suelta un suspiro dramático, guarda silencio y se inclina un poco hacia delante.

—Harper… —niega despacio, como si yo fuera un caso perdido—, siempre tan… intensa —susurra, acercándose un poco más de la cuenta—. Cariño, solo he venido a hablar.

—Pues habla —le corto y veo cómo se pasa la lengua por los dientes.

—Se acerca el cumpleaños de Will —empieza, midiendo las palabras— y creo que deberíamos celebrarlo juntos.

—No —afirmo sin dudar y su sonrisa desaparece.

—Harper… —insiste.

—No. No vamos a montar una familia feliz de mentira durante unas horas para que tú te sientas mejor —le aclaro y veo cómo tensa su mandíbula.

—No es una mentira.

—Claro que lo es.

—Es por nuestro hijo —insiste—. Por su estabilidad emocional.

—¿Estabilidad? —pregunto soltando una risa sin humor—. ¿La misma que le das apareciendo cuando te apetece?

—Trabajo, Harper. Tengo responsabilidades. Ahora mismo estoy en un punto importante, gano dinero, tengo una posición… —hace una pausa—. Podrías estar en casa, tranquila, sin preocuparte por nada. Criando a nuestro hijo y no vistiéndote como un hombre y apagando fuegos.

Ahí está, el Kevin de siempre. El machirulo que cree que las mujeres tenemos límites y piensa que se puede arreglar todo con dinero.

—Y mientras yo estoy en casa… ¿tú te follas a la otra?

—Eso fue un error —responde rápido.

—No —niego despacio—. Eso fue mi salvación.

—Harper…

—No —lo corto y levanto la mano para que se calle—. No intentes reescribir lo que pasó.

—Joder, quiero arreglarlo. Llevo mucho tiempo intentándolo.

—Y yo sé desde ese día que no hay nada que arreglar. Cuando algo se rompe así —añado, más bajo—, no vuelve a ser lo mismo. Y yo tampoco soy la misma.

—Vamos, nena… —insiste, pesado, dando un paso más hacia mí —. Podríamos intentarlo otra vez.

—No quiero volver contigo, Kevin.

—Harper, fuimos una familia.

—Fuimos un error con consecuencias —le aclaro y veo cómo cierra el puño con rabia.

—Ten cuidado con lo que dices, no quiero que Will te oiga hablar así de nosotros —me advierte y miro hacia el jardín delantero donde está nuestro hijo ajeno a todo.

—Por suerte, está lo suficientemente lejos —respondo con una sonrisa tensa.

—Pero podría escucharte —insiste y me exaspera.

—Mira, déjalo… —desisto—. No vengas queriendo venderme algo que no es real.

—Podríamos hacerlo bien esta vez —dice acortando la distancia.

Kevin me coge de la barbilla y sé que va a besarme, pero doy un paso atrás y me aparto justo a tiempo.

—Lo único importante aquí es nuestro hijo —sentencio y él niega para sí.

—Es por ese capullo de ahí, ¿verdad? —me pregunta mirando hacia Travis, que no nos quita ojo.

—No.

—Mentirosa… —añade y su mirada cambia, volviéndose más fría y calculadora—. Solo hay que fijarse en cómo os miráis. Pero que sepas que no pienso permitir que estés con ese imbécil criando a mi hijo.

—No estoy con nadie —repito, pero mi cuerpo se ha tensado por sus palabras.

—No te creo.

—Me da igual lo que creas —le corto sosteniéndole la mirada mientras él da un nuevo paso hacia mí.

—Harper, no voy a permitir que metas a cualquiera en su vida.

—No estás en posición de exigirme nada —le aseguro y él sonríe de forma peligrosa.

—Sí lo estoy, porque soy su padre —me recuerda y veo la rabia en su mirada—. Y si sigues con ese imbécil, pienso pedir la custodia completa de William.

Me amenaza y sé que habla en serio. Por un instante, el aire desaparece de mis pulmones y me ahogo por el pánico que me entra al pensar que lo intente.

—No tienes tiempo ni para venir a recogerlo. ¿Cómo podrías ocuparte de él?

—Tengo dinero, Harper —me aclara—. Mi familia tiene poder y yo tengo estabilidad, y eso es lo que un juez va a mirar.

Sus palabras me golpean y noto cómo algo dentro de mí se contrae, es miedo. Siento que mi cuerpo se pone en alerta por el instinto de protección.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba, cariño —añade con una sonrisa viperina.

—No vas a quitarme a mi hijo —replico.

Kevin sonríe, niega para sí y me sujeta del codo con fuerza para atraerme hacia él con autoridad.

—Entonces deja de comportarte como una zorra y pon un poco de tu parte.

Sacudo mi brazo para liberarme de su agarre, pero Kevin sigue sujetándome con ímpetu. Aprieto los dientes y lo miro con todo el asco que alguien como él me produce.

—Largo de mi casa si no quieres que llame al *sheriff* —le advierto.

—No puedes echarme.

—Claro que puedo, y pienso arrancarte los huevos de cuajo si sigues sujetándome así —lo amenazo y sus dedos se clavan con más fuerza en mi brazo.

—Escúchame Harper…

—Suéltala —oigo la voz grave y cortante de Travis a mi espalda.

Kevin se gira y yo también. Travis está junto a nosotros con la pelota debajo del brazo y Will le coge de la mano mientras nos mira confundido.

—Esto no va contigo, bombero —dice Kevin.

—Te equivocas —añade Travis, dando un paso adelante—. Suéltala o pienso partirte cada hueso de esa mano y te aseguro que no te va a servir ni para limpiarte el culo.

Kevin aprieta más mi brazo, tal vez por chulería o por frustración, pero me hace daño. Travis se acerca un poco más y lo empuja con fuerza, de forma que Kevin me suelta y retrocede. Lo mira sorprendido, tal vez porque no pensaba que fuera a actuar.

—¿Qué cojones haces?

—Lo que tú no sabes hacer, imbécil —responde Travis—. Respetar.

—Mami… —Will corre hacia mí asustado y lo abrazo.

—No pasa nada tesoro —miento con una sonrisa rota.

—No te acerques a mi hijo, negro de mierda —masculla con desprecio Kevin.

—Aléjate de ella —le advierte Travis.

Will solloza, me abraza con fuerza y entierra su carita en mi cuerpo. Está asustado y no pienso permitir que sigan discutiendo delante de mi pequeño.

—¡¡YA BASTA!! —grito con ímpetu y los dos hombres que están enfrente de mí se quedan quietos.— ¡Basta! —repito con la respiración acelerada.

—Ya te lo has tirado, ¿verdad? —me pregunta Kevin, como si tuviera algún derecho sobre mí—. ¿Estás con él?

—No estoy con nadie, joder —afirmo mirando a los dos—. ¡Y no voy a permitir una pelea de egos delante de mi hijo! Fuera los dos ahora mismo de mi casa.

—Harper… —dice Kevin.

—¡Largo de aquí! ¡A-H-O-R-A! —sentencio sin dudar.

Se hace el silencio y miro a Travis, solo un segundo.

—Por favor —susurro y él asiente, mirando de nuevo a Kevin.

Kevin se recoloca la chaqueta como para recolocar su dignidad de mierda. Se dirige a Will y le acaricia la cabeza.

—Pronto te llegarán noticias de mi abogado —me amenaza, pero no digo nada.

Guardo silencio y veo cómo se va. Travis no se mueve ni un ápice, sigue aquí, frente a nosotros, quieto, con los puños apretados, pero

no dice nada. Cuando Kevin se va en el coche, por fin se mueve. Nos mira sin decir nada y se marcha calle abajo.

Mi corazón late errático, todo mi cuerpo está tenso y mi hijo me sujeta como si yo fuera la tabla salvavidas en medio de este naufragio. Entramos dentro de casa, cierro la puerta a mi espalda, me giro hacia mi pequeño, que sigue llorando, y lo cojo en brazos, porque él es lo más importante de mi vida y así seguirá siendo hasta mi último aliento.

Me tiemblan las manos y todo lo que acaba de pasar… empieza a repetirse en mi cabeza ahogándome en el miedo y la incertidumbre. Respiro hondo, trago saliva y me siento con Will en el sofá. Lo acurruco sobre mi pecho mientras tarareo una nana y poco a poco deja de llorar.

—Mami… —susurra con una voz asustada y pequeñita.

—Eh… eh… —murmullo contra su pelo—. Todo está bien, cariño. Estoy aquí contigo —le aseguro y él me abraza más fuerte.

—¿Papá está enfadado porque Travis es nuestro amigo? —pregunta y me separo lo justo para mirarlo.

—No —digo con suavidad—. Papá no está enfadado por eso y mucho menos está enfadado contigo.

—¿Entonces? ¿Por qué te hacía daño? —cuestiona y trago saliva buscando las palabras correctas que no rompan su inocencia.

—Papá está… confundido, pero no me ha hecho daño —miento y no sé si hago lo correcto, pero no quiero que sufra.

—Pues yo creo que sí, por eso Travis lo empujó… —dice y limpio una lágrima silenciosa que se le escapa.

—Travis es un buen hombre —aclaro y él asiente—, pero lo más importante es esto, hombrecito.

—¿El qué? —me pregunta y acuno su rostro entre mis manos.

—Que tú y yo siempre vamos a estar juntos —le prometo y esta vez… lo digo más para mí que para él.

Will asiente y me sonríe un poco más tranquilo. Apoya su cabecita en mi hombro y me da un beso en la mejilla.

—Te quiero, mami.

—Y yo te amo, mi potosí —confieso y lo abrazo otra vez.

Nos quedamos en silencio un rato sintiendo el compás de nuestros corazones latir al unísono. Como si este momento fuera lo único estable que tengo ahora mismo, y quizás lo sea. Will se separa y estudia mi rostro con curiosidad.

—¿Travis es tu novio? —pregunta y, joder, no sé qué responder ni a mí misma.

—Travis es… mi compañero de trabajo y nuestro vecino —le aclaro—. Y a ti, mi hombrecito, te voy a hacer cosquillas.

Empiezo a hacerle cosquillas en las costillas y una risita cantarina inunda toda la casa aliviando un poco mi maltrecho corazón. Su actitud cambia y admiro esa facilidad que tienen los niños de superar los obstáculos y hacer todo menos complicado. Me levanto del sofá y lo miro embobada.

—Venga, vamos a comer —lo animo intentando sonar lo más normal posible.

Termino de hacer los macarrones, añado el queso y Will se sienta a la mesa y empieza a comer como si el mundo no acabara de tambalearse hace apenas quince minutos. Me siento frente a él, miro mi plato y no tengo apetito, pero cojo el tenedor y como un poco. Mientras Will devora los macarrones, saco el móvil y lo desbloqueo buscando el número de mi amiga. Abro el chat de WhatsApp con Ginebra y mis dedos se quedan quietos un segundo sobre la pantalla. Dudo un instante, pero la necesito.

Yo:

Me he acostado con Travis. Tres veces… Y ahora ha venido Kevin para joderlo todo un poco más. Estoy hecha un lío. Tenemos que hablar.

Leo el mensaje y pulso la tecla enviar y, por primera vez en todo el día, no tengo ni idea de qué va a pasar a partir de ahora con mi vida.

CAPÍTULO 23



Ginebra dice que fluya, que deje de pensar tanto las cosas, que viva y que lo que tenga que ser será… Sé que lleva razón, pero luego está la cruda realidad, no puedo. Mi vida no es tan simple y no es solo mía, también es de mi hijo. Recuerdo el miedo en sus ojos hace unas horas; su felicidad es lo único que me importa y lo único que a Kevin debería de importarle.

Pero el muy capullo y egoísta de mi ex cuando ha hablado de pedir la custodia de Will, sé que lo ha dicho en serio. Aprieto los dedos alrededor de la llave del coche mientras aparco enfrente de la estación y, entonces, una idea se cruza clara en mi mente. Hay que dejar fuera las emociones y lo que yo quiero, porque Travis está de paso. En septiembre se irá y yo me quedaré aquí recogiendo los pedazos de una vida que no me pertenece. Así que no voy a construir algo que ya sé cómo terminará.

Salgo del coche, respiro hondo y me preparo para un turno con él. Sé que esto no va a ser fácil, pero es necesario para mi salud mental.

Cuando entro, veo que la estación está tranquila. Ger y Phill están con la radio, con ese tono relajado que solo se permiten cuando no hay emergencias y su turno está a punto de terminar.

—Hola chicos —los saludo.

—Harper —dice Ger al verme—. Traes cara de pocos amigos.

—Un día largo —me excuso y él asiente.

—Ya somos dos.

—Voy al gimnasio —comento porque no tengo ganas de hablar.

—Deja algo de energía por si hay alguna emergencia —me advierte Phill con una sonrisa amable.

—No prometo nada.

Me giro sobre mis talones y camino hasta el gimnasio. La puerta se cierra detrás de mí y respiro relajada al ver que el gimnasio está vacío y libre para mí. Es perfecto, porque es justo lo que necesito.

Dejo mi bolsa de deporte en el suelo, me recojo el pelo en una coleta alta y me pongo los guantes de boxeo.

Comienzo a golpearlo con fuerza y frustración. No caliento porque solo quiero vaciar por un rato la mente. El saco se mueve con cada golpe y yo también lo hago para marcar un ritmo acorde a mi respiración. Por un instante, todos mis miedos desaparecen. El miedo de perder a Will, el temor de permitirme dejar entrar a Travis en mi vida… Sigo golpeando y vaciando mi frustración contra el saco, pero, aunque mi cuerpo se mueve, mi mente se inunda de recuerdos inconexos de la noche anterior.

—Mierda —mascullo y golpeo más fuerte.

Como si de esa forma pudiera dejar de sentir. Oigo que la puerta se abre y no me giro, no me hace falta, porque lo siento, su presencia es como un mal hábito, fácil de reconocer y difícil de ignorar.

Sigo golpeando el saco, no paro y tampoco lo miro, aunque lo noto acercarse. Veo sus manos agarrar el saco y detenerlo. Aprieto los dientes, mi pecho sube y baja. Siento el sudor adherirse a mi piel y levanto la mirada para tropezarme con la suya.

—¿Golpeas así porque piensas que el saco soy yo? —me pregunta con una sonrisa que quiero odiar.

—No eres tan importante —mascullo apretando los dientes.

Mi mentira sale sola y él sonríe, pero de una forma diferente a la que estoy acostumbrada a ver en él. Travis suelta el saco y lo golpeo con fuerza.

—Chispita, creo que tenemos que hablar.

—No —digo mirándolo con determinación.

—¿No? —me pregunta alzando las cejas sorprendido.

—No hay nada que hablar —le aseguro.

—Lo de anoche… —comienza a decir.

—Lo de anoche solo fue un error —atajo y veo cómo su expresión cambia.

—No lo fue —asegura serio y vuelvo a golpear el saco con rabia.

—Sí.

—¿Y eso lo decides tú sola?

—Sí —respondo y vuelvo a golpear.

—Interesante.

—No lo compliques más —le pido y él chasquea la lengua.

—Para complicaciones, ya está el gilipollas de tu ex —me recuerda y sé que lleva razón, pero no pienso dársela. Travis se acerca un paso y yo retrocedo—. Harper…

—No —le pido levantando el guante y dando un paso hacia atrás —. No hagas esto.

—¿Hacer qué? —cuestiona confundido.

—Convertir algo que no puede ser en algo real. Porque estás aquí de paso —le recuerdo y él asiente.

—Me voy en septiembre —me confirma.

—Exacto.

—Pero lo que pasó anoche… no puedes fingir que no ocurrió, no cuando ha sido una puta locura y no puedo sacarte de mi cabeza —me confiesa y quiero creerle, decirle que me pasa lo mismo, pero tengo que ser coherente con mi realidad.

—Travis, fue un error. No voy a meter a alguien en mi vida y en la de mi hijo… para que desaparezca en poco más de un mes —le aclaro seria.

Veo cómo mis palabras le golpean. Pero esa es la realidad que rompe todo lo que diablos sea que haya entre nosotros. Su mandíbula se tensa y se pasa una mano por el cuello en un intento de aliviar la tensión de sus músculos.

—No fue un error lo que pasó —me asegura.

—Fue un error porque lo que sentí… no puedo permitírmelo. —Guardo silencio y nos sostenemos la mirada; no hay provocación, tan solo dos personas intentando no romperse más de lo que ya están—. Esto se acaba ahora y solo vamos a compartir los turnos de trabajo.

No hay nada más, me repito a mí misma y, joder, me duele hacer lo correcto, pero tiene que ser así porque si lo dejo entrar en mi vida, luego no sé cómo voy a salir adelante cuando se marche y nos deje atrás. Mi cuerpo tiembla por una mezcla de dolor y tristeza. Travis me mira, pensativo y niega para sí como si no diera crédito a lo que acaba de oír. Sé que no puedo confiar en él porque todos dicen que no te van a fallar hasta que lo hacen, y luego te quedas rota teniendo que reconstruir cada pedazo de tu corazón. Percibo que algo en su mirada cambia y sé que lo que va a decir a continuación me va a doler.

—Llevas razón Harper, no deberíamos haber cruzado esa línea —afirma y asiento.

—Claro. Fue el momento —continúo—. La tensión del incendio… todo eso —miento y él sonríe.

—Así es —añade y se pasa la mano por el pelo, incómodo.

Me mira distante y sé que está huyendo, al igual que he hecho yo y, joder, eso sí que me duele.

—No debería haber pasado.

—Exacto —susurro tragando saliva.

—Todo aclarado, chispita, solo han sido unos cuantos polvos de nada —confirma y algo dentro de mí se rompe del todo.

Guardo silencio y asiento, viendo cómo se termina lo que sea que estaba empezando a surgir entre nosotros.

—Vete, quiero entrenar sola —le pido en un susurro firme.

—Harper…

—He dicho que te vayas, Travis Dixon —digo sosteniéndole la mirada.

—Está bien… como tú quieras —claudica mientras se pasa la mano por el pelo.

Me mira un par de segundos más y veo la decepción bailar en sus ojos negros. Me destroza esta situación, tenerlo a mi lado y no poderlo tocar, y fingir que nada ha pasado, que nada importa… es una puñetera tortura.

Le sigo con la mirada mientras se aleja de mí, abre la puerta y sale sin volverse ni una sola vez hacia atrás. Vuelvo a golpear el saco con rabia sintiendo un dolor dentro de mí que me estruja hasta

hacerme pequeña. Mi cuerpo tiembla, me quito los guantes y me borro las lágrimas con un manotazo torpe.

Trago saliva, guardo silencio y sé que aquí termina todo. Sin gritos, ni reproches, solo poniendo distancia y volviendo a nuestro papel de siempre. Aunque, sinceramente, no sé si podré… porque nunca antes me había acostado con un hombre una sola noche y, luego, a otra cosa, mariposa.

Cierro los ojos un segundo y recuerdo sus caricias y la forma en la que me miraba anoche, como si realmente le importara. Los abro de golpe y niego para mí; no voy a quedarme con esa parte, no por unos polvos de su larga lista de conquistas. Aprieto la mandíbula con fuerza porque pienso que no debería de haber sucedido, ahora todo sería más fácil. Aunque no podemos cambiar el pasado y nosotros mismos somos responsables de nuestras vidas, tengo que aceptar las consecuencias y seguir adelante sin Travis Dixon en mi vida.

CAPÍTULO 24



Dos días lleva intentando evitarme y fingiendo que no pasó nada entre nosotros. Y, joder, se le da demasiado bien.

—Simulacro en cinco minutos —suena por la radio la orden de Michael.

Perfecto, justo lo que necesitaba. Me coloco el equipo y cuando salgo hacia el patio trasero la veo mirándome con indiferencia y, joder, aprieto la mandíbula.

—Harper, vas con Travis —ordena Michael.

—Recibido —añade ella con las manos en las caderas como si nada.

Me acerco a ella, la observo y al confirmar que no piensa dirigirme la palabra, me acerco un poco más.

—Qué suerte la mía, siempre me toca con la novata de prácticas —murmuro para provocarla y lo consigo, porque me fulmina con la mirada.

—Intenta estar a mi altura Dixon —dice directa y sonrío.

—Tranquila, chispita, siempre cumplo tus expectativas —comento lanzándole un guiño.

—No me llames así —masculla, pero la ignoro.

Ambos caminamos hacia el fuego y el espacio cerrado en el que se produce el simulacro de incendio. Nos mantenemos el uno junto

al otro, esperando la orden de su padre, y cuando vemos que el cronómetro empieza a correr, entramos en las llamas.

—Derecha —dice ella.

—Izquierda es mejor —replico.

—No te he preguntado —me grita.

—Y yo no te he pedido opinión —ladro, y ella se gira un segundo y, joder, ahí está ese brillo en sus ojos que conozco demasiado bien y que echaba de menos.

—Eres insoportable.

—Y por eso te gustó repetir —comento con una sonrisa que la cabrea aún más.

—¡Diez segundos y no habéis empezado! —Oímos que se queja Michael.

Abro la manguera y me centro en el fuego mientras que ella se encarga de desliarla.

—Listo —dice cuando avanzo y la cubro.

—¿Qué tal llevas tu huida? —suelto sin apartar la mirada del fuego.

—¿Perdona?

—Huiste de mi cama y luego huiste cuando intenté hablar de lo sucedido en el gimnasio, ¿no lo recuerdas? —pregunto molesto.

—No eres para tanto Dixon, supéralo —añade y aprieto la mandíbula.

—Es una pena, porque a mí me encantó —afirmo y la miro por encima del hombro para ver que mis palabras no le son tan indiferentes como aparenta.

—¡Céntrate en el fuego! —ladra y asiento.

—Podría apagarlo con una mano y follarte con la otra —le aseguro.

Veo cómo sus ojos verdes se agrandan y mira hacia atrás para comprobar si alguien puede oírnos. Cuando se asegura que todos están ajenos a nuestra conversación, cierra el puño y me golpea con fuerza el hombro.

—¿Qué coño haces? —me quejo.

—Eres un imbécil con el ego del tamaño de la luna.

—El ego no lo sé, pero la polla la tengo…

—Shh… —me corta y veo una pequeña sonrisa se escapar de sus labios—. Imbécil.

—Realista —digo solo por molestarla un poco más.

—Supéralo, Dixon.

—Cuando tú lo hagas —aclaro y nuestros cascos se quedan a un palmo de distancia.

—No significó nada —replica con soberbia y me jode que mienta.

—Me alegro, así es más fácil —añado.

—Solo fueron unos cuantos polvos —repite las palabras que le solté en el gimnasio y mi mandíbula se tensa.

—Exacto.

Me fastidia que me siga el juego, que no ceda y que sea tan jodidamente terca como yo.

—Entonces deja de mirarme así —susurro, y avanzamos un paso más hacia el fuego.

—No te miro de ninguna forma —se queja.

—Sí lo haces.

—¿Y cómo te miro? —me pregunta y sonrío.

—Como si quisieras que te volviera a follar ahora mismo.

—Ni de coña —miente.

—Claro —respondo, y damos otro paso, noto que el calor se hace más intenso, la visibilidad es escasa y las llamas no nos dan tregua.

—Sabes que si esto fuera un fuego real ya estaríamos jodidos… —le informo.

—Sí.

—Si esto fuera real… —bajo la voz—, no te quitaría los ojos de encima ni un segundo Harper, jamás permitiría que te pasara nada.

En el momento que digo esas palabras me arrepiento porque veo cómo duda. Su mirada se vuelve vulnerable un instante, aunque enseguida se recompone como la mujer fuerte y testaruda que es.

Seguimos avanzando más rápido, le paso la manguera a Harper mientras que yo cojo el batefuegos.

—Te estás adelantando —le advierto.

—Y tú te estás quedando atrás.

—No me quedo atrás.

—Sí, y estás a punto de bloquearte como de costumbre —añade y aprieto la mandíbula cuando la oigo decir eso—. Lo siento… quiero decir.

—Llevas razón, nadie es tan perfecto como tú.

—No quise decir…

—Me importa una mierda Harper… nuestro trabajo es apagar el puto fuego, y cuanto antes terminemos, antes me pierdes de vista —atajo serio, y ella asiente.

Ninguno de los dos dice nada más, nos centramos en apagar el puto fuego y cuando oigo el silbato de Michael, sé que hemos terminado.

Cojo el mango del batefuegos y me alejo de ella sin ni siquiera mirarla. Michael nos mira serio y sé que hemos tardado más que el resto, pero es que nosotros estábamos quemándonos en nuestro propio incendio.

—No habéis estado muy finos —comenta y asiento.

—Lo sé, la próxima vez será mejor —aseguro quitándome el casco y miro a Harper que guarda silencio—. Buen trabajo, novata.

Camino hacia adentro y me alejo del patio trasero y de ella, porque si sigo junto a Harper, puedo soltarle otra pulla y arruinar todo un poco más.

CAPÍTULO 25



Sacudo una camiseta antes de colgarla con más fuerza de la necesaria. Ha pasado una semana y estoy cansada de fingir e ignorar a Travis. Estoy cansada de tenerlo delante todo el puto día como si no supiera exactamente cómo se siente su cuerpo sobre el mío. Aprieto los labios y niego para mí, no voy a pensar otra vez en eso, porque fue bueno… Fue el mejor sexo de mi vida y eso es lo que pasa cuando te acuestas con un gilipollas que folla bien. Me vuelvo a repetir que no significó nada y bufo cabreada conmigo misma porque me duelen esas palabras.

—¡Travis!

La voz de Will me saca de golpe de mis pensamientos y lo veo corriendo hacia la puerta de casa porque ha oído cerrarse la de nuestro vecino.

—¡Will!

Lo llamo, quiero detenerlo, pero él ya ha abierto la puerta y está junto a Travis. Dejo la camiseta que estoy a punto de tender sobre la mesa de la cocina y salgo en busca de mi hijo.

—¡William! —repito, avanzando—. ¿Cuántas veces te he dicho que no puedes salir corriendo de casa? —le riño, pero me ignora.

Miro a mi vecino, que me analiza de arriba abajo con descaro y sonríe fijándose en mis tetas. Me cruzo de brazos y soy consciente de que no llevo sujetador.

—Hola, chispita.

—Hola —lo saludo aparentando que ninguno de los dos lleva una semana de mierda—. Will, ¿cuántas veces te tengo que decir que no puedes salir corriendo así de casa?

—Vale, mandona… —responde mi hijo y abro los ojos sorprendida.

—Will… No me hables así.

—Es la verdad. Papá dice que siempre se hace lo que tú dices…

Joder, ahora entiendo lo que ese gilipollas le ha metido en la cabeza. Y me duele, más que todo. Respiro y finjo que no me afectan sus palabras. Travis no dice nada, pero su mirada está clavada en mí.

—Eso no es verdad. Vamos a hablar muy seriamente ahora —digo más bajo—. Venga, vamos adentro.

—Valee… —masculla agachando la cabeza.

Cierro los ojos un segundo; no quiero romperme y mucho menos delante de mi vecino. Travis sigue quieto, y justo cuando Will va a entrar en casa, su voz lo detiene.

—Iba a hacer la compra y te iba a traer chocolatinas, pero esta semana no te las has ganado, colega —le comenta calmado y lo miro confundida.

—¿Por qué? —pregunta mi hijo, a punto de echarse a llorar.

—Porque no hay trato si le hablas mal a tu madre —responde Travis.

—Pero… —replica Will.

—No hay trato —repite, sin levantar la voz, pero marcando un límite y, joder, eso sí que no me lo esperaba.

Veo cómo mi hijo duda un segundo, aprieta los labios orgulloso y asiente. Se da la vuelta y entra en casa sin decir nada más.

Travis y yo nos quedamos solos, uno frente a otro. Levanto la mirada y me tropiezo con sus ojos ébano que me miran de esa forma tan familiar que debería ignorar, pero que no puedo, y me regala una pequeña sonrisa que me descoloca.

—¿Vas a ir a algún sitio? —me pregunta pillándome desprevenida.

—¿Qué?

—Si vas a estar en casa —vuelve a consultar de forma casual y asiento.

—Sí… —respondo más lenta—. Vamos a estar aquí toda la mañana porque luego he quedado con Ginebra para comer.

No sé por qué le doy esa información, no debería, pero lo hago y me molesta.

—Vale, vuelvo enseguida.

No me da tiempo a replicar. Se da la vuelta y se va sin darme ni una sola explicación. Lo veo alejarse desde el jardín y no sé por qué no puedo dejar de mirarlo. Como si en cualquier momento fuera a girarse. Como si fuera a decir algo más, pero no lo hace.

Me quedo quieta, abrazándome a mí misma intentando sujetar todo lo que se me está descolocando por dentro. El corazón me late fuerte y mi cabeza es un desastre, porque no entiendo nada. No sé por qué tiene que volver, por qué ha intervenido con Will y por qué actúa como si le importara… cuando estos días atrás me ha dejado claro que no somos nada.

CAPÍTULO 26



No debería estar aquí, eso es lo primero que pienso, pero no puedo estar ahora mismo en otro sitio, apoyado en la puerta de su casa con un maldito pestillo en la mano, como si eso fuera a arreglar algo y fingir que no tiene nada que ver con ella. Mentira, porque todo tiene que ver con ella y con ese crío que cada día me cae mejor.

—Joder… —aprieto la mandíbula al recordar cómo le contestó antes.

No es culpa del niño, lo sé. Es pequeño y repite lo que oye, pero eso no quita que me haya sentado como una patada en el estómago.

Llamo a la puerta antes de pensármelo más y cuando abre, ahí está Harper, con la mirada cansada y una sonrisa nerviosa que me golpea directo en el corazón.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta mirando el trozo de metal que tengo en las manos.

—Voy a ponerte esto en la puerta —respondo.

—¿Qué es eso?

—Un pestillo con cadena —digo, encogiéndome de hombros—. Para la puerta. Asegúrate de ponerlo y verás como tu hijo deja de escaparse.

—Gracias —contesta bajito con una mirada llena de gratitud y, joder, eso me desarma más que cualquier discusión que hayamos tenido.

—No es nada —aseguro incómodo.

Cojo el destornillador y me pongo a colocarlo; no me lleva mucho tiempo y, una vez listo, me giro para buscarla y veo que está limpiando el polvo del salón.

—¿Dónde está tu hijo?

—Está en su habitación.

—¿Puedo… hablar con él? —le pido permiso y veo cómo duda un par de segundos, pero al final asiente.

—Claro.

Respiro hondo al ser consciente de que esto es demasiado íntimo, pero algo dentro de mí me dice que es lo correcto. Voy hacia el pasillo y veo su puerta entreabierta. Doy un par de toques y esta se abre un poco más. Will está sentado en la cama, con la pelota de baloncesto entre las manos, y levanta la vista cuando me ve.

—Hola, *ogrosaurio* —me saluda molesto y sonrío.

—Hola, minihumano —respondo apoyándome al marco de la puerta sin invadir su espacio—. ¿Puedo pasar?

—Vale —responde encogiéndose de hombros y me acerco despacio a él.

Me detengo junto a la cama y me agacho para estar a su altura.

—Antes has estado un poco… borde con tu madre.

—No.

—Sí —afirmo—. Y eso no está bien.

—Pero papá dice…

—Tu padre puede decir muchas cosas —lo interrumpo—. Pero hay algo que tienes que tener claro.

—¿El qué?

—Que tu madre es la persona que más te quiere en este mundo —le aseguro y el niño baja la mirada.

—Pero ella…

—Pero nada, Will. Ella es la reina de tu casa y puedes enfadarte con ella, pero no puedes hablarle mal.

Will guarda silencio y juega con la pelota en sus manos, sé que está procesando lo que le estoy diciendo. Lo miro paciente y cuando me mira asiente.

—Vale.

—¿Entonces qué vas a hacer ahora?

—Voy a ir a pedirle perdón y a darle un beso.

—Bien —añado con una sonrisa—. Eres listo.

William sale de la habitación y corre por el pasillo hasta Harper, la abraza y oigo que le pide perdón. Ella le acaricia la cabeza con cariño y lo mira con ternura. Cuando Harper me mira, sus ojos la delatan, está emocionada.

—Gracias —susurra.

—No es nada —le resto importancia.

Finjo que lo hago por aburrimiento y no porque me importan; con ese maldito pestillo quiero protegerlo y que no le pase nada a ese crío. Me acerco a ellos y veo que Harper tiene los ojos brillantes. Sin pensarlo, levanto la mano y le rozo la mejilla con una caricia suave.

—Lo estás haciendo bien. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario —afirmo con sinceridad y ella asiente.

Por un segundo, todo vuelve, aquel incendio, el beso y nosotros… Trago saliva y noto cómo algo cambia entre nosotros. Si la sigo mirando un segundo más, no voy a irme y no puedo permitírmelo. Aparto la mano de su mejilla y doy un paso atrás, le revuelvo el pelo al pequeño que la sigue abrazando y tomo aire.

—Nos vemos, chispita.

CAPÍTULO 27



No debería haber aceptado celebrar el cumpleaños de Will todos juntos. Me arrepiento en el mismo instante en que veo un castillo hinchable, un payaso, un pintacaras, una máquina de hacer palomitas y un *photocall*. Trago saliva y pienso que esto no parece un cumpleaños de un niño de cuatro años, esto es un espectáculo en el que yo me siento fuera de lugar.

El lago está lleno de niños corriendo y padres agrupados en corrillos, cuyas risas se mezclan con la música en directo de un pianista.

Surrealista, ¿verdad?

Kevin va saludando y sonriendo a todo el que se encuentra a su paso, dando la mano igual que lo hace su padre; parece que en vez de en el cumpleaños de su hijo esté haciendo campaña política.

—¡Mamá, mira! —exclama Will señalando y tirando de mi mano.

Sigo la dirección de su dedo índice y veo a un tipo disfrazado de Spider-Man haciéndose fotos con otros niños. Entonces me doy cuenta de su cara llena de ilusión, sus ojos brillantes, y eso me desarma.

—Es increíble, cariño —le digo, forzando una sonrisa que esta vez… no me cuesta tanto—. Venga, ve a jugar.

Will sale corriendo feliz, libre y ajeno a todo, y con eso debería de bastar.

—No pasa nada —susurra Ginebra a mi lado, pasándome un brazo por los hombros—. Se lo está pasando bien. Míralo, eso es lo importante.

Asiento, pero no del todo convencida. Sobre todo, porque este no es nuestro mundo, yo no podría pagar un cumpleaños de este nivel y el próximo cumpleaños tendrá que ser diferente.

—No sé por qué acepté hacerlo juntos —murmuro.

—Porque te importa tu hijo —interviene mi madre con una sonrisa bondadosa—. Y eso dice más de ti que de él.

—La familia de Kevin nunca ha hecho nada por Will —añado en voz baja—. ¿Y ahora vienen aquí como si…?

—Por joder —termina Ginebra por mí y no le falta razón.

—Tranquila, cariño, a partir de ahora… haces el cumpleaños por separado y listo —me anima mi madre, dándome un apretón en la mano y asiento.

—Harper. —Oigo que me llama Esmeralda, la perfecta e insoportable madre de Kevin—. No sabía que ibas a hacerlo tan… sencillo —dice, paseando la mirada por la mesa que preparé esta tarde.

Pensé que sería una merienda junto al lago, tipo pícnic, así que preparé unos sándwiches, patatas fritas, zumo y compré un pastel de Spider-Man que eligió Will. Pensé que sería una merienda más normal, no este circo.

—A Will le gusta —me defiendo.

—Claro —concede ella con una sonrisa falsa—. Pero podrías haber pedido ayuda. Conozco a una organizadora de eventos excelente. Habría hecho algo más… acorde. Esto es demasiado…

—Práctico —termina Ginebra—. Para que los niños jueguen en vez de posar para las fotos.

Esmeralda la ignora, como si mi mejor amiga tampoco estuviera a su nivel. En ese momento siento la sutileza con la que, por su dinero, me está colocando en un escalón más bajo que ella y noto cómo se me tensan los hombros.

—Mi hijo ya tiene un amigo que juega en la NBA —suelto antes de pensar.

Esmeralda sonríe, seguramente creyendo que me he tirado un farol.

—Claro, cariño, pero los que ve en la tele de tu padre no cuentan —me aclara.

—Es verdad, abuela —dice Will, orgulloso—. Se llama Cameron y me lo presentó Travis.

—¿Travis? —repite Esmeralda, arrugando ligeramente la nariz—. ¿Y ese quién es?

—¡Will! ¿Has visto al payaso? Está haciendo trucos con fuego —reacciona Ginebra al instante.

Es una excusa, pero funciona para distraer a Will y que se vaya antes de que todo se complique más.

—¿Todo bien? —pregunta Kevin, apoyando una mano en mi espalda que retiro sutilmente.

—Perfecto —respondo y veo que su madre nos está evaluando.

—No sabes el hombre que estás dejando escapar —interviene Esmeralda.

—No sabe tu hijo a la mujer que dejó escapar —replica mi madre sin dudar y veo cómo Kevin aprieta la mandíbula.

—Creo que lo importante es que Will se lo está pasando bien —digo cortando y mediando entre ambas.

—Está siendo un éxito —afirma Kevin orgulloso.

Miro a nuestro alrededor. La gente se acerca con una gran sonrisa a él y a sus padres. El alcalde Cole, su mujer Esmeralda y su perfecto hijo Kevin. Les sonríen y son cordiales por el poder que tienen en este pueblo. Y yo estoy aquí, junto a Kevin, con una sonrisa de pegatina y agarrando mi móvil a modo de salvavidas. Lo desbloqueo y busco su número, lo tengo en el chat del grupo de bomberos y pienso en escribirle… Ojalá pudiera decirle… «sácame de aquí». Puede parecer ridículo o patético, pero aun así no puedo evitarlo. Lo echo de menos… Porque cuando estoy junto a Travis no tengo que fingir y puedo ser yo misma.

Cuando el cumpleaños termina, ya son las ocho y media de la tarde, el sol se está poniendo y yo estoy agotada no solo físicamente, sino mentalmente. Cansada de fingir que todo estaba

bien y me duelen hasta las mejillas por haber estado sonriendo todo el rato, interpretando un papel que no es el mío.

Termino de guardar la última bolsa de regalos de Will cuando mi padre se acerca a mí y me abraza. Cierro los ojos al instante y durante un segundo todo deja de pesar demasiado. El ruido cesa, las miradas desaparecen y la presión del pecho se esfuma. Me dejo envolver en sus cálidos brazos, ojalá todo fuera más fácil. Me separo despacio de él, lo miro y sonrío de verdad por primera vez en horas.

—Lo has hecho bien —dice mi padre.

Asiento y presiono los labios emocionada, porque quiero creerlo.

—Ha ido mejor de lo esperado —añade mi madre, con ese tono tranquilo que siempre consigue sostenerme cuando estoy a punto de romperme.

—Gracias por todo —agradezco a ambos—. Y a ti también, Gin.

—Un placer —responde, encogiéndose de hombros—. Taylor dice que cuando quieras os paséis por la cafetería. Le debe a Will una merienda de cumpleaños.

—Gracias —acepto, y esta vez no hay nada forzado en mi voz.

Me giro y busco a Will, que está botando la pelota de baloncesto que su abuela Esmeralda le ha regalado. Está feliz y pletórico, y eso me vale.

—¡Will! ¿Nos vamos a casa? —pregunto y mi pequeño me sonríe feliz.

—Sí —dice—. Voy a enseñarle la pelota a Travis. ¡Verás cuando la vea! Va a flipar.

—¿Dónde has aprendido esa palabra? —inquiero arqueando una ceja.

—Papá la ha dicho antes —responde tan tranquilo.

—Venga, al coche, hombrecito.

Nos despedimos de mis padres y de Ginebra. Subimos al coche, arranco y conduzco dejando atrás el lago y volviendo a respirar.

Cuando aparco frente a nuestra casa, veo a Travis sin camiseta cubierto de sudor y con las manos en alto mientras ajusta una canasta nueva sobre un soporte de metal.

El sol cayendo baña su piel brillante, marca sus músculos tensos y yo… es lo último que necesito hoy. No después del día que llevo.

Joder, que bueno está.

—Mami, mira —dice Will bajándose del coche en busca de nuestro vecino—. ¡Travis!

Travis se gira serio, pero cuando ve a Will correr hacia él, algo en su expresión cambia y le sonríe.

—Mira Travis. Tengo un autógrafo de verdad —dice mi hijo enseñándole el balón.

—Vaya, no está mal —comenta mirando la pelota—. Pero Cam también te va a dar un regalo pronto.

—¿De verdad? —pregunta Will abriendo los ojos como platos.

—Verdad de la buena, minihumano —le dice risueño en un tono que no debería gustarme, pero que me roba a mí también una sonrisa.

Por estar atenta a ellos y no a lo que estoy haciendo, se me resbala una bolsa de juguetes que cae directa sobre mi pie.

—Mier… —Me muerdo la lengua—. ¡*Miércoles*! —Aprieto los dientes y Travis sonríe.

—No me acordaba de lo educada que eras delante de tu hijo —comenta divertido y lo fulmino con la mirada.

—Es bueno tener filtros —replico y su sonrisa se amplía.

—Lástima, porque a mí me encantas sin filtros —añade lanzándome un guiño que me descoloca.

—¿Qué es eso? —le pregunto señalando la canasta que ha instalado en mi jardín.

—Una canasta —responde con obviedad—. Es tu cumpleaños, ¿no William?

—¿De verdad que es para mí? —cuestiona sorprendido y Travis asiente.

—Claro.

Will no se lo piensa y se lanza directo hacia Travis. Lo abraza y él se queda rígido, como si nadie lo hubiera abrazado así en mucho tiempo.

—Will —intervengo—, no agobies a Travis.

—Mami, es que así podré practicar y ser jugador profesional —me asegura ilusionado mirando a Travis—. ¿A qué sí?

Travis, le toca la cabeza como el que está acariciando a un perro y sonríe al ver el entusiasmo de mi pequeño.

—Claro, colega, puedes ser y hacer lo que te dé la gana en la vida —dice y noto que oír esa frase me pellizca el corazón—. ¿Unas canastas?

—¡Sí!

—Hay que cenar y todavía tienes que ducharte antes de irte a la cama —corto y mi hijo me mira con ternura—, pero puedes jugar un rato mientras preparo la cena.

—Vale —responde feliz y corre botando la pelota—. ¿Te quedas a cenar, Travis? —le pregunta de repente—. Así te enseño los regalos, y ha sobrado pastel de chocolate. El favorito de mamá.

¡Genial! ¿Verdad? Me doy una colleja mental y veo cómo Travis se piensa la propuesta y me mira pidiéndome permiso en silencio.

—Di que sí, di que sí, di que síííí… —insiste mi hijo con énfasis.

—Está bien —responde al final—. Pero tengo que ducharme antes.

—Te va a dar tiempo, voy a descongelar lasaña —le informo y él asiente.

—Vale.

Después de un par de canastas, Travis se marcha para ducharse y yo lo observo desde la ventana de mi cocina hasta que lo veo desaparecer dentro de su casa. Sigo escuchando el bote irregular del balón de Will en el jardín y pienso que muchas veces las grandes cosas están en los pequeños detalles.

—¡Mamá, mira! —grita Will, lanzando a canasta y fallando estrepitosamente.

—Casi, campeón —respondo risueña.

Me dirijo al frigorífico y abro el congelador, saco la lasaña y la meto en el microondas para descongelarla. Me muevo de forma automática, con esos movimientos que casi no necesitas pensar, porque si pienso… solo recuerdo el incómodo cumpleaños y la sensación constante de no estar a la altura. Y luego está mi insoportable vecino, sin camiseta y colocando una canasta en mi jardín para mi hijo, como si no lleváramos días evitando mirarnos más de lo necesario.

Aprieto los labios y sé que no es buena idea que se quede a cenar porque Will le está cogiendo cariño y eso lo complica todo más. Y aun así… no lo he detenido cuando mi hijo lo ha invitado.

Suelto un suspiro y abro los ojos, enciendo el horno y me obligo a centrarme en preparar una cena decente. Mi objetivo ahora es ser cordial con Travis y fingir que su presencia me es indiferente. Que no me importa su cuerpazo perfecto, su sonrisa canalla, esos ojos que me desafían y el dichoso perfume que hace que estar cerca de él sea adictivo… Realmente creo que no estoy preparada para ello.

CAPÍTULO 28



No debería haber aceptado, podría haber dicho que no y haberme inventado alguna excusa, pero no lo hice y ahora estoy aquí, en su cocina, viendo cómo se mueve con gracia mientras prepara una ensalada para acompañar la lasaña. Estoy intentando ignorar esa camiseta que se ha puesto que le queda tres tallas más grande, pero demasiado bien para la mierda de autocontrol que tengo ahora mismo.

Ayudo a Will a poner la mesa y cuando nos sentamos los tres para cenar, me siento raro de la hostia y creo que Harper está igual de incómoda que yo, pero ver la cara de felicidad de este pequeño monstruito lo compensa todo.

—Esto es para ti —le digo al crío, tendiéndole un sobre blanco y sin mirar hacia ella, porque si lo hago, puedo cagarla.

—¿Para mí? —me pregunta Will con una mirada llena de sorpresa.

—Claro —respondo—. Y felicidades, campeón.

Observo cómo rompe el sobre y solo espero que no parta también lo que hay dentro. Cuando saca las tres entradas, veo que él las mira, sin entender lo que tiene entre sus manos.

—¿Qué es? —consulta mirando a su madre.

—Tres entradas —respondo—. Para ir a ver jugar a los Chicago Bulls. Este sábado, en Denver.

—¡¿Los Chicago Bulls?! ¡¿En serio?! —exclama y salta literalmente de la silla—. ¿De verdad? ¿De verdad? ¡¿De verdad?!

—De verdad de la buena, minihumano —asiento sin poder ocultar una gran sonrisa.

Will se lanza sobre mí para abrazarme, solo que esta vez no me quedo tan rígido y no me resulta tan incómodo.

—Travis… no podemos ir —añade Harper.

Levanto la mirada y veo su tristeza por tener que cancelarle un plan así a su hijo, pero sé que lo menos que le apetece ahora mismo es tener que soportarme un fin de semana completo, aunque a mí me encanta no ponerle las cosas fáciles.

—¿Por qué? ¿Tienes otro plan? —le pregunto.

—No es eso… es que trabajamos y… no podemos irnos así sin más —responde, y sé que tiene razón, pero no me importa.

—Podemos porque libramos —respondo con una sonrisa de sabelotodo.

—¿Libramos? —inquiere confundida y asiento.

—Sí, sábado y domingo. He hablado antes con tu padre y nos lo ha dado libre —añado y veo cómo se le tiñen las mejillas—. Así que no hay problema, podemos ir a ver el partido, hacer noche y volver a casa el domingo.

Veo en su rostro una mezcla de nerviosismo, frustración e indecisión, sobre todo, porque Will tiene las manos juntas sobre el pecho y no para de suplicarle.

—Mamá, por favor —le ruega Will.

Harper guarda silencio, coge las entradas y las mira pensativa mientras tamborilea los dedos sobre la mesa. Se muerde el labio inferior nerviosa y sé que está dudando, y que posiblemente esté buscando todas las razones por las que no es una buena idea pasar un fin de semana conmigo en Chicago, pero también veo que le importa demasiado la felicidad de su hijo.

—No es buena idea —murmura.

—Probablemente no —respondo con sinceridad.

Todo esto grita que es una pésima idea y por eso no miento. Mi respuesta la descoloca y Harper frunce el ceño; supongo que no esperaba que le diera la razón.

—Entonces, ¿por qué haces esto?

—Porque, a veces, las cosas que se hacen sin pensar son las que recordamos toda la vida —contesto.

—Por favor —susurra el crío.

Harper lo mira un instante y le sonríe. Luego me mira a mí y en el momento en que nuestras miradas se cruzan, sé que he ganado.

—Está bien —acepta.

—¡Qué guay! —exclama efusivo Will, que empieza a corretear por el medio del salón, y yo sonrío como un puto idiota.

El resto de la cena es rara, no es incómoda, pero es demasiado natural. Parece que llevemos toda la vida cenando juntos y no sé cómo encajarlo ni por qué me siento cómodo.

Will no se calla, no para de hablar del cumpleaños, del balón firmado y del partido al que vamos a ir. Nos mete en la misma frase todo el rato, como si fuéramos un *pack*, como si yo fuera a estar aquí, junto a ellos, toda la vida. Y eso debería hacerme salir corriendo, pero no lo hago.

Veo cómo Harper le sonríe e intenta suavizar la intensidad de su hijo y yo, sinceramente, no sé cómo sentirme. Pero no estoy acojonado, porque hay algo en este pequeño y en su madre que me tienen completamente extasiado.

Después de cenar y tomarnos un trozo de tarta cada uno, pienso en largarme a mi casa y volver a mi miserable vida. Pero el pequeño insiste en que me quede a ver una película con ellos y, la verdad, no soy capaz de negarle nada a este crío. Mientras Harper termina de duchar a Will, voy a tirar la basura y cuando regreso Will, me ofrece que sea yo quien escoge la peli.

Cuando Will ya está duchado y en pijama, nos sentamos los tres a ver la película de *Soul*, de Disney y a mitad de la película se queda dormido. Normal, con el día tan intenso que ha llevado no sé cómo ha aguantado tanto tiempo despierto.

Harper se levanta y lo coge con cuidado. Me fijo en cómo lo abraza en su pecho y, joder, no debería mirarla así. No debería fijarme en ella y en sus pechos. Porque no es deseo, es algo más peligroso a lo que no quiero ponerle nombre. La sigo con la mirada y mis ojos se clavan en ese culo realzado por el *short* vaquero hasta

que la pierdo de vista cuando deja al pequeño en su cuarto. Estoy empalmado solo con mirarla, joder… Esto es una locura.

Cuando regresa, he detenido la película y este momento es el más incómodo que he vivido en mi vida. Mira que he tenido situaciones surrealistas con chicas, he salido de sus camas en medio de la madrugada, me he escapado desnudo por una ventana porque me ha pillado algún que otro novio, y nada se parece a este instante.

Ahora solo estamos nosotros y eso sí que es peligroso. La veo colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja y sé que lo más razonable es largarme. Harper me mira y estoy seguro de que se está haciendo la misma pregunta que yo… ¿Y ahora qué?

—¿Quieres quedarte para terminar de verla? —me invita y mi corazón da un salto de alegría.

—Me encantaría —respondo demasiado rápido.

Harper se sienta a mi lado y de repente el puto sofá encoge, porque la noto demasiado cerca.

—Travis… ¿por qué haces todo esto? —pregunta directa y sin rodeos.

Pero no puedo decirle la verdad, porque ni yo mismo lo sé.

—Porque le estoy haciendo caso a mi psicóloga y estoy fluyendo, haciendo lo que realmente sale de mí de forma irracional y sin pensar —contesto encogiéndome de hombros.

No pienso decirle que no sé qué cojones estoy haciendo, solo que me apetece estar cerca de ella y que me gusta demasiado.

—Te queda menos de un mes —añade como un recordatorio y asiento.

—Sí.

No digo nada más porque si sigo hablando la puedo volver a cagar… y es lo último que me apetece ahora mismo.

—¿Reanudo la peli? —pregunto como un cobarde que quiere cambiar de tema. Ella sonríe y asiente.

—Claro.

A los pocos minutos bosteza, se acomoda y, sin darse cuenta, se acerca a mí. Descansa su cabeza sobre mi hombro y noto su cuerpo relajarse. ¿Debería apartarme? Sí. ¿Debería irme? También. Pero no

quiero. Debería hacer lo correcto, pero eso nunca ha sido lo mío. Porque soy demasiado egoísta como para renunciar a este instante. Bajo la cabeza y huelo su pelo, un aroma dulce, familiar y peligroso. Paso mi brazo por encima de su hombro y la acurruco sobre mí; ella no se queja, solo respira tranquila como si yo fuera un lugar seguro. Cierro los ojos un segundo, dos y antes de darme cuenta, me voy relajando y voy cayendo, no en el sueño, en algo peor, en algo de lo que no sé si quiero salir. Estoy demasiado cómodo aquí.

El timbre de la casa suena, insistente y molesto. Abro los ojos y lo primero que veo… es a Harper encima de mí. Mi brazo la sujeta, su cara está en mi pecho y, joder, esto no debería de sentirse tan bien. Me he tirado toda la noche en la misma posición y me duele el cuello una barbaridad, pero despertar con ella hace que merezca la pena.

—¿Qué diablos…? —murmura medio dormida.

El timbre suena otra vez y se incorpora de golpe, desubicada. Mira alrededor y luego a mí, y entonces aterriza en la realidad.

—Mierda —susurra.

Se levanta, se pasa una mano por el pelo y camina hacia la puerta. Se pone de puntillas para mirar por la mirilla y pone la mano sobre el pomo de la puerta.

—Es Kevin —me susurra en un tono superbajo—. Escóndete —me ordena girándose un segundo hacia mí.

Me cruzo de brazos y maldigo a este tío inoportuno que nos jode un despertar medio normal.

—No tengo nada que ocultar —añado y ella frunce el ceño.

—Pues, ahora, en cuanto abra, te largas a tu casa, Dixon —masculla y sonrío, porque incluso media dormida sigue siendo ella.

—Buenos días a ti también, chispita —digo poniéndome de pie y caminando hacia la puerta.

Harper abre y ahí está el perfecto de Kevin que en cuanto me ve detrás de su ex cambia la cara y supongo que saca sus propias conclusiones.

—Buenos días —Harper intenta sonar amable, pero está más tensa que la cuerda de un violín.

—¿Ha dormido aquí? —pregunta Kevin mirándome y sonrío para joderlo y también para confirmar su sospecha.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me avises antes de venir? —dice Harper cruzándose de brazos.

—Te escribí anoche —responde él y entra sin permiso—. Pero ya veo que estabas… ocupada.

Harper abre la boca y la cierra; supongo que no volvió a mirar el móvil desde que llegué para cenar con ellos. Pero actúa con fingida tranquilidad y sonríe.

—Me das a mi hijo ¿o llamo a mi abogado? —la presiona el muy cretino con una mirada calculadora.

—Dame cinco minutos y despierto a Will —contesta ella.

—Cinco minutos —repite él.

Harper se gira y desaparece por el pasillo dejándonos solos. Sé que tengo que irme a mi casa, porque el silencio que cae sobre nosotros es de esos que huelen a problemas. Kevin me mira con desprecio de arriba a abajo y, cuando nuestros ojos tropiezan, me sonríe con una mirada cargada de superioridad.

—Ya sabes que soy el padre de su hijo —dice con chulería—. Antes o después, Harper me perdonará. Tú eres una distracción pasajera.

Parece que no la conoce para nada. Sonrío despacio, porque se nota que no tiene ni puta idea de sobre quién está hablando. Ni de lejos. Harper no es una mujer de las que esperan ser felices gracias a un hombre. Ni de las que perdonan fácilmente.

Ella no necesita a un hombre para vivir, ni para criar a su hijo, ni siquiera para ser feliz… Porque Harper es ese tipo de mujeres que se reconstruyen solas y de las que tiran hacia adelante, aunque el corazón les duela. Ella no necesita a nadie. Sinceramente, no lo necesita ni a él, ni a mí… Y eso es lo que la hace admirable, porque, joder, ese tipo de mujer es imposible de olvidar. Ella es valiente y fuerte.

Sé lo suficiente sobre lo que pasó entre ellos y cuando se traiciona a una mujer así… no hay segundas oportunidades, pero, claro, no voy a soltarle ese discurso, ni de coña.

Kevin me mira y, aunque sonríe intentando aparentar seguridad, puedo ver que ni él mismo se cree sus palabras. Así que también

sonrío, porque descolocarlo y tocarle las narices me gusta más de lo que debería.

—No te equivoques, don prefecto —digo—. Yo soy Travis Dixon… y soy el amor de su vida.

Se hace el silencio. Kevin se tensa y yo también, pero no lo demuestro. Casi me atraganto con mis propias palabras. «¿Qué coño acabo de decir?». Lo repito mentalmente y, joder, se siente raro de cojones, pero ya está dicho y no voy a dar ni un paso atrás delante de este imbécil.

—No juegues conmigo —escupe—. Aléjate de ella.

—Imposible —respondo con una sonrisa relajada—. También compartimos cama.

La cara que pone no tiene precio, veo cómo aprieta los puños y solo pienso en que ojalá él dé el primer paso. «Dame una excusa para poder golpearte y poder hacerte el mismo daño que le hiciste a Harper».

—¡Papá! —Will aparece y rompe la tensión del momento—. ¡Voy a ver a los Chicago Bulls con Travis y mamá!

—¿Cómo que vais? —inquiere Kevin mirando a Harper.

—Legalmente es mi fin de semana —responde ella.

Ella no da lugar a que pueda reprocharle nada porque le deja claro que ese fin de semana el niño está con ella y él no puede oponerse, aunque no le haga gracia la idea.

—Esto no va a quedar así —sentencia al final cogiendo a Will de la mano.

—Pásalo bien —le digo a Will que sale feliz de casa.

—Gracias, ¿esta noche vas a venir también? —pregunta el niño tan inoportuno e inocente para su edad.

El aire podría cortarse con un cuchillo, Harper no sabe qué decir y Kevin está deseando que la cague para que Harper me dé una patada en el culo y me eche de su vida.

—Esta noche trabajo, le he cambiado el turno a un compañero —miento.

Es una excusa malísima pero creíble para que Will no diga nada más que pueda empeorar el enfado del capullo de su padre.

—Vale.

—Hasta luego, príncipe —se despide Harper dándole un beso en la mejilla.

—Adiós, mami.

Me quedo junto a Harper, quieto. Kevin nos lanza una última mirada, niega para sí, pero no dice nada más, y eso me vale. Al menos sabe que es mejor no discutir delante de su hijo.

Vemos cómo se marchan y cuando el coche desaparece al girar la calle Harper me mira siendo consciente de que entre nosotros están pasando cosas que no puede ignorar.

—¿De qué habéis hablado? —me pregunta inquieta y sonrío.

—Del buen día que hace hoy —miento y ella niega, pero sonríe.

—A veces, se me olvida que eres idiota —comenta risueña y algo se remueve en mi pecho.

—Y a mí se me olvida que contigo dejo de mentirme.

CAPÍTULO 29



El motor suena monótono y, por primera vez en mucho tiempo… no me molesta. Llevamos casi siete horas de carretera. Siete horas que parecen no tener fin, de un café medio frío y de un niño que no se cansa nunca de hacer preguntas.

—¿Cuánto queda ahora?

—Menos que antes —respondo sin apartar la vista de la carretera.

—Eso no es un número —protesta Will desde el asiento trasero.

—Es el mejor que vas a tener.

—Veinte minutos —responde Harper.

—¡Eso sí es un número! —exclama el niño y sonrío.

Miro por el retrovisor para ver que Will tiene una pelota de baloncesto en las manos como si fuera un tesoro. Luego miro a la madre, que va sentada a mi lado, con el brazo apoyado en la ventanilla y en silencio mirando el paisaje. No está tensa, pero sí que está más callada que de costumbre. Tal vez ya se haya arrepentido de venir, pero ya no tiene escapatoria.

—¿Todo bien? —pregunto sin mirarla directamente.

—Sí —responde por inercia.

—¿Seguro? —insisto y gira la cabeza para mirarme.

—No suelo hacer esto —afirma.

—¿Viajar?

—Siempre hemos sido Will y yo —confiesa.

No es una frase cualquiera, es una línea, un límite que ha roto, y sonrío sintiéndome dichoso.

—Relájate, chispita—murmuro—. Solo es un partido.

—Claro… —susurra.

El silencio vuelve a reinar otra vez. Aprieto un poco el volante porque sé a lo que se refiere, y claro que yo tampoco he hecho esto antes. Pero, sin embargo, me gusta demasiado cómo se siente.

—¿Sabes qué es lo mejor? —dice Will de repente.

—¿El qué? —pregunto.

—Que vamos los tres —responde. Harper me mira de forma fugaz.

—Sí, minihumano, eso es lo más guay —confirmo.

Cuando llegamos a Denver, el tráfico aumenta, el ruido y el ambiente cambian y los edificios gigantescos nos abrazan a ambos lados de la calle; nada que ver con Silvertone.

—¡Mira, mamá! —dice Will con la cara pegada al cristal—. ¡Ese edificio es enorme!

Harper sonríe y, joder, qué sonrisa. Aparco frente al hotel y me fijo en que es un sitio demasiado elegante para mi gusto, pero ha sido Cameron quien nos ha regalado el viaje completo. Por supuesto, no iba a discutirle nada.

—¿Aquí es donde vamos a dormir? —pregunta Will en cuanto se baja del coche.

—Sí —responde Harper.

—¿Y tiene piscina? —cuestiona emocionado.

—También.

—¿Y una fuente de chocolate? —sigue interrogándonos casi gritando.

—Este hotel seguro que tiene de todo, minihumano —le corto—. Vamos adentro.

Will sale disparado hacia las puertas de cristal, como si el suelo le quemara. Harper le grita que no corra, pero no vale para nada. Suelta un suspiro, agarra su maleta y camina en silencio junto a mí.

—No hace falta que te pongas nerviosa, solo es un partido —le digo en voz baja al pasar a su lado.

—No estoy nerviosa.

—Lo estás —insisto solo para molestarla.

—No lo estoy.

—Lo estás —repito con una sonrisa.

—Cállate —masculla justo cuando un tipo con traje le abre la puerta.

Otro chico se ofrece a llevarnos las maletas y durante un segundo, me siento fuera de lugar, y Harper también. No dice nada, pero lo noto.

La recepción es enorme, todo brillante y de mármol pulido. Columnas altas y unas lámparas de cristal tan elegantes que te hacen bajar la voz aunque no quieras.

Después de hacer el *check-in*, nos dan las dos tarjetas y subimos en un ascensor de cristal hasta nuestra habitación. Las puertas se abren directamente a un pasillo privado con una iluminación tenue en el que solo se ven cuatro puertas.

Abro la puerta de la que creo que es una habitación y, joder, a Cameron se le ha ido la olla, no ha escatimado en gastos reservando una habitación increíble… ha reservado cuatro apartamentos de lujo. El salón es enorme, más grande que medio parque de bomberos, tiene varios sofás que parecen no haber sido usados nunca y una mesa de madera maciza, pero lo que más llama mi atención es el ventanal que va del techo al suelo desde donde se ve todo Denver.

—Guau… —susurra Will mientras tira la pelota de baloncesto a un lado y corretea por el salón.

Observo cómo toca cada cosa maravillado y, joder, sonrío porque me alegro de que estén aquí, conmigo.

Harper deja la maleta junto a la puerta de entrada, cierra detrás de ella y mira la estancia con atención.

—Esto es demasiado —dice y sonrío.

—Es Cameron… —afirmo, orgulloso de mi amigo.

Porque, esto no es una *suite* normal, es un puto apartamento de lujo. Tonos elegantes, luz natural por todas partes y decoración cuidada al milímetro.

—¡Mamá! ¡Mira que cama más gigante! —exclama corriendo hacia una de las habitaciones y saltando encima de la cama.

—¡William, deja de saltar! —le riñe ella entrando en la habitación tras él.

Pero ya es tarde, porque el crío rebota y se ríe tirándose hacia atrás, sin miedo a nada y, joder, de nuevo me quedo fascinado mirando cómo disfruta y algo dentro en mi pecho se afloja.

Camino con mi maleta hacia la otra habitación confirmando que es idéntica a la que ha elegido Will. Dos habitaciones con cama de matrimonio extragrande, sábanas blancas impecables y cada una con un baño privado.

Abro la puerta del cuarto de baño y sonrío porque puede que tenga el tamaño del salón de mi casa de Silvertone. Ducha con mampara de cristal y, al lado, una bañera independiente y otra vez ese ventanal desde el que se ve la ciudad como un cuadro.

La verdad es que todo es demasiado… ostentoso, pero cuando vuelvo al salón y veo a Harper de pie frente al ventanal, observando la ciudad, intentando encontrar su sitio en todo esto, pienso algo que no debería… ella se lo merece todo y, joder, quiero ser yo quién se lo dé.

—Esto es demasiado para dormir —susurra mirándome incómoda.

Sonrío y señalo hacia el pequeño torbellino que corre de un lado a otro.

—A él no se lo parece —respondo.

Harper mira a Will, ve la cara de felicidad que tiene y niega para sí, resignada por saltarse sus propios límites. Va a decir algo, pero justo llaman a la puerta y sonrío, una vez más, porque no hace falta pensar mucho para saber quién es. Camino hasta la puerta y, antes de abrir, me giro.

—Bienvenida a mi vida, chispita —le digo directo y abro para dejarles entrar.

—¡Mira quién ha llegado! —exclama Cameron cruzando la entrada como si fuera su casa y, técnicamente, lo es.

—¡Cam! —grita Will, que corre hacia él y mi amigo no duda. Se agacha y lo levanta en brazos.

—¡Eh, colega! ¡Me alegro de que estés aquí! —le saluda.

Cam lo alza y lo hace girar, y el crío se ríe entusiasmado. Y, joder, no sabía que esto iba a gustarme tanto.

—Te he traído algo —le anuncia y le da una bolsa negra.

Will no tarda en abrirla y sacar una camiseta de los Chicago Bulls con el número cuatro y su nombre grabado en la espalda. Su cara va desde el asombro a una felicidad máxima que es indescriptible.

—¿Es como la tuya? —le pregunta fascinado y Cam sonríe un poco más.

—Claro, ¿te gusta?

—¡Me encanta! —exclama Will y lo abraza fuerte—. ¿Has visto mamá?

—Es preciosa… —dice Harper, un poco descolocada—. Pero, Cameron, no hacía falta…

—Si estáis con Travis… sois mi familia —responde él, lanzándole un guiño—. Y a la familia se la cuida.

Percibo que algo cambia en su expresión y Harper asiente, mirándome de forma fugaz y, joder, algo en mi pecho arde.

—Así es —añade Atlas con esa calma que siempre lo ha caracterizado—. ¿Qué tal el viaje?

—Intenso —contesto antes de que Harper diga nada.

—Normal —interrumpe Garrett detrás—. Siete horas contigo… ella tiene mérito.

Harper suelta una risa cómplice con mis amigos y yo me uno a ellos. Will sigue abrazado a Cameron como una lapa, y Cam me mira feliz.

—Este crío me cae mejor que tú —comenta.

—No es difícil —confieso.

—Míralo —dice Garret pasándome un brazo por los hombros—. Travis Dixon, el solitario del grupo convertido en canguro a tiempo completo.

—Dale tiempo —añade Atlas—. En nada lo vemos con mochila y *tupper*.

—Que os den —respondo y Harper se vuelve a reír.

—No, en serio —insiste Garrett cruzándose de brazos—. ¿Quién eres y qué has hecho con Travis Dixon?

Will se baja de los brazos de Cameron y se mete en medio de Garret y de mí.

—¡Travis me ha enseñado a tirar triples! Y me ha regalado una canasta.

—Eso explica mucho —dice Atlas.

—¿Queréis que os lo enseñe? —pregunta emocionado Will y los tres asienten expectantes.

Will corre a por el balón que está en el otro extremo del salón y no sé cómo tropieza y se cae de boca; por suerte, pone las manos y se levanta sin romper a llorar.

—Joder, minihumano, no te vayas a hacer daño —digo caminando hacia él sin pensar.

—¿Acabas de decir eso? —pregunta Garret con las cejas alzadas.

—Cierra la boca, pecoso —ladro y los tres se ríen sin piedad y Harper me mira de una forma… diferente a como suele hacerlo últimamente.

—Las chicas están en la habitación del fondo —informa Atlas mirando a Harper—. Puedes ir tranquila, yo cuido de los niños.

—Gracias —responde ella.

Duda un segundo antes de marcharse, lo sé por cómo se queda quieta en el marco de la puerta, como si una parte de ella quisiera quedarse y otra le gritara que salga corriendo, pero al final se va. En cuanto lo hace, Garret no tarda ni dos segundos en plantarse delante de mí intentando averiguar si está delante de un puto extraterrestre.

—Vale —dice bajando la voz, aunque todos pueden oírlo igual—. ¿Qué cojones está pasando contigo?

Sonrío de lado, sin prisa, pensando en una respuesta, pero no la tengo, ni de coña.

—Ni idea —murmuro, y eso es lo más honesto que he dicho en semanas.

Garret entorna los ojos, claramente no se lo cree, y Atlas suelta una risa baja desde el sofá, disfrutando al verme en esta situación.

—Estás jodido —añade Cameron lanzándole la pelota a Will de forma casual.

El crío la atrapa como puede y empieza a botarla con más entusiasmo que técnica.

—Que te den —respondo sin mirarlo.

Pero lo peor de todo es que, por primera vez en mi vida, no necesito entenderlo todo para quedarme. No quiero justificarlo, ni

analizarlo… simplemente no quiero irme de su lado, ni del de este pequeño terremoto que no para de botar el balón sin cesar. Y, joder, esto me descoloca, pero empieza a no acojonarme

—¿Sabes qué? —digo girando ligeramente la cabeza—. ¿Por qué no hablamos de ti, Cam?

—¿De mí? —pregunta él mientras bota la pelota con una ceja arqueada.

—Sí, de ti —interviene Garret, oliendo la sangre—. ¿Cuándo se lo vas a pedir a Sam?

—Interesante cambio de tema, Dixon —responde Cam olvidándose del balón un segundo.

—No esquives la pregunta —insiste Garret con media sonrisa—. Responde.

—¿Y tú a Dakota? —dispara Cameron de vuelta señalando a Garret sin piedad.

—Dakota no cree en eso de las bodas… No quiere casarse —se defiende él encogiéndose de hombros.

—¿Qué cojones? Esa es la peor excusa que he oído en mi vida —interviene soltando una carcajada.

—No es una excusa —gruñe Garret—. Es la verdad.

—Claro —murmuro—. Y yo soy monje. A todas las mujeres les emociona que un hombre se arrodille y les pida matrimonio —argumento sin pensar demasiado en lo que digo.

—No todas buscan un príncipe —interviene Atlas, más tranquilo—. Muchas saben cuidarse solas. Y bastante bien, por cierto.

—Eso no quita lo otro —replica Garret.

—Creo que nuestras chicas tienen algo en común —dice Cam mirándonos a los tres.

—Ah, ¿sí? —pregunto.

—Sí —confirma Atlas sonriendo de lado—. Que son unas jodidas guerreras.

—Yo creo que te da miedo que te diga que no —le suelta Cam a Garret.

—No me da miedo —responde él rápido—. Es que no necesito casarme para quererla más.

—Pues yo sí voy a casarme con Gabriela —dice de repente Atlas —. Lo tengo claro, y vamos a tener un montón de críos —añade encogiéndose de hombros, como si no acabara de soltar un notición —. Solo estoy esperando el momento.

—Mira el que era el tranquilo… el que dice que nuestras chicas son guerreras —comento y él sonríe.

—Cállate, idiota —me corta Cam y hace un gesto para advertirme que no diga nada más.

Porque justo en ese momento las chicas entran. Harper, Samantha, Gabriela y Dakota. El tema de conversación cambia en cuanto las vemos cruzar la puerta. Dakota me mira y sé que, como mi psicóloga que es, ya me está analizando. Aparto la mirada antes de que se ponga en modo análisis profundo y me concentro en el imán que me atrae… En ella.

—Harper —dice Samantha, acercándose con una sonrisa cálida—. Qué alto está Will, parece que ha dado un estirón desde la última vez que lo vi.

—Yo creo que crece hasta durmiendo —confirma Harper riéndose.

Me fijo en cómo las tres la rodean sin invadirla, sin presionarla, y es que simplemente la incluyen como una más. Y lo que más me llama la atención es que Harper se deja querer por ellas.

—Vamos a tomar algo —propone Cameron dando una palmada suave en mi espalda—. Tengo que irme en una hora al pabellón.

—Venga, no hay tiempo que perder —añade Garret.

Salimos y bajamos al bar del hotel. El sitio está lleno, pero encontramos una mesa larga en la que cabemos todos. Las conversaciones se cruzan, y yo me quedo observando a Cam, que está pensando en arrodillarse. Luego miro a Garret, que se hace el duro, pero que está igual de jodido, y Atlas, este lo tiene claro desde que Gabriela llamó a su puerta en la universidad… Y miro a Harper.

Me apoyo en el respaldo de la silla, cruzando los brazos, observándola sin que se dé cuenta. «Qué bien encaja en mi vida, joder». Y ese pensamiento me golpea más fuerte de lo que debería. Porque no es solo deseo, es algo más intenso y peligroso. Porque por primera vez en mi vida no estoy pensando en largarme, ni tampoco estoy calculando cómo salir de la situación. Tan solo estoy

buscando la forma de complicarme la vida con ella, y eso sí que no entraba en mis planes.

CAPÍTULO 30



No recordaba la última vez que me había reído tanto y sin mirar el reloj. De no estar pendiente de lo siguiente que tenía que hacer, de no sentir ese peso constante en el pecho que me recuerda, a cada segundo, que todo depende de mí. Aquí, y ahora, todo es distinto.

El restaurante del hotel tiene ese equilibrio extraño entre elegante y acogedor. Las mesas de madera clara, la iluminación cálida, el murmullo constante de conversaciones que no molestan, sino que acompañan. Todo invita a bajar la guardia y desconectar de las obligaciones.

Samantha está contando una anécdota sobre Cameron en uno de sus primeros partidos importantes, exagerando detalles con una sonrisa que deja claro que ya ha contado esa historia mil veces, pero que aun así sigue disfrutándola. Gabriela, a su lado, intenta explicarle a Will una jugada que él no ha entendido, usando los vasos y hasta los cubiertos simulando jugadores en miniatura. Y Dakota, simplemente, nos observa.

—Te lo juro —dice Gabriela, apoyando el codo sobre la mesa—, mi hermano Alex está obsesionado con el baloncesto desde que conoció a Atlas. Tiene once años y está convencido de que va a llegar a la NBA.

—¡Yo también! —interrumpe Will con la boca medio llena de patatas sin preocuparse lo más mínimo por las formas.

—Tú lo tienes más fácil, colega. Travis era muy bueno en la cancha, así que es un buen entrenador —le comenta Atlas con una sonrisa a la vez que se inclina hacia él con complicidad.

Will me mira un segundo emocionado y después mira a Travis sonriendo, convencido de que así será.

—Cam es increíble con los niños —continúa contándole Gabriela —. Siempre que puede se lleva a Alex a los entrenamientos e, incluso, a celebrar la victoria en los vestuarios.

—Cam es increíble en general —añade Samantha apoyando la mejilla sobre el hombro de su chico—. Y lo mejor de todo es que no se lo tiene nada creído.

—Soy un partidazo —asegura él lanzándole un guiño a Sam.

—Y un creído —reitera ella.

—Por eso me quieres —susurra él.

—Por eso me quieres —repite ella.

Sé que es verdad, aunque no lo conozco mucho. Pero lo poco que he visto de este chico es que cuando hablas con él, no parece que lo estés haciendo con una estrella de la NBA. Cam es cercano y consigue que todo para Will sea más emocionante.

Sin darme cuenta, mi mirada se desliza hacia Travis, que está recostado en la silla y, ahora mismo, mirando a Will como si nada más importara. No puedo negar que me gusta demasiado verlo así, y esa idea que aparece sin permiso me incomoda.

Miro a las chicas y pienso en la facilidad con la que me han incluido en su conversación cuando llegué antes, y lo natural que resulta todo con ellas, como si no fuera la segunda vez que nos vemos. Pero… ¿encajo en la vida de Travis? No tengo una respuesta clara, porque una parte de mí empieza a sospechar que sí. La verdad es que tengo un poco de miedo.

Después de comer juntos, Cam se marchó con el equipo para prepararse antes del partido y los demás pasamos la tarde paseando por Denver. Cuando llegó la hora, Travis condujo hasta el Ball Arena. Aparcar es casi una misión imposible, porque las calles están llenas de gente que avanzan en oleadas, envueltas en colores, en voces, en risas. Mi hijo no para de señalarlo todo desde el asiento trasero,

pegado a la ventanilla para no perderse nada. Yo, en cambio, siento que esto es demasiado… intenso.

Al bajar del coche, el ruido nos envuelve de inmediato, se oyen tambores improvisados y gritos. Mucha gente lleva puestas las camisetas de los Chicago Bulls y otras de los Denver Nuggets, bufandas alzadas, banderas ondeando sobre cabezas que apenas se distinguen unas de otras. Por suerte, es un partido amistoso, pero nadie parece tener eso en cuenta, porque la emoción lo embarga todo.

Travis pone una mano en mi espalda para guiarme entre la multitud y ese gesto sencillo me pone un poco nerviosa. Mi hijo se aferra a mi mano y tira de mí impaciente, y entonces cruzamos las puertas.

Un sonido más fuerte nos golpea de lleno, una ola que te empuja hacia atrás antes de dejarte sin aliento. Dentro parece otro mundo. Las luces se mueven de un lado a otro, las pantallas gigantes proyectan imágenes de fans que cogen de improviso y la música suena tan alta que hace que te lata el corazón un poco más rápido.

Cuando llegamos al palco vip, siento un escalofrío recorrerme los brazos; es una mezcla de nervios, emoción y algo más difícil de nombrar… quizá es la certeza de que este momento es importante para nuestra relación. Travis no se ha separado ni un segundo de mi lado y, por primera vez desde que hemos llegado, dejo de intentar entender lo que siento… y simplemente me dejo llevar.

—¡Mamá! —grita Will—. ¡Esto es enorme!

—Lo sé, cariño —respondo mirando a Travis que observa a mi hijo con emoción—. Como si estar aquí con nosotros fuera lo mejor del mundo.

Hay algo en su expresión que refleja lo mucho que disfruta al ver a Will así de feliz.

Los jugadores van saliendo a la cancha mientras el comentarista los nombra, uno a uno. Cada nombre arrastra una ola distinta de aplausos, de silbidos, de emoción contenida que estalla en segundos. Y entonces llega el turno de Cameron.

En cuanto él aparece, el pabellón entero reacciona al instante y se llena de aplausos, gritos y ovaciones que resuenan como un trueno.

Will se queda completamente quieto a mi lado, mirando a Cam.

—Es él… —susurra, casi sin aire.

—Claro que es él —añade Travis sonriente mientras se inclina hacia mi pequeño y se miran cómplices.

Cuando el partido empieza, todo se intensifica, los gritos de la afición parecen hacerse más intensos y me dejo llevar. Celebro cada punto que anotan los Chicago Bulls en el marcador. Aplaudo, grito y me contagio de la excitación del momento.

Me río cuando Will intenta narrar el partido cual comentarista profesional, inventándose jugadas imposibles, dándole emoción a cosas que ni siquiera están pasando. Y, sin avisar, Travis lo levanta en brazos.

Lo alza con una naturalidad que me descoloca, como si lo hubiera hecho mil veces. Como si supiera exactamente la forma en que tiene que agarrarlo, y se lo sube a los hombros, sujetándolo con firmeza. Will, se agarra a la cabeza de Travis y suelta una carcajada mientras sigue mirando emocionado el partido.

Por un instante, me quedo mirándolos y aunque parece algo sencillo, para mí no lo es. Verlo con mi hijo en brazos hace que una vocecita en mi cabeza me susurre bajito… «Podría acostumbrarme a más momentos como este». El pensamiento me atraviesa de golpe y me asusta. Porque esto es demasiado real, porque mi hijo y Travis empezaron peleándose en un supermercado por una bolsa de chocolatinas y ahora son inseparables. Me gusta que sea así, pero a la vez me da vértigo. Porque tener una posibilidad con Travis y darnos una oportunidad… significa arriesgarlo todo cuando llegue septiembre.

El partido termina y todo vuelve a ser un caos. La gente se levanta a la vez, como una ola desordenada, mientras los chicos de seguridad indican las salidas.

Cameron se acerca desde la pista hacia los palcos vip todavía con el pecho agitado, la camiseta pegada al cuerpo y esa sonrisa fácil que no se le borra ni después de jugar. Se acerca primero a Sam, la besa, y luego nos mira a nosotros. Los Chicago Bulls han ganado y esa felicidad se le nota en cada gesto.

—¿Te ha gustado? —le pregunta directamente a Will.

—¡Ha sido increíble! —exclama mi pequeño.

—Te he dedicado tres canastas —le comenta Cameron con una sonrisa.

—Lo sé… pero mis amigos no me van a creer.

—Entonces tendremos que repetirlo otro día —responde él, guiñándole un ojo—. Ven conmigo —dice extendiéndole los brazos a Will y mirándome a mí—. ¿Puedo llevármelo?

—Claro —respondo sin pensar demasiado.

Travis lo baja con cuidado de sus hombros y se lo pasa con la misma precaución a su amigo. Cameron le coge la mano a Will y lo guía por la cancha. Veo cómo caminan entre jugadores que lo saludan. Will no deja de sonreír, sé que está completamente fascinado, y Cameron se inclina hacia él de vez en cuando, diciéndole algo que no puedo oír. Los observo alejarse hasta que desaparecen rumbo a los vestuarios.

Y cuando vuelvo a ser consciente de mi alrededor, me fijo en que Samantha charla con una mujer, que creo que es la novia de uno de los compañeros de Cameron. Garret arrastra a Dakota hacia la zona de bebidas, Atlas y Gabriela están enfrascados en una videollamada, riéndose por algo que no alcanzo a entender. Y yo… estoy sola con él.

Travis me observa con esa media sonrisa suya, esa que siempre parece esconder algo más de lo que dice, y se inclina lo justo hacia mí para asegurarse de que puedo oírle bien.

—Me alegro de que hayáis venido —susurra.

—Yo también —respondo, y esta vez no hay ninguna barrera entre lo que siento y lo que digo.

Nos sostenemos la mirada un segundo más de lo necesario y esa sensación de vértigo vuelve… El mismo que sentí aquella mañana al despertar en su cama, cuando entendí que aquello no había sido un simple error… y aun así salí huyendo. Travis no aparta la mirada, y parece adivinar mis pensamientos porque sus ojos bajan un instante hacia mis labios antes de volver a alzarlos, como si estuviera midiendo la distancia, como si también estuviera luchando con sus propios pensamientos.

—Te vas en septiembre —le recuerdo y él se aparta un poco.

No es un reproche, es una forma de intentar no perderme. Se ha separado apenas unos centímetros de mí, lo justo para respirar, y se pasa una mano por el pelo antes de mirar fugazmente hacia la cancha, buscando un segundo para ordenar lo que va a decir antes de volver centrar su atención en mí.

—No sé qué puede pasar mañana, Harper —dice con calma—, porque la vida es impredecible.

—Sobre todo en nuestro trabajo —le recuerdo, porque ser bomberos es arriesgar la vida a cada instante.

—Sí… —murmura—. Mi padre es policía. Se ha jugado la vida en cada turno. Y ahora entiendo que aun así… nunca dejó de querer y de arriesgar, aunque supiera lo que podía perder. Sé lo que es amar a alguien y tener miedo a perderlo.

Asiento y recuerdo esa conversación el día que fuimos de sendero. Travis no aparta la mirada de mí y se acerca un paso.

—Yo también sé lo que es darlo todo… y acabar rota —confieso.

—No pienso romperte el corazón —me promete con una mirada honesta.

La forma en que lo dice parece sincera y quiero creerlo. El ambiente entre nosotros cambia, sé lo que significa este momento y sé que, si cruzo la línea, después no habrá vuelta atrás. Porque no se trata solo de nosotros, sino también de Will. De mi vida tranquila y de todo lo que he construido en el último año con tanto esfuerzo…

Sé que, si todo sale mal, el dolor será inevitable. No hay forma de salir ilesa, no cuando ya estoy demasiado colada por él, no puedo fingir que esto no me afecta. Pero también hay otra pregunta, una que lleva días latiendo en silencio dentro de mí y que ya no puedo seguir ignorando… ¿y si esta vez sale bien?

Porque esa es la pregunta que llevo demasiado tiempo esquivando. El amor nunca llega con garantías, ni con respuestas claras, ni con mapas que te indiquen el camino antes de dar el primer paso. Sé que amar es avanzar aun cuando no ves todo el camino, es confiar sin tener el control de lo que pueda pasar, es elegir quedarte cuando lo más fácil sería salir corriendo. Es saltar sin saber exactamente qué va a pasar después con la única certeza de que, de algún modo, aprenderás a sostenerte en el aire antes de

tocar el suelo. Y, por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en cómo protegerme de la caída, sino en que quizá…, solo quizá, merece la pena arriesgarse. Tal vez lo nuestro funcione.

Lo miro de nuevo, sin esconderme detrás de mis miedos, ni de mis excusas, y en ese instante lo entiendo con una claridad que me deja sin aliento. No quiero seguir negando lo evidente, no quiero seguir fingiendo que esto no significa nada para nosotros. Y aunque no tenga ninguna garantía de que no vaya a romperme…, quiero descubrir hasta dónde puedo llegar con lo que siento por Travis. Porque, cuando estoy con él, siento que es exactamente donde quiero estar y ese momento es perfecto.

CAPÍTULO 31



Salimos del estadio entre ruido, luces y gente que sigue celebrando la victoria como si el partido no hubiera terminado todavía. Cameron ha estado brutal en la pista y toda la gente en el pabellón se lo ha devuelto con una ovación que todavía resuena en mis oídos; pero, si soy sincero, lo que más me ha marcado del día ha sido Will. El crío no ha parado de hablar desde que hemos salido de Silvertone, ha disfrutado al máximo y, joder, su cara llena de felicidad no tiene precio.

Va caminando entre su madre y yo. Lo hace botando una pelota imaginaria, completamente metido en su mundo. Y sonrío…

—Travis, ¿has visto cuando Cam ha saltado y se ha colgado en la canasta? —pregunta, mirándome con los ojos brillando—. ¡Yo también puedo saltar así!

—Claro que sí —respondo, despeinándolo—. Pero primero tienes que crecer un poco más, minihumano.

—¡Ya soy grande! —protesta indignado.

—No lo suficiente y por eso tienes que comer todo lo que tu madre te prepare.

Garret se gira y camina de espaldas mientras me señala.

—Estoy presenciando algo histórico —dice—. Travis Dixon, el tipo que no cuidaba ni de una planta, dando consejos de vida.

—Que te den —replico restándole importancia.

—No, no, en serio —continúa—. Esto hay que documentarlo. Atlas, ¿tú estás viendo esto?

—Claro que lo veo, y me alegro por él. Le hacía falta… un minihumano en su vida —bromea Atlas lanzándome un guiño.

—Oye —interviene Harper, cruzándose de brazos—, mi hijo no es una mascota.

—Por supuesto que no —asegura Atlas—. Tú hijo ha sido la bomba que ha derrumbado todas las barreras del corazón de Dixon.

Ella me mira un instante en silencio, pensando en esas palabras, y al final sonríe y les cuenta cuando le robé las chocolatinas en el supermercado y todos nos reímos, incluido Will.

Me descoloca verla bromear y que no intente asesinarme con la mirada. Sé que está relajada y, joder, me encanta verla así. Está guapísima, como siempre.

Llegamos a la terraza del hotel, un espacio abierto con vistas a la ciudad de Denver donde las luces parecen extenderse sin fin hacia el horizonte. Hay mesas de madera, guirnaldas colgando entre las paredes de ladrillo y un ambiente cálido que invita a quedarse toda la noche aquí. Elegimos una mesa larga y Will se sienta a mi lado como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Puedo pedir una hamburguesa? —pregunta a Harper.

—Pero te la tienes que acabar —responde su madre.

—¡Tengo mucha hambre!

—Eso dijiste en el desayuno —le recuerda ella.

—¡Pero ahora tengo más hambre!

—Pídetela, y lo que no quieras me lo como yo —le susurro a Will que asiente feliz.

—¿Has oído, mami?

—Está bien —consiente ella mirándome—. Te la tendrás que comer, Dixon.

—Sí, chispita.

—Déjale —dice Cameron apoyándose hacia adelante con una sonrisa tranquila—. Hoy el crío se ha ganado cenar lo que quiera.

—Sí, claro —replica Harper—. Y mañana cuando le duela la tripa, ¿quién lo aguanta todo el camino de vuelta a casa?

—Llevas razón… —comenta Cam—. Colega, no comas más de lo que puedas.

—Me voy a comer toda la comida de esta ciudad —exagera y nos reímos.

—Yo te ayudo Will —interviene Atlas riéndose cómplice y Garret suelta una carcajada.

—Vaya, Atlas, te queda bien dejar de ser tan formal alguna vez.

—Yo, de vez en cuando, hago mis locuras —comenta Atlas.

—Es verdad. Recuerdo que te tatuaste un infinito en el pecho con el nombre de Gabriela —comenta Travis.

—Porque la quiero —responde Atlas sin inmutarse, girándose para mirarla—. Y no lo escondo.

—No, claro que no —añade Cameron—. Y seguro que lo siguiente que vas a tatuarte será la cara de vuestros hijos.

—Dame tiempo —dice Atlas con media sonrisa y Gabriela niega, divertida.

—No le deis ideas, por favor.

Las risas nos envuelven y yo reconozco lo sencillo que parece todo cuando dejas de huir. Y siento que hay algo dentro de mí que no pienso ignorar esta vez.

La conversación se divide de forma natural. Mis amigos siguen con sus pullas, recordando historias de la universidad, exagerando recuerdos que probablemente ni siquiera ocurrieron tal cual, y al otro lado de la mesa, las chicas crean su propio espacio.

—Oye —dice Gabriela, apoyando el codo en la mesa mientras mira a Harper—. En serio, ¿cómo lo haces?

—¿El qué? —pregunta ella.

—Cuidar de Will, trabajar, los quehaceres de la casa y sacar fuerzas para todo lo demás —añade Samantha.

—Es admirable —comenta Dakota.

Harper se queda en silencio un segundo, supongo que pensando un poco la respuesta y finalmente sonríe.

—Supongo que no lo pienso demasiado —responde al final—. Simplemente… lo hago.

—Ya, pero no es solo hacerlo —insiste Gabriela—. Es hacerlo bien, y creo que con tu hijo lo estás haciendo realmente bien.

—Gracias —susurra con una sonrisa pequeña.

—¿Y cómo es que decidiste ser bombera? —se interesa Dakota.

—Mi padre es bombero —dice—. Crecí en el parque de bomberos y no sé… cuando acabé enfermería… decidí seguir con el legado familiar.

—¿Y no te da miedo el fuego? —inquiere Samantha, que la mira con curiosidad.

—Claro que sí —confirma Harper—. Pero ganar ese puesto ha sido todo un reto que me daba más miedo que el fuego. Porque en Silvertone todo el mundo se conoce y siempre hay prejuicios… Es como si pudieran decidir por una misma.

—Es un pueblo pequeño… —comenta pensativa Dakota y Harper asiente.

—Exacto, y la gente enseguida te etiqueta, sobre todo al principio, cuando me quedé embarazada. Pero ya me da igual… En cierta forma, ya no soy la novedad… buscan otro nuevo chisme.

—Eso es una mierda —dice Gabriela.

—Lo es —afirma Harper con calma—. Pero también te obliga a no rendirte y a mantenerte firme incluso cuando sabes que te están mirando esperando a que falles.

—Así es, eso solo tiene que darnos más fuerza —coincide Samantha pensativa—. A nosotras, las mujeres, siempre nos ponen un límite antes de empezar.

—Sí —añade Gabriela—. Como si tuvieras que justificar todo el rato que mereces estar donde estás.

—Es agotador…, pero hay que hacer lo que nos hace felices y luchar por nuestros sueños, aunque a veces tarden un poco más en llegar —concluye Harper decidida.

Entre ellas se hace un pequeño silencio que no parece nada incómodo… porque está lleno de complicidad.

—¡Brindemos! —propone Gabriela, que levanta su vaso y todas la imitan.

—¡Por nuestros sueños! —exclama Harper.

—Por nosotras —añade Samantha.

Las veo chocar sus copas y, joder, veo tanta afinidad en ellas, y celebro que Harper esté en mi vida.

—¡Foto! —dice Cameron de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Eso —añade Garret—, porque veo a Travis más feliz que nunca y eso es algo histórico.

—Vete a la mierda —respondo.

Nos movemos y nos colocamos todos para salir en la pantalla del móvil de Cam. Will corre hacia mí y se sienta en mis piernas y Harper se pone a mi lado. Nos colocamos todos y aunque amplía el ángulo de la cámara, al final necesitamos ayuda para un *selfie*.

—Disculpa, ¿nos puede hacer una foto? —le pregunta Atlas al camarero.

—Claro —responde cogiendo el móvil—. Pónganse un poco más juntos.

Nos juntamos más y el camarero sonríe satisfecho. Entonces salta el *flash* de la cámara y se inmortaliza este instante. No pienso, no analizo y no huyo… tan solo estoy aquí y ahora.

Cuando volvemos a sentarnos, la conversación sigue, pero algo en mí ha cambiado en este viaje a Denver. Porque cuando miro a Harper no siento la necesidad de salir corriendo ni pienso en cómo poner distancia cuando regresemos… Y eso es nuevo. Sé exactamente lo que significa, aunque todavía no estoy preparado para admitirlo en voz alta.

Levanto la vista y me encuentro con Harper mirándome de forma fugaz y sonriéndome mientras sigue hablando con las chicas, y siento algo dentro de mí que encaja en su sitio. Algo que lleva desde siempre ahí, solo que estaba esperando el momento justo… Y, joder, no tengo ni puta idea de qué hacer con esto que siento y, por ahora, me conformo con admirarla. Está preciosa.

Cuando la cena termina, nos levantamos para volver a las habitaciones. Will ya está casi dormido apoyado en su madre; el día le ha pasado factura de golpe. Me acerco despacio y me agacho hasta quedar a su altura.

—Ey, campeón —susurro—. ¿Te has quedado sin batería?

—No… —responde con los ojos cerrados, arrastrando las palabras —. Solo descanso un segundo…

—Claro que sí —. Sonrío sin poder evitarlo.

Y antes de pensarlo demasiado, lo cojo en brazos como si fuera lo más natural del mundo. Harper no dice nada, solo nos observa un instante antes de seguirnos hasta el ascensor. Subimos en silencio, envueltos en ese cansancio agradable que queda después de un buen día.

Garret me mira de reojo con esa media sonrisa suya que lo dice todo sin necesidad de abrir la boca. Esta vez no suelta ninguna de sus bromas. Y, joder…, se lo agradezco. Cuando llegamos al pasillo, las despedidas son rápidas, fáciles.

—Mañana a las nueve nos vemos para desayunar —dice Cameron —. Y sin excusas.

—Las excusas son mi especialidad —responde Garret.

—Pues mañana no te van a funcionar —añade Dakota con calma —. Allí estaremos.

—Hasta mañana —me despido de mis amigos.

Entramos en la *suite*. Harper abre la puerta y se aparta para dejarme pasar, y yo camino con su hijo en brazos. Lo dejo con cuidado sobre la cama de su dormitorio apartándole el pelo de la frente con un gesto que ni siquiera sé de dónde me sale. Está completamente rendido. Y una vez más, algo dentro de mí se coloca, porque no solo es el día, no solo es el viaje… es lo increíblemente bien que ha ido todo. Es ver lo bien que encajan en mi vida… Me quedo un segundo más de la cuenta mirándolo y entonces entiendo que no hay escapatoria… Siempre he sabido marcharme, soy un especialista en saber cuándo irme, pero esto no tiene nada que ver con largarse… Esto tiene que ver con quedarse y, por primera vez en mi vida, no quiero hacer lo que se me da bien. Quiero hacer justo lo contrario… quiero quedarme.

Sé que Harper está detrás observándonos y, joder, estoy jodido, es inevitable.

CAPÍTULO 32



Me quedo apoyada en el marco de la puerta, en silencio, observando cómo Travis deja a Will sobre la cama. Lo hace despacio, con una delicadeza que no encaja con la imagen que tenía de él… o quizá sí, pero yo me había negado a verla. No hay ese impulso suyo de hacerlo todo rápido, de salir antes de que algo le alcance, esta vez se toma su tiempo y parece disfrutarlo.

Le aparta el pelo de la frente a mi hijo con suavidad, un pequeño detalle sin importancia, pero que significa más para él de lo que parece. Luego se queda mirándolo y en ese instante… mi pecho se tensa, porque no debería gustarme esto y, sin embargo, me encanta y me importa más de lo que estoy dispuesta a admitir. Travis Dixon ya no me es indiferente… Aunque quizás realmente nunca lo haya sido.

Will suspira en sueños, tranquilo, ajeno a todo, y Travis no se mueve de su lado de inmediato, disfrutando de este pequeño instante, y entonces siento que podría ser nuestra vida.

Trago saliva, obligándome a recordar todo lo que eso implica. Recordando lo que no puedo permitirme perder porque él se va en menos de un mes.

Cierro los ojos un instante intentando agarrarme a esa idea como un salvavidas para poner distancia. Pero cuando los abro, él ya me está mirando. Hay algo diferente en su mirada… decisión. Camina

hacia mí y se detiene cuando las puntas de sus zapatos rozan los míos. No me deja espacio para esconderme.

—Harper… quiero explicarte que, para mí, vosotros… —susurra.

—No hace falta que lo expliques —le corto—. Lo sé.

No lo sé con la cabeza ni con el cuerpo, sino con el corazón. En este instante, todo encaja, por eso dejo de resistirme. Siento el vértigo crecer en mi estómago, pero esta vez no pienso huir. Y antes de que pueda pensarlo demasiado, me pongo de puntillas y lo beso.

Es un beso distinto a los que nos hemos dado antes, más lento y más sentido; cada movimiento de nuestros labios parece tener la intención de sellar una promesa.

Sus labios se mueven sobre los míos con una calma que me desarma, como si supiera exactamente lo que está haciendo… como si estuviera saboreando cada segundo. Se detiene apenas, rozando sus labios con los míos de forma fugaz y haciendo que mi piel se erice. Sonríe sobre mi boca, tomando el control, y entonces vuelve a besarme con más intensidad.

Su lengua se adentra con suavidad en mi boca, buscando la mía, que le responde a su ritmo, uno que va más allá de lo físico. Porque no es un beso apresurado, es un beso que me deleita y calienta todo mi cuerpo.

Un gruñido gutural escapa de sus labios cuando lo agarro por la camiseta y me acerco más a él. Un suspiro se escapa de los míos sin permiso y se ahoga entre los suyos, y noto cómo su agarre se vuelve más firme. Sus manos encuentran mis caderas y las sujetan con seguridad, atrayéndome hacia él para que no quede espacio entre nosotros.

Respiro junto a su boca sintiendo que me derrito y lo deseo con una necesidad que duele, y lo quiero dentro de mí.

Cuando me eleva, rodeo su cintura con mis piernas casi sin darme cuenta. Mi cuerpo responde solo; sabe a dónde pertenece. Travis camina por el pasillo, sin dejar de besarme, lo hace lento y seguro. Porque no hay prisa por llegar a ningún sitio, porque ya estamos justo en el lugar en el que tenemos que estar. La puerta de su habitación se cierra a nuestra espalda y el mundo desaparece.

Travis me tumba en la cama con cuidado, sin romper el contacto, sin dejar de besarme. Sus labios siguen explorando los míos sin prisa, como si tuviéramos toda la eternidad por delante.

Se aparta lo justo para mirarme, y esa mirada oscura me desarma más que cualquier caricia. Ninguno de los dos dice nada, sinceramente, porque no hace falta. Hay una sonrisa leve en sus labios, llena de picardía, con hambre de más… una que muestra lo mismo que yo siento.

Este momento es adictivo.

Rodeo su cuello con mis brazos y tiro de él hacia mí para besarlo de nuevo con decisión. Mis caderas se elevan y rozan su erección, y sentirlo tan duro me hace cerrar los ojos de deseo. Vuelve a besarme y me dejo llevar, sin pensar en qué ocurrirá cuando regresemos o cuando llegue septiembre… No quiero pensar en todo lo que podría romperse. Porque aquí y ahora solo estamos nosotros, y las ganas vencen al miedo. Porque, por primera vez en mi vida, no siento que esté a punto de perderme, sino que voy a encontrarme; porque esto no es un error… ni es algo pasajero que olvidaré cuando se vaya… Por eso me dejo llevar por lo que siento, dispuesta a descubrir hasta dónde llegaremos esta noche… que lo va a cambiar todo.

CAPÍTULO 33



Han pasado dos días desde que regresamos de Denver, dos días desde ese fin de semana que lo ha cambiado todo entre nosotros. No hemos puesto nombre a lo que ocurrió, pero tampoco ha hecho falta, porque seguimos dejándonos llevar por las ganas, el deseo y las miradas que dicen más que mil palabras. El silencio entre nosotros ya no es incómodo, sino necesario. Existe un magnetismo inevitable que hace que al caer la noche, termine cruzando su puerta sin pensarlo demasiado. Y, joder, mi cuerpo la reclama y no es solo deseo… Es esa sensación de encajar a su lado; para mí es perfecta. Siento la impetuosa necesidad de ella y no me canso de hacer el amor con ella todas las noches, sin pensar en el futuro… porque no veo un futuro sin ella.

Siempre me voy antes de que Will despierte. No porque no quiera quedarme, sino porque ambos sabemos que hay una línea que, si cruzamos, lo cambiará todo. Aunque no me importaría.

Lo que sí debería preocuparme no es lo que estamos haciendo, es lo que va a pasar cuando termine mi contrato temporal y llegue septiembre. Pero no quiero pensar en eso, porque por primera vez en mucho tiempo… no estoy calculando un plan de escape.

Estoy terminando de revisar el equipo cuando suena la radio para darnos un aviso.

—Nuevo incendio forestal en la zona norte del bosque, cerca del lago. Posible propagación rápida por viento. —El mensaje de los guardas forestales se corta y el ambiente cambia en un segundo.

Se acabó la tranquilidad. Todos nos movemos rápido y veo que Michael ya está avisando a Zenon, que hoy libraba, para que venga; vamos a necesitar la plantilla completa.

Miro a Harper y, cuando nuestras miradas se cruzan, no hace falta decir nada para entender que tenemos que estar al cien por cien. Nos subimos al camión y conforme nos vamos acercando a la zona del incendio, el aire cambia, el olor a humo empieza a aparecer incluso antes de que veamos el fuego y cuando llegamos, Harper abre mucho los ojos, y lo entiendo.

Esto no es un incendio ordinario, es demasiado agresivo e inestable por el fuerte viento que lo azota. Y eso… eso nunca es buena señal.

—Desplegad líneas —ordena Michael—. Evacuación en la zona este.

Bajamos del camión y caminamos juntos hacia la propiedad más cercana. Cada uno de nosotros sabe lo que tiene que hacer. La casa es una estructura de madera antigua lacada en blanco, frente a ella hay un gran terreno sembrado y a su espalda se ve lo que parece ser un granero. Un hombre mayor está en el porche, mirando el fuego como si no fuera real.

—Señor, tiene que salir de aquí —le digo, cuando nos acercamos —. ¿Hay alguien más en la casa?

—No pienso irme —responde—. Ya vinieron la semana pasada a decirme lo mismo.

Frunzo el ceño. Harper y yo nos miramos un segundo.

—¿Quiénes? —pregunto confundido.

—Los de la inmobiliaria —escupe—. Quieren que venda, pero yo no me voy a ningún sitio.

—Ahora mismo eso no importa —interviene ella con calma—. Tiene que dejar su casa por su seguridad, más tarde podrá regresar.

—Tengo mis animales… —nos comenta.

—Estarán bien. Si tenemos que evacuarlos a ellos, también lo haremos —le asegura ella y veo que el hombre duda, mira al fuego y

luego a nosotros.

—Esto no es un accidente —añade seguro de sus palabras—. Ha sido intencionado.

—Lo averiguaremos —le prometo, y en su mirada desesperada leo que cree que no lo voy a tomar en serio, pero sí pienso hacerlo.

—Vamos, por favor, acompáñenos —insiste Harper.

El hombre no pone resistencia y lo sacamos de allí, lo llevamos al puesto junto a Michael y nosotros nos incorporamos al frente para apagar el fuego.

El calor nos golpea y el humo denso espesa el aire haciendo que la visión disminuya. Nos colocamos en línea junto a Zenon y Phill. Cojo el batefuegos, que no sirve de mucho con el viento, mientras que Harper usa la manguera y, en un movimiento compaginado, vamos controlando las llamas hasta que una nueva racha de viento hace que el fuego avance hacia nosotros de forma descontrolada.

—¡Más presión aquí! —grita Zenon.

Nos movemos hasta él y trabajamos la zona para intentar disminuir las llamas, y entonces pasa. Un crujido seco, agudo y demasiado cerca de nosotros me pone en alerta.

—¡¡CUIDADO!! —grito al ver un árbol caer a escasos metros y, por un segundo, visualizo a Harper debajo y el mundo se detiene. Pero, por suerte, mi chica se mueve y se aparta justo a tiempo, dejando el tronco impactar a escasos centímetros de su cuerpo. Mi corazón se salta un latido y mi respiración se corta.

—¡Joder! —mascullo, acercándome a ella.

—Estoy bien —responde sin mirarme—. Sigue.

Me ordena como si no acabara de volver a nacer. Niego para mí, incrédulo, y sonrío al ver los dos buenos ovarios que tiene esta preciosa mujer. No digo nada más y obedezco. Seguimos trabajando, pero una nueva ráfaga de viento hace que el fuego cambie sin aviso y un nuevo frente de llamas infernales se abra delante de mí. El calor sube de golpe y lo noto incluso a través del traje. Retrocedo, pero el humo negro me envuelve.

—¡Dixon, retrocede! —grita alguien, pero antes de que reaccione Harper ya está junto a mí.

—¡A la derecha! —me ordena y me empuja—. ¡Muévete!

Nos reubicamos y conseguimos franquear las llamas y ganar posición para seguir trabajando, pero entonces oímos un nuevo grito que me desarma.

—¡¡ZENON!! —grita Phill y al girarme lo veo en el suelo inmóvil.

—¡Joder! —Salgo corriendo hacia él.

—¡Travis, cuidado! —exclama Harper cuando una rama de un árbol cede, pero la esquivo y entro en las llamas.

—¡¡ZENON!! —grito de rodillas.

Sacudo su cuerpo, pero no responde.

—Está inconsciente —aviso a mis compañeros—. Hay que sacarlo de aquí.

Pero el viento vuelve a soplar más fuerte y me aísla de la zona segura. Miro a Zenon y entonces todo desaparece. Mi mente regresa a Iowa, a los gritos desesperados por querer sacar el cuerpo de mi compañero de las llamas y no poder hacer nada. Grité su nombre hasta quedarme sin voz, pero no fue suficiente para salvarlo. El pecho se me cierra y me cuesta trabajo respirar.

—¡¡TRAVIS!! —grita Harper y su voz me trae de vuelta, pero no puedo moverme. De repente está junto a mí y sujeta mi casco con sus manos para obligarme a enfocarme en ella.

—Mírame —me ordena—. Aquí y ahora. Estás conmigo en Silverton y Zenon solo está inconsciente.

Asiento y respiro, veo el brillo de su mirada y una sonrisa pequeña que me ancla al presente.

—El viento está cambiando y es impredecible —añade—. Tenemos segundos para salir, Phill y Tommy están abriéndonos paso y nos cubren.

—¡Línea secundaria! —ordena Harper—. ¡Cubrid este flanco!

Ambos obedecen y me muevo junto con Harper para coger a Zenon y sacarlo de aquí antes de que las llamas lo alcancen. Ninguno de los dos la cuestiona y obedecen. Admiro a esta mujer, no es la misma chica que cuando empezó el verano… Es una jodida bombera, mejor que muchos hombres que he conocido. Trabajamos juntos para sacar a Zenon, nos acercamos a su cuerpo y lo agarramos cada uno por un lado.

—A la de tres —dice ella y asiento—. Uno… dos… ¡Tres!

Lo levantamos y lo sacamos. El fuego sigue, pero no nos alcanza. Lo llevamos hasta la zona del puesto de Michael, donde ya hay una ambulancia para atenderlo. Harper habla con su padre y aunque este le advierte que tenga cuidado, ella tiene tal determinación en su mirada que me deja claro que no solo puedo confiar en ella, siento que la seguiría al mismísimo infierno si hiciera falta.

El parque de bomberos huele a humo, a metal caliente y a ese silencio extraño que queda después del caos. Estoy frente al mapa de Silverton, con el rotulador rojo aún en la mano, marcando los puntos en los que ha habido incendios este verano. Están separados, pero no tanto como pensaba. Todos están cerca de la misma zona, la finca del hombre que desalojamos esta tarde. Las palabras del anciano vuelven a mi cabeza como un eco incómodo. Guardo silencio, pero lo que estoy intuyendo… no me gusta.

—Has estado a punto de quedarte atrás. —La voz de Harper rompe el hilo de mis pensamientos.

—Estoy bien —respondo sin girarme y ella me ofrece un vaso con agua.

—Te has quedado paralizado —me recuerda y noto que se queda a mi lado.

—No —miento cogiendo el vaso y dándole un sorbo.

—Sí.

El silencio se tensa entre nosotros. Sigo mirando el mapa, aunque ahora mismo mi concentración se ha esfumado. Entonces su mano tapa lo que estaba observando y me obliga a mirarla.

—Si vuelve a pasar… —su voz es baja, pero más dura—, puedes morir.

—Pero no lo hice —comento apretando la mandíbula.

—Ese no es el punto.

—Nunca lo es contigo… —murmuro y noto cómo la frustración me sube por el pecho como un fuego mal contenido—. Jugarnos la vida es parte de nuestro trabajo, Harper. Sabes a lo que nos enfrentamos.

—Eso no significa que tengas que rendirte dentro del fuego —me recuerda y suspiro negando para mí.

—No me importaría morir trabajando —le aseguro y veo cómo cambia su expresión al instante.

—¿Qué? —pregunta atónita.

Dejo el vaso en un lado de la mesa y me giro hacia ella para encararla por completo.

—Que yo no debería estar vivo.

No he terminado de procesar lo que acabo de decir cuando su mano impacta contra mi mejilla. Siento un golpe seco e inesperado y el sonido corta el aire como un disparo. Parpadeo sorprendido no por el golpe, sino por el fuego que hay en sus ojos.

Me llevo la mano a la mandíbula notando el calor que se extiende bajo la piel. Harper tiene el puño cerrado, tenso, intentando esconder un temblor que no consigue controlar.

—No vuelvas a decir eso —susurra, con la respiración acelerada—. No delante de mí.

No aparto la mirada de ella, no puedo, porque tiene algo ahora mismo… algo que me sujeta más fuerte que cualquier incendio. Doy un paso, después otro y otro más… hasta que apenas queda espacio entre nosotros.

—Chispita… —mi voz sale grave y áspera—, tú no sabes lo que es salir de un incendio cuando tu compañero no lo hace, y ojalá nunca lo sepas.

Y, joder, no pienso, solo clavo mi mirada en sus labios y la beso. No es un beso suave, es exigente porque es una colisión, somos dos fuerzas que llevan demasiado tiempo evitándose y, al final, chocan.

Mi boca se estrella contra la suya y el mundo se contrae en ese punto exacto, calor, tensión, deseo, rabia y miedo. La agarro por la cintura y tiro de ella hacia mí con una necesidad real, casi desesperada. Como si necesitara comprobar que no es un sueño y que no se va a desvanecer como todo lo demás. Harper responde sin dudar, sus manos suben por mis hombros y se aferran a mí como si también sintiera el vértigo crecer. Y en ese instante… todo lo demás desaparece.

El fuego.

El pasado.

El miedo.

Solo estamos nosotros.

El beso cambia y se vuelve más lento, más ardiente y lleno de deseo. La alzo sin pensar y su cuerpo responde al mío con una naturalidad que me desarma. La siento sobre la mesa y mis manos recorren su cuerpo con urgencia contenida, con una necesidad que ya no intento ocultar. Abro sus piernas y encajo perfecto entre ellas. Mi frente roza la suya apenas un segundo para respirar el mismo aire. Y un pensamiento cruza mi mente… Harper es la única persona que consigue que no me pierda del todo cuando el miedo me alcanza y eso… eso sí que me da más miedo que bloquearme en un incendio. Ella es mi faro.

Cuando nos separamos para recuperar un poco el aliento, apoyo mi frente en la suya aún con los ojos cerrados, sintiendo mi corazón galopando como un caballo salvaje y al abrirlos, encuentro en los de ella decisión.

—Ven, sígueme —me pide poniendo su mano en mi pecho y empujándome con suavidad para bajarse de la mesa.

—¿Qué? —pregunto confundido.

—Vamos, Dixon —comenta risueña y frunzo el ceño.

—¿A dónde? —insisto.

Harper ya está cogiendo su casco y se gira antes de salir de la oficina. Y me sonríe de esa forma que me desarma por completo.

—A entrenar —me informa—. Ponte el equipo.

—¿Lo dices en serio? —cuestiono alzando las cejas y señalando mi erección.

—¿Qué pasa? —dice risueña—. ¿Pensabas que ibas a follarme aquí?

—La verdad es que nunca dejo a medias lo que empiezo —contesto con una sonrisa divertida.

—Pues esta noche podrás acabarlo si das la talla ahora —me vacila y veo cómo se coloca los guantes.

—¿Quieres jugar? —pregunto divertido.

—Quiero quemarme contigo —afirma—. Te veo en cinco minutos en la pista de entrenamiento.

La veo girarse y salir de la oficina dejándome solo echo un lío. Solo a ella se le ocurre entrenar después de estar más de seis horas

frente a un fuego que parecía no tener fin, pero así es Harper… es ese tipo de mujer que no te frena, sino que te impulsa a ser mejor persona y a subir de nivel.

Obedezco y me pongo la chaqueta, las botas y el casco. Y la sigo sin dudar, porque si ella va delante, yo pienso ir siempre detrás protegiéndola. Aunque Harper sepa cuidarse sola.

Salimos al exterior y el aire cálido de la noche de verano me parece demasiado tranquilo después de todo lo que llevamos vivido en las últimas horas. Fuera están mis compañeros esperándome. Frunzo el ceño confundido, sintiendo todavía la adrenalina corriéndome por las venas.

—¿Qué cojones…? —mascullo.

Harper pasa por mi lado sin detenerse y se gira lo suficiente para mirarme.

—Hora de entrenar, Dixon —sentencia.

Michael da un paso al frente con esa autoridad silenciosa que no necesita elevar la voz para imponerse.

—Simulación de atrapamiento. Visibilidad cero. Foco activo. Cambio de viento inesperado —ordena.

Veo a Zenon, completamente recuperado, que ya está en su sitio. Afortunadamente, solo fue una bajada de azúcar. Mi compañero maneja el equipo de gas con precisión mientras enciende el foco dentro del contenedor metálico de prácticas. Las llamas cobran vida al instante, reales, agresivas, vivas. Harper se coloca frente a mí y veo que no duda de mí.

—Esta vez no te vas a quedar quieto —me ordena.

—Dixon, lideras tú —indica Michael sin apartar la vista de mí.

—Está bien —respondo.

Intento no pensar en que algo vuelva a fallar. Las llamas van creciendo y devorando todo a su paso. El casco amplifica mi respiración. El humo negro lo cubre todo y, entonces, un golpe metálico seco y violento me sobresalta a mi espalda.

Tommy acciona la simulación de algo que se derrumba y lo hace con una barra de acero que cae a escasos centímetros de Harper. Ella lo sabía y, aun así, no se mueve ni un milímetro. La miro asustado y en el instante en el que el miedo crece, mi mente quiere

arrastrarme de vuelta a Iowa, a aquel incendio, lleno de gritos y desesperación, pero verla esperando a que yo actúe hace que, por primera vez en mi vida, el miedo quede atrás y el pasado no me alcance.

Se queda atrapada entre las llamas y casi la pierdo de vista por la altura que está cogiendo el fuego. Mi respiración se descontrola y todos esperan mis órdenes.

—¡Dixon, reacciona! —grita Michael desde fuera.

Otro golpe metálico de una nueva barra de acero cayendo más cerca de ella me hace despertar de inmediato y sin miedo. Aprieto la mandíbula y hablo analizando la situación.

—Zenon, línea secundaria a la derecha. Phill, baja presión y cubre salida. Harper, te abro paso y vienes conmigo —ordeno cogiendo la manguera y abriendo un frente para que pueda salir.

Nos movemos y el fuego se expande, pero logro sacarla. Aunque todo se complica cuando Zenon se queda atrapado tras una estructura móvil de acero.

Lo veo y solo tengo unos segundos para tomar la decisión correcta. Así que corro hacia él mientras Harper me sigue. Me lanzo para abrir la puerta con fuerza y el cuerpo de Zenon cae sobre mí simulando la misma situación de antes. Lo sujeto antes de que impacte contra el suelo y lo agarro bien.

—¡Lo tengo! —grito.

Tommy y Phill ajustan la presión de la manguera para cubrir nuestra salida mientras el fuego cambia de dirección con ese rugido salvaje que nunca deja de imponer respeto. Harper está a mi lado, sincronizada conmigo, como si lleváramos toda la vida entrando y saliendo juntos del infierno, y entre los dos conseguimos sacar a Zenon sin que nadie se quede atrás.

Salimos del foco y cuando Michael aplaude dando por válido el simulacro, me arranco el casco y lo dejo caer al suelo sin cuidado, respirando hondo, intentando asimilar lo que acaba de pasar.

Estoy temblando.

Pero no de miedo, sino porque acabo de lograr algo que creía imposible. No me he bloqueado ni un jodido segundo. Levanto la vista y entonces la veo. Harper me sonríe y corre hacia mí.

Abro los brazos casi por instinto, y cuando su cuerpo choca contra el mío, la rodeo con fuerza, pegándola a mí; necesito anclarme a ella y sentir que no desaparecerá entre el humo. Escucho su respiración junto a mi pecho, sus manos aferrándose a mi espalda y, ahora mismo, todo se reduce a este instante… a los latidos de nuestros corazones. Y, joder, no bloquearme en el fuego lo cambia todo. Por primera vez en mucho tiempo… no siento que esté sobreviviendo, sino que estoy empezando a vivir, porque los traumas están quedando en el pasado y por fin los estoy superando.

CAPÍTULO 34



Estoy en la cocina, con las manos apoyadas en la encimera y la mirada perdida en la taza de café que tengo frente a mí. Ya se ha quedado frío, aunque tampoco me importa. Will sigue durmiendo y Travis se ha ido antes de que amaneciera, como siempre. Aprieto los labios, porque no debería importarme. Yo fui la que puso esa norma, pero cada día me gusta menos que se vaya de esa forma. Como si estuviéramos haciendo algo malo.

Miro el contacto que tengo guardado en la agenda de mi móvil desde hace semanas y recuerdo perfectamente el momento en el que Dakota me dio su número. Fue cuando vinieron a celebrar el cumpleaños de Travis y sé que lo hizo con la certeza de que en algún momento lo iba a necesitar. Trago saliva y pienso que necesito hablar con ella.

—¿Hola? —dice al aceptar la llamada.

—Buenos días, Dakota, soy Harper… —respondo.

—Hola cielo, ¿ocurre algo? —pregunta directa, como es ella.

—Hace unos días… tuve una conversación con Travis y me dijo que no debería estar vivo.

—Tiene la culpa del superviviente —contesta con suavidad.

—Creo que sí, pero, por suerte, hemos estado entrenando en varios simulacros y ha dejado de bloquearse —comento con orgullo.

—Entonces ya ha comenzado.

—¿El qué?

—La sanación —aclara.

—No quiere ayuda —susurro—. Y, aun así, lo obligamos a entrenar todos los días y ha mejorado mucho.

—¿Sabes por qué?

—No tengo ni idea.

—Porque tú no intentas salvarlo, tan solo estás a su lado. Y eso —guarda silencio un instante—, es lo único que realmente funciona.

—No pienso dejarlo solo —confieso.

—Y eso es perfecto, porque no se trata de arreglarlo, Harper. Se trata de estar junto a él mientras él se salva a sí mismo.

—Eso haré.

—Gracias por llamarme.

—Gracias a ti por escucharme.

Cuelgo y justo en ese momento suena el timbre de casa. Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón y camino hacia la puerta con una sensación incómoda en el estómago, esa intuición que te avisa de que algo no va bien incluso antes de que ocurra. Y ahí está Kevin, impecable como siempre, traje perfecto, sonrisa ensayada y esa mirada de superioridad que nunca abandona.

—Buenos días, Harper. Tenemos que hablar —dice con calma, a punto de dinamitar mi vida.

Me cruzo de brazos bloqueando la entrada con el cuerpo para no dejarle pasar.

—Pues habla —respondo seca.

Saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta y me lo tiende con una tranquilidad que me pone aún más nerviosa.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Ábrelo.

Sé perfectamente lo que es incluso antes de abrirlo, pero aun así lo hago. El papel tiembla entre mis dedos cuando lo despliego y leo las primeras líneas. Demanda de custodia completa. Mi sangre empieza a hervir y lo fulmino con la mirada.

—¡¿Qué cojones es esto?! —grito sin poder contenerme.

—Te lo advertí —responde con esa calma calculada que siempre usa cuando cree que tiene el control—. Y aun así te llevaste a mi hijo con ese tío a Denver.

—¿Cómo? —Me quedo mirándolo incrédula intentando procesar hasta qué punto ha cruzado la línea.

—¿De verdad estás involucrando a mi hijo con un capullo que se va en dos semanas? —continúa, dando un paso hacia mí—. Nuestro hijo necesita estabilidad. No un bombero de verano.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele y le sostengo la mirada mientras mi cabeza va a la velocidad de una locomotora.

—Nuestro hijo necesita que no lo manipules —le digo a la vez que rompo el papel en cuatro trozos delante de su cara y los dejo caer al suelo.

—Te enviaré otra por *email* —responde sin inmutarse—. Will será solo mío.

—¡Vete a la mierda, Kevin!

—Puedo cancelar todo… si vuelves conmigo —me chantajea.

—Ni en siete vidas —niego sin dudar y él sonríe creyéndose ganador.

—Muy bien, pues pronto tendrás la citación del juzgado.

—Vete al infierno —escupo entre dientes mientras lo veo alejarse recolocándose la chaqueta como si esto no hubiera sido más que una conversación trivial.

—Claro que me voy, tengo una casa que vender —me asegura lanzándome un guiño que me enfurece un poco más.

Cierro la puerta de golpe y me apoyo un segundo en ella intentando recomponerme. Me giro hacia el pasillo y veo la puerta de la habitación de Will cerrada. El alivio me atraviesa el pecho. Al menos no está despierto y no ha oído nada.

Veo por la ventana del salón que Travis llega de correr y se cruza con Kevin; ambos se observan, pero Travis pasa de largo. Abro de nuevo la puerta para salir a su encuentro y en cuanto sus ojos se clavan en mí, los míos se llenan de lágrimas.

—¿Va todo bien? —pregunta y niego.

Vuelvo a negar. No puedo hablar. Siento cómo las lágrimas me nublan la vista y le enseño los trozos del papel. Travis los coge sin entender, los observa y su expresión cambia.

—Kevin va a pedir la custodia completa de Will… —digo al fin, sintiendo que decirlo en voz alta lo hace aún más real.

—No puede hacerte eso —masculla, mirando hacia donde ya no está el coche de Kevin.

—Lo ha hecho.

—No te va a quitar a Will —me promete y quiero creerlo.

Hay un silencio pesado entre nosotros, uno de esos que lo llenan todo. Me abraza. Sin pensar. Sin pedir permiso, y yo me dejo. Porque ahora mismo me tiemblan las piernas, porque el miedo se me ha instalado en el pecho como una losa imposible de quitar, porque sé lo que Kevin puede hacer. Tiene dinero, apellido… poder. Mi hijo lo es todo para mí.

Apoyo la cara contra el pecho de Travis y siento bajo su piel caliente el latido acelerado de su corazón. Él pasa su mano por mi pelo y me da un beso suave en la sien.

—Todo está bien —murmura.

Y quiero creerlo. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero cuando me aparto, él sigue cerca de mí. Acuna con sus manos mi rostro y con sus pulgares borra mis lágrimas con una delicadeza que me rompe por dentro. Travis apoya su frente en la mía y me besa con suavidad; sé que no me promete nada, pero ahora mismo me sostiene.

—¿Dónde está Will?

—Todavía duerme —respondo.

—Despiértalo. Nos vamos.

—¿Qué? No… no es buena idea —comento sabiendo lo mucho que se enfadaría Kevin si se entera.

—Tranquila. Confía en mí —dice con esa seguridad que desarma cualquier duda—. Levántalo. Voy a ducharme y nos vamos.

—¿A dónde? —pregunto y sonríe de esa forma suya que me descoloca.

—Al fin del mundo.

—¿Sabes qué? Yo me iría contigo —confieso.

—Venga, ahora te veo —se despide poniéndome un mechón de pelo tras la oreja.

—Vale, hasta ahora —acepto.

Lo veo alejarse. Entra en su casa y durante un segundo todo parece… manejable. Como si realmente pudiéramos salir de esto.

Cierro la puerta y suelto un suspiro largo, de esos que no sabes que estabas conteniendo. Camino hacia la habitación de Will. Me detengo un segundo para respirar y calmarme, sonrío y abro la puerta, pero entonces mi mundo se rompe.

La cama está vacía, las sábanas revueltas y la ventana de su dormitorio abierta. Mi corazón se detiene y no puedo respirar.

—¿Will? —Mi voz sale rota.

Miro cada rincón de la habitación por si se hubiera escondido, pero, nada, no está.

—¡Will! —grito y voy corriendo hacia el baño, donde tampoco hay rastro de él—. ¡¡WILLIAM!!

Mi respiración se descontrola y se acelera. Mi hijo no está y el pánico me atraviesa el corazón como un cuchillo. Salgo corriendo directa hacia casa de Travis. Golpeo la puerta con desesperación. Esto no puede estar pasando. Me abre sin camiseta, con el pelo húmedo y los mismos pantalones cortos de correr.

—Will no está.

—¿Cómo?

—No está en su cama… la ventana está abierta —explico de forma atropellada, casi sin aire.

—¿Crees que se ha escapado? —me pregunta Travis.

—Nos ha oído discutir… —Mi voz tiembla—. Seguro que nos ha oído.

—Cálmate y respira. Vamos a encontrarlo —dice cogiéndome la mano con firmeza—. Dame un minuto.

Travis se pone una camiseta limpia; no le ha dado tiempo de ducharse. Coge las llaves del coche y salimos sin perder un segundo más.

—Llama a tu padre —me indica—. Yo aviso al *sheriff*.

—No puede estar lejos —afirmo para intentar convencerme.

Pero no estoy segura de nada. Corro hacia la estación de bomberos mientras él arranca el coche y desaparece sin mirar atrás. Me he dado cuenta de que su cara refleja preocupación, porque Travis ya no es un extraño que está de paso… Él ha salido a buscar a Will como si fuera suyo, y ese pensamiento me da tanto miedo como esperanza.

CAPÍTULO 35



He puesto el coche en marcha antes de cerrar la puerta. No pienso, tan solo conduzco por las calles cercanas a nuestras casas. No hay ni rastro de Will; recorro las calles haciendo el perímetro de búsqueda cada vez más grande, aunque eso no cuesta mucho trabajo, ya que es un pueblo bastante pequeño.

El volante vibra bajo mis manos mientras acelero por un camino de tierra que lleva al bosque. El motor ruge y lo único que tengo en la cabeza es una imagen que no me gusta. Will asustado y perdido.

—Joder… —mascullo apretando los dientes.

Cojo el móvil con una mano y marco el número del *sheriff* mientras sigo conduciendo. Le voy informando y me dice que le ha llegado el aviso del inspector Michael. Me parece insuficiente, porque lo que quiero es que salga todo el pueblo a buscar al niño. Cuando cuelgo, veo que Harper me está llamando. La escucho y noto la angustia en su voz y siento que algo se rompe dentro de mí. Intento tranquilizarla y le prometo que Will va a aparecer sano y salvo.

Conforme van pasando las horas, mi desesperación crece. La gente grita su nombre y una sensación cada vez más agónica me presiona el pecho. Entonces, pienso en Will y a dónde iría si quisiera huir… No tengo ni idea, la verdad… No soy experto en niños, pero sí que empiezo a buscar donde todavía no ha empezado nadie, en el bosque.

Dejo el coche mal aparcado junto al sendero y salgo corriendo por el camino de zahorra, que es abrazado por los árboles a ambos lados. Aquí el silencio es mayor y solo se rompe con mis pasos y mi respiración acelerada.

—¡Will! —grito sin obtener respuesta y sigo caminando bosque adentro—. ¡¡WILLIAM!!

El eco de mi voz se pierde entre la montaña y, entonces, el miedo comienza a crecer dentro de mí como una sombra que me acecha, pero ese puto miedo no tiene nada que ver con el que he sentido con el fuego… este es peor. Porque no lo puedo controlar con mi mente, solo ansío que Will aparezca.

Sigo avanzando entre los árboles, esquivando ramas y saltando piedras, subiendo un terreno irregular que empieza a empinarse. Miro al suelo un instante y creo ver huellas pequeñas marcadas en la tierra, siento que el corazón me da un brinco. Ha pasado por aquí.

—Vamos, minihumano —murmuro entre dientes con la respiración acelerada—, no me hagas esto…

Noto cómo el corazón me golpea las costillas con una fuerza que no había hecho nunca antes. Y, entonces, reconozco y soy consciente de que estoy más acojonado de perderlo a él… que de regresar a aquel incendio de Iowa. Estoy jadeando, casi sin aire y el corazón me oprime el pecho. Es que esa personita me importa demasiado.

—¡¡WILL!! —grito mientras sigo subiendo y, de repente, oigo un ruido a mi izquierda que llama mi atención.

Es el ruido de las ramas moverse, parece que el bosque hable… ¿y si me lleva a él? Salgo del camino y me adentro en la maleza. Las ramas me arañan los brazos y mi camiseta se engancha, pero no paro. Sigo avanzando hasta un claro y, entonces, lo veo más arriba, en una pequeña pendiente.

Está desorientado, tiene la camiseta del pijama manchada de tierra y los ojos brillantes de las lágrimas.

—¡Travis! —grita al verme y se mueve demasiado rápido.

—¡Eh! ¡Eh, tranquilo! —Levanto las manos para que tenga cuidado y camino hacia él—. Ya estoy aquí, campeón.

—Travis… —balbucea entre llantos cuando me acerco más a él, pero se mueve sobre la roca y su pie resbala.

—¡¡CUIDADO!! —exclamo.

No lo pienso, tan solo corro los escasos metros que me separan de él y me lanzo en plancha para alcanzarlo cuando veo que pierde el equilibro y cae. El golpe me sacude los brazos, pero consigo cogerlo y lo sujeto con fuerza. Lo aprieto contra mi cuerpo, intentando protegerlo de todo, y durante un segundo solo nos envuelve el silencio… que luego se mezcla con su respiración y la mía.

—Te tengo —murmuro con la voz rota—. Te tengo.

Will se aferra a mi camiseta con fuerza y me abraza como si el mundo se fuera a acabar.

—Sabía que tú me encontrarías, gracias —afirma con su carita enterrada en mi cuello y al oír esa afirmación, siento que mi mundo se detiene.

Me quedo quieto con el niño en brazos y con esas palabras desplomándose encima como un puto alud. Porque, joder, no es un simple «gracias». No, sus palabras son de confianza total en mí y eso me rompe todos los esquemas. Trago saliva y lo abrazo más fuerte, con una sonrisa que no puedo borrar de mi cara.

—Claro que te encontraría —susurro—. Siempre.

—Te quiero, Travis —dice en voz bajita—. Papá no sabe que tú eres bueno.

—Los papás a veces dicen tonterías —respondo apartándole el pelo de la cara—. Y por eso no siempre tienen razón.

Cierro los ojos un segundo, porque oírle decir que me quiere me duele más de lo que soy capaz de aceptar. Este pequeño ha puesto mi vida patas arriba y confía en mí y, joder, no puedo defraudarle. Lo sujeto con seguridad entre mis brazos y empiezo a bajar con cuidado por la pendiente ladera abajo.

—¿Por qué te has escapado? —le pregunto, aun sabiendo la respuesta.

—Porque oí a papá gritarle a mamá y mamá le gritaba a papá… Sé que es porque papá quiere que me vaya con él para siempre y yo no quiero —me explica, limpiándose los mocos con la manga de la

camiseta y sonrío—. Mamá me necesita. Yo soy el hombre de la casa.

—Claro que eres el hombre de la casa —comento con una carcajada que hace que el dolor de mi pecho se alivie un poco—. Venga, vámonos a casa… Mamá te echa mucho de menos —le aseguro.

—Quería volver, pero no sabía —confiesa avergonzado.

—No pasa nada, pero, por favor, no vuelvas a marcharte —le suplico.

—¿Estoy castigado? —me pregunta como si yo tuviera alguna influencia en su educación.

—Sí, nada de chocolatinas hasta que termine el verano —improviso y él agacha la mirada arrepentido.

—Lo siento Travis… —susurra.

—Es a mamá a quien tienes que pedir perdón y prometerle que nunca, nunca jamás, volverás a escaparte de casa —le digo y él asiente.

—Te lo prometo *ogrosaurio*… —murmura acurrucado sobre mí y sonrío, joder, sonrío muchísimo porque me encanta sentirlo como parte de mi mundo y que me llame de esa maldita forma.

Camino despacio, asegurando cada paso para no resbalarnos y no es hasta que estamos en una zona segura cuando saco el móvil con una mano y marco el número de Harper, que responde al segundo.

—¡Travis! —dice mi nombre con la voz rota.

—Lo tengo —digo—. Estoy con Will y está bien.

Tal como termino la frase, oigo el llanto roto de angustia al otro lado de la línea y siento su sufrimiento como mío. Cierro los ojos un segundo para canalizar el dolor de sentirla así y sigo caminando hasta mi coche.

—¿De verdad que está bien?

—Sí, está bien —respondo y quiero que se tranquilice.

—¿Dónde estaba? —pregunta con la voz entrecortada.

—En el bosque.

—¡¿En el bosque?! —exclama alarmada.

—Tranquila, cariño… —murmuro—. Está bien y ya mismo llegamos.

—Gracias… —susurra.

No contesto, sinceramente, porque no sé qué decir, ya que lo único que sé es que solo he hecho lo que debía. Sigo bajando por el sendero con Will en brazos; conforme me voy calmando voy sintiendo su peso, su calor, su respiración tranquila contra mi pecho. Y, por primera vez en mucho tiempo, estoy rezando… dando gracias a la vida de que haya aparecido sano y salvo.

No quiero soltarlo, no quiero alejarme de este crío y tampoco de su madre. Confieso que ya no siento que esto sea algo temporal porque me importan más de lo que yo mismo me atrevo a reconocer, y pienso demostrarlo, pase lo que pase.

CAPÍTULO 36



Desde que Will desapareció, el tiempo deja de existir y solo tengo la sensación asfixiante de que le haya pasado algo horrible, y pensar en eso hace que la presión en el pecho me aprieta hasta que me ahogo y me cuesta respirar. Tengo un miedo visceral e incontrolable y estoy aterrorizada por lo que le pueda suceder.

Cuando los minutos se convierten en horas, la agonía es insoportable y llega un momento en que no sabes dónde buscar. Mis padres, Ginebra, Taylor, Kevin, sus padres y todo el pueblo lo están buscando.

Yo no me he movido de la puerta de casa porque tengo la esperanza de que pueda volver por sí mismo. En el momento en que mi móvil suena y veo que es Travis, mi corazón se salta paraliza.

—¿Travis?

—Lo tengo —dice—. Estoy con Will y está bien.

Tal como lo escucho, siento que me fallan las piernas y caigo de rodillas al suelo rota por un llanto que me desgarra el corazón.

—¿Está bien?

—Sí, está bien.

—¿Dónde estaba? —pregunto con la voz entrecortada.

—En el bosque.

—¡¿En el bosque?! —exclamo asustada.

—Tranquila, cariño… —susurra—. Está bien y ya mismo llegamos.

—Gracias…

La llamada se corta, mi madre se arrodilla junto a mí y sonrío a pesar de las lágrimas.

—Travis lo ha encontrado, está bien… —le informo y mi madre me abraza sin poder contener las lágrimas.

Saber que me lo va a traer de vuelta hace que todo el miedo desaparezca y la presión del pecho disminuya. Solo necesito verlos llegar a casa. Mi madre coge su móvil y llama por teléfono, sé que está avisando a mi padre y a Ginebra de que ha aparecido. Yo, ahora mismo, soy incapaz de hacer nada, solo espero angustiada que aparezcan de un momento a otro.

La espera se me hace eterna. Ginebra y Taylor son los primeros en llegar conmigo. Luego lo hace Kevin con sus padres y por último llega mi padre. No hay rastro de Travis, miro el móvil y han pasado veinte minutos, debe de estar al llegar… Entonces, veo su coche asomar por el principio de la calle y corro a su encuentro.

Travis detiene el coche cuando me acerco a ellos y ni siquiera llega a aparcar. Abro la puerta trasera antes de que el coche esté parado y cuando veo a mi hijo me lanzo sobre él y lo abrazo. Lo aprieto contra mí como si pudiera fundirlo con mi propio cuerpo.

—William —susurro emocionada y llorando sin control.

—Mami… —contesta él en voz baja y también llorando—. Lo siento…

Sonrío, porque ahora mismo lo único que importa es que está sano y salvo y que está aquí, conmigo. Lo vuelvo a besar, una y otra y otra vez. Inhalo su olor, huele a bosque, a miedo y a mi tesoro más preciado.

Lo saco del coche y cierro la puerta con la cadera. Camino con mi pequeño en brazos hacia mi casa, donde nos esperan todos en la acera.

—Nos has dado un susto de muerte —le digo entre lágrimas.

—Lo siento, mamá…

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto apartándome de él un poco y veo la duda en sus ojos verdes. Mira hacia Kevin, que viene a nuestro encuentro, y agacha la mirada.

—Porque quería esconderme de papá —susurra y Kevin se tensa, porque lo ha oído, al igual que su madre, que carraspea con una sonrisa nerviosa.

—Pero si papá es bueno, cariño… —contradice Esmeralda.

Will la mira y luego vuelve a mirar a Kevin, que le sonríe emocionado de tenerlo frente a él.

—Papá me quiere llevar con él… y yo tengo que cuidar de mamá —responde mi hijo y Kevin suelta una risa nerviosa.

—No dejarías de cuidar de mamá —aclara Kevin dándole un beso, pero Will aferra su manita en un puño sobre mi camiseta y no se suelta.

Lo vuelvo a abrazar con necesidad y lo beso sin parar, porque jamás en mi existencia había sentido tanto pánico y tenerlo conmigo, es el mayor regalo que la vida me ha podido dar.

—Mi hombrecito, no tienes que cuidar de mí… soy yo quien cuida de ti.

—No lo vuelvas a hacer —dice mi padre con voz firme.

—Lo siento, abu… no quería asustaros —susurra.

—Vas a estar castigado hasta que vayas al instituto —añade Ginebra, mientras que Taylor le revuelve el pelo y Will asiente.

—Travis ya me ha castigado sin chocolatinas hasta que empiece el cole… —le explica a mi amiga y entonces me giro para mirar detrás de mí.

Travis está justo ahí, un poco apartado de nosotros, y nos observa en silencio con una sonrisa de felicidad incalculable. Si no llega a ser por él… Camino con Will en brazos hasta él mientras nos sostenemos la mirada.

—Gracias —le digo y sé que no es suficiente. No lo será nunca.

—No es nada, chispita —responde relajado, pero en sus ojos hay algo diferente, algo que no había visto antes.

—Gracias, Dixon… —murmura Kevin dándole la mano, y Travis asiente sin apartar la mirada de mí.

Pido a Travis que se acerque a todos y, aunque ya conoce a mi padre y a mi ex, le presento a los padres de Kevin, a mi madre y a mis amigos. Las presentaciones son rápidas, todos le dan las gracias y él le resta importancia como si no acabase de traerme la vida de vuelta. Me doy cuenta de que Ginebra lo analiza como si fuera un extraterrestre.

—Así que tú eres el famoso Travis… —comienza a decir aun viendo la animadversión de Kevin hacia él.

—Y tú debes ser la amiga con la que se confiesa Harper —bromea y ella le lanza un guiño para mostrarle que sabe lo nuestro.

—Travis, él es Taylor, el novio de Gin —comento y ambos se dan la mano.

—Gracias, colega, por traer de vuelta a este torbellino —dice Taylor, dándole un abrazo.

—Solo he tenido suerte —responde él para restarse importancia.

—Me caes bien —dictamina mi madre que le da dos besos—. Soy la madre de Harper.

—Encantado de conocerla, señora —añade él educadamente y mira a mi padre que lo observa serio.

—Buen trabajo, Dixon.

—Gracias inspector.

—Podría quedarse … —comienza Cole, y veo la sorpresa en los ojos de Kevin—. Como alcalde de este pueblo, creo que Silvertone necesita gente como usted.

—Gracias alcalde, la verdad que no me importaría quedarme —añade Travis lanzándome un guiño que me roba el corazón, ya que para mí es toda una novedad que esté pensando en esa posibilidad.

—Yo creo que has tenido suerte, porque todo el pueblo estaba buscando a mi nieto y bueno… lo importante es que está bien —dice con una sonrisa tensa Esmeralda—. Pero te agradezco que lo hayas encontrado.

—Ha sido un placer, señora…

—Esmeralda —comenta ella.

—Un placer, Esmeralda —repite Travis con una educación exquisita.

Mi madre lo abraza pillándole por sorpresa y él suelta una carcajada que nos contagia a todos.

—Gracias por traerlo de vuelta —vuelve a decir ella.

—¿Vamos a casa? —pregunto mirando a mi pequeño que asiente.

Necesito entrar en casa, seguir abrazando a mi hijo y olvidar esta experiencia tan amarga.

Mis suegros se despiden de mí y Kevin regresa a su trabajo, al igual que Taylor a la cafetería, pero mis padres, Travis y Ginebra se

quedan con nosotros. La casa se llena de conversaciones que me ayudan a distraerme y dejar de pensar en todo lo que ha pasado.

Will se pone a jugar en el salón con varios dinosaurios y yo me deleito observándolo, porque es mi vida. Mientras, Ginebra y mi madre hablan conmigo sin apartarse ni un segundo de mi lado.

—Oye… —susurra Gin—, ¿ese bombero está siempre así de bueno o es hoy un día especial?

—Ginebra, que te va a oír —susurro y ella se encoge de hombros.

—No se sorprendería, ese lo sabe… —añade mi amiga.

—Es un bombón de chocolate muy guapo… —comenta mi madre y sonrío.

—¡Mamá! —me quejo.

—¿Qué? Soy vieja, pero tengo ojos y, madre mía, ese cuerpo parece esculpido en mármol.

—Eso lo sabe bien tu hija —confiesa bajito Ginebra y mi madre suelta una carcajada.

—¿De verdad? —pregunta mi madre, y ahora mismo quisiera que la tierra me tragase. Mi madre se ríe y me da un beso en la mejilla.

—Nos estamos conociendo —respondo.

—A fondo… —añade Ginebra—. Eso es lo mejor.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío porque tiene razón. Me muero por conocer cada palmo de su piel y de su bondadoso corazón.

—Es un héroe, por cierto —remata mi madre—. Eso suma puntos.

Entonces me giro en el sofá y miro hacia la cocina donde Travis está charlando con mi padre. No sé de qué están hablando, pero veo que él da un trago a su cerveza relajado y sonriendo por algo que le comenta mi padre, y eso me gusta… joder, me encanta.

La tarde pasa más rápido de lo que quisiera. Mis padres se marchan después de insistirme veinte veces en que los llame si necesito cualquier cosa. Ginebra me abraza tan fuerte que casi me rompe una costilla y Taylor le promete por videollamada a Will una montaña entera de tortitas cuando termine su castigo por escaparse. Incluso la promesa de Taylor a Will consigue arrancarme una sonrisa cansada, pero en cuanto la puerta se cierra, y todos se han marchado, la realidad vuelve.

Will está agotado, ha comido y le he dado una ducha rápida. Apenas mantiene los ojos abiertos cuando lo llevo hasta su habitación. Lo dejo en la cama y me quedo unos segundos observándolo respirar, colocándole el cabello hacia atrás con dedos temblorosos. Dejo la puerta entreabierta no por si se despierta, sino por un miedo irracional de volver a entrar y no encontrarlo. Cierro los ojos un instante y respiro hondo antes de regresar al salón donde sigue Travis, sentado en mi sofá, con los antebrazos apoyados sobre sus rodillas y la mirada perdida en algún punto del suelo. Se gira al oírme entrar y algo dentro de mí se encoge. Porque he visto cómo ha salido corriendo a buscar a mi hijo sin que nadie se lo pidiera y también abrazar a Will como si el miedo le hubiera arrancado el alma del cuerpo… sé que estoy completamente enamorada de Travis Dixon. Y, precisamente por lo que siento, esto tiene que terminar antes de que duela más. Antes de que Will se acostumbre demasiado a él y Kevin siga haciéndome la vida imposible. Porque sigue existiendo la posibilidad de que Travis se marche y me tocaría aprender a sobrevivir sin su presencia.

Ya lo he vivido antes con Kevin. Mi hijo no se merece sufrir por alguien importante para él que pueda desaparecer de su vida para siempre. Travis se pone de pie cuando me acerco y, antes de que pueda pensar demasiado, me lanzo sobre él y lo abrazo con fuerza.

Escondo el rostro en su pecho y él me rodea inmediatamente con sus brazos, después de haberse contenido durante horas para hacerlo. Su olor a jabón y bosque me envuelve por completo y durante unos segundos tengo la tentación de quedarme aquí para siempre. Porque con él todo duele un poco menos. Me obligo a apartarme, respiro y doy un paso atrás porque necesito distancia. Porque mi cuerpo es un traidor y lo único que quiere es volver a pegarse al suyo.

—Lo nuestro, no puede seguir —digo finalmente.

Travis frunce el ceño extrañado, como si no terminara de entender lo que acaba de oír.

—¿El qué?

—Tú. Nosotros. Todo esto —le explico y él guarda silencio intentando encajar mis palabras.

—No sabes lo que estás diciendo ahora mismo —responde al cabo de unos segundos—. Estás asustada.

—Claro que estoy asustada. Kevin quiere quitarme a mi hijo, Travis. ¿Cómo no voy a estarlo? —replico casi en un susurro.

Él aprieta la mandíbula y sé que si Kevin estuviera aquí, probablemente acabaría atravesando la pared del golpe que Travis le daría.

—No te va a quitar a Will.

—No lo sabes.

—Lo sé —insiste.

—No, no lo sabes —repito con más fuerza—. Tiene dinero, abogados, influencia… y tú te vas en menos de tres semanas.

Y suelto el temor que llevo clavado en mi corazón desde que regresamos de Denver. Desde el instante en que empecé a imaginar cosas que no debía. Travis baja la mirada un segundo antes de volver a mirarme.

—No sé qué voy a hacer cuando llegue septiembre —me confiesa y eso me rompe más que cualquier mentira, porque no me promete quedarse, nunca lo ha hecho.

—¿Lo ves? —susurro tragándome el nudo que me cierra la garganta—. Era cuestión de tiempo que esto se acabara.

—Harper…

—Y es mejor ponerle punto y final ahora.

Travis niega despacio e incrédulo. No se cree lo que estoy diciendo después de todo lo que hemos vivido este verano.

—¿Y si me quedo?

La pregunta me golpea tan fuerte que me deja sin aire, lo miro y busco verdad en ella para tener algo a lo que aferrarme.

—¿Te vas a quedar? —digo y veo la duda en su mirada.

— Voy a intentarlo, Harper... Pero no es tan fácil.

Asiento despacio, trago saliva y hago un esfuerzo por deshacer el nudo de tristeza que me ahoga. Respiro, o eso intento, entrelazo los dedos para que no note cómo me tiemblan las manos y obligo a mi voz a mantenerse firme, aunque siento que me estoy rompiendo por dentro.

—No puedo construir un futuro con alguien que está pensando en irse.

—No es justo… —susurra dando un paso hacia mí.

—La vida tampoco lo ha sido conmigo.

—¿Por qué haces esto? —pregunta, entonces, mirándome en un intento de entenderlo—. ¿Por qué te alejas de mí?

«Porque te quiero demasiado, y Will también. Porque si te marchas nos vas a romper el corazón a los dos…». Pero no digo nada de lo que pienso. Solo aprieto la mandíbula y cojo aire para llenarme de valor.

—Lo hago por el bien de mi hijo.

Travis suelta una risa incrédula, niega para sí y entonces se acerca todavía más.

—No —murmura—. Lo haces porque tienes miedo.

—No sabes de qué hablas.

—Claro que lo sé —dice sin apartar sus ojos negros de mí—. Tienes miedo de reconocer lo que sientes por mí. Tienes miedo de jugártela y que salga bien. Y sinceramente, chispita, te creía más valiente.

—No me importa lo que pienses, tengo que usar el sentido común.

—Pues a mí sí me importa lo que tú pienses —susurra en voz baja y grave—. Porque estoy cansado de fingir que esto no me está cambiando —confiesa y noto que el corazón me da un vuelco.

—Travis…

—¡No! Escúchame tú ahora.

Me rodea la cintura con un brazo y tira de mí hasta pegar mi cuerpo al suyo. El aire desaparece de mis pulmones cuando su otra mano me sujeta la nuca y entonces me besa.

Y, joder, Travis reclama mis labios como si le pertenecieran. Un beso que grita desesperación. Su boca choca contra la mía como si llevara toda una vida intentando contenerse y por fin se hubiera rendido. Sus labios reclaman los míos con una intensidad brutal, devorándome la razón, rompiendo mi cordura y acabando con las malditas excusas que llevo horas intentando construir.

Gimo en su boca cuando noto sus dientes atrapando mi labio inferior y su lengua acaricia la mía sin prisa; es una caricia posesiva que pretende grabarse en mi memoria. Sus manos ahora aprietan mis caderas con fuerza para evitar que vuelva a alejarme de él y demostrarme que no piensa soltarme. Y lo peor de todo… es que yo tampoco quiero que lo haga, porque besar a Travis Dixon es como incendiarse por dentro.

Adictivo.

Salvaje.

Real.

Cuando finalmente se aparta, nuestras respiraciones son un desastre y mi corazón late tan fuerte que creo que podría romperme las costillas. Travis apoya su frente contra la mía y sonríe de esa forma tan peligrosa que siempre termina desarmándome.

—Me da igual cuántos muros intentes levantar para alejarme de ti, Harper —susurra rozando mis labios otra vez—. Pienso derribarlos uno a uno con mis propias manos… hasta que entiendas que ya no pienso irme a ninguna parte sin ti.

CAPÍTULO 37



No he dormido una mierda y no porque haya pasado la noche teniendo sexo. Bueno… también, pero, sobre todo, porque no he podido dejar de mirar a Harper, que duerme como si el sufrimiento no pudiera alcanzarla cuando se siente segura... Y anoche se sentía segura conmigo.

Se quedó dormida sobre mi pecho, yo escuchaba el viento que azotaba las ramas de los árboles y seguía acariciando su pelo, pensando en lo que estoy sintiendo.

Me intentaba convencer de que no estaba cruzando ninguna línea invisible de las que siempre me habían mantenido vivo emocionalmente, pero era mentira… con ella hacía tiempo que las había cruzado todas.

Decido marcharme con los primeros rayos del amanecer, no porque quiera, sino porque conozco las reglas de Harper. No le gusta que Will me vea en casa tan temprano. Así que me pongo los vaqueros en silencio y recojo mi camiseta del suelo mientras Harper sigue dormida boca abajo entre las sábanas. Durante unos segundos me quedo mirándola y, joder, está preciosa con el pelo revuelto y los labios hinchados de tanto besarme. Ella es mi hogar.

Antes de salir, me asomo en la habitación de Will. Mi campeón sigue dormido abrazado a un dinosaurio de peluche y está atravesado en la cama, rendido tras una pelea contra las mantas.

Respiro aliviado por verlo a salvo, porque todavía tengo el miedo pegado a la piel. Fueron tres horas. Tres putas horas desaparecido y sentí más terror que durante aquel incendio en Iowa. Este crío y su madre me han cambiado…

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando Will llama entre sueños a Harper y, aunque me parece inexplicable, veo que mi chica se ha despertado como si alguien hubiera lanzado un disparo al aire. Sale del dormitorio poniéndose una camiseta cuando me ve en medio del pasillo y camina rápido hacia mí.

—Tienes que irte —me advierte en un susurro y sonrió.

Asiento relajado y me humedezco los labios para reprimir las ganas que tengo de volver a saquear su boca.

—No puedes echarme para siempre, chispita.

—Lo sé… —susurra poniéndose de puntillas y dándome un beso fugaz.

Salgo de su casa y, aunque no son ni las siete de la mañana, no tengo sueño, así que me voy a correr un poco.

No me quedaba café en casa y cuando pasé corriendo por la gasolinera del pueblo, compré uno para llevar. Y ahora estoy sentado en el capó de mi coche, frente a mi casa, con un café asqueroso entre las manos y, pese a los doce kilómetros de carrera, no he conseguido dejar de pensar en Harper ni en Will.

Estoy jodido.

A mi mente regresa el recuerdo de cómo ayer el niño se aferró a mi cuello y me susurró… «Sabía que me encontrarías». Me cago en todo… Saco el móvil antes de arrepentirme y escribo un mensaje rápido a Dakota.

Yo:
Necesito hablar contigo.

Son las diez de la mañana, no sé si estará trabajando o si podrá responderme, pero, por suerte, Dakota tarda exactamente treinta segundos en llamarme.

—Dime que ya le has pedido matrimonio. —Es lo primero que me dice cuando descuelgo la llamada y suelto una risotada.

—No seas alcahueta.

—Pero tampoco te disgustaría…

—No te he llamado para hablar de matrimonio —replico y oigo una risita divertida al otro lado de la línea.

—Pues tú me dirás, ¿qué me quieres contar Travis? —pregunta con voz dulce; esa es su magia, que nunca presiona.

—Hace un par de días estuve en un incendio —comienzo a decir —. Casi me bloqueo otra vez.

—¿Qué pasó?

—Zenon perdió el conocimiento y entré en pánico… Pero luego Michael organizó con Harper varios simulacros y todos mis compañeros estuvieron encima de mí y bueno…

—¿Y?

—Entré en el fuego, y salí sin bloquearme.

Espero que me felicite o también me vale alguna frase tipo «sabía que lo conseguirías», pero con Dakota las cosas no funcionan así.

—¿Qué cambió? —inquiere y pienso en una respuesta justa.

Miro hacia la casa de Harper, me doy cuenta de que tiene la luz de la cocina encendida y, joder, ahí está la respuesta.

—Entendí que no puedo cambiar el pasado, pero sí reescribir mi presente —contesto.

—Travis, el trauma no desaparece del todo, pero se supera y cada vez que entras y sales del fuego, tu cerebro aprende que no estás en Iowa —me comenta y me froto la nuca pensando en sus palabras.

—Sigo viendo su cara, oigo sus gritos desgarradores… —confieso.

—Lo recordarás siempre, pero el miedo ya no te domina. No te paraliza, tú lo controlas a él y si por cualquier cosa te vuelve a suceder, no te aísles… llámame.

Asiento, aunque ella no pueda verme, y durante unos segundos solo escuchamos mi respiración. Hasta que ella rompe el silencio.

—Ahora cuéntame qué más ha pasado desde que volvisteis de Denver —exige saber no como psicóloga, sino como amiga, y suelto una carcajada.

—¿Dónde está Garret? —le pregunto, porque todavía no he hablado con mis amigos de lo que estoy a punto de contarle a ella.

—Está en la universidad, entrenando a los chicos…

—Vale, es que… prefiero hablar luego con ellos.

—Tranquilo, soy una tumba —añade risueña.

—Will se escapó ayer… —comienzo a decirle.

—¿Will? —pregunta alarmada.

—Sí, estuvo tres horas desaparecido y casi me muero.

—Dios… ¿está bien?

Por un instante, vuelve la imagen de Will asustado con los ojos llenos de lágrimas. Aprieto la mandíbula y asiento en silencio como si ella me pudiera ver.

—Sí. Lo encontré en el bosque.

—Joder, Travis…

—No te imaginas el susto —confieso.

Y lo peor no fue encontrar al niño, lo peor fue entender lo que sentí en el instante que lo abracé y supe de verdad que los amo, a los dos, y que ya no quiero marcharme.

—¿Y Harper? —pregunta Dakota con suavidad.

—Acojonada —respondo pasándome la mano por la cara—. Kevin quiere pedir la custodia completa de Will… Y esta mañana, después de pasar toda la noche juntos, prácticamente me empujó fuera de la casa para que el niño no me viera allí.

—Necesita tiempo.

—Lo sé y voy a dárselo.

No tengo dudas de eso, aunque me esté volviendo completamente loco.

—¿Y qué pasa en septiembre? —sigue con el interrogatorio y cierro los ojos.

Pienso en Iowa, en mi antigua vida, en mi casa, donde están todas mis cosas, mis padres viven cerca… y luego pienso en Silverton. Pienso en Will riéndose porque le enseño a lanzar a canasta y a mi mente viene Harper mirándome desde el porche mientras se muerde el labio intentando no sonreír. Pienso en mis compañeros del parque de bomberos, en lo a gusto que estoy aquí. Mi corazón pertenece a este lugar y esa verdad me golpea tan fuerte que casi me deja sin aire.

—Creo que no voy a volver —sentencio—. He pensado que podría alquilar mi casa de Iowa o venderla.

—Eso suena a que por fin has dejado de huir y de mentirte —dice relajada y resoplo.

—Nunca me he mentido —me defiendo y Dakota se ríe.

—«Dos meses y me largo» —imita mi voz—. Travis, llevas diciendo eso desde que pusiste un pie en Silverton.

—Me gusta demasiado Harper.

—Estás enamorado.

No respondo, pero sé que lleva razón. Me he enamorado de Harper tan fuerte que ahora mismo la idea de irme me resulta físicamente imposible. Y Will… Joder, ese pequeñajo me destrozó las defensas sin que me diera cuenta.

—¿Y ahora qué hago? —dudo en voz baja.

El silencio se hace entre nosotros y Dakota tarda unos segundos en responder.

—Seguir con tu vida, Trav.

—Eso no ayuda mucho —me quejo.

—Claro que ayuda. Porque llevas toda la vida huyendo antes de que las cosas te importen demasiado y esta vez no has salido corriendo.

Aprieto la mandíbula y reconozco que tiene razón. Anoche Harper intentó terminar lo nuestro y yo me negué. No por orgullo, ni por ego, sino porque cuando dijo que lo nuestro tenía que acabarse, sentí algo romperse dentro de mí.

—Fluye con la vida —continúa Dakota—. Te sorprendería descubrir hasta dónde puedes llegar cuando empiezas a escuchar a tu corazón en lugar de a tu cabeza.

Dirijo mi vista otra vez hacia la casa de Harper y veo la cortina del salón moverse; segundos después la puerta se abre. Will sale al porche y me mira sonriente.

—¡Hola Travis! ¿Quieres echar unas canastas? —me propone gritando desde la entrada de su casa.

—Sí, me encantaría —respondo—. Tengo que colgar.

—Harper y Will son tu familia, Dixon.

La llamada se corta y por un instante me quedo inmóvil mirando hacia la casa donde Will me espera con el balón de baloncesto debajo del brazo. Dejo el vaso de café en el capó del coche y camino hasta él justo cuando bota el balón y pierde el control de la pelota.

—Ese bote da pena, minihumano —le digo con una sonrisa gigante.

—¡Traviiiis! —grita corriendo hacia mí con la mirada iluminada.

Will recupera el balón, lo abraza y me mira de esa forma tan inocente que hace que algo cálido me golpee directamente en el pecho. Harper aparece en el porche con una camiseta enorme. Al cruzarse nuestras miradas, el aire cambia, porque todavía puedo sentir su piel sobre la mía y recordar cómo gemía mi nombre anoche. Ella traga saliva y sonríe cuando agarro a su hijo, lo cojo en brazos y me acerco a ella para darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, chispita.

—Buenos días… —susurra con una sonrisa que me calienta por dentro.

—Eh, Trav, vamos a jugar —me pide.

—A sus órdenes —respondo poniéndolo en el suelo.

Caminamos hacia el jardín y sonrío al ver cómo rebota el balón cada vez mejor.

—Mira, voy a hacer un triple —comenta lanzándolo desde donde está y fallando estrepitosamente.

—Sí, bueno, quizá necesitamos practicar un poco más —digo soltando una carcajada.

Recojo el balón, me coloco frente a él y me agacho para quedar a su altura, y vuelvo a sonreír; este pequeño me saca sonrisas a todas horas.

—A ver, escucha atentamente porque esto es información básica. Primero, flexiona rodillas —le pido y Will me imita inmediatamente.

—¿Así?

—Perfecto. Ahora usa las yemas de los dedos para sujetar el balón, no la palma —le explico y le coloco las manos sobre el balón con paciencia infinita—. Mira al frente —continúo—. El balón siente el miedo.

—¿De verdad? —pregunta Will abriendo muchísimo los ojos.

—Claro, y si detecta debilidad te humilla.

Will se ríe tan fuerte que Harper termina soltando una carcajada desde el porche y entonces la miro. Ella nos observa como si nosotros fuéramos su mundo. Y la entiendo, porque yo también lo siento… y por eso no puedo permitirme perderlos.

CAPÍTULO 38



El fuego tiene sonido, la gente cree que solo quema… Pero el fuego ruge, respira y avanza como una bestia despiadada que devora todo a su paso. Y este incendio pinta realmente mal, sobre todo… cuando vemos que son demasiados metros los que ha abarcado y no tenemos equipos suficientes para apagarlo. Michael ha pedido refuerzos a los pueblos colindantes y en cuanto me bajo del camión, sé que va a ser un servicio jodido.

El viento sopla desde el lago hacia la montaña levantando cenizas calientes que chocan contra la máscara y convierten el aire en un horno en el que es imposible respirar. Las llamas avanzan demasiado rápido entre los árboles secos y el humo cubre el cielo de Silverton hasta volverlo naranja oscuro.

—¡Línea al flanco este! —grita Michael por encima del estruendo y todos corremos inmediatamente.

Harper pasa junto a mí cargando la manguera sobre el hombro y, durante apenas un segundo, nuestras miradas se cruzan bajo todo el caos. Han pasado seis días desde que Will se escapó. Seis días en los que Harper me echa cada mañana de su casa antes del amanecer. Y, aun así, seguimos devorándonos con la mirada, como dos idiotas incapaces de mantenerse lejos el uno del otro.

Anoche cené con ellos. Will me obligó a ver dibujos animados durante dos horas y cuando se durmió, Harper me besó como si yo

fuera su lugar favorito en el mundo y, bueno, así estamos, con una relación en tierra de nadie; pero ahora mismo no tengo tiempo para pensar en ello porque hay un fuego que apagar.

Subimos la colina entre humo y cenizas mientras el equipo intenta contener el avance de las llamas antes de que alcancen otra zona del bosque. Entonces veo un segundo foco que está a unos trescientos metros del primero.

—¿Qué haces, Dixon? —grita Tommy cuando me detengo en seco.

No respondo, estoy mirando la dirección del fuego. El viento sopla hacia el noreste, pero las llamas del segundo foco avanzan casi en perpendicular.

No tiene sentido.

El calor me golpea la cara incluso detrás de la máscara, miro el terreno quemado y una idea me atraviesa el pecho. Focos separados y propagación estratégica… Mi pulso se acelera.

—Mierda… —mascullo.

—¡Travis! —grita Harper acercándose—. ¿Qué pasa?

—Mira eso —le señalo.

—¿El segundo foco? —pregunta y asiento.

—No debería haberse extendido así.

Harper vuelve a mirar el terreno y puedo ver exactamente el instante en que empieza a entenderlo también.

—El viento no va en esa dirección…

—Eso es.

Un árbol cae varios metros más abajo provocando una lluvia de chispas. Michael ordena que hagamos una retirada parcial y nos reubiquemos para seguir trabajando en controlar el perímetro, pero mi cabeza ya no está completamente en el incendio, está uniendo piezas.

El rancho del anciano hace menos de una semana y ahora otra vez la misma zona, mismo terreno, mismo dueño. Y una sensación cada vez más clara clavándose bajo mi piel… esto no es casualidad.

Dos horas después, el incendio está parcialmente controlado, pero el rancho del anciano vuelve a correr peligro. El cielo sigue cubierto de humo y mi cuerpo al completo me duele cuando ayudamos a

evacuar, por segunda vez, a todos los seres vivos del pequeño rancho junto al lago. Los siete caballos están nerviosos dentro del cercado improvisado. El anciano se pasa las manos temblorosas por el pelo blanco mientras observa la parte que queda de su terreno.

—Van a terminar consiguiéndolo… —murmura.

Harper y yo intercambiamos una mirada rápida.

—¿Quiénes? —pregunto quitándome el casco.

—Los mismos de siempre.

—¿La inmobiliaria? —inquiere Harper y él asiente lentamente.

—Llevan años intentando comprar estos terrenos. Primero buenas palabras, luego amenazas y ahora esto.

—¿Está diciendo que cree que provocan los incendios? —cuestiono serio y él anciano me mira derrotado.

—Hijo… nací aquí hace ochenta años. Sé distinguir un accidente de una advertencia y de una clara coacción.

—¿Quién exactamente viene a presionarle? —sigue interrogando Harper cruzándose de brazos.

—Los de la inmobiliaria de Silverton, Golden State.

—Kevin trabaja allí —deduce Harper inmediatamente, como si necesitara quitarle importancia antes de que alguien saque sus propias conclusiones.

Pero ya es tarde, porque algo en mi cabeza acaba de hacer clic. Todos los incendios, todas las zonas afectadas, son de propietarios que se niegan a vender. Kevin aparece siempre a recoger a Will después de un incendio… y siempre insiste en que ganará suficiente dinero para quitarle a Will… Mierda.

—Primero fue la familia Brown, después los Harrison y ahora yo. Y casualmente todos recibimos ofertas justo antes de que empezaran los incendios —nos explica y siento a Harper tensarse a mi lado.

—Eso no prueba nada —dice ella rápido.

—No necesito pruebas para saber cuándo alguien quiere echarte de tu propia tierra —sentencia el anciano y asiento.

El humo flota sobre el lago mientras seguimos trabajando en terminar de asegurar el perímetro, pero yo ya no puedo dejar de pensar en las palabras del anciano, porque todo encaja demasiado bien.

Joder, algo oscuro se revuelve dentro de mí, porque si estoy en lo cierto… ese hijo de puta ha puesto en peligro a todo el pueblo. Incluidos a Harper y a Will.

—No puede ser Kevin —dice Harper en cuanto nos alejamos lo suficiente para que nadie nos escuche.

Estamos junto al camión, cubiertos de hollín y sudor, mientras el resto del equipo recoge material alrededor nuestro. La noche empieza a caer sobre el lago y yo sigo pensando en los patrones que se han repetido todo el verano.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Porque… porque no —responde nerviosa y suelto una risa amarga.

—Buen argumento, chispita —comento y ella me fulmina con la mirada.

—Kevin es muchas cosas, es egoísta y un putón… Pero no prendería fuego al bosque.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque es el padre de Will.

Ahí está, la parte de ella que todavía quiere creer que eligió bien alguna vez. Me acerco despacio y le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Cariño, todos los incendios han sido cerca de terrenos cuyos dueños se niegan a vender. Todos —repito—. Y el fuego de hoy tenía varios focos separados; eso no pasa porque sí.

—Sigues sin tener pruebas —susurra con la mirada perdida hacia el bosque quemado.

—Lo sé. Necesito pruebas, Harper. Eso es lo único que me frena de ir ahora mismo a romperle la cara.

Me alejo de ella y respiro hondo. Me pongo las manos en las caderas y necesito pensar… Porque esto ya no va solo de celos, ni de rivalidad… Va de vidas. Ella vuelve a mirarme y sus ojos muestran el miedo a que tenga razón. El viento mueve los mechones sueltos de su cabello lleno de cenizas y ahora es ella quien acerca a mí.

—¿Y si te equivocas?

Guardo silencio, porque creo que no lo estoy. Miro otra vez el bosque calcinado y entonces entiendo que no puedo quedarme

quieto esperando a que las cosas pasen. Harper me toca el brazo obligándome a mirarla.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta preocupada y sonrío sin humor.

—Que alguien está jugando con fuego, y quien juega con fuego… termina quemándose.

CAPÍTULO 39



El parque de bomberos huele a café recalentado, humo y cansancio. Son casi las dos de la madrugada y la mayoría del equipo ya se ha ido a descansar después de conseguir sofocar el incendio. Harper se ha vuelto a casa con Will y yo… he decidido quedarme.

Solo quedan algunas luces encendidas en la planta baja y el sonido lejano de Tommy discutiendo con la máquina expendedora porque se ha tragado sus monedas otra vez y no le ha dado nada. Yo llevo una hora encerrado en la sala común revisando mapas y cuanto más lo estudio, peor pinta tiene todo.

Cojo el plano de Silverton, lo doblo y lo guardo bajo el brazo. Subo las escaleras y llego al despacho de Michael. La puerta está entreabierta, no se ha ido a casa, probablemente porque, después de ver ese monstruoso incendio, a él también le cueste trabajo conciliar el sueño.

Michael levanta la vista cuando entro, tiene las gafas bajas sobre la nariz y varios informes desperdigados por el escritorio.

—Dime que vienes con una cerveza.

—Traigo algo mejor —comento, enseñándole el mapa doblado y Michael resopla cansado.

—Mierda, más trabajo.

Cierro la puerta detrás de mí y despliego el mapa sobre su mesa, él mira las cruces rojas y frunce el ceño inmediatamente.

—¿Qué es esto? —me pregunta y apoyo ambas manos sobre la mesa.

—Todos los focos de los incendios forestales de este verano.

Él empieza a repasarlos en silencio, se fija en el lago, en la zona norte… Luego en los senderos de la zona oeste y finalmente vuelve a mirarme.

—¿Qué estás intentando decirme? —cuestiona y señalo las primeras marcas.

—La finca de la familia Brown —le indico y Michael asiente lentamente.

—El incendio de junio —identifica él.

—Vendieron dos semanas después —le informo gracias a la confirmación del anciano del rancho.

—Los Harrison —digo moviendo el dedo hacia otra cruz, y noto cómo el gesto de Michael cambia ligeramente porque ya empieza a ver lo mismo que yo.

—También vendieron después del incendio —murmura—. Y han cercado todo para que empiecen las obras para construir allí un hotel turístico.

Saco varias fotografías impresas que encontré en la web de la inmobiliaria y las dejo junto al mapa. Una gran casa de campo de lujo, con un muelle privado directo al lago y una piscina infinita.

La mandíbula de Michael se endurece y me mira comprendiendo mi inquietud.

—¿Y el incendio de hoy? —me pregunta y mi dedo cae sobre la última cruz.

—El anciano del rancho que se niega a vender —respondo—. Esta noche, cuando fui a ayudarlo a salir de su casa, insistió en que todos eran intencionados —le explico—. He ido hace un rato a verle, ya está de nuevo en su casa y me lo ha contado todo con detalle, me ha dado fechas exactas y todas cuadran con los incendios.

El despacho queda en silencio, solo se escucha el ventilador que gira despacio en el techo. Michael se inclina sobre el mapa otra vez y sé que ha dejado de ver incendios aislados y empieza a ver un patrón que se repite.

—Mierda… —murmura.

—Todos los terrenos están junto al lago. Todos pertenecían a familias que se negaban a vender y todos terminaron cediendo después de los incendios. —explico y Michael se pasa una mano por la barba.

—Sigues sin tener pruebas de quién los provoca.

—Lo sé y eso me está volviendo loco —confieso soltando un bufido—. Hoy había dos focos separados y no iban a favor del viento… Eran provocados —sentencio y Michael permanece callado con la mirada clavada en el mapa.

—¿Quién crees que está detrás? —pregunta finalmente.

—Silverton Golden State —respondo sin dudar.

Él me mira, aprieta la mandíbula y sé que piensa en el mismo hombre que yo.

—No puedes acusarlo sin pruebas —dice Michael al cabo de unos segundos.

—Pero puedo encontrarlas.

—¿Cómo? —duda y ojalá tuviera una respuesta, pero solo digo lo que creo.

—Estando atento a sus movimientos y ver si siguen presionando a ese anciano después del incendio de hoy.

El jefe de bomberos suspira cansado y se deja caer hacia atrás, contra el respaldo de la silla. Parece diez años más viejo por la preocupación que empaña su rostro, porque esto ya no solo va de incendios intencionados… Va de Kevin.

—Hablaré con el *sheriff* —dice finalmente—. Sin levantar sospechas. Solo… estaremos pendientes.

Asiento satisfecho porque si Kevin realmente está detrás de los incendios, acabará cometiendo un error y yo estaré aquí para cuando ocurra. Doblo el mapa y me lo guardo, dispuesto a marcharme.

—Dixon —me llama Michael.

Me detengo con la mano sobre el pomo de la puerta y me vuelvo despacio. Veo que guarda silencio y sopesa lo que diablos sea que vaya a decirme.

—Mi hija ha pasado años sobreviviendo —comienza a decir y se quita las gafas—. Y desde que llegaste… vuelve a sonreír... No sé

qué va a pasar contigo en septiembre.

—Yo tampoco lo sé —reconozco.

—Pero yo sí sé una cosa —continúa—. Eres un buen hombre, Dixon. Y mientras hagas feliz a Harper y cuides de mi nieto como lo estás haciendo… tienes mi bendición.

Sus palabras me atraviesan y asiento mientras le sostengo la mirada. Por un instante soy incapaz de responderle. Me quedo ahí de pie como un idiota, con el mapa bajo el brazo y una presión extraña apretándome el pecho. Porque nadie me había ofrecido nunca antes un lugar y una familia.

—Gracias, jefe —respondo y Michael sonríe satisfecho.

—Vete a descansar antes de que empiece a arrepentirme.

Suelto una risa cansada y salgo del despacho. Pero cuando bajo las escaleras del parque de bomberos, con el humo todavía pegado a la ropa y el nombre de Harper clavado en el pecho, siento que algo se alinea dentro de mí y entiendo lo que llevaba meses evitando admitir… Ya no estoy buscando una salida de Silverton… estoy buscando la forma de quedarme. Aunque eso implique que tenga que hacer algunas gestiones en Iowa. Ahora sé que Harper y Will son para mí lo más importante y valioso que tengo en el mundo y aceptaré todos los cambios por una vida a su lado.

CAPÍTULO 40



El fuego devora el cielo. Las llamas avanzan tan rápido que apenas dejan espacio para respirar y el viento convierte cada chispa en una amenaza nueva. Los árboles crujen como si fueran alaridos de dolor y se mezcla con el sonido que produce el granero ardiendo. El aire está tan caliente que siento la garganta arder incluso detrás de la máscara. Todo es un caos.

—¡Proteged el lado norte! —grita mi padre por la radio.

Corremos entre humo y cenizas viendo cómo el rancho del señor Miller vuelve a arder por tercera vez en menos de un mes y esta vez las llamas han avanzado tanto que no va a ser posible salvar el granero. El fuego ya lo ha consumido casi entero. El techo colapsa con un estruendo brutal y varias chispas salen disparadas hacia la vivienda principal. Mierda.

—¡Harper, retrocede! —grita Zenon.

Apenas lo escucho porque mi cabeza lleva toda la mañana atrapada en otro lugar… en Travis. Hace tres días que se fue a Iowa a gestionar varios asuntos propios y yo no le quise pedir explicaciones. Porque no quiero convertirme en una mujer insegura que espera que Travis elija quedarse. Aunque lo eché de menos desde el mismo instante en que vi desaparecer su coche calle abajo. Su ausencia se nota en todas partes y sobre todo aquí, en este incendio, que parece peor que los anteriores, y más sabiendo que es intencionado. No entiendo cómo hay seres humanos que carecen de

corazón y sus almas oscuras solo son capaces de hacer daño por intereses económicos.

Una explosión se produce dentro del granero y veo al dueño del rancho derrumbándose emocionalmente junto a la ambulancia.

—No… no… no… —repite el anciano roto de dolor.

Me acerco a él mientras dos sanitarios intentan mantenerlo apartado del fuego y a salvo. Veo las lágrimas en su rostro y es inevitable que en mi interior sienta una oleada de tristeza.

—Señor Miller… —comienzo a decirle y él me agarra del brazo con una fuerza inesperada.

—El álbum… —susurra destrozado—. El álbum de fotos de mi boda sigue dentro de la casa.

—¿Qué?

—Es lo único que me queda de ella… —continúa y su voz se rompe en llanto.

Y, joder, lo entiendo, porque hay objetos que sostienen una vida entera y el amor de una vida.

—Sesenta años juntos… —solloza—. No puedo perder eso también. Lo tengo en el salón, en el mueble de la entrada.

Miro hacia la casa y compruebo que las llamas todavía no han alcanzado completamente la planta baja, pero el humo negro empieza a salir por las ventanas. Sé que es peligroso, pero no puedo soportar ver que quien sea que está detrás de todo esto también le arrebate su último recuerdo.

Camino hasta la casa y recuerdo aquella conversación en la que Travis acusó a Kevin de estar detrás de los incendios y yo no quise creerlo, ni quiero… no hay pruebas, porque por mucho daño que Kevin me haya hecho, sigue siendo el padre de Will. Y desde que nuestro hijo se escapó de casa, no ha vuelto a presionar con la custodia… Quizá Travis está equivocado.

El viento cambia de golpe y las llamas avanzan peligrosamente hacia el porche principal. Mi padre está demasiado lejos coordinando a Tommy y Phill; nadie me ve. Así que aprovecho y, antes de poder pensarlo demasiado, corro hacia la casa. Subo los escalones del porche cubriéndome la máscara con el brazo y entro. El calor me golpea inmediatamente, dentro todo es humo oscuro y asfixiante.

No se ve nada, así que me agacho y oigo la madera crujir mientras avanzo intentando orientarme.

—¿Dónde coño está el salón? —mascullo.

Camino a tientas hasta encontrar una estantería medio caída y entonces veo en el suelo un álbum grande. Voy hacia él, lo agarro contra mi pecho y decido salir justo cuando un estruendo infernal sacude toda la casa.

Una viga del techo cae a pocos metros de mí levantando una lluvia de chispas y haciéndome retroceder instintivamente. El humo se vuelve más denso y no veo la salida. Toso más fuerte intentando avanzar, pero el suelo bajo mis botas cruje peligrosamente y confirmo que hay demasiado humo. Algo explota a mi lado, creo que son los cristales, y el impacto me golpea violentamente y salgo despedida contra la pared.

Todo me da vueltas, el álbum se escapa de mis manos y de repente apenas puedo respirar. Intento incorporarme, pero no puedo… Siento los latidos de mi corazón en la sien y los oídos me pitan. Solo veo el fuego por todas partes y, joder, no puedo morir aquí. Will me necesita. La imagen de mi hijo me atraviesa la cabeza tan fuerte que siento una punzada de dolor, pienso en sus ojos verdes, su risa y sus abrazos, que son como estar en el paraíso. Tengo que volver con él.

Intento moverme otra vez y un gemido roto escapa de mi garganta, me duele el hombro y el humo nubla mi visión. Siento el miedo comenzar a apoderarse de mí y bloquearme porque no me responden las piernas. Entonces pienso en Travis, en sus manos sujetándome la cara. En su voz grave diciéndome que no puedo rendirme ahora.

Travis… tengo miedo de no volver a verlos. Las lágrimas se mezclan con el sudor, alargo mi mano y sujeto el álbum de bodas del señor Miller. Cierro los ojos un segundo y suplico al cielo salir de aquí…

CAPÍTULO 41



La carretera hacia Silverton serpentea entre montañas mientras el sol empieza a caer detrás de los árboles. Conduzco con una mano apoyada sobre el volante y la otra descansando cerca del móvil, aunque llevo media hora resistiéndome a llamar a Harper, porque la echo de menos. Joder, me muero de ganas por verla.

Han sido tres días de mierda en Iowa cerrando una vida que ya no siento mía. He vaciado mi apartamento, he metido todas mis cosas en un trastero y he firmado un contrato de alquiler de mi casa a cuatro estudiantes universitarios.

Y mientras cerraba las cajas… solo podía pensar en una mujer de ojos verdes y un minihumano obsesionado con las chocolatinas y el baloncesto… reconozco que mi corazón ya solo pertenece a ellos y a Silverton.

Estoy mirando al frente cuando veo la columna de humo negra elevándose detrás de las montañas y mi corazón se detiene. No, no, no… Aprieto el volante con fuerza y acelero al ver el humo que va creciendo cada vez más a cada curva que cojo. Mierda, hay un nuevo incendio y yo no estaba aquí.

Piso el acelerador aún más, el coche prácticamente derrapa al entrar en el camino del lago y el olor a humo se cuela inmediatamente por las ventanillas abiertas. Conforme me voy

acercando a la zona, oigo las sirenas, que se mezclan con gritos, y al llegar, veo que todo está ardiendo y es un caos.

El granero del rancho del anciano es una estructura envuelta en fuego y las llamas están avanzando directamente hacia la vivienda. Veo a bomberos de Brackleyk ayudando a sofocar el incendio. Zenon y Tommy van sacando a los caballos nerviosos. Del cielo llueven cenizas y entonces veo a Michael de pie frente a la casa, llorando, no veo a mi chica y el mundo entero se paraliza un segundo. Salgo del coche de un salto y corro hacia él.

—¡¿Dónde está Harper?! —grito llegando hasta él.

Michael levanta la cabeza y veo el terror absoluto reflejado en sus ojos.

—No lo sé, estaba aquí hace un momento.

No escucho nada más, no pienso, y tampoco dudo, simplemente corro hacia adentro.

—¡¡TRAVIS!! —grita alguien detrás de mí—. ¡¡NO ENTRES AHÍ!!

Ignoro la orden, porque Harper está dentro y ella no puede morir. El calor golpea mi cara incluso antes de llegar al porche. Me quito la sudadera mientras avanzo y me la ato alrededor de la boca y la nariz dejando solo los ojos descubiertos. La flama quema y la piel me arde, pero eso no me impide seguir; no me importa, porque estoy dispuesto a entrar directamente al mismísimo infierno por ella y traerla de vuelta.

Cruzo la puerta principal y el humo me golpea tan fuerte que apenas veo. Toda la estructura cruje, el techo, las paredes y el suelo bajo mis zapatos, y de repente, recuerdo Iowa, el mismo humo negro y el mismo terror; el recuerdo intenta atraparme, pero no lo va a conseguir, ella me necesita. Aprieto los dientes con una fuerza brutal y me lleno de valor avanzando casi sin visibilidad.

—¡¡HARPER!! —grito avanzando entre las llamas.

No responde, solo oigo el crepitar de las llamas y toso mientras sigo caminando a ciegas hacia la única habitación que las llamas todavía no han devorado. Entonces la veo y el mundo entero deja de girar. Está inconsciente, tirada en el suelo con lo que parece un libro contra su pecho. Corro hasta ella y caigo de rodillas.

—Chispita… cariño mírame… vamos…

No responde, por suerte sigue con la máscara puesta y el oxígeno le llega limpio, pero verla así hace que algo se rompa dentro de mí. El pánico me abraza y me niego a que este sea nuestro final.

—No me hagas esto —susurro cogiéndola en brazos.

Me levanto tosiendo y noto que me tambaleo mientras me desplazo con ella hacia el pasillo. Harper pesa demasiado, o quizá soy yo quedándome sin aire, pero no me importa… No pienso soltarla en medio del infierno.

Una viga envuelta en llamas cae detrás de nosotros y yo intento avanzar más rápido, aunque prácticamente vaya caminando a ciegas. Mis pulmones arden y mi garganta me quema. Escucho los gritos afuera que me ayudan a orientarme hacia la salida, porque si algo tengo claro es que Harper va a vivir, aunque yo tenga que dejarme la vida en ello.

No sé cómo atravieso la puerta principal. El aire fresco golpea mi cara justo cuando caigo de rodillas sobre la tierra con Harper todavía entre mis brazos y rompo a llorar, mientras que Michael y los chicos corren hacia nosotros. La tumbo sobre el suelo temblando de miedo, le quito la máscara y le aparto el pelo de la cara.

—Vamos, chispita… no me hagas esto…

No respira y empiezo a reanimarla sin pensar, hago las compresiones. Una, dos, tres… treinta y le doy aire. Nada. Sigo y mi visión se nubla por las lágrimas.

—Vamos, cariño, por favor… vuelve conmigo…

—¡¡Harper!! —grita Michael acojonado y yo sigo con las compresiones.

Cuando vuelvo a hacerle dos insuflaciones, ella jadea y, joder, es el sonido más hermoso que he oído en toda mi puta vida. Harper tose violentamente y gira la cabeza buscando aire mientras yo prácticamente me derrumbo sobre ella.

—Travis… —susurra abriendo los ojos lentamente.

Me echo a reír y a llorar al mismo tiempo. Apoyo mi frente contra la suya mientras intento recuperar el aire.

—Me has dado un susto de muerte, cariño.

Le acaricio la cara con manos temblorosas mientras ella intenta incorporarse.

—Joder, estos tres días se me han hecho eternos —murmuro todavía sin apartarme de ella.

—Lo que importa es que has vuelto —susurra débilmente con una pequeña sonrisa que me da vida.

Los paramédicos se acercan a ella y yo me aparto aturdido. También me asisten y me ponen una mascarilla de oxígeno. Me curan una quemadura en el brazo y me ponen unos puntos de aproximación en el pómulo. Miro a Michael, que me observa con una mezcla de gratitud y alegría, como si le hubiese devuelto la vida, mientras yo pienso que solo he actuado como un loco egoísta porque no podría soportar una vida sin ella.

Una ambulancia se lleva a Harper porque Michael insiste en que le hagan un chequeo completo. También han querido que yo me fuera, pero me he negado porque todavía tengo trabajo por hacer.

Guardo silencio mientras siento impotencia por ver la casa arder. Miro al señor Miller abrazado al álbum de fotos y sonrío, pensando que solo Harper está lo suficientemente loca para haber entrado a buscarlo. Aunque yo también estoy como un cencerro, así que hacemos buena pareja.

Veo un agente que corre hacia el *sheriff* que está hablando con Michael, y este me hace un gesto para que me acerque a ellos.

—¿Qué pasa? —pregunto. Aunque cuando veo las imágenes del ordenador portátil que me están enseñando lo comprendo.

—Las cámaras lo han grabado todo —me informa Michael.

—¿Qué cámaras? —pregunto confundido.

—Después de lo que hablamos… informé al *sheriff* y puso cámaras ocultas en varias zonas cercanas al rancho del señor Miller.

Michael sigue hablándome, pero no lo oigo, solo miro el vídeo que muestra el ordenador. La imagen es nítida, además, se ve la matrícula del coche y al capullo que baja con dos garrafas de gasolina y rocía el granero del señor Miller.

Kevin comete tal barbarie que realmente creo que no es consciente de la gravedad de sus acciones. Cuando termina de verter el líquido, vemos cómo corre de nuevo al coche y, segundos después, comienza el incendio.

Michael aprieta la mandíbula con tanta fuerza que parece que vaya a romperse los dientes. Y yo siento algo oscuro crecer dentro de mi pecho. Furia, porque hoy Harper casi muere y Will podría haberse quedado sin madre.

—Lo tenemos —sentencia el *sheriff* cerrando el portátil, pero apenas lo escucho.

Porque sigo viendo a Harper inconsciente entre el humo y el fuego, sigo sintiendo su cuerpo inerte entre mis brazos. Sigo escuchando el sonido roto de su respiración cuando se recuperó y ese hijo de puta casi me la arrebata.

Lo peor de todo es que probablemente pensó que solo estaba quemando un maldito granero para conseguir que el señor Miller le vendiera el rancho, pero se ha equivocado…

Sigo apretando la mandíbula mientras observo las llamas consumir lo poco que queda de la casa del señor Miller, y algo dentro de mí termina de romperse definitivamente. Kevin acaba de cruzar una línea y juro por Dios… que voy a asegurarme de que arda en el infierno que él mismo ha provocado en Silverton.

CAPÍTULO 42



La casa huele a café recién hecho y aunque han pasado dos días desde el incendio, sigo notando el olor del humo pegado a mi piel cada vez que inspiro profundamente. Por las noches me despierto sobresaltada creyendo que sigo atrapada dentro de aquella casa, incapaz de respirar mientras el fuego avanzaba hacia mí. Pero gracias a que Travis me abraza medio dormido y me pega a su pecho, consigo tranquilizarme.

Ahora mismo está en mi cocina, relajado, haciendo tortitas con Will como si no me hubiese salvado la vida.

—¡Más chocolate! —grita mi hijo desde la encimera.

—Te vas a convertir en un diabético antes de primaria, glotón.

—Soy fan del chocolate —afirma mi hijo encogiéndose de hombros.

Travis suelta una carcajada grave y yo sonrío desde el sofá sin que ellos me vean. Durante años pensé que la felicidad era algo imposible para mí y ahora tengo una perfecta…

Dos golpes en la puerta interrumpen el momento y mi sonrisa desaparece inmediatamente. Cuando abro, veo a mi padre junto al *sheriff*; también están Kevin, su madre y un agente. Por suerte, Will está demasiado entretenido intentando robar chocolate para darse cuenta de la tensión que llena la casa de repente.

—Campeón —dice Travis agachándose frente a él—. ¿Me ayudas a buscar mi móvil?

—¿Tu móvil? —pregunta Will comiéndose un trozo de chocolate.

—Creo que lo dejé en tu habitación —le comenta, y mi hijo sale disparado hacia su dormitorio mientras Travis le revuelve el pelo al pasar.

Salgo al porche y entorno la puerta detrás de mí. Miro primero al *sheriff*, luego a mi padre y, finalmente, miro a Kevin, que viene esposado junto a un agente.

Verlo así hace que el aire abandone mis pulmones, porque es el hombre que conozco desde hace años. Tiene ojeras marcadas, la camisa arrugada y hay algo diferente en su mirada.

—Harper, cariño, Kevin quiere despedirse de Will antes de… —empieza a decirme Esmeralda—. Kevin jamás haría daño a nadie.

Pero ya no puedo escucharla, porque recuerdo el vídeo que captaron las cámaras del *sheriff*. Y desde que vi esas imágenes no logro borrarlas de mi cabeza.

Kevin me mira y noto que todavía intenta buscar duda o debilidad en mis ojos, como si todavía creyera que puede convencerme de su inocencia.

—Yo no quería que esto pasara así… —murmura y siento náuseas.

—¿Así cómo? —pregunto con dureza—. ¿Quemando vivo a alguien? ¿Provocando incendios por dinero?

—Harper…

—¡Pude morir allí dentro! —me exalto.

Entonces, Kevin baja la mirada avergonzado y, en ese instante, algo dentro de mí termina de romperse definitivamente.

El hombre del que estuve enamorada, con el que tuve un hijo y con el que compartí parte de mi vida es cruel, egoísta y codicioso, capaz de destruir hogares para conseguir dinero.

Dios.

¿Qué clase de persona hace algo así?

—Tenemos que irnos en diez minutos, Kevin —informa el *sheriff*.

—Quiero despedirme de Will —me pide y siento que el corazón se me va a salir del pecho. Me envuelve el dolor, la tristeza y la decepción.

Porque por mucho daño que haya hecho… sigue siendo su padre. Abro la puerta y lo miro con determinación.

—Solo cinco minutos —susurro y Kevin asiente.

El *sheriff* le quita las esposas y el agente pasa con él adentro de casa. Voy hasta la puerta del dormitorio de nuestro hijo y al abrir miro a Travis, que entiende lo que está a punto de pasar.

—Cariño, papá ha venido a verte.

Will se levanta corriendo y se detiene confundido al ver tanta gente en nuestro salón, pero Kevin se agacha frente a él y, durante un segundo, veo al hombre del que me enamoré hace años. No al monstruo, ni al codicioso… solo al padre de mi hijo, y eso es lo que más duele.

—Hola, campeón… —susurra emocionado.

Will lo abraza y Kevin cierra los ojos aferrándose a él como si se estuviera ahogando. Tengo que apartar la mirada un segundo, porque esto no debería haber terminado así. Kevin le acaricia el pelo despacio.

—Papá tiene que irse de viaje una temporada, ¿vale?

Le miente, sí, pero ¿qué otra explicación le puede dar a un niño de cuatro años?

—¿Muy lejos? —pregunta mi pequeño y Kevin asiente.

—Sí, campeón —responde.

—¿Y cuándo vuelves? —quiere saber, curioso, y Kevin sonríe con tristeza.

—No lo sé.

Will parece pensar seriamente en el tiempo exacto al que puede referirse y, entonces, se gira, coge un dinosaurio pequeño del cesto de juguetes y se lo entrega a Kevin.

—Toma papá, para que no estés solo —dice entregándoselo.

Las lágrimas anegan mis ojos y veo cómo Kevin aprieta el dinosaurio entre los dedos intentando sostenerse en él.

—Gracias, campeón…

Will le da un beso en la mejilla completamente ajeno a la gravedad de todo, porque, joder, solo tiene cuatro años.

—Es hora de irnos —sentencia el *sheriff* poniendo su mano sobre el hombro de Kevin.

Este asiente despacio y se pone de pie. Will lo mira confundido cuando empiezan a llevárselo hacia la puerta.

—¡Hasta pronto, papá! —se despide mi pequeño y el nudo de tristeza termina de ahogarme.

Me llevo la mano a la boca para silenciar un sollozo y veo cómo Kevin se gira por última vez… y creo que esta imagen me perseguirá siempre. En ese momento comprendo que hay personas capaces de destruirlo todo, incluso cuando aman a alguien.

Todos se marchan y cierro la puerta y queda un silencio que lo ocupa todo. Noto a Travis acercarse a mí despacio y abrazarme por la espalda, convirtiéndose en mi lugar seguro.

Will vuelve a salir corriendo hacia la masa de las tortitas sin entender realmente lo que acaba de pasar. Y yo me quedo ahí de pie, rota y hundida en la tristeza, mientras Travis me sostiene en un abrazo sin decir nada. No intenta arreglarlo, simplemente está presente y, por primera vez, no siento que tenga que soportar el mundo yo sola.

El juicio de Kevin es rápido, ya que las pruebas son irrefutables. El *sheriff* aportó los vídeos, además de que encontraron en el coche de Kevin dos garrafas de gasolina vacías y en su correo electrónico varias ofertas asfixiantes a las familias que vendieron.

Los incendios provocados de Silverton recaen sobre Kevin como un castigo inevitable con veinte años de prisión. Cole dimite como alcalde tres días después de que a su hijo lo metan en la cárcel y Esmeralda ha puesto la casa en venta porque no soporta que la gente la critique.

Una semana después de todo el revuelo llega el día en que mi padre se jubila. Hoy el parque de bomberos está extrañamente tranquilo mientras subo las escaleras hacia su despacho.

Todavía sigo de baja después del incendio. Aunque apenas me quedan marcas físicas, las emocionales siempre tardan un poco más en cicatrizar. Llamo a su puerta con suavidad.

—Pasa, Harper.

Entro y encuentro a mi padre sentado detrás del escritorio fingiendo revisar papeles con demasiada concentración, y no tiene

sentido, porque hoy no debería de estar aquí. Sé que está nervioso, yo también lo estaría si después de treinta años de servicio, llegara el momento de ponerle punto y final a una etapa que ha marcado gran parte de tu vida.

—¿Qué pasa? —pregunto divertida y él me tiende una carpeta azul.

—Ábrela —me pide y frunzo el ceño a la vez que me siento frente a él.

Abro la carpeta y tardo unos segundos en comprender lo que estoy leyendo. Vuelvo a leerlo, porque no puede ser real y levanto la mirada sorprendida.

—¿Qué es esto?

—Tu contrato indefinido como bombera de Silverton —contesta mi padre mientras sonríe orgulloso.

—¡¿Qué?! —exclamo sorprendida.

—La plaza no es tuya porque seas mi hija —me explica—. Es tuya porque llevas meses demostrando que mereces este trabajo.

Juro que intento decir algo, pero toda la presión de los últimos años me cae encima de golpe… El estrés, tener la sensación de que nunca es suficiente, el sacrificio, la disciplina, el miedo… y, entonces, me echo a llorar. Porque he soñado con este momento desde que tengo uso de razón, es mi sueño, y hoy se ha hecho realidad. Y si algo tengo claro es que si él no hubiese creído en mí, no hubiera trabajado tanto hasta hacerlo realidad. Mi padre se levanta, rodea el escritorio y yo también me levanto para abrazarlo como cuando era pequeña.

—Estoy orgulloso de ti, cariño —susurra emocionado—. Muchísimo.

Apoyo la cara en su hombro, incapaz de dejar de llorar, porque nadie entiende lo cansada que estaba de luchar por mis sueños, y justo en este instante la puerta del despacho se abre de golpe.

—¡¡Sorpresaaaaa!! —grita Ginebra, que entra llorando de emoción y se une a nuestro abrazo—. ¡Mi mejor amiga ya es oficialmente bombera!

—Ya era antes bombera —dice Tommy detrás de ella cargando una caja enorme de dónuts.

Mi madre entra después secándose lágrimas y Zenon aparece con varios cafés. Sinceramente, esta oficina no es tan grande para que quepamos todos, pero igualmente me parece perfecto. Phill también se hace hueco y detrás asoma Travis con Will subido sobre sus hombros, quien me señala emocionado.

—¡Mami! ¡Ahora puedes llevarme al cole en el camión! —exclama feliz mientras Travis lo deja en el suelo y corre hacia a mí. Suelto una carcajada entre lágrimas y lo abrazo fuerte. Levanto la mirada y me encuentro a Travis observándome desde la puerta del despacho.

No dice nada, pero me sonríe mirándome con orgullo. Entonces, soy consciente de cómo él ya encaja aquí, como si siempre hubiera pertenecido a este lugar.

Después del verano se ha quedado. Todavía no lo ha confirmado, pero yo ya lo sé porque me contó todo lo que hizo en su viaje exprés a Iowa y eso solo significa una cosa.

Durante años pensé que sobrevivir era suficiente. Mantener a Will a salvo, trabajar duro y no necesitar a nadie me parecía el único plan posible para seguir adelante… Y entonces apareció Travis Dixon.

El bombero arrogante que le robó una bolsa de chocolatinas a mi hijo antes de conocerlo, y a mí me robó el corazón. El hombre que aseguraba no soportar a los niños, pese a que Will se lo ganó a la velocidad de la luz. El idiota insufrible que me juzgó antes de conocerme y terminó mirándome como si yo fuera capaz de incendiar su mundo.

Travis Dixon llegó a Silverton a principios de julio como una tormenta imposible de contener. Caótico, arrogante y peligroso para alguien como yo, que llevaba años levantando muros para sobrevivir sin depender de nadie. Y sin darme cuenta, ese hombre desordenó cada uno de los planes que había construido para proteger mi corazón.

Y ahora, aquí, rodeada de las personas que quiero y viendo a Travis reírse con mi hijo como si siempre hubiera estado en nuestras vidas, ahora sé que vivir no es solo sobrevivir.

Vivir también es incertidumbre, vértigo, miedo, ilusión y esperanza. Y cuando encuentras a las personas adecuadas…

descubres que una sola vida puede ser suficiente para sentirlo absolutamente todo hasta el último aliento.

CAPÍTULO 43



El teléfono vibra sobre la mesa de la cocina mientras el café todavía humea frente a mí. Por un instante pienso que es alguno de los chicos, pero, para mi sorpresa, me llaman del parque de bomberos de Iowa.

El número de la central del parque aparece en la pantalla como un fantasma de una vida pasada. La misma vida del tipo que no se quedaba el tiempo suficiente en ningún sitio como para echar raíces. La vida del cobarde que pensaba que si no amaba a nadie… nunca podrían romperlo.

El teléfono sigue vibrando. Harper está terminando de duchar a Will, y afuera empieza a refrescar y, por primera vez desde hace semanas, Silverton no huele a humo. Huele a lluvia y a calma. La llamada se corta y segundos después vuelve a sonar, esta vez sí descuelgo.

—Aquí Dixon —saludo.

—Hola, capullo —me saluda mi superior y sonrío—. El plazo del voluntariado terminó el miércoles pasado y tu plaza está esperando para que te incorpores el próximo lunes.

Cierro los ojos un segundo e identifico que esta es la salida. La excusa perfecta para volver a huir antes de sentir demasiado. Escucho al otro lado hablar sobre los horarios, los nuevos turnos y el apartamento de alquiler temporal que podrían conseguirme mientras se cumple el contrato de arrendamiento de mi propio apartamento,

pero, la verdad, ya no me imagino de vuelta en Iowa sin Harper, ni Will.

Viene a mi mente la imagen de mi chica dormida sobre mi pecho, la del pequeño riéndose cuando consigue encestar la pelota en el aro y Michael llamándome hijo sin darse cuenta.

—¿Dixon? ¿Sigues ahí?

Miro hacia el pasillo y veo a Harper aparecer descalza. Lleva puesta una de mis sudaderas y el pelo recogido de cualquier manera. Está preciosa, joder. Cuando me mira, sabe exactamente qué significa esta llamada. Por un instante, el miedo me atraviesa el pecho… porque quedarme no da menos miedo que irme, solo significa que ahora tengo algo que perder y ya no pienso renunciar a ellos.

Respiro hondo y, por primera vez en mi vida, dejo de mentirme sobre lo que realmente quiero.

—No voy a volver —digo finalmente.

—¿Estás seguro? —pregunta mi exjefe al otro lado de la línea y miro a Harper otra vez.

—Segurísimo —respondo con una sonrisa que no puedo ocultar—. Mañana tendrás mi carta de renuncia.

Cuelgo antes de que intente convencerme para que vuelva y comprendo que se acabó. Acabo de cerrar la puerta a mi antigua vida.

—Dijiste que cuando llegase septiembre te marcharías —comenta Harper acercándose a mí.

—Mentí —confieso soltando una risa nerviosa a la vez que me paso la mano por la nuca.

Joder… Nunca una verdad me había dejado tan expuesto. Harper me observa en silencio y entonces sonríe de esa forma capaz de desmontarme por dentro.

—Te quiero, Travis Dixon.

El corazón se me detiene, porque nadie me lo había dicho nunca con tanta sinceridad. La atraigo hacia mí rápidamente, pego mi frente a la suya y cierro los ojos un segundo antes de rozar sus labios.

—Te amo, chispita… —susurro sobre su boca—. Muchísimo.

Y entonces la beso sin prisa, me deleito con sus labios, porque ya no necesito correr hacia ninguna parte. Estoy justo donde quiero estar.

—¡Travis! ¿Me ayudas a montar la pequeña bicicleta de la colección? —nos interrumpe Will saliendo de su habitación.

Harper rompe a reír contra mis labios y yo apoyo la frente sobre la suya soltando una carcajada resignada.

—Está bien, minihumano —gruño divertido—. Vamos a ponernos manos a la obra.

Will se sienta en el suelo de salón rodeado de dinosaurios mientras yo intento montar una bicicleta diminuta que claramente ha sido diseñada por Satanás. Después de diez minutos, y de que se me caiga el mismo tornillo tres veces, suelto un bufido desesperado.

—Esta mierda tiene demasiados tornillos —mascullo.

—Mamá dice que dices muchas palabrotas.

—Tu madre tiene razón —respondo risueño.

Will asiente muy serio como si acabáramos de tener una conversación importantísima mientras Harper nos observa desde el sofá fingiendo leer un libro sonriendo para sí misma. Reconozco que todavía no me acostumbro a esta sensación de pasar tanto tiempo con ellos y de que haya alguien esperándome cuando llego a casa. Will deja el dinosaurio sobre mis rodillas y me mira pensativo.

—Travis…

—Mmmm...

—¿Entonces ya eres parte de nuestra familia?

La pregunta me golpea tan fuerte que me quedo petrificado, porque nunca nadie me lo había ofrecido. Familia, hogar, unión, amor.

Levanto lentamente la mirada hacia Harper y sé que ella también ha dejado de respirar. Entonces entiendo que me he pasado todo el verano aterrorizado por la posibilidad de perderlos… cuando la realidad es que ellos ya me habían encontrado mucho antes de que yo mismo fuera consciente.

Me acerco a Will, lo cojo en brazos y le doy un beso en la mejilla.

—Sí, mi campeón, me encantaría —confieso y Will sonríe.

—Vale, pero tienes que seguir comprándome chocolatinas —me propone y suelto una carcajada.

—Trato hecho.

Él asiente satisfecho y corro con él hacia el sofá. Caemos encima de Harper entre risas mientras Will protesta porque le hago cosquillas y yo aprovecho para robarle besos a su madre.

Y justo ahí, abrazándolos a los dos en medio del caos más perfecto que he conocido jamás… comprendo algo que me deja sin aire. Estoy en el sitio perfecto.

Pasé años convenciéndome de que si no me quedaba en ningún sitio, nada podría destruirme. Pero Harper, Will y Silverton hicieron pedazos la mentira que llevaba toda una vida contándome a mí mismo y, por primera vez, dejo de huir, porque por fin he llegado a casa.

EPÍLOGO



Doce años después

La nueva casa huele a barbacoa, césped recién cortado y a verano. Es jodidamente enorme, pero durante años ha sido el sueño de Harper y jamás he sabido decirle que no.

Harper siempre decía que el día que consiguiera la plaza de inspectora en el cuerpo nos mudaríamos a una casa más grande. Un lugar donde Will pudiera crecer. Donde Gominola, nuestro perro, tuviera espacio para destrozar el jardín y donde siempre cupiera toda nuestra gente. Después de tantos años apagando incendios y sobreviviendo a turnos muy jodidos, hace tres años, por fin consiguió la plaza… y ese día me encargué de cumplir ese sueño comprando esta casa. No está tan cerca de la estación de bomberos, pero sí lo está de la casa de mis suegros y estar cerca de la familia siempre es un plus. Es más, ahora miro el jardín lleno de personas maravillosas, de risas y de vida, y empiezo a pensar que mi mujer tenía razón desde el principio.

Hoy Silverton celebra el cuatro de julio por todo lo alto y, por alguna razón que todavía no entiendo, Harper decidió hace meses que nuestra casa era el lugar perfecto para reunir a nuestra gente.

Ahora mismo hay veinte personas invadiendo mi jardín, hay niños corriendo alrededor de la piscina y Gominola ladrando a una

hamburguesa que alguien ha dejado demasiado cerca del borde de la mesa.

Todo esto es un puto caos. El mismo tipo de caos que hace doce años me habría provocado ganas de salir corriendo sin mirar atrás. Y ahora… es exactamente el lugar donde quiero estar.

Estoy junto a la barbacoa con Cameron, Atlas y Garret mientras fingimos ayudar a cocinar cuando en realidad llevamos veinte minutos criticando las habilidades culinarias de Cam.

—Eso se está quemado —se queja Atlas mirando las costillas chamuscadas.

—Eso es sabor —argumenta Cam ofendido.

—Eso es cancerígeno —protesta Garret.

—Vete a la mierda —sentencia Cam y yo me río.

—Tú sí que estás hecho una mierda —dice Garret.

—Los años pasan por todos —aseguro.

Cameron asiente risueño mientras le da un trago a su cerveza. Sigue pareciendo una estrella de portada, aunque esté acercándose peligrosamente a los cuarenta. Dentro de dos meses jugará su último partido en la NBA. Todavía me cuesta creer que Cameron Ryder esté a punto de retirarse del baloncesto.

Definitivamente, el mundo se está acabando.

Samantha aparece junto a nosotros sujetando a uno de sus gemelos por la camiseta mientras que el otro corre perseguido por Gominola.

—Tus hijos están intentando meter petardos dentro del buzón —le informa Samantha agotada y Cameron ni siquiera se inmuta.

—Eso es porque han salido a tu familia, cariño.

Ella le da un golpe en el pecho mientras él se ríe y la besa, como si siguieran teniendo veinte años… Y quizá eso es lo más extraño de envejecer junto a las personas adecuadas. El tiempo pasa, la vida cambia, los años pesan, pero las cosas importantes permanecen exactamente en el mismo sitio.

—Papá, Ethan me ha pegado con una bandera —grita uno de los gemelos.

—Porque tú intentaste meterme el petardo dentro de mi camiseta —responde el otro indignado.

—No tengo ganas de correr a urgencias con ninguno de vosotros —dice Cam mirando a sus hijos.

Veo que Harper se ríe por algo que le dice mi hijo, que no para de practicar el giro del balón sobre su dedo índice. Will tiene dieciséis años, mide casi lo mismo que yo y está obsesionado con el baloncesto hasta niveles preocupantes y, desde hace un rato, ha encontrado una nueva distracción… las chicas, especialmente una en concreto.

—Deja de mirar tanto a la hija de Trevor o voy a encerrarte hasta los treinta —le aviso cuando lo veo observando descaradamente a Celeste, que está sentada en bikini en el borde de la piscina.

—¡No sé de qué hablas papá! —se queja con cara de inocente.

Me encanta que me llame papá y recuerdo perfectamente la primera vez que Will me preguntó si quería formar parte de su familia. Creo que fue uno de los días más importantes de mi vida.

—Eres igual de sabiondo que tu madre —comento mirando a Harper que se incorpora de la hamaca y camina hacia mí.

—Oye, mejor lista que tonta —protesta mi chica riéndose.

Celeste, desde la piscina, levanta una ceja divertida al notar que Will la mira más de la cuenta, y el pobre se ruboriza sin saber dónde esconderse. Cameron suelta una carcajada al darse cuenta y me da un codazo.

—Está completamente jodido.

—Lo peor es que ella lo sabe —añado viendo cómo Celeste sonríe engreída.

La adolescente tiene la misma edad que Will y se parece muchísimo a Sheila, la hermana de Gabriela, pero tiene exactamente la personalidad de Trevor, no para de tocar los cojones y disfruta haciéndolo.

—William, ahora van a llegar tus futuros suegros —grita Atlas, refiriéndose a sus cuñados.

—William —dice Celeste levantándose y poniéndose frente a él—. ¿Vas a seguir mirándome o me vas a invitar a lanzar unas canastas?

Will carraspea nervioso delante de la chica mientras intenta parecer indiferente, sin demasiado éxito.

—Eh… ¿quieres jugar? —le pregunta sujetando el balón.

—¿Sabes perder? —cuestiona Celeste arqueando una ceja.

Will parece profundamente ofendido y yo empiezo a disfrutar demasiado de esta situación. Mi hijo carraspea nervioso cuando le lanza el balón y Atlas casi se atraganta de la risa.

—William está coqueteando fatal —dictamina Ginebra apareciendo con una cerveza en la mano.

Taylor pasa un brazo por sus hombros mientras niega divertido.

—Déjalo tranquilo. El chaval acaba de descubrir las hormonas.

—Pues yo a su edad ya me estaba besando con Taylor detrás del gimnasio del insti —presume Ginebra.

—Y por eso tus padres estuvieron a punto de encerrarte en un convento —añade Harper.

—La que pensé que se metería a monja eras tú —añade su amiga —. Menos mal que apareció el bombero gruñón.

—Yo no era gruñón… ella era insoportable —me defiendo lanzándole un guiño a mi mujer.

—Dios… es verdad, recuerdo el mal comienzo que tuvisteis —dice Cam mirándome.

—No es cierto, yo era muchísimo más encantador.

—Tú le robaste chocolatinas al niño —me recuerda Garret.

—He cambiado, mírame ahora —replico orgulloso mirando a Harper.

Ella se acerca a mí y me roba la cerveza directamente de la mano. Está preciosa, el amor de mi vida… mi mujer, aunque nunca hemos necesitado papeles para hacerlo oficial. Ella es mi alma gemela y yo soy suyo, joder. Harper me sonríe con complicidad.

—¿Qué tal ha ido el turno, inspectora? —le pregunto aun sabiendo la respuesta.

—Aburrido, no ha pasado nada interesante —responde encogiéndose de hombros.

—Eso es porque no había cierto bombero *sexy* merodeando por tu oficina —bromeo.

—Sigo sin entender cómo terminé enamorándome de ti.

—Porque tengo un culo espectacular —argumento.

—Confirmo —dice Garret dándome una nalgada.

Harper le lanza una aceituna a la cabeza y Garret se aleja entre carcajadas hacia el porche, donde está Dakota sentada en los escalones junto a Susan, que sostiene una copa de vino mientras despotrica sobre su exmarido.

—Te juro que si vuelvo a enamorarme de otro imbécil, me pegáis un tiro —oigo que dice Susan.

—El problema no era que fuera imbécil —dice Dakota completamente tranquila—. El problema es que te puso los cuernos con el conserje del edificio.

Veo que Susan asiente y se termina la copa de vino de golpe.

—Y encima el conserje era más guapo que él.

Dakota intenta contener la risa, pero fracasa estrepitosamente. Entonces veo que Gabriela aparece por detrás y abraza a su mejor amiga, mientras Susan dramatiza sobre cómo piensa adoptar veinte gatos y desaparecer del mundo en cuanto firme el divorcio.

Más allá del jardín, Alex está apoyado en su moto vestido completamente de negro intentando ligar descaradamente con Olivia, la hija de Tommy, y finge que no está absolutamente pillado por ella.

Hace apenas unas semanas terminó el curso de mecánica después de pasarse años asegurando que estudiar «era una pérdida de tiempo», aunque la realidad es que el deporte siempre fue lo único capaz de centrarle la cabeza. El baloncesto terminó salvando a Alex de muchas estupideces y Atlas tuvo gran parte del mérito en eso.

Todavía recuerdo al crío rubio de seis años que perseguía a mi amigo por todas partes intentando imitarlo absolutamente en todo. Y ahora, joder, ahora Alex Grey está a punto de convertirse en una de las nuevas promesas de los Chicago Bulls.

Aunque supongo que tener como padrino deportivo a una leyenda viva de la NBA como Cameron Ryder, ayuda bastante. Y también explica por qué Will lleva meses entrenando como un loco soñando con que algún día, cuando tenga la edad suficiente, llegue su oportunidad.

—Se hacía pis en la cama hasta los cinco años —grita Celeste desde la pista improvisada de baloncesto para fastidiar a su Alex, y

este le saca el dedo corazón.

—Tú calla, Gremlin.

—Alex tiene veintitrés años y sigue comportándose como un quinceañero hormonado —suspira Sheila dramáticamente cuando llega con una empanada en las manos junto a Gabriela.

—Eso es la testosterona —añade Gabriela dándole un abrazo a su hermana—. ¿Y Trevor?

—Está aparcando. Tus hijos parecen tener devoción por su tío —dice la hermana y Gabriela sonríe emocionada.

—Creo que se están adaptando muy bien —comenta Gabriela.

—Son unos buenos chicos —dice Samantha—. Ojalá los míos fueran así de tranquilos.

—Dales tiempo a que cojan confianza en su nueva vida —interviene Cam, dirigiendo sus palabras a los hijos recién adoptados de Gabriela y Atlas.

—Pero ¿dónde dejáis a Atlas? —dice Harper señalando con la barbilla.

Y, joder, veo a mi amigo estrechar la mano a Trevor y luego cargar a sus dos niños sobre los hombros mientras ellos ríen como locos. Me parece mentira que haga apenas tres meses que Atlas y Gabriela regresaron de Shanghái con esos dos hermanos.

Después de años llenos de frustración por no poder tener niños, decidieron adoptar y, joder, verlos felices hace que todo lo malo que vivieron antes esté ya en el olvido.

La pequeña de cinco años tiene dos trenzas y ojos enormes, mientras que el hermano, de ocho años, es más serio, pero adora los dinosaurios que le hemos dado de cuando Will era pequeño. Creo que Gabriela y Atlas, adoptándolos, han hecho lo más increíble del mundo. Además, ambos pequeños tienen rasgos asiáticos como Atlas y, sinceramente, parecen sus hijos biológicos. Quizá eso es lo bonito de muchas familias, que la sangre nunca es lo realmente importante.

Atlas besa a los niños y veo a una Gabriela emocionada caminar hacia ellos, como si todavía no pudiera creer que son sus hijos.

—¡Papi! —grita la hija de Garret saliendo de la piscina con sus manguitos—. ¡¡Tengo frío!!

Garret coge una toalla y envuelve a su niña como el tesoro que es, mientras Dakota se acerca con ropa seca. Me fijo en lo que se parece a Garret y en la paciencia que tiene Dakota con los dos.

—Pecas —dice Garret a Dakota completamente serio mientras ella se arrodilla frente a su hija—. Cásate conmigo.

—No —responde Dakota sin dudar.

—Llevas rechazándome doce años.

—Y sigo disfrutándolo muchísimo.

—Papi, yo me caso contigo —responde la niña, y todos nos echamos a reír mientras Garret finge estar cabreado con su mujer.

—Nuestra hija vive en el pecado.

—Nuestra hija no es católica practicante y nosotros tampoco —replica Dakota.

Oímos el claxon de un coche y vemos a Lena llegar con Josh, su novia conduce. Garret sonríe inmediatamente al ver a su hermano. Josh sigue usando la lengua de signos mientras habla, aunque ahora mezcla palabras habladas mucho más fluidamente que años atrás. Encontró su vocación ayudando a adolescentes con discapacidad auditiva y verlo feliz, joder, me hace pensar que la vida sí termina poniendo las cosas en su sitio para la gente buena.

—Te estás poniendo sentimental, Dixon —dice Cameron dándome un golpe en el hombro mientras uno de sus niños le pellizca la mejilla.

Antes de que pueda responder, escucho un grito detrás de mí.

—¡Travis! —reconozco esa voz y una sonrisa gigantesca se dibuja en mis labios.

Me giro justo a tiempo para ver a Avery cruzar el jardín corriendo hacia mí.

La loca de mi hermana pega un salto al alcanzarme y me abraza fuerte mientras sus rizos de muelle se me meten en la boca.

—Sigues oliendo a humo incluso en tu día libre —se queja apartándose.

—Soy bombero. Oler a humo es prácticamente parte de mi personalidad.

—Harper, ¿cómo lo soportas? —bromea mi hermana.

—Porque lo quiero mucho —responde ella dándole dos besos.

—Nelly, ven —pide a una mujer morena que no había visto antes que se ríe con timidez. Avery la rodea inmediatamente por la cintura para besarla fugazmente.

—Nelly, te presento a mi hermano el gruñón y a mi cuñada, que tiene paciencia de santa por soportarlo.

—Y ella debe ser la pobre que te soporta a ti —respondo, dándole dos besos y Nelly sonríe divertida.

—La verdad es que os parecéis bastante —dice la chica y ambos nos miramos horrorizados.

—¡Para nada! —respondemos al unísono riéndonos.

—Id a dejar vuestras cosas y coged algo de beber —invita Harper.

Observo a mi hermana y pienso que, aunque siempre nos hemos llevado como el perro y el gato, nos queremos muchísimo. La observo hablar efusivamente con su nueva novia mientras se alejan hacia la mesa donde están las bebidas y no puedo evitar sonreír. Mi hermana se ha pasado media vida por el mundo intentando encontrarse a sí misma y ahora la veo tan en paz, que solo puedo sentir felicidad. Harper se acerca a mí y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En que soy el tío más afortunado de todo el jodido universo —confieso mirando a mi alrededor.

Me fijo en Cameron jugando con sus hijos y en Atlas observando a los suyos. También observo a Garret persiguiendo a su hija mientras Dakota se ríe. Alex acaba de arrancar su moto y Olivia se está subiendo con él. Creo que mañana Atlas tendrá una conversación con el chico. Will está intentando impresionar a Celeste y fracasa estrepitosamente porque Gominola acaba de morderle una zapatilla, le hace perder el equilibrio y lo tira a la piscina. Susan está brindando con Gabriela y ambas miran al cielo, el cual está tiñéndose de tonos violetas. Harper me abraza y me siento pletórico. Quiero toda la eternidad con ella.

Todo esto puede parecer un caos, pero para mí es perfecto, es mi familia ruidosa y llena de vida.

—¿Y qué se debe esa sonrisa? —inquiere Harper mirándome embelesada.

—En que hace doce años habría salido corriendo de aquí.

—¿Y ahora?

—Ahora daría lo que fuera porque esto fuera eterno —confieso.

Rodeo a mi mujer por la cintura y la pego a mi cuerpo para respirar el aroma afrutado de su piel mientras los fuegos artificiales empiezan a iluminar el cielo de Silverton con destellos de colores.

Gominola ladra.

Los niños gritan emocionados.

Nuestros amigos están aquí, grabando este instante con nosotros.

Hogar, dulce hogar.

Mis suegros se acercan a nosotros con una cerveza en la mano y mi suegra va regañando a Michael porque se está comiendo la empanada de Sheila.

—Te estoy viendo, Michael —advierte ella.

—Estoy supervisando la comida.

—Te la estás comiendo.

—Eso también es supervisar.

Harper se ríe y yo niego divertido. Michael me mira cuando llega frente a mí. No lo hace como el jefe del parque que una vez fue, sino con complicidad.

—Has montado algo bonito aquí, Dixon.

Su comentario me llena de satisfacción porque hace doce años este hombre creyó en mí desde el primer momento, me apoyó y ahora celebramos todo juntos.

—No lo hice solo —respondo mirando a Harper y a Will.

Michael sigue mi mirada y asiente despacio.

—Menos mal que dejaste de huir —dice dándole un trago a su cerveza mientras mira a su nieto.

Toda mi vida huí convencido de que quedarme en algún sitio era la forma más rápida de acabar roto. Pero Harper, mi inteligente pelirroja, lo cambió todo. Hizo pedazos cada una de las mentiras que llevaba años contándome a mí mismo.

Y ahora, mientras Silverton estalla en luces sobre nuestras cabezas, Gominola ladra a los fuegos artificiales y Harper sonríe abrazada a mí como si este hubiera sido siempre nuestro lugar,

comprendo algo que el Travis Dixon de hace doce años jamás habría sido capaz de imaginar.

Nunca necesité escapar.

Solo necesitaba encontrar a Harper. La chispa que incendió todas mis mentiras, mis inseguridades y el miedo que llevaba años arrastrando… ella me hizo comprender que el verdadero hogar nunca es un lugar… sino las personas por las que eliges quedarte.

Una petición antes de marcharte y una gran noticia…

*Antes de marcharte debo darte las **GRACIAS** por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado la historia de Travis y Harper, puedes ayudarme a difundirla dejando una valoración y un comentario en Amazon. Para facilitarte el trabajo, solo necesitas escanear este código **QR** y accederás directamente a la valoración.*



Mil gracias por todo.

La gran noticia es que a continuación tienes los primeros capítulos de "Más allá del odio". Espero que la disfrutes y te animes a darle una oportunidad.

MÁS ALLÁ DEL ODIO

KAYLA LAURELS

***UNBROKEN LOVE* #1**

CAPÍTULO 1

AXEL

Animal I Have Become — Three Days Grace

Todo en la sala proclamaba a gritos que esto es un infierno y llevo mucho tiempo perteneciendo a este lugar. Las escaleras iluminadas por neones rojos separan los dos mundos del club. Arriba, lujo, música, sexo y copas caras; abajo, violencia, sangre y dinero.

Aquí abajo no hay reglas, todo vale, y la gente solo viene a ver a otros destrozarse para sentirse viva al menos durante un rato.

El tipo frente a mí vuelve a levantarse tambaleándose sobre la lona manchada de sangre. Tiene el pómulo abierto y una sonrisa ida, que se hace más grande cuando escucha rugir al público.

—¡¡Acaba con él!!

—¡¡Blackwood!! ¡¡Blackwood!!

—¡¡Mátalo!!

Sé que las apuestas siguen corriendo por cada minuto que pasa, porque aquí todos vienen buscando algo. Dinero, violencia o poder y yo… yo solo vengo por el dinero.

Las luces rojas del sótano parpadean sobre nosotros simulando que estamos dentro de la boca del demonio. Me limpio la sangre del labio con el dorso de la mano vendada y escupo a un lado al notar el sabor metálico.

El tipo aprovecha el segundo de distracción para lanzarse sobre mí con una rabia desesperada. Me muevo por puro instinto de

supervivencia y mi puño impacta contra su mandíbula, oyéndose el crujido seco de piel con hueso atravesando mi brazo.

Pierde el equilibrio al recibir el puñetazo y cae. Esta vez no intenta levantarse. Entonces, la multitud explota y la gente gritan como animales. El árbitro levanta mi brazo en señal de victoria, pero no lo celebro. Nunca lo hago. Solo intento recuperar el aliento mientras la adrenalina me araña por dentro como un perro rabioso.

El tipo maldice entre dientes desde el suelo cuando intenta incorporarse y no puede, así que le tiendo la mano. Me mira confundido durante unos segundos, como si no comprendiera por qué alguien como yo haría eso, pero termina agarrándola y lo ayudo a levantarse.

Porque aquí abajo todos fingimos ser monstruos, pero la mayoría solo somos tipos intentando sobrevivir a nuestras propias sombras. Levanto la vista directamente hacia el cristal del piso superior. Ahí está, esa silueta oscura detrás del cristal, el Cuervo. Observándolo todo, como un puto enfermo. Siento esa presión incómoda en el pecho que aparece cada vez que noto sus ojos encima de mí, así que aparto la mirada y me doy la vuelta.

—Bonita pelea, Blackwood.

El Buitre aparece a mi lado ajustándose la manga de la chaqueta negra con una sonrisa elegante, fría y ensayada. Odio cuando sonríe, porque es una sonrisa calculada; es un tipo sin escrúpulos al que solo le importa el dinero. Me acerco a él y me entrega el fajo de billetes que me he ganado esta noche mientras observa la sangre de mis nudillos vendados.

—Hoy casi pierdes —me recuerda.

—Pero gané.

Su sonrisa crece y me mira como a un mono de circo al que le pagan por destrozarse delante de desconocidos. Aunque, sinceramente, el cabrón tiene razón, no ha sido una pelea fácil. Y viendo cómo gritaba la gente, estoy bastante seguro de que muchos apostaron contra mí esta noche. Error de ellos, porque olvidaron quién soy.

—Buscarte rivales complejos hace que esto sea más divertido —me asegura.

—Nos vemos.

Ignoro su último comentario, mientras me guardo el dinero en el bolsillo de mi pantalón deportivo; lo dejo hablando solo y entro en el diminuto vestuario. El espejo roto me devuelve un reflejo conocido de sangre, tatuajes, mirada cansada y una cara que hace demasiado tiempo que dejó de parecer de un chico de veinte años.

Abro la taquilla y me pongo una camiseta de manga corta negra. Cojo una botella de agua y me cuelgo la mochila del hombro.

Una rubia me espera a la salida del vestuario. Labios rojos, *shorts* diminutos y un escote gigantesco que resaltan una mirada hambrienta. Me abraza en cuanto me ve y se aparta de mí deslizando su dedo por mi brazo sudado.

—Has estado glorioso, Blackwood.

—Ahora no, nena —respondo.

Me aparto de ella y subo las escaleras que dan al club. Me bebo de un trago el agua y tiro la botella en la papelera que hay junto a la puerta que da acceso a la sala principal. El contraste de ambientes siempre me desubica. Abajo, destrucción y arriba…, corrupción disfrazada de elegancia. Una música suave se mezcla con las risas y el sonido de copas brindando. Luces doradas que enfocan cuerpos moviéndose por sexo y dinero.

El nido del Cuervo siempre ha sido así. El infierno, abajo y el falso cielo, arriba.

Kristin se engancha a mi brazo en cuanto me ve entrar. Es guapa, no lo niego… piel blanca, melena pelirroja, piernas largas y vestido negro demasiado corto con un escote pronunciado que resalta sus voluptuosas tetas.

—Hoy tampoco te vi en clase —susurra con voz melosa y suelto una carcajada incrédula.

—No vamos a las mismas clases —le recuerdo y ella sonríe.

—Lo sé, pero me gusta imaginarte sentado al fondo tocándome entre las piernas mientras el profesor habla —ronronea imaginando su propia fantasía.

Ni siquiera le respondo, porque una chica que pasa por nuestro lado con una bandeja vacía contra el pecho capta toda mi atención.

Lleva una coleta desenfadada y varios mechones castaños se escapan y enmarcan su cara.

Lleva una camiseta blanca básica que proclama a gritos que no pinta nada aquí. Me sorprende que ni siquiera me mire cuando pasa de nuevo por mi lado, como si no tuviera ni idea de quién soy. Como si no supiera que hace menos de diez minutos había un sótano lleno de gente gritando mi apellido. Y, joder, eso me descoloca más de lo que debería. Kristin sigue pegada a mí mientras observa la dirección de mi mirada.

—Es nueva —me aclara y, al ver que no respondo, continua—. Selene la ha metido aquí, pero ella ha negociado con el Buitre que solo será camarera, aunque, sinceramente, no creo que dure más de un par de noches.

—Puede ser… —murmuro.

Puede que tenga razón, porque este lugar devora demasiado rápido a las personas buenas. No dejo de mirarla, pero ¿qué coño tiene esta chica?

La veo dejar unas copas en el reservado VIP y caminar hacia la barra con elegancia. Entonces hago algo estúpido… la sigo. Ella se gira justo cuando me cruzo en su camino aposta y choca contra mi pecho. Agarro la copa de *whisky* de la bandeja antes de que termine estampada contra mi camiseta y sonrío.

—Disculpa… —murmura mientras intenta recomponerse, aunque no suena nerviosa.

—¿No te han dicho que las disculpas son mejor con un beso? —pregunto captando toda su atención.

La chica levanta la mirada y me enfoca con unos ojos avellana completamente inmunes a mi sonrisa. Dejo la copa sobre la bandeja, mientras ella cuadra los hombros y levantaba la barbilla orgullosa.

—Tal vez te han golpeado demasiado fuerte ahí abajo y por eso me pides un beso, ¿verdad? —cuestiona con una sonrisa falsa.

«¿Qué cojones?», resuena en mi mente.

—He ganado —me defiendo y ella se encoge de hombros, demostrándome lo poco que le importa.

—No tengo tiempo para aplaudirte.

Y, caray, ahí está de nuevo esa sensación extraña. Esa chica no habla el mismo idioma que el resto del mundo. Cualquier otra estaría nerviosa, impresionada e incluso haría algo para gustarme, pero ella me mira como si solo viera a un imbécil. Doy un paso más hacia ella, intentando intimidarla.

Le aparto un mechón castaño de detrás de la oreja y entonces lo veo, un pequeño, negro y casi invisible tatuaje. Es un diminuto punto y coma grabado sobre su piel morena. Rozo el tatuaje con las yemas de mis dedos y algo dentro de mí se tensa cuando ella da un paso atrás, como si mi caricia le hubiera quemado.

—¿Sabes quién soy? —pregunto con voz ronca.

—¿Acaso eres el dueño de esto? —replica y sonrío despacio.

—Soy dueño de lo que quiera, novata —respondo.

Ella aprieta los labios y, mirándome como a un molesto chicle pegado en la suela de su zapato, da un paso hacia mí.

—Entonces, a lo mejor deberías comprarte una personalidad nueva, gilipollas —masculla.

La miro sin saber qué decir, me quedo callado y, joder, eso no me pasa nunca. Nadie me habla con ese descaro y, por alguna razón enfermiza, quiero seguir provocándola.

La chica se da la vuelta antes de que le pueda responder y desaparece entre las mesas del salón, mientras yo me quedo observándola como un completo imbécil. Kristin, que no se ha perdido detalle alguno, se acerca de nuevo a mí y sonríe divertida.

—¿Desde cuándo te interesan las chicas buenas?

—No parece tan buena —respondo sin apartar la mirada de la camarera descarada.

Mi móvil suena dentro del bolsillo exterior de mi mochila, saco el teléfono, todavía sonriendo al pensar en esa boca insolente, y mi sonrisa se esfuma en cuanto leo el mensaje. Toda la diversión desaparece de golpe.

Axel, quiero verte mañana.

CAPÍTULO 2

DAFNE

Skyscraper — Demi Lovato

La lluvia sobre Brakenhall University huele a dinero y a gente que nunca ha tenido que mirar el precio de un café antes de comprarlo. Bostezo cansada mientras tiro el vaso de plástico de mi donuts en una papelera. Llevo los auriculares puestos, aunque no suena música en ellos, solo los uso como excusa para que nadie me hable. Aunque tampoco creo que lo hagan.

El edificio principal se levanta frente a mí como una postal exclusiva sacada de una película universitaria en la que todos tienen demasiado dinero y demasiados secretos. Aquí, al parecer, los edificios son excesivamente antiguos y elegantes y la hiedra que trepa por las fachadas intenta esconder todo lo podrido que ocurre dentro. Los coches deportivos que hay aparcados van a juego con los uniformes impecables de los alumnos, cuyos relojes, probablemente, cuesten más que toda mi matrícula. Y luego estoy yo, Dafne Mirror, caminando entre ellos con una mochila desgastada, ojeras de mapache y, exactamente, treinta y dos dólares en mi cuenta bancaria.

Perfecto.

«Definitivamente encajo aquí», nótese la ironía.

Tal vez te preguntes qué hace una chica como yo en un lugar como este, y la respuesta es sencilla. Kael. Mi hermano estudia aquí con una beca desde hace tres años y, después de pasar demasiado tiempo separados, necesitaba volver a estar cerca de él. Así que esa es la razón por la que no me importa compartir campus con un puñado de remilgados que se creen el centro del universo. No lo digo solo por los coches, las sonrisas falsas o esos aires de

superioridad que se gastan como si hubieran nacido con corona. Hay que escuchar sus conversaciones.

Las chicas hablan de los últimos tratamientos estéticos que se han hecho, que si neuromoduladores, que si ácido hialurónico en los labios, que si hilos tensores, narices nuevas, tetas nuevas… y los chicos hablan de fraternidades, la próxima fiesta del inicio del curso, apuestas y también de la última pelea de Axel Blackwood. Al parecer, el chico imbécil de anoche también es famoso aquí.

Sigo caminando bajo la llovizna mientras recuerdo la noche anterior y me entran ganas de darme cabezazos contra la pared más cercana.

¿En qué estaba pensando cuando acepté ese trabajo?

Todo empezó ayer, en el acto de apertura del curso, cuando pregunté a un grupo de chicas dónde estaba la pizarra de anuncios de empleo del campus y una de ellas, que se presentó como Selene, me habló de un club de copas muy elegante que estaba a media hora de Brakenhall.

Elegante mis ovarios.

Era un puto club de *striptease* lleno de alcohol caro, luces tenues y hombres que olían a ego y dinero. Lo peor de todo es que en cuanto crucé la puerta me di cuenta de ello y aun así me quedé, porque pagan demasiado bien y, joder, necesito el dinero.

Porque a veces sobrevivir pesa más que el orgullo.

Así que tragué saliva, negocié con el encargado y dejé claro que solo trabajaría como camarera. El tipo aceptó y durante toda la noche fingí que no me daban ganas de vomitar viendo a chicas de mi edad restregarse contra hombres lo bastante mayores como para ser sus padres, mientras ellos les metían billetes dentro de la ropa interior.

Pero, sinceramente, preferiría arrancarme una uña con unos alicates antes que acabar bailando para uno de esos tipos. La sola idea hace que algo dentro de mí se cierre y me deje sin respiración. Intento apretar el paso, intentando borrar ese pensamiento…

Necesito otro trabajo. Uno normal. Tal vez en una cafetería o en un supermercado, pero no es tan fácil. Porque esta mañana ya he

recorrido medio campus y todos me han dicho exactamente lo mismo… No tenemos vacantes.

Joder, y solo son las diez de la mañana.

El curso acaba de empezar y llego tarde el primer día de clase.

Camino por el jardín del campus hacia el edificio de Periodismo y, mientras me aparto un mechón húmedo de la cara, lo veo.

Axel Blackwood.

El capullo tatuado de anoche con el ego del tamaño de un rascacielos. Claro que sabía su nombre, todas las chicas del club habían estado hablando de él. Incluso con el uniforme impecable de Brakenhall sigue pareciendo peligroso.

Camina entre los estudiantes como si el campus le perteneciera, y lo peor es que todo el mundo parece darle la razón. Las chicas le sonríen, los chicos lo saludan e incluso algunos profesores se apartan ligeramente cuando pasa.

¿Quién diablos eres, Axel Blackwood?

Nuestros ojos se cruzan apenas un segundo y siento exactamente la misma sensación incómoda de la noche anterior. Sé que ese chico podría convertirse en un problema enorme para mi estabilidad mental. Así que hago lo más inteligente, lo ignoro, o al menos lo intento.

Apenas he dado tres pasos cuando escucho una voz detrás de mí.

—Eh, camarera.

Sigo caminando, porque cuando una persona se dirige así a mí, no merece mi tiempo.

—Eh, camarera —insiste, esta vez más cerca, y me detengo.

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo para armarme de paciencia y cuando me giro, veo a un chico rubio perfectamente peinado con una sonrisa de imbécil profesional.

—¿Qué quieres? —pregunto seria.

—Te vi anoche —responde con una sonrisa chulesca que me molesta un poco más.

—Felicidades —digo sin emoción ninguna.

Estoy a punto de seguir caminando cuando vuelve a hablar.

—Me quedé con ganas de verte bailar.

—Y yo me quedé con ganas de dormir ocho horas seguidas y no pude… Parece que ninguno de los dos ha conseguido lo que quería.

Sus amigos se ríen al oírme y a él se le borra la sonrisa. Chasquea la lengua y da un nuevo paso hacia mí.

—Vamos, camarera, no seas así. Seguro que ese culo tiene un precio —comenta y mi humor desaparece.

Oigo que sus amigos se ríen por el espectáculo y algo dentro de mí se pone a la defensiva.

—Y tú seguro que llevas toda la vida confundiendo dinero con razón.

—¿Qué has dicho? —me pregunta sin un ápice de gracia.

—Nada —respondo y me encojo de hombros—. Solo intentaba averiguar qué parte de ti resulta insoportable, pero ya veo que son todas.

—Vamos a ver, camarera…

—Creo que deberías dejar de llamarla así.

La voz suena a nuestro lado, peligrosa, grave y tranquila. Un escalofrío me recorre la espina dorsal y cuando me giro, ahí está.

Axel Blackwood.

El rubio se pone rígido en cuanto se da cuenta de que se acerca a nosotros. Lo cual me resulta curioso, porque hace apenas unos segundos parecía convencido de ser el rey de Brakenhall.

Axel camina despacio con las manos en los bolsillos como si la situación le resultara aburrida y, sinceramente, eso da mucho más miedo que si estuviera enfadado.

—No es asunto tuyo, Blackwood —le dice el imbécil que tengo frente a mí.

—La estás molestando —comenta Axel sin elevar la voz y sin mirarme.

El silencio se vuelve incómodo. Los amigos del rubio son los primeros en alejarse y abandonar a su líder. Cobardes.

—Lárgate Murphy —le exige.

El chico aprieta la mandíbula y me dedica una última mirada. No dice nada y termina marchándose. Cuando lo veo desaparecer entre la multitud, me giro hacia Axel. Entonces me doy cuenta de que tiene la mandíbula tensa, conteniéndose.

La lluvia ha oscurecido ligeramente su cabello y algunos mechones rebeldes caen sobre su frente. La tela de la camisa blanca se pega a sus anchos hombros y la corbata floja cuelga alrededor de su cuello, dejando al descubierto varios tatuajes. Todo en él resulta peligroso y a la vez intrigante. Esos malditos ojos gris tormenta miran en la dirección en que se ha largado el capullo de antes y en ellos parece haber una lucha por decidir si destruir algo o protegerlo.

—No necesitaba tu ayuda —le aseguro y Axel me mira.

—Claro que no —ironiza.

—¿Por qué has intervenido?

—Me estaba molestando.

—¿Yo?

—No —responde.

Sus ojos bajan hasta mí uniforme de forma lenta y peligrosa, para regresar de nuevo a mis ojos. Durante una fracción de segundo siento que se olvida de todo lo que hay a nuestro alrededor.

—Él —sentencia.

Odio el pequeño salto de alegría que da mi corazón.

—No eres ningún héroe —le digo y sonríe con pasotismo.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo.

—Entonces deja de actuar como si lo fueras.

—Nunca he dicho que lo fuera, novata.

Da un paso hacia mí, solo uno, pero lo suficiente para que su perfume, que es una mezcla de lluvia, jabón y cuero, me acaricie la nariz.

—Eres el tipo de chica orgullosa que cree que puede arreglárselas sola.

—Porque puedo.

—Lo sé —confirma relajado.

Y, por algún motivo, me desconcierta más que me dé la razón que si hubiera intentado discutir.

—¿Y tú? —le pregunto y él arquea una ceja.

—Yo ¿qué?

—¿Coqueteas así con todas? —pregunto y u na sonrisa irónica aparece inmediatamente.

—Claro que sí —responde y chasqueo la lengua.

—No eres mejor que el imbécil que acaba de irse —afirmo y su rostro se ensombrece.

—No, porque probablemente soy peor.

Y ¡Dios! No sé por qué esa honestidad resulta más peligrosa que cualquier mentira. Sus ojos recorren de nuevo mi cuerpo y me hacen sentir desnuda. Entonces levanto la barbilla y lo miro con una seguridad que no siento.

—No eres mi tipo —le aseguro cruzándome de brazos y Axel sonríe de nuevo.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que intenta convencerse a sí misma.

—¿Siempre eres tan insoportable? —le pregunto molesta.

—Solo cuando me esfuerzo —responde y se encoge de hombros divertido.

Niega feliz para sí y odio la sonrisa que se escapa de mis labios. Lo peor es que él la ve y suelta una carcajada.

—Ten cuidado, novata —me advierte dando un paso hacia mí.

—¿Con qué? —indago.

—Me encanta jugar al gato y al ratón.

—Qué suerte que yo no sea un ratón —replico.

—¡¿Qué coño haces, Blakwood?! —Oigo una voz familiar que atraviesa como un cuchillo la tensión que hay entre nosotros.

Me giro y veo a Kael que viene directo hacia nosotros con una expresión que conozco demasiado bien; está a punto de perder la paciencia.

Mi hermano lo empuja con fuerza y varios estudiantes se giran inmediatamente al oír los gritos. Kael le sostiene la mirada a Axel y por un segundo siento que ninguno de los dos recuerda que estoy aquí.

—Aléjate de ella —le advierte.

—¿Nunca te cansas de dar órdenes? —le pregunta Axel.

—No estoy bromeando Blackwood.

—Sigues teniendo un carácter de mierda, Mirror —masculla Axel.

—Lárgate —ladra mi hermano.

—¿O qué? —lo reta Axel y la mandíbula de Kael se tensa.

Entonces veo algo parecido al odio entre ellos, pero es algo más profundo que el odio… parece… decepción.

—Vamos, te acompaño a clase —me dice Kael pasando su brazo por mis hombros—. No pierdas el tiempo con este imbécil.

Mi hermano tira de mí y empiezo a caminar con él, pero antes de que nos alejemos más de Axel, este habla y hace que me detenga.

—¿Sales con este capullo? —me pregunta Axel señalando a mi hermano.

—¿Qué? —respondo confundida, apartándome del agarre de Kael.

—Eres demasiado guapa para tener tan mal gusto —añade pensativo, sin apartar sus ojos de mí.

—Vete a la mierda, Axel—masculla Kael y este se ríe.

No puedo evitar reconocer que es una risa grave, ronca y peligrosamente bonita. Kael aprieta mandíbula y niega para sí, como si esa risa le molestara más que cualquier insulto.

—Vamos.

Mi hermano empieza a caminar y yo lo sigo, intentando ignorar las miradas de los estudiantes que no se han perdido absolutamente nada del espectáculo.

—No desperdicies tu tiempo en él, Dafne —me advierte y lo miro confundida.

—¿Qué dices? —pregunto y Kael suspira cansado y aparentemente arrepentido de decir eso.

—Aléjate de Axel Blackwood.

—No necesito que me protejas.

—Lo sé.

—Sé cuidarme sola.

—Lo sé —repite y frunzo el ceño.

—Entonces, ¿qué problema hay?

Kael suspira, tarda unos segundos en responder y, por alguna extraña razón, me pone nerviosa.

—Porque Axel Blackwood nunca mira dos veces a la misma chica.

—¿Y? —pregunto.

Mi hermano se pasa la mano por la nuca, está incómodo, no quiere seguir con esta conversación pese haberla comenzado él.

—Y lleva mirándote desde que apareciste.

Mi corazón se salta un latido y aunque me siento nerviosa, me niego a reconocer que me gusta eso que ha dicho.

—Eso es ridículo, no digas tonterías.

—Ojalá lo fuera, porque lo conozco mejor de lo que te imaginas.

Seguimos caminando en silencio hasta llegar a la puerta de entrada del edificio de Periodismo y antes de entrar, miro hacia atrás. Axel sigue observándonos inmóvil en el mismo lugar donde lo dejamos. Y cuando nuestros ojos se encuentran… algo dentro de mí se remueve y me incomoda. Trago saliva y tengo la sensación de que Axel Blackwood acaba de convertirse en el problema más peligroso de mi vida.

CAPÍTULO 3

DAFNE

Kael:
Ven a casa esta tarde cuando salgas de clase.
Tenemos que hablar con Charlie.

Me quedo mirando el mensaje varios segundos, solo dos líneas que hacen que un nudo mudo me oprima la mente al pensar en mi pequeño guerrero, que es demasiado valiente para alguien de su edad.

Aprieto el móvil entre las manos y noto cómo la ansiedad empieza a instalarse debajo de mis costillas. Porque cuando Kael escribe algo así, nunca son buenas noticias.

Dafne:
¿Ha pasado algo?

Los tres puntos aparecen, como que está escribiendo. Luego desaparecen y nuevamente vuelven a aparecer.

Kael:
No.
Solo quiero que llamemos juntos.

Suelto el aire lentamente y me tranquilizo un poco. No tiene noticias nuevas, solo que él también lo extraña. No es fácil hablar con él, sobre todo desde que se mudó a una nueva casa. Desde entonces, conseguir hablar con Charlie se ha convertido en una batalla y yo odio las batallas que no puedo ganar.

Dafne:

Voy para allá.

Guardo el móvil en el bolsillo de mi chaqueta y abandono el edificio de Periodismo. La lluvia ha parado, pero el cielo sigue cubierto de nubes grises. Como si Brakenhall se negara a parecer completamente perfecta, y eso la hace un poco más soportable.

La dirección que Kael me ha enviado me lleva hasta una zona del campus llena de casas enormes repartidas entre calles privadas y jardines perfectamente cuidados. Algunas son de una sola planta, otras tienen dos pisos y balcones iluminados y las más grandes parecen directamente mansiones escondidas entre árboles y farolas antiguas.

Muchas de ellas tienen la luz del porche encendida y junto a las escaleras de entrada ondean banderas distintas dependiendo de la fraternidad a la que pertenezcan.

Lions.

Ravens.

Kings.

Omega.

Todo aquí parece tener jerarquías y, sinceramente, el campus de Brakenhall parece más grande que todo Milton. Y eso ya es decir mucho para alguien que creció rodeada de carreteras vacías, gasolineras pérdidas y vecinos que sabían demasiado sobre la vida de los demás.

Brakenhall no se parece a ningún lugar que haya conocido antes. Aquí todo es demasiado grande, demasiado perfecto y demasiado incómodo para mí.

Me detengo frente a una casa de madera lacada en blanco de una planta. En la fachada ondea una bandera negra con letras doradas y el dibujo de un león: Lions.

Subo los escalones del porche sin dejar de mirar el cartel negro sobre la entrada de la casa de Kael. Por alguna razón absurda, todavía me cuesta creer que mi hermano viva aquí, en una casa enorme compartida con chicos ricos emocionalmente inestables.

Pero él, a diferencia de mí, prefirió pertenecer a una fraternidad. Yo en, cambio, me hospedo en una residencia y comparto habitación con una chica para la que también es su primer año en Brakenhall.

Llamo al timbre, escucho pasos acercándose al otro lado de la puerta y espero a que abran. Pero cuando lo hacen, doy un paso atrás.

Madre.De.Dios.

Axel Blackwood aparece frente a mí con una toalla envuelta peligrosamente sobre sus caderas y el torso desnudo todavía húmedo. Las gotas de agua resbalan lentamente por sus tatuajes negros y se pierden entre líneas de tinta y músculos marcados como si hasta el agua supiera exactamente dónde tocarlo.

En el pecho lleva una frase que inmediatamente consigue captar mi atención. No gods. Only demons. Y, por alguna razón absurda, pienso que le pega demasiado.

Sobre las costillas se distinguen unas coordenadas tatuadas y sus brazos están cubiertos de espinas oscuras que ascienden desde las muñecas hasta los bíceps, mezclándose con rosas negras y una serpiente que se enrosca alrededor del antebrazo derecho tremendamente realista.

Todo en Axel Blackwood parece diseñado para intimidar.

Los tatuajes oscuros, los abdominales tensos y una pequeña cicatriz en su clavícula. Su cabello oscuro y mojado le cae sobre la frente, pero no es eso lo que lo vuelve peligroso… Son sus ojos.

Esos malditos ojos grises parecen saber exactamente el efecto que tienen sobre mí. Axel se apoya relajado contra el marco de la puerta y sonríe con fascinación, como si verme aquí le hubiera alegrado la tarde. Y sinceramente… eso me pone muchísimo más nerviosa que sus tatuajes.

—Sabía que me buscarías, novata.

Parpadeo. No porque me impresione. Bueno… quizá un poco. Lo hace porque es un imbécil que parece incapaz de mantener la boca cerrada más de tres segundos.

—Créeme, Blackwood, si hubiera sabido que me abrirías tú, no habría venido —respondo y su sonrisa crece.

Juro que el muy cabrón parece todavía más guapo cuando se divierte.

—Mentira.

—¿Perdona? —pregunto confundida.

—Admite que has venido a buscarme —susurra.

Pongo ojos en blanco y suelto un bufido aburrida de su actitud de egocéntrico olímpico.

—Dios. ¿Eres insufrible por naturaleza o entrenas delante del espejo?

Su risa sale baja y ronca. Admito que es demasiado sexy para alguien tan arrogante. Y antes de que pueda reaccionar, me agarra suavemente del brazo y tira de mí hacia adentro de la casa.

La puerta se cierra detrás de mí y mi cuerpo se tensa inmediatamente.

—¿Qué coño haces? —me quejo.

—Privacidad —responde con obviedad—. No voy a follarte ahí en la puerta.

Lo miro completamente horrorizada y él sonríe un poco más.

—No he venido a follar contigo —le aseguro soltándome de su agarre y él sonríe como si acabara de decirle algo adorable.

—¿No has venido a eso?

—No todas las chicas quieren estar en tu cama, Blackwood.

Él inclina la cabeza apenas un poco, mientras me observa con interés, ¿está intentando averiguar si soy una extraterrestre?

—Claro que sí, pero no eres tan directa como otras chicas.

—Dios, eres insufrible.

—Gracias novata.

—No estoy interesada en ti —le aseguro.

—No… tú pareces más del tipo de chica que se enamora del chico responsable —susurra poniendo las manos sobre sus caderas.

—¿Perdón? —Frunzo el ceño confundida.

—Kael —dice y se encoge de hombros—. Es más tu estilo, un chico protector, torturado y aburrido.

Chasqueo la lengua mientras paso a su lado y lo miro con soberbia.

—Vaya Blackwood, y yo que pensaba que a pesar de tantos músculos en tu cabeza habría algo parecido a neuronas, pero ya veo que no eres tan listo como aparentas.

Él suelta una risa ronca, sus ojos se achinan y deja de parecer peligroso. En ese instante parece más joven y despreocupado… Y la verdad es que eso resulta todavía peor, porque está demasiado guapo.

Voy a agarrar el pomo de puerta para largarme de allí antes de que mi dignidad muera definitivamente cuando siento de nuevo sus dedos rodeando mi codo. No lo hace con fuerza, pero su agarre es suficiente para detenerme.

Me doy la vuelta y descubro que Axel está demasiado cerca otra vez. Me suelta a la vez que da un paso más en mi dirección. Apoyo mi espalda contra la madera de la puerta y él pone las manos a cada lado de mi cabeza. Está tan cerca que huelo su aroma a jabón y a algo peligrosamente masculino que me impide pensar con claridad.

Una de sus manos atrapa con delicadeza mi barbilla y me obliga a mirarlo. Mi respiración cambia y trago saliva; odio que mi cuerpo reaccione a él. Me humedezco los labios e intento controlar mi respiración, porque cuando sus ojos me miran de esa forma tan cercana, siento que puede ver toda mi alma.

Su mano sigue sujetando mi barbilla mientras me observa como intentando resolver un misterio que no logra entender, y odio admitir que me pone nerviosa.

—¿De qué conoces a Kael? —pregunta de pronto.

—¿Qué? —replico aturdida.

—Las clases han empezado hoy. Ayer solo fueron las presentaciones oficiales del comienzo del curso… —inclina un poco la cabeza apenas y sigue mirándome pensativo—. Así que, ¿de qué conoces a Kael Mirror?

Su tono cambia ligeramente y entonces entiendo que el muy imbécil cree que estoy liada con Kael. La idea debería haber hecho que me carcajeara en su cara, pero, sinceramente, quiero divertirme y ver hasta dónde llega.

—¿Por qué? —pregunto despacio—. ¿Te molesta?

Sus ojos grises se oscurecen ligeramente, solo un poco, pero lo suficiente para notarlo.

—No me gusta la idea de que un tipo como Kael termine rompiéndote el corazón.

Y mi corazón se acelera, porque lo dice tan serio que parece que de verdad le importa mi integridad emocional.

—Qué considerado por tu parte —ironizo y Axel sonríe, aunque ya no parece tan relajado.

—No has respondido a mi pregunta —insiste.

—Quizá porque no quiero hacerlo.

De nuevo sonríe, chasquea la lengua y, joder, la tensión entre nosotros empieza a ser demasiado densa. Axel sigue sujetándome la barbilla como si hubiera olvidado apartar la mano, aunque yo tampoco me retiro. Sus ojos grises bajan lentamente hacia mi boca y mi respiración me traiciona… Porque este chico me pone nerviosa de una forma completamente absurda.

Y él lo sabe.

Maldita sea.

Se inclina un poco más hacia mí, su nariz roza la mía y sonríe de una forma tan sexy que debería de ser ilegal. Sus labios quedan peligrosamente cerca de los míos, su aliento mentolado acaricia mi piel y durante un instante ridículamente corto… pienso en besarlo.

Dios santo.

¿Qué coño me pasa?

Empujo su pecho con fuerza para apartarlo y rompo el momento. Pero no consigo que se mueva. Así que me aparto yo y pongo distancia entre ambos.

Maldito armario tatuado.

—Ibas a besarme —me quejo.

—Esas son tus ganas.

—Eres un imbécil insufrible.

—Y aun así sigues aquí.

Odio la forma en que lo dice, porque parece que cree que tarde o temprano voy a caer en sus provocaciones.

—¿No podemos hablar como dos personas normales durante cinco minutos sin que quieras asesinarme?

—Depende —murmuro cruzándome de brazos—. ¿Siempre coqueteas así con todas o solo con las chicas que claramente te odian?

—Tú no me odias novata —afirma con una sonrisa peligrosa.

—Vete al infierno, Blackwood —mascullo y el desgraciado suelta una carcajada que me descoloca un poco más y hace que mi corazón lata errático.

—Me gusta cómo suena mi apellido en tus labios… pero yo no sé todavía cómo te llamas novata.

—¡Dafne!

La voz de Kael atraviesa el salón. Axel y yo nos giramos al mismo tiempo y lo vemos en el umbral de la puerta, observándonos con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —me pregunta mi hermano acercándose a mí y asiento.

—Está perfecta —responde Axel sonriente.

—Pensaba que ya estarías aquí —le explico.

—Tuve un imprevisto y por eso no llegué antes —se justifica—. Este idiota es mi compañero—me informa Kael mientras le lanza una mirada llena de desprecio a Axel.

—Y tú eres un amargado —responde Axel, pero Kael ignora el comentario y pasa su brazo por mis hombros para atraerme hacia a él.

—¿Hacemos esa llamada hermanita? —me consulta Kael.

—Se me ha hecho eterno el día —confieso con una sonrisa.

—¿Hermanita? Espera, sois… hermanos —reflexiona Axel y juro que algo cambia en su mirada.

Sus ojos pasan de Kael a mí lentamente, y entonces suelta una carcajada como si le acabáramos de contar el mejor chiste del mundo. Niega para sí, incrédulo, y se humedece los labios antes de morderse el inferior y pasarse una mano por el pelo desenfadado.

—Esto sí que es interesante… —La sonrisa de Axel se ensancha lentamente—. Tú eres la pequeña Dafne.

Frunzo el ceño inmediatamente, porque hay algo extraño en la forma en que pronuncia mi nombre. Parece que acabe de tener una revelación. Maldita sea, ¿mi hermano le ha hablado de mí? ¿Cómo? Si ni siquiera son amigos.

—Vamos… —me pide Kael, que hace un gesto para que lo siga.

El salón parece una mezcla entre residencia universitaria, sala de videojuegos y zona catastrófica declarada por el Gobierno. Hay sudaderas tiradas sobre los sofás, latas de cervezas vacías, libros abiertos y una televisión gigantesca reproduciendo un combate de UFC sin sonido.

—Vaya —murmuro sorprendida.

—Lo sé —afirma Kael, adivinando mis pensamientos.

—¿Cómo podéis tener la casa así? El curso acaba de comenzar.

—Digamos que nosotros no nos hemos ido a ningún sitio en el verano —me explica.

—¿Habéis considerado contratar a un exorcista? —le pregunto y mi hermano suelta una carcajada.

—Créeme. Ya lo hemos considerado —responde.

—¿Y?

—El exorcista salió corriendo —bromea risueño y durante unos segundos vuelve a parecer el Kael que recuerdo. El que siempre hacía tonterías para hacerme reír cuando las cosas iban mal.

Atravesamos el salón y entonces veo movimiento en la cocina.

De espaldas a nosotros hay un chico rubio rebuscando dentro de la nevera un tesoro perdido. Lleva una sudadera azul marino demasiado grande y el cabello revuelto. Cuando mi hermano carraspea, se incorpora con una botella de zumo en una mano y media pizza fría en la otra. Nos observa y sonríe alegre.

—Hola, bienvenida a casa —me saluda como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hola.

—Soy Ethan.

—Dafne.

—Mi hermana —añade Kael y el rubio parpadea y nos mira a uno y a otro.

—¿Tú eres la famosa hermana de Kael? —me pregunta.

—¿La famosa hermana? —repito sorprendida dirigiéndome a mi hermano—. ¿Hablas de mí?

—No mucho —responde mi hermano y no puedo evitar sonreír.

—Mentiroso —interviene Ethan inmediatamente y Kael lo fulmina con la mirada—. Se pasa el día hablando de ti y de Charlie.

—Ethan —susurra Kael serio.

—¿Qué? Es verdad —afirma sonriente—. Literalmente eres la única persona que consigue que responda a los mensajes antes de que pasen tres días.

No puedo evitar sonreír; por primera vez desde que llegué a esta universidad hay algo que me parece divertido, y es cómo este chico es capaz de avergonzar a mi hermano.

—Encantado de conocerte, pequeña Dafne.

—Igualmente —respondo risueña.

—Venga vamos —me pide mi hermano.

Seguimos avanzando por el pasillo. Al otro lado se ve una habitación enorme convertida prácticamente en un gimnasio con pesas, una cinta de correr, un par de sacos de boxeo y, en el centro, un chico moreno sin camiseta golpeando uno de los sacos como si le hubiera arruinado la vida.

Puñetazo.

Patada.

Puñetazo.

Ni siquiera se gira cuando pasamos.

—Ese es Apolo —me informa mi hermano y este, al oírlo, se gira hacia nosotros.

Sus ojos oscuros pasan de Kael a mí y hace un leve gesto con la barbilla a modo de saludo. Luego vuelve a girarse para concentrarse en seguir golpeando el saco.

—¿Siempre habla tan poco? —pregunto.

—Sí.

—¿Está enfadado?

—Vive enfadado —responde.

—Interesante.

—Apolo habla menos que yo.

—Eso debería ser preocupante —comento y Kael vuelve a reírse.

—Vivo con estos tres —dice Kael mientras llegamos al final del pasillo.

—Mis condolencias —replico y él suelta una carcajada.

—Los conocí el primer año, y aunque son unos capullos… no son mala gente.

—¿Incluido Axel? —pregunto y Kael tarda un segundo en responder.

—Es un gilipollas… —masculla finalmente—, pero no es mala persona.

Frunzo ceño porque, sinceramente, creo que esas palabras no deberían poder coexistir en la misma frase. Miro hacia atrás justo a tiempo para ver a Axel al otro extremo del pasillo. Sigue ahí, semidesnudo, apoyado contra la pared y me observa de una forma que me pone nerviosa.

Kael abre puerta de la habitación y entro tras él.

Una habitación sorprendentemente ordenada para ser suya.

Hay apuntes apilados sobre el escritorio. Una sudadera negra colgada del respaldo de la silla. El casco de motocross descansando sobre una estantería junto a varios trofeos, pero lo que más llama mi atención son las fotografías.

Hay varias repartidas por la pared.

En algunas aparece sobre su moto, cubierto de barro y saltando sobre rampas imposibles, elevándose varios metros del suelo como si la gravedad no existiera.

En una de ellas está sonriendo de una forma que parece libre y tan feliz que casi me cuesta reconocerlo. Porque esa versión de Kael apenas existe desde que salimos de la casa.

Me acerco un poco más, acaricio la foto con la yema de mis dedos y me quedo sin palabras al ver a mi hermano suspendido en el aire sobre la moto, haciendo una voltereta. Está completamente loco, parece que su vida no le importa lo suficiente como para tener miedo. O quizá… solo necesita sentir la velocidad para olvidar todo lo demás.

Sonrío al pensar en que algunas cosas nunca cambian. Mi hermano siempre ha corrido hacia el peligro cuando el resto del mundo salía huyendo.

—Vamos a llamar a Charlie —me pide y sé que no quiere hablar de nada personal, así que asiento y saco el móvil del bolsillo de mi mochila.

Me siento al borde de la cama e inicio la llamada. Un tono…Dos… Tres… Cuatro… Cinco… y justo cuando creo que otra vez vamos a quedarnos esperando, alguien descuelga.

—¿Hola?

Solo escuchar esa voz hace que algo me atraviese el pecho.

—Hola, Mona. Soy Dafne. ¿Puedo hablar con Charlie? —le pregunto y guarda silencio varios segundos que se me hacen eternos.

Kael aprieta la mandíbula desde el otro lado de la habitación y le hago un gesto rápido para que se calme. Porque si empieza a gritar, nos colgará.

—Charlie está ocupado ahora mismo.

Claro, últimamente siempre está ocupado… O durmiendo… O castigado… O cualquier otra excusa barata que utilizan para evitar que hablemos con él.

—Lleva una semana ocupado, Mona…

—Tiene actividades.

Me muerdo el interior de la mejilla e intento no perder la paciencia.

—Pues dile que su hermana quiere escucharlo cinco minutos por favor —suplico.

Mi voz se rompe un poco al final y odio sonar desesperada, pero la verdad es que lo estoy. Charlie solo tiene doce años y sigue atrapado en ese sitio de mierda mientras Kael y yo fingimos que sabemos cómo sacarlo de allí. El silencio al otro lado se hace eterno, pero finalmente escucho a Mona suspirar.

—Está bien. ¡Charlie! Ven, es tu hermana.

Mi corazón empieza a latir demasiado rápido. Sonrío. Kael deja caer la cabeza hacia atrás y cierra los ojos un segundo. Y sé que está rezando para que esté bien.

—¿Daf? —Oigo su voz y siento que algo se rompe dentro de mí inmediatamente.

—Hola, peque —digo sonriendo aunque sé que no puede verme —. Estoy aquí con Kael.

Mi hermano se acerca enseguida y se sienta junto a mí en la cama.

—¿Cómo estás, campeón? —pregunta con voz ronca.

—Bien —miente.

Y lo sabemos. Porque hay tristeza en el tono de su voz, porque Charlie, a pesar de ser un crío, siempre intenta sonar más fuerte para que no nos preocupemos, porque con doce años ha aprendido que llorar no sirve para nada, y eso me destroza.

—¿Qué tal has empezado el colegio? —pregunto intentando sonar normal.

—Bien —responde y sé que vuelve a mentir—. ¿Qué tal Brakenhall?

—Creo que he descubierto una especie nueva —respondo risueña.

—¿Una especie nueva?

—Sí. La del estudiante rico de universidad privada —le explico y oigo como Charlie se ríe.

Dios, echaba muchísimo de menos ese sonido.

—¿Cómo son? —inquiere curioso y miro a Kael, que también sonríe.

—Todavía estoy investigando, pero creo que se alimentan exclusivamente de café caro y dinero de sus padres.

—Eso no puede ser verdad —susurra.

—Te lo prometo, hoy he visto a un chico pagar nueve dólares por una bebida que parecía agua podrida —le explico y Kael se atraganta con una carcajada.

—¿Agua podrida? Puag, eso es asqueroso Daf —replica Charlie.

—Tenía espuma, leche de avena, canela y probablemente un sapo batido dentro del vaso —exagero y ahora Charlie se ríe de verdad.

Y durante unos segundos, todo parece un poco más normal. Como si no hubiera tantos kilómetros entre nosotros, como si todavía compartiéramos habitación y no nos hubieran roto los sueños a pedazos.

—¿Ya tienes amigos? —me pregunta pillándome por sorpresa.

Porque nunca he sido buena haciendo amigos, sobre todo cuando cada pocos meses nos cambiaban de casa… Aprendes que nunca te quedarás demasiado tiempo como para conocer a alguien de verdad.

—Tengo una compañera de habitación bastante simpática —confieso.

—¿Cómo se llama?

—Beatrice.

—¿Y crees que va a ser tu amiga?

—Espero que sí, tenemos que soportarnos todo el curso —respondo—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Has hecho amigos?

—Dos —afirma.

—¿Dos? —replica Kael inmediatamente—. No está nada mal, colega.

—Lo sé —asevera feliz mi hermano pequeño.

Entonces siento un pellizco en el pecho, porque para un niño de doce años no es fácil hacer amigos, y menos cuando sabes que en cualquier momento te marchas de ese lugar. Charlie empieza a hablar sobre el colegio nuevo, de un partido de baloncesto al que ha

ido y que hay otro niño en la casa que ronca demasiado fuerte. Y durante unos minutos los tres nos reímos cómplices, como cualquier familia normal. Pero entonces empiezan los pequeños silencios, casi invisibles, escogiendo qué puede contarnos y qué no.

Charlie mide las palabras para que no nos preocupemos, y solo tiene doce años. Me muerdo el labio inferior y Kael baja la mirada a la moqueta del suelo, porque nosotros también hemos hecho lo mismo en algún momento de nuestras vidas. Fingir, sonreír y aparentar que estamos bien.

—Te vamos a sacar de ahí, peque —susurra Kael.

Y al oír esa promesa, algo se rompe dentro de mí. Charlie guarda silencio y durante varios segundos solo escuchamos su respiración al otro lado de la línea.

—Lo sé.

Solo dos palabras, llenas de una fe tan absoluta que me dejan sin aire. Porque Charlie cree en nosotros, espera que vayamos a buscarlo y Dios… necesito sacarlo de ahí.

Necesito hacerlo.

La llamada termina unos minutos después. Charlie promete portarse bien y nosotros le aseguramos que volveremos a llamar pronto. Y cuando cuelgo… el silencio que queda dentro de la habitación es demasiado pesado y lleno de culpa.

Kael se pasa las manos por la cara, aprieta los ojos en un intento por no derrumbarse delante de mí y se tumba en la cama mirando el techo. Y yo solo me esfuerzo en normalizar mi respiración para detener el ataque de ansiedad porque mi hermano pequeño nos necesita.

Aprieto con mis dedos temblorosos el móvil y de nuevo esa sensación de impotencia me ahoga. Es horrible saber que no estará mejor en esa nueva casa de acogida, la tercera en un año, mientras que Kael y yo fingimos que tenemos un plan.

La puerta entreabierta deja ver una sombra apoyada contra el marco.

Axel.

No sé cuánto tiempo lleva ahí, ni cuanto ha oído de la conversación, pero hay algo distinto en él. Ya no sonríe y la forma en que me mira lo hace parecer salvaje y peligroso. La luz tenue del pasillo dibuja sombras sobre sus tatuajes y hace que sus ojos grises se vean todavía más oscuros, más fríos y más difíciles de leer. Permanece inmóvil y me observa con una intensidad tan brutal que siento un escalofrío me recorre la espalda. Porque me mira como si acabara de descubrir algo que no encaja con la chica que aparenta tener todo bajo control.

Sus ojos permanecen clavados en mí en un intento de atravesar todas las capas que llevo años construyendo para sobrevivir y ver exactamente la desesperación constante que siento por no llegar nunca a tiempo para salvar a las personas que quiero.

Y de repente hay algo en Brakenhall que me pone realmente nerviosa. Axel Blackwood ya no me mira como un juego… ahora lo hace como si yo fuera algo roto que quiere proteger incluso de sí mismo. Y, sinceramente, eso resulta muchísimo más peligroso que cualquiera de sus sonrisas.


Más allá del ODIO
UNBROKEN LOVE
KAYLA LAURELS
kindle
Más allá del ODIO
UNBROKEN LOVE
KAYLA LAURELS
Consíguela
aquí
a través de
este QR.
(Escanéame)

Serie Mentiras

Este libro forma parte de la *Serie Mentiras,* una colección de novelas **autoconclusivas**, donde cada historia puede leerse de forma independiente, pero todas comparten un mismo universo.

Son historias de amor intenso, personajes que luchan por sanar sus heridas y vínculos que nacen en medio del caos.

En estas novelas encontrarás chicas fuertes que cargan con más de lo que deberían, amigos que se convierten en familia, y chicos que, cuando descubren las cicatrices de quien aman… no salen corriendo. Se quedan.

Aunque el deporte forma parte de este universo (porque muchos de los chicos viven el baloncesto como una pasión), estas historias no hablan solo de la cancha. Hablan de emociones profundas y la importancia de la salud mental en la sociedad.

De lo importante que es, que alguien decida sostener tu mano incluso cuando tu mundo parece hacerse añicos.

La *Serie Mentiras,* es un viaje por relaciones que sanan, amistades que sostienen y amores que cualquiera desearía para sí misma… o para alguien a quien quiere. Porque a veces, la mayor mentira de todas, es creer que debemos enfrentarnos a todo solas.

SERIE MENTIRAS



DESCÚBRELA AQUÍ

Bilogía Secretos y Silencios

La b*ilogía Secretos y Silencios,* son dos historias que habla de esos amores que llegan sin avisar y lo cambian todo. Amores intensos, únicos… y a veces prohibidos.

Son unas historias que te plantean que ocurre cuando la vida te coloca frente a decisiones difíciles. Cuando el miedo, el qué dirán o las heridas del pasado, intentan marcar el camino que deberías seguir.

A lo largo de estas páginas, encontrarás dos historias que da voz a realidades que muchas veces se silencian: el *bullying*, el racismo, la presión social y el peso de las expectativas.

Porque a veces, la vida nos obliga a elegir entre lo que parece correcto… y lo que nuestro corazón siente de verdad.

La *bilogía Secretos y Silencios***,** es un viaje emocional sobre la honestidad, el perdón y el valor de luchar por aquello que amas, incluso cuando todo parece estar en contra.

Porque algunas historias no nacen para ser fáciles… sino para ser inolvidables.



BILOGÍA
SECRETOS
Y
SILENCIOS

AGRADECIMIENTOS

Gracias a ti, querida lectora, por llegar hasta el final de esta historia y por acompañarme en el cierre de la serie *Mentiras*. Cuando Cameron, Garret, Atlas y Travis aparecieron por primera vez en mi cabeza, jamás imaginé que acabarían ocupando más de dos años y medio de mi vida. Llegaron haciendo mucho ruido, como solo saben hacerlo los personajes que tienen algo importante que contar, y hoy, al escribir estas líneas, me doy cuenta de que despedirme de ellos es mucho más difícil de lo que imaginaba.

Siento una mezcla extraña de orgullo y nostalgia.

Orgullo porque esta es la primera serie que termino y porque, de algún modo, demuestra que los sueños también se construyen página a página, incluso cuando el camino parece imposible.

Y nostalgia porque estos cuatro chicos dejaron de ser simples protagonistas hace mucho tiempo. Han crecido, se han equivocado, han aprendido a amar... y, sin darme cuenta, también me han acompañado a crecer a mí.

No solo han cambiado ellos, yo también lo he hecho. Durante estas cuatro novelas he aprendido a confiar más en mi voz, a escribir con menos miedo y a entender qué tipo de historias quiero contar a partir de ahora. Por eso esto es el final de una etapa y, al mismo tiempo, el principio de otra completamente nueva. Con nuevos personajes, nuevos lugares y nuevas historias… Pero con la misma promesa que me hice el primer día que empecé a escribir: dar siempre lo mejor de mí para crear novelas que os hagan reír, emocionaros, enamoraros de sus personajes y recordar, al cerrar el libro, que leer es la mejor crema antiedad para el alma. Así que... gracias por haber estado aquí.

También quiero dar las gracias a mi familia, porque muchas veces han soñado más grande que yo. Gracias por recordarme que merece la pena seguir imaginando nuevos universos cuando yo solo veía páginas en blanco. Gracias por cada cuaderno que me regaláis, por preguntarme cómo iba la novela y, sobre todo, por regalarme el

tiempo más valioso que puede tener una escritora: tiempo para escribir.

Gracias a mi pareja, Ismael. Después de más de una década caminando juntos, sigues recordándome cada día que los amores bonitos existen de verdad. Que el amor no siempre necesita grandes gestos para ser inolvidable. Quizá por eso escribo las historias que escribo, porque me enseñaste que quedarse también puede ser la mayor declaración de amor.

Gracias a mis lectoras beta: mamá, Ana y Eva. Habéis leído estas páginas cuando todavía eran un caos de escenas, dudas y tachones. Gracias por vuestra sinceridad, por señalar lo que no funcionaba, por emocionaros con lo que sí y por seguir aquí, libro tras libro, con la misma ilusión del primer día. Sois una parte imprescindible de cada historia que llega a las manos de una lectora.

Gracias a Marina, mi correctora, por cuidar con mucho cariño el manuscrito y por la gran labor que hace.

Y mil gracias a Claudia, mi portadista, por conseguir algo que siempre me parece magia… convertir una historia en una imagen. Cada portada hace que me enamore más de la historia.

De verdad, gracias a todas las mujeres que forman parte de este equipo. Detrás de cada novela hay muchísimas horas de trabajo que casi nunca se ven, pero también está el trabajo de todas ellas que hacen que esta novela llegue así a ti. Es un privilegio compartir este camino con personas tan talentosas y tan apasionadas por lo que hacen.

También quiero dar las gracias a todas las *bookstagrammers* y *booktokers* que, cada día, dedicáis vuestro tiempo a recomendar historias y a dar visibilidad a quienes autopublicamos nuestras novelas.

Gracias a Asun (@lalokadeloslibros), por abrirme las puertas de tu rincón literario y animarme a los directos de insta, que cada vez me gustan más.

Gracias a Ely (@ratitaentrelibros), que después de tantos años leyendo, reseñando y recomendando todas mis historias, sigues emocionándote con cada nuevo lanzamiento. Tenerte al otro lado desde hace más de ocho años, es un privilegio. También agradecer a

Marina, (@mimamifriki_marinabooks) por leer con ilusión cada historia y adoro tus mensajes directos contándome todo lo que te van haciendo sentir.

Gracias a Mónica Alonso P., porque tus mensajes por TikTok me recuerdan constantemente algo que a veces olvido… que los libros crean puentes invisibles entre personas que probablemente nunca se habrían encontrado de otra manera.

Pero hoy si hay un agradecimiento especialmente importante para mí, es para vosotras. Mis chicas Laurels. Todavía recuerdo el día que publiqué un vídeo hablando de Atlas. Yo era una completa desconocida y vosotras decidisteis darme una oportunidad. Nunca imaginé que aquel momento acabaría convirtiéndose en un grupo de Telegram lleno de conversaciones, risas, confesiones, recomendaciones, apoyo y muchísimo cariño. Lo que empezó siendo un lugar para hablar de libros terminó convirtiéndose en un hogar al que regreso cada día. Porque vosotras sois las primeras en celebrar cada buena noticia, las que me animáis cuando aparecen las dudas, las que entendéis los días difíciles sin que tenga que explicar demasiado y las que conseguís que este camino, que muchas veces puede sentirse solitario, sea infinitamente más bonito.

Hay días en los que abro Telegram simplemente para leeros y siento exactamente eso: el abrazo cálido que llega cuando más falta hace. Espero que este pequeño gesto consiga sacaros una sonrisa y por eso vuestros nombres aparecen en este libro. Porque formáis parte de esta historia: Beatriz Cervilla, Mónica Díaz (@AkhesaHunter), Maria M.; @arina_entre_libros, Maryky64, Isa(erithebookworm); Lourdesgym, Noe la del pelo morado, @juu.books3; Natalia Peña. Marie(Merybooks), MJ, Maria Garcia Vico, Mariqueta, Noemí Pg(@noemi.npg), Mimi-miimii_books9, Silvia Oliveira, Alba Jiménez, Laura Díaz, Hada, Joana Gonsaa, Ana(@iam.annn); Naty, Susana Pérez(@susana_lectora), Vero(@veo_books89); Verónica Farraces, Cathy C., Mary Rz Ga., Brenda(entretodas16), Zaira Garrido, Noelia C.S. Melaniiebooks12.

Y mientras la familia Laurels sigue creciendo, tampoco quiero olvidarme de esas personas que han aparecido en el camino y lo han hecho mucho más bonito. Gracias a mi Noe de Valencia, a mi Eva de

corazón canario, a Maca mi extremeña bonita, y a todas esas lectoras que, aunque no estén en esta lista, llevan años caminando a mi lado.

Gracias también a mis compañeras escritoras, porque este oficio es maravilloso, pero muchas veces también puede ser muy solitario. Compartir dudas, alegrías, bloqueos y sueños con vosotras hace que todo pese un poco menos. Y gracias especialmente a José de la Rosa, que creyó en mí incluso antes de que yo fuera capaz de hacerlo. Nunca olvidaré tus mentorías, tus consejos sabios y tus cursos de formación que me ayudan a enfocarme en mi carrera. Gracias a todas las personas que, de una forma u otra, me habéis tendido la mano durante este camino.

Y, de nuevo… GRACIAS A TI.

Sí, a ti.

Porque entre los miles de libros que existen ahí fuera, un día decidiste darle una oportunidad a uno de los míos. Espero que esta historia te haya hecho sonreír, emocionarte y olvidarte del reloj durante unas horas. Que hayas sentido que Travis, Harper y Will también formaban parte de tu vida mientras pasabas las páginas.

Si te apetece contarme qué te ha parecido la novela, cuál ha sido tu escena favorita o simplemente saludar, estaré encantada de leerte. Puedes encontrarme en Instagram, TikTok o escribirme al email a través de mi página web. Me hace muchísima ilusión poner cara (aunque sea detrás de una pantalla) a las personas que hacen posible que siga escribiendo.

Porque los libros empiezan cuando una autora escribe la primera palabra, pero solo cobran vida cuando una lectora decide abrirlos.

Ojalá nuestros caminos vuelvan a cruzarse muy pronto, en otras historias. Hasta entonces… Cuídate y quiérete mucho.

Con todo mi cariño, Kayla Laurels.